



# MATAR UN REINO

*La tierra pertenece a los humanos.  
Pero el mar... el mar es nuestro.*

ALEXANDRA CHRISTO

GRANTRAVESÍA





# MATAR UN REINO

*La tierra pertenece a los humanos.  
Pero el mar... el mar es nuestro.*

ALEXANDRA CHRISTO

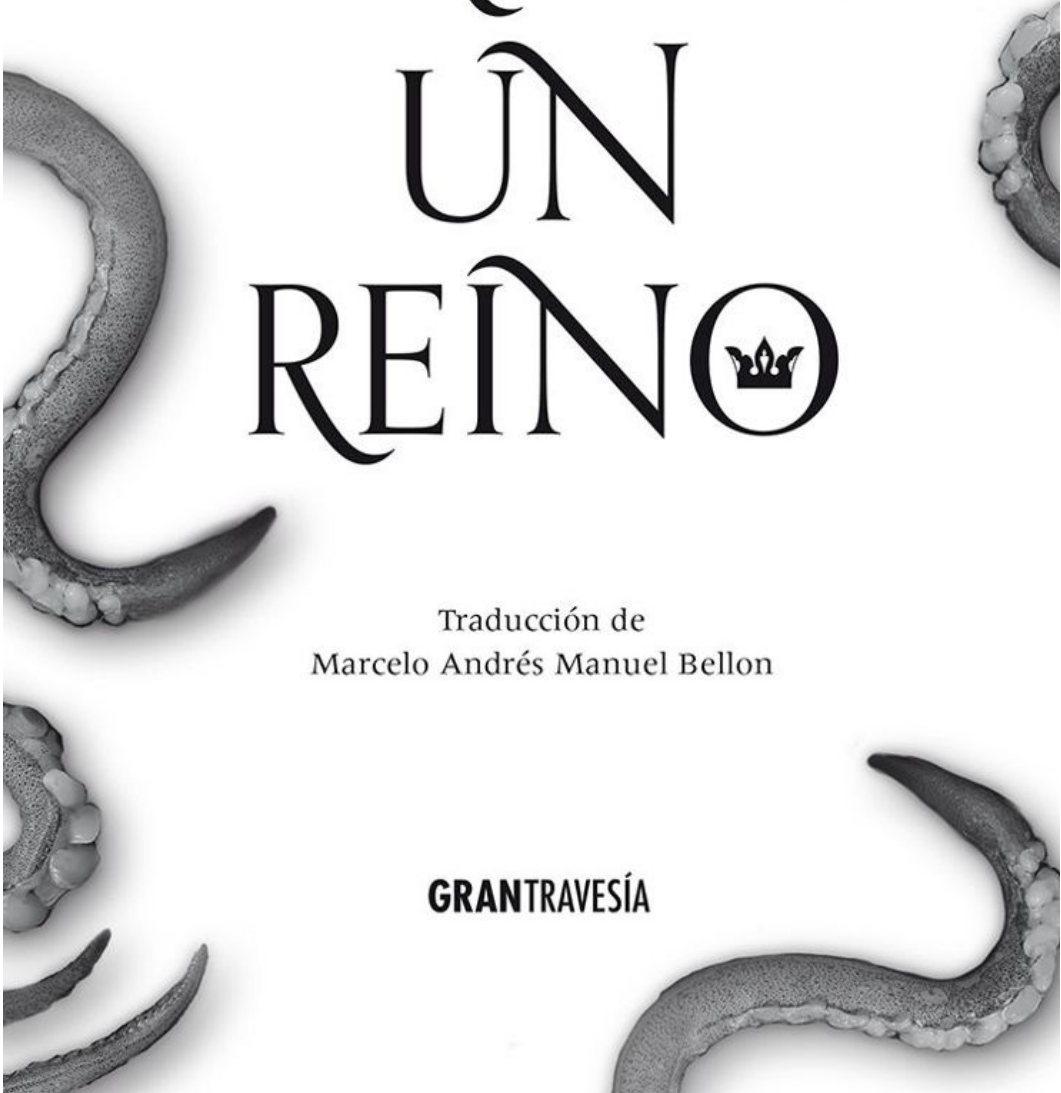
GRANTRAVESÍA

ALEXANDRA CHRISTO

# MATAR UN REINO

Traducción de  
Marcelo Andrés Manuel Bellon

**GRANTRAVESÍA**



*Para aquéllos a quienes amo y no tuvieron oportunidad de ver que esto sucediera.*

## UNO

Por cada año de vida, un corazón.

Hay diecisiete escondidos en la arena de mi habitación. De cuando en cuando, araño la grava, sólo para comprobar que siguen allí. Enterrados en lo profundo, sangrientos. Cuento uno por uno, para estar segura de que ninguno haya sido robado en medio de la noche. No es un miedo tan extraño. Los corazones son poder, y si hay una cosa que mi especie anhela más que el océano, es el poder.

He escuchado cosas: historias de corazones perdidos y mujeres arponeadas, fijas para siempre al fondo del océano, como castigo por su traición. Abandonadas a su sufrimiento hasta que su sangre se convierte en sal y se disuelven en espuma marina. Éstas son las mujeres que toman el botín humano de los suyos. Las nereidas son más peces que humanos, y la parte superior de sus cuerpos coincide con las decadentes escamas de sus aletas.

A diferencia de las sirenas, las nereidas tienen vainas y ramas azules en lugar de cabello, con una mandíbula que les permite estirar la boca hasta alcanzar el tamaño de un bote pequeño y engullir tiburones completos. Su carne de color azul oscuro está salpicada de aletas que se extienden por sus brazos y espaldas. Tan peces como humanas, con la belleza de ninguno.

Tienen la capacidad de ser letales, como todos los monstruos, pero mientras las sirenas seducen y matan, las nereidas se mantienen fascinadas por los humanos. Roban baratijas y siguen las naves con la esperanza de que algún tesoro caiga de sus cubiertas. A veces, salvan las vidas de los marineros y no reciben nada sino fruslerías a cambio. Y cuando ellas roban los corazones que

guardamos, no es por el poder. Es porque piensan que si comen los suficientes, podrían convertirse en humanas.

Odio a las nereidas.

Mi cabello cubre mi espalda, tan rojo como mi ojo izquierdo y sólo el izquierdo, por supuesto, porque el ojo derecho de cada sirena es del color del mar en el que nació. En mi caso, se trata del gran mar Diávolos, con aguas de manzana y zafiro. Una selección de ambos que no logra ser ninguno de los dos. En ese océano se encuentra el reino marino de Keto.

Es un hecho bien conocido que las sirenas son hermosas, pero el linaje de Keto es real y con eso viene su propia belleza. Una magnificencia forjada en el agua salada y la realeza. Tenemos pestañas nacidas de virutas de iceberg y labios pintados con sangre de marineros. Es sorprendente incluso que necesitemos nuestra canción para robar corazones.

—¿Cuál tomarás, prima? —pregunta Kahlia en *psáriin*.

Ella se sienta a mi lado en la roca y mira la nave en la distancia. Sus escamas son de un profundo castaño rojizo y su cabello rubio apenas llega a sus pechos, cubiertos por una trenza de algas anaranjadas.

—Eres ridícula —respondo—. Ya sabes cuál.

El barco navega ociosamente a lo largo de las tranquilas aguas de Adékaros, uno de los muchos reinos humanos que he prometido liberar de un príncipe. Es más pequeño que la mayoría y está hecho de la madera escarlata que representa los colores de su país.

Los seres humanos disfrutan alardear de sus tesoros por el mundo, pero eso sólo los convierte en el blanco perfecto para criaturas como Kahlia y yo, que podemos detectar fácilmente un barco real. Después de todo, es el único en la flota con la madera pintada y la bandera de tigre. El único buque en el que navega el príncipe de Adékaros.

Presa fácil para aquellas que buscan cazar.

El sol pesa sobre mi espalda. Su calor presiona mi cuello y hace que mi cabello se pegue a mi piel húmeda. Me duele el hielo del mar, tan fríamente afilado que se siente como gloriosos cuchillos en cada hendidura entre mis huesos.

—Es una pena —dice Kahlia—. Cuando lo estaba espiando, era como mirar a un ángel. Tiene un rostro hermoso.

—Su corazón será más hermoso.

La sonrisa de Kahlia es salvaje.

—Ha pasado una eternidad desde la última vez que mataste, Lira —se burla—. ¿Estás segura de que no estás fuera de práctica?

—Un año difícilmente es una eternidad.

—Depende de quién esté contando.

Suspiro.

—Entonces dime quién lo está haciendo para poder matarlo y terminar con esta conversación.

La sonrisa de Kahlia es impía ahora. Del tipo que reserva para los momentos en que soy la más atroz, porque se supone que ése es el rasgo que las sirenas más valoran. Nuestra atrocidad es respetada. La amistad y el parentesco, según nos enseñaron, son tan ajenos como la tierra firme. La lealtad se reserva sólo para la Reina del Mar.

—Parece que hoy no tienes corazón, ¿cierto?

—Nunca —digo—. Hay diecisiete debajo de mi lecho.

Kahlia sacude el agua de su cabello.

—Tantos como príncipes has saboreado.

Lo dice como si fuera algo de lo que debería sentirme orgullosa, pero eso se debe a que Kahlia es joven y sólo ha tomado dos corazones. Ninguno de la realeza. Ésa es mi especialidad, mi territorio. Parte del respeto de Kahlia se debe a eso. No sabe si los labios de un príncipe tienen el mismo sabor de los de cualquier otro ser humano. Yo tampoco podría decirlo, porque sólo he probado labios de príncipes.

Desde que nuestra diosa, Keto, fue asesinada por los humanos, se hizo costumbre robar un corazón cada año, en el mes de nuestro nacimiento. Es una celebración de la vida que Keto nos dio y un tributo de venganza por la vida que los humanos le quitaron. Cuando era demasiado joven para cazar, mi madre lo hacía por mí, como es tradición. Y ella siempre me dio príncipes. Algunos, tan jóvenes como yo. Otros, viejos y arrugados, o adolescentes que nunca tuvieron la oportunidad de gobernar. El rey de Armonía, por ejemplo, alguna vez tuvo seis hijos, y en mis primeros cumpleaños, mi madre me trajo uno cada año.

Cuando finalmente tuve la edad suficiente para aventurarme por mi cuenta, no se me ocurrió renunciar a la realeza y hacer de los marineros mi blanco, como

hace el resto de mi especie, o incluso cazar a las princesas que algún día asumirían sus tronos. No soy sino una fiel seguidora de las tradiciones de mi madre.

—¿Trajiste tu caracola? —pregunto.

Kahlia aparta su cabello para mostrarme la caracola anaranjada que está amarrada a su cuello. Una similar, con sólo algunas sombras más sangrientas, se balancea alrededor de mi propia garganta. No parece gran cosa, pero para nosotras es la forma más fácil de comunicarnos. Si las sostenemos sobre nuestras orejas, podemos escuchar el sonido del océano y la canción de Keto, el palacio submarino al que llamamos hogar. Para Kahlia, puede funcionar como un mapa del mar Diábolos si nos separamos. Estamos muy lejos de nuestro reino, y nos llevó alrededor de una semana nadar hasta aquí. Como Kahlia tiene catorce años, tiende a quedarse cerca del palacio, pero fui yo quien decidió que eso debía cambiar y, como la princesa que soy, mis caprichos son tan buenos como la ley.

—No nos separaremos —dice Kahlia.

Normalmente, no me importaría si alguna de mis primas se quedara varada en un océano extraño. En conjunto, son un grupo tedioso y predecible, con poca ambición o imaginación. Desde que mi tía murió, se han convertido en meras lacayas adoradoras de mi madre. Eso es ridículo, porque la Reina del Mar no está allí para ser adorada. Está para ser temida.

—Recuerda elegir sólo a uno —le digo—. No pierdas tu enfoque.

Kahlia asiente.

—¿A cuál? —pregunta ella—. ¿O me cantarán cuando esté allí?

—Seremos las únicas que cantaremos —digo—. Eso encantará a todos, pero si te concentras en uno, se enamorarán de ti tan resueltamente que incluso mientras se estén ahogando, gritarán sólo tu belleza.

—Por lo general, el encantamiento se rompe cuando comienzan a morir —dice Kahlia.

—Porque te enfocas en todos, y en el fondo saben que ninguno es el deseo de tu corazón. El truco es desearlos tanto como te desean.

—Pero son repugnantes —dice Kahlia, aunque parece que lo hace más porque quiere convencerme que porque en verdad lo crea así—. ¿Cómo se puede esperar que los deseemos?

—Porque no estás tratando con marineros ahora. Estás tratando con la



realiza, y con la realiza viene el poder. El poder *siempre* es deseable.

—¿La realiza? —Kahlia se queda boquiabierta—. Pensé...

Se queda en silencio. Lo que ella pensó era que los príncipes eran míos y yo no los compartía. Eso no es falso, pero donde hay príncipes, hay reyes y reinas, y nunca he tenido mucho uso para ninguno de éstos. Los gobernantes son fácilmente depuestos. Son los príncipes quienes tienen el encanto. En su juventud. En la lealtad de su gente. En la promesa del líder en el que algún día podrían convertirse. Son la próxima generación de gobernantes, y al matarlos, mato el futuro. Justo como mi madre me enseñó.

Tomo la mano de Kahlia.

—Puedes tener a la reina. No tengo interés en el pasado.

Los ojos de Kahlia se encienden. El derecho contiene el mismo zafiro del mar Diábolos que conozco bien, pero el izquierdo, de un amarillo cremoso que apenas se destaca del blanco, brilla con un extraño regocijo. Si roba un corazón real para su decimoquinto cumpleaños, seguro ganará su clemencia de la furia perpetua de mi madre.

—Y tú tomarás al príncipe —dice Kahlia—. El que tiene la cara bonita.

—Su rostro no hace diferencia —dejo caer su mano—. Es su corazón lo que busco.

—Tantos corazones —su voz es angelical—. Pronto te quedarás sin espacio para enterrarlos a todos.

Relamo mis labios.

—Tal vez —digo—. Pero una princesa debe tener a su príncipe.

## DOS

Siento la aspereza del barco bajo las espinas de mis dedos. La madera está astillada; la pintura, agrietada y descarapelada sobre el cuerpo de la nave. Corta el agua de manera demasiado irregular. Como un cuchillo sin filo que presiona y rasga hasta que consigue rebanarla. Hay algo podrido en algunos lugares y el hedor hace que mi nariz se arrugue.

Es el barco de un príncipe pobre.

No todos en la realeza son iguales. Algunos van adornados con ropas finas, joyas insoportablemente pesadas, tan grandes que se ahogan dos veces más rápido. Pero otros van escasamente vestidos, con sólo uno o dos anillos y coronas de bronce pintadas de oro. No es que me importe. Al final, un príncipe es un príncipe.

Kahlia se mantiene a mi lado, y nadamos con la nave mientras rompe el mar. Mantiene una velocidad constante y podemos seguir su paso con facilidad. Ésta es la espera agonizante, mientras los humanos se convierten en presas. Pasa un tiempo antes de que el príncipe por fin suba a la cubierta y eche un vistazo al océano. Él no puede vernos. Estamos demasiado cerca y nadamos demasiado rápido. A través de la estela del barco, Kahlia me mira y sus ojos son una pregunta. Con una sonrisa tan útil como cualquier asentimiento, respondo la mirada de mi prima.

Emergemos de la espuma y separamos nuestros labios.

Cantamos en perfecta armonía en el idioma de Midas, la lengua humana más común y la que cada sirena conoce bien. No es que las palabras importen. La música es lo que los seduce. Nuestras voces hacen eco en el cielo y regresan a

través del viento. Cantamos como si fuéramos un coro entero, y mientras la inquietante melodía rebota y sube, se arremolina en los corazones de la tripulación hasta que por fin el barco poco a poco se detiene.

—¿Lo oyes, madre? —pregunta el príncipe. Su voz es alta y llena de ensueños.

La reina se encuentra junto a él en la cubierta.

—No creo que...

Su voz vacila cuando la melodía la acaricia hasta someterla. Es una orden, y cada ser humano se ha detenido, con sus cuerpos congelados, mientras sus ojos buscan los mares. Me concentro en el príncipe y canto más suavemente. En unos instantes, sus ojos se posan en los míos.

—Dioses —dice—, eres tú.

Sonríe y de su ojo izquierdo resbala una sola lágrima.

Dejo de cantar y mi voz se convierte en un suave zumbido.

—Mi amor —dice el príncipe—, por fin te he encontrado.

Se agarra a los flechaste y mira mucho más allá del borde, su pecho plano contra la madera, una mano extendiéndose para tocarme. Está vestido con una camisa beige, los lazos sueltos en el pecho, las mangas rotas y ligeramente mordidas por las polillas. Su corona es una delgada hoja de oro que parece que podría romperse si se mueve demasiado rápido. Luce desolado y pobre.

Y ahí está su rostro.

Suave y redondo, con la piel como madera barnizada y los ojos de un tono penetrante más oscuro. Su cabello se balancea y se enrolla fuertemente sobre su cabeza, un hermoso lío de bucles y espirales. Kahlia tenía razón: es angelical. Magnífico, incluso. Su corazón será un buen trofeo.

—Eres tan hermosa —dice la reina, mirando a Kahlia con reverencia—. No estoy segura de cómo alguna vez consideré a otra.

La sonrisa de Kahlia es primordial cuando se acerca a la reina y le hace señas para que se dirija al océano.

Me vuelvo hacia el príncipe, quien extiende frenéticamente su mano hacia mí.

—Mi amor —suplica—, ven a bordo.

Niego con la cabeza y continúo tarareando. El viento gime con la canción de cuna de mi voz.

—¡Entonces yo iré a ti! —grita, como si alguna vez hubiera sido una elección.

Con una alegre sonrisa, se arroja al océano, y tras el chapoteo de su cuerpo se escucha un segundo: la reina, lo sé, arrojándose a la misericordia de mi prima. El sonido de sus caídas despierta algo en la tripulación, y en un instante ya están gritando.

Se inclinan sobre la orilla del barco, cincuenta de ellos se aferran a cuerdas y maderas, mirando con horror el espectáculo debajo de ellos. Pero ninguno se atreve a arrojar por la borda para salvar a sus soberanos. Puedo oler su miedo, mezclado con la confusión que proviene de la repentina ausencia de nuestra canción.

Me encuentro con los ojos de mi príncipe y acaricio su piel suave y angelical. Suavemente, con una mano en su mejilla y otra apoyada en los delgados huesos de su hombro, lo beso. Y cuando mis labios prueban los suyos, lo jalo hacia abajo.

El beso se rompe una vez que estamos lo suficientemente profundo. Mi canción ha terminado hace mucho, pero el príncipe permanece enamorado. Incluso cuando el agua llena sus pulmones y su boca se abre en un grito ahogado, él mantiene sus ojos en mí con una mirada gloriosa de enamoramiento.

Mientras se ahoga, lleva los dedos a sus labios.

A mi lado, la reina de Kahlia se revuelve. Pone una mano sobre su garganta y golpea a mi prima para alejarla. Enojada, Kahlia se agarra a su tobillo y la mantiene bajo la superficie; el rostro de la reina hace una mueca de desdén mientras intenta escapar. Es en vano. El agarre de una sirena es un grillete.

Acaricio a mi príncipe moribundo. Mi cumpleaños no es sino hasta dentro de dos semanas. Este viaje fue un regalo para Kahlia: tener el corazón de la realeza en sus manos y nombrarlo en su decimoquinto cumpleaños. Se supone que no debo robar un corazón quince días antes, rompiendo nuestra regla más sagrada. Sin embargo, un príncipe muere lentamente frente a mí. Con su piel marrón y sus labios azules llenos de océano. Su cabello fluye detrás de él como algas negras. Algo sobre su pureza me recuerda mi primer asesinato. El joven que ayudó a mi madre a convertirme en la bestia que ahora soy.

*Qué hermoso rostro, pienso.*

Paso el pulgar por el labio del pobre príncipe, saboreando su expresión



pacífica. Y luego dejo escapar un grito como ningún otro. El tipo de ruido que destruye huesos y se abre paso a través de la piel. Un ruido para enorgullecer a mi madre.

En un movimiento, hundo mi puño en el pecho del príncipe y saco su corazón.

## TRES

Técnicamente, soy un asesino, pero me gusta pensar que ésa es una de mis mejores cualidades.

Sostengo mi cuchillo bajo la luz de la luna y admiro el fulgor de la sangre antes de que se filtre en el acero y desaparezca. Fue hecho para mí cuando cumplí diecisiete años y la constancia de que matar había dejado de ser un pasatiempo. Era indecoroso, dijo el rey, que el príncipe de Midas llevara consigo hojas oxidadas. Y por eso ahora porto una hoja mágica que bebe la sangre del ser muerto tan rápido que apenas tengo tiempo para admirarla. Lo cual es más apropiado, al parecer. Si no es que un poco teatral.

Observo el cadáver que yace sobre mi cubierta.

El *Saad* es un poderoso navío que alcanza el tamaño de dos barcos completos, con una tripulación que podría haber superado a los cuatrocientos miembros, pero es exactamente de la mitad porque valoro la lealtad por encima de todo. Viejas linternas negras adornan la popa, y el bauprés se extiende hacia delante en forma de una daga penetrante. El *Saad* es mucho más que un barco: es un arma. Pintado en la marina a la medianoche, sus velas son del mismo tono crema de la piel de la reina y su cubierta es tan brillante como la piel del rey.

Una cubierta que en este momento alberga el cadáver sangriento de una sirena.

—¿No se supone que debe desvanecerse ahora?

Habla Kolton Torik, mi primer oficial. Tiene cuarenta y pocos años, un bigote blanco puro y unos buenos diez centímetros de altura más que yo. Cada brazo suyo es del tamaño de una de mis piernas, y es verdaderamente

corpulento. En los meses de verano como éstos, lleva pantalones cortos y deshilachados por encima de sus rodillas, y una camisa blanca con un chaleco negro atado con una cinta roja. Esto me indica que de entre todas las cosas que él se toma en serio, que en realidad son la mayoría, su identidad como pirata podría no ser una de ellas. Es una contradicción para los tripulantes como Kye, que no se toma absolutamente nada en serio y, aun así, se viste como si fuera un miembro honorario de los infames ladrones Xaprár.

—Me resulta extraño mirarla —dice Torik—, tan humana en la parte superior.

—Disfrutas ver esa parte, ¿cierto?

Torik se ruboriza un poco y desvía su mirada de los senos expuestos de la sirena.

Por supuesto que entiendo lo que quería decir, pero en algún lugar, a lo largo de los mares, olvidé cómo estar horrorizado. No hay que mirar más allá de las aletas y los labios rojos, o los ojos que brillan con dos colores diferentes. Hombres como Torik, buenos hombres, ven lo que estas criaturas podrían ser: mujeres y niñas, madres e hijas. Pero yo sólo puedo mirarlas tal como son: monstruos y bestias, criaturas y demonios.

No soy un buen hombre. Desde hace mucho tiempo dejé de serlo.

Delante de nosotros, la piel de la sirena comienza a disolverse. Su cabello se derrite en el verde mar y sus escamas se vuelven espuma. Incluso su sangre, que justo un momento antes amenazaba con manchar la cubierta del *Saad*, se transforma en pequeñas burbujas hasta quedar sólo espuma marina. Y un minuto más tarde, también eso se desvanece.

Estoy agradecido por esa mutación. Cuando una sirena muere, regresa al océano, lo que significa que no hay una indecorosa quema de cuerpos. No es necesario arrojar sus cadáveres putrefactos al mar. Es posible que no sea un buen hombre, pero soy lo suficientemente bueno para saber que esto es preferible.

—¿Qué sigue, capi?

Kye desliza su espada de regreso a su sitio y se posiciona junto a Madrid, mi segunda oficial. Como de costumbre, Kye está completamente vestido de negro, con retazos de cuero y guantes que cubren sus manos hasta la punta de los dedos. Su cabello castaño claro está afeitado en ambos lados, como la mayoría de los hombres de Omorfiá, donde la estética se valora por encima de todo lo demás.

Lo cual, en el caso de Kye, también incluye la moral. Por fortuna para él, y tal vez para todos nosotros, Madrid es una experta en obligar que seamos decentes. Para una asesina entrenada, es extrañamente ética, y su relación ha logrado evitar que Kye resbale incluso en las pendientes más pronunciadas.

Lanzo a Kye una sonrisa. Me gusta que me llamen capi. Capitán. Cualquier cosa que no sea Majestad, Mi Príncipe, *Su Alteza Real Sir Elian Midas*. Lo que sea que a los devotos les encanta proferir en medio de constantes reverencias. Capi se acopla conmigo de una manera que mi título jamás lo hará. Soy mucho más pirata que príncipe.

Comencé cuando tenía quince años, y durante los últimos cuatro no he conocido nada como conozco el océano. Cuando estoy en Midas, me duele el cuerpo por el sueño. Hay una fatiga constante que acompaña los actos de un príncipe, donde incluso las conversaciones con la gente de la corte, que supone que soy uno de ellos, se vuelven demasiado tediosas como para permanecer despierto. Cuando estoy a bordo del *Saad*, apenas duermo. Nunca estoy cansado. Hay un constante zumbido vibrante. Descargas como rayos que atraviesan mis venas. Estoy alerta, siempre, y tan lleno de ansiosa excitación que, mientras el resto de mi tripulación duerme, me recuesto en la cubierta y cuento las estrellas.

Creo formas con ellas, y me relato historias. De todos los lugares en los que he estado y en donde estaré. De los mares y océanos que aún debo visitar, y los hombres que debo reclutar y los demonios que debo aniquilar. La emoción nunca se detiene, ni siquiera cuando los mares se vuelven letales. Ni siquiera cuando escucho la familiar canción que sacude mi alma y me hace creer en el primer amor. El peligro sólo me hace más ávido.

Como Elian Midas, príncipe heredero del trono de Midas, soy un aburrido. Mis conversaciones versan sobre el Estado y la riqueza, a qué banquete debo asistir y qué dama tiene el vestido más fino y si hay alguna que yo considere interesante. Cada vez que desembarco en Midas y me veo obligado a representar mi parte, siento que pierdo el tiempo. Un mes, una semana, un día que no puedo recuperar. Una oportunidad perdida, o una vida no salvada. Alguien más de la realeza que podría haber alimentado a la Perdición de los Príncipes.

Pero cuando soy tan sólo Elian, capitán del *Saad*, me transformo. En el momento en que el barco atraca en una isla que yo haya elegido para pasar el día, mientras tenga mi tripulación, soy yo mismo. Beber hasta marearme y



bromear con mujeres cuya piel sea cálida y llena de hazañas. Mujeres que huelen a rosas y cebada y que, cuando escuchan que soy un príncipe, ríen y me dicen que eso no me ganará una bebida gratis.

—¿Capi? —pregunta Kye—. Indica la jugada.

Subo los escalones de la cubierta del castillo de proa, saco el catalejo dorado de la presilla de mi cinturón y lo presiono contra mis ojos bordeados de *kohl*. En el borde del bauprés, veo el océano. Kilómetros y kilómetros. Eones, incluso. Sólo agua clara. Relamo mis labios, hambriento de emoción.

Hay realeza en mí, pero con más fuerza que eso, hay aventuras. Indecoroso, había dicho mi padre, que el heredero de Midas tuviera un cuchillo oxidado, o que zarpara a aguas abiertas y desapareciera durante meses, o que tuviera diecinueve años y aún no tenga una esposa adecuada, o que llevara sombreros en forma de triángulo y trapos con hilos sueltos en lugar de hilo de oro.

Indecoroso ser un pirata y un cazador de sirenas en lugar de un príncipe.

Suspiro y me giro para enfrentar el arco. Demasiado mar pero, a la distancia, aún lejos para distinguirla, hay tierra. Es la isla de Midas. Mi hogar.

Miro a mi tripulación. Doscientos marineros y guerreros que entienden que mi búsqueda es honorable y valiente. No piensan en mí como aquellos de la corte, que escuchan mi nombre e imaginan a un joven príncipe que necesita explorar más allá de su entorno. Estos hombres y mujeres escucharon mi nombre y prometieron su eterna lealtad.

—De acuerdo, ustedes, mollejas de sirena —les llamo—, giren la dama a la izquierda.

Mi equipo ruge en señal de aprobación. En Midas, me aseguro de que los mimen con tanta bebida y comida como deseen. Estómagos satisfechos y camas con sábanas de seda. Mucho más lujosas que aquéllas en donde están acostumbrados a dormir en el *Saad*, o las camas de posadas rellenas de heno que encontramos en las tierras por donde pasamos.

—Mi familia querrá ver cómo nos ha ido —digo—. Iremos a casa.

Se escucha el estruendo de pies golpeando. Aplauden triunfantes ante el anuncio. Sonrío y decido mantener la alegría en mi rostro. No vacilaré. Es una parte clave de mi personalidad: nunca molesto, enojado o abatido. Siempre a cargo de mi propia vida y destino.

La nave gira a estribor, oscilando en un amplio círculo mientras mi

tripulación corretea por la cubierta, ansiosa por regresar a Midas. No todos son nativos; algunos vienen de reinos vecinos como Armonía o Adékaros. Países de los que se aburrieron, o aquellos que fueron arrojados al caos después de la muerte de sus príncipes. Pertenecen a todos los lugares y sus hogares están en ningún lugar, pero hacen de Midas su morada porque es la mía. Incluso si es una mentira. Mi tripulación es mi familia y aunque nunca podría decirlo, quizá ni siquiera sea necesario decirlo, el *Saad* es mi verdadero hogar.

A donde nos dirigimos ahora es tan sólo otra parada más.

## CUATRO

En Midas, el mar resplandece dorado. Por lo menos, ésa es la ilusión. En realidad, es tan azul como cualquier otro, pero la luz crea ilusiones. Ilusiones inexplicables. La luz puede mentir.

Las torres del castillo se levantan sobre la tierra, construidas en la más alta pirámide, hecha de oro puro, y cada piedra y ladrillo es una brillante extensión de la luz del sol. Las estatuas se dispersan en el horizonte y, en las ciudades cercanas a la ladera, las casas están pintadas del mismo tono. Las calles y los adoquines brillan de amarillo, de modo que cuando el sol golpea el mar, éste centellea en un reflejo inconfundible. Es sólo durante los momentos más oscuros de la noche que se puede ver el verdadero azul del mar de Midas.

Como príncipe de Midas, se supone que mi sangre está compuesta del mismo oro. Cada tierra de los cien reinos tiene sus propios mitos y fábulas para su realeza: los dioses tallaron a la familia Págos de la nieve y el hielo. Cada generación está dotada de cabello como leche y labios tan azules como los cielos. Los miembros de la realeza de Eidýllio son los descendientes del Dios del Amor, por lo que cualquiera que sea tocado por ellos encontrará a su alma gemela. Y los monarcas de Midas fueron creados de oro.

La leyenda dice que toda mi familia sólo sangra tesoros. Por supuesto, he sangrado mucho a lo largo de mi vida: las sirenas pierden la calma cuando cambian el papel de cazador a presa, y sus uñas se han incrustado en mis brazos. Mi sangre ha sido derramada con más frecuencia que la de cualquier príncipe, y puedo dar fe del hecho de que nunca ha sido de oro.

Mi tripulación lo sabe. Han sido ellos quienes han limpiado mis heridas y

cosido mi piel. Sin embargo, prolongan la leyenda y ríen y asienten de manera sospechosa cada que la gente habla de mi sangre dorada. Nunca traicionarían el secreto de mi ordinariez.

—Por supuesto —Madrid dirá a cualquiera que pregunte—. El capi está hecho de las partes más puras del sol. Verlo sangrar es como mirar los ojos de los dioses.

Kye siempre se inclinará y bajará la voz de la manera en que sólo alguien que conoce todos mis secretos podría hacerlo.

—Las mujeres, después de haber estado con él, lloran lágrimas de metal líquido durante una semana. La mitad por extrañar terriblemente sus caricias, y la otra para recuperar su orgullo.

—Sí —agrega Torik siempre—. Y también defeca arcoíris.

Me detengo en el castillo de proa del *Saad*, anclado en los muelles de Midas. Me inquieta la idea de poner mis pies en tierra firme después de tantas semanas. Siempre es así. Más extraña todavía es la idea de que tendré que dejar las partes más auténticas de mí en el *Saad* antes de dirigirme a la pirámide y a mi familia. Ha pasado casi un año desde que partí, y aunque los he echado de menos, parece no haber sido suficiente tiempo.

Kye permanece a mi lado. El resto de la tripulación ha empezado a caminar, como un ejército en marcha hacia el palacio, pero él rara vez se aparta de mi lado a menos que se lo pida. Mi contramaestre, mi mejor amigo, mi guardaespaldas. Él nunca admitiría esto último, aunque mi padre le ofreció dinero suficiente para el cargo. Por supuesto, para ese momento Kye ya había sido parte de mi equipo el tiempo suficiente para saber que era inútil intentar salvarme, y mi amigo lo suficiente para estar dispuesto a intentarlo.

Aun así, tomó el oro. Tomaba la mayoría de las cosas sólo porque podía hacerlo. Era parte del trabajo de ser hijo de un diplomático. Si Kye iba a decepcionar a su padre uniéndose a mí en una cacería de sirenas en lugar de pasar una vida en la política y las negociaciones entre los reinos, entonces no lo haría a medias. Tiraría lo que tenía dentro. Después de todo, la amenaza de ser desheredado ya se había cumplido.

Alrededor de mí, todo resplandece. Los edificios, los pavimentos y hasta los muelles. En lo alto, cientos de pequeñas linternas de oro flotan camino a los cielos, celebrando mi regreso a casa. El consejero de mi padre proviene de la



tierra de los adivinos y los profetas, así que siempre sabe cuándo estoy a punto de regresar. Cada vez, los cielos danzan con linternas encendidas, enjoyadas, al lado de las estrellas.

Percibo el familiar aroma de mi tierra natal. Midas siempre parece oler a fruta. Tantos tipos diferentes y todos a la vez. La pulpa molida de las peras mantequilla y los melocotones mezclada con el dulce brandy de los albaricoques. Y debajo, el ligero olor de regaliz, que viene del *Saad* y, muy probablemente, de mí.

—Elian —Kye pasa un brazo por encima de mi hombro—, deberíamos irnos si queremos comer algo esta noche. Sabes que ese montón no nos dejará ningún alimento si les damos la oportunidad.

Río, pero suena más como un suspiro.

Me quito el sombrero. Ya cambié mi atuendo marino por el único traje respetable que tengo a bordo de mi barco. Una camisa color crema, con botones en lugar de lazos, y pantalones azul medianoche sostenidos por un cinturón dorado. No del todo idóneo para un príncipe, pero tampoco para un pirata. Incluso quité el escudo de mi familia de la delgada cadena que rodea mi cuello y lo coloqué en mi pulgar.

—De acuerdo —engancho mi sombrero sobre el timón de la nave—, será mejor que terminemos con esto.

—No será tan malo —Kye anuda el cuello de su camisa—. Quizá te encuentres disfrutando las reverencias. Podrías incluso abandonar el barco y dejarnos a todos varados en la tierra dorada —se acerca y despeina mi cabello—. No sería tan malo —añade—. Me gusta bastante el oro.

—Un verdadero pirata —lo empujo sin entusiasmo—, pero puedes sacarte esa idea de la cabeza. Iremos al palacio, asistiremos al baile que, sin duda, se realizará en mi honor, y habremos partido antes de que termine la semana.

—¿Un baile? —las cejas de Kye se levantan—. Qué honor, Majestad —se inclina en una reverencia, con una mano en su estómago.

Lo empujo de nuevo. Más fuerte.

—Dioses —me estremezco—. Por favor, no.

Nuevamente se inclina, aunque esta vez apenas puede evitar reírse.

—Como lo desee, Su Alteza.



Mi familia se encuentra en el salón del trono. La cámara está decorada con bolas flotantes de oro, banderas impresas con el escudo de Midas y una gran mesa repleta de joyas y regalos. Obsequios de la gente para celebrar el regreso de su príncipe.

Después de haber dejado a Kye en el comedor, observo a mi familia desde la puerta, no del todo listo para anunciar mi presencia.

—No es que no crea que se lo merece —dice mi hermana.

Amara tiene dieciséis años, sus ojos son como *molokhia* y su cabello tan negro como el mío, casi siempre salpicado de oro y piedras preciosas.

—Es sólo que no creo que él lo quiera —Amara sostiene un brazalete de oro en forma de hoja y se lo presenta al rey y a la reina—. En serio —argumenta—, ¿pueden ver a Elian usándolo? Le estoy haciendo un favor.

—¿Robar es un favor ahora? —pregunta la reina. Las trenzas a cada lado de su flequillo se balancean mientras se gira hacia su esposo—. ¿La enviaremos a Kléftes para que viva con el resto de los ladrones?

—No soñaría con eso —dice el rey—. Envía a mi pequeño demonio allí y lo verán como un acto de guerra cuando ella robe el anillo con el escudo.

—Tonterías —finalmente entro a la habitación—, ella sería lo suficientemente inteligente para ir por la corona primero.

—¡Elian!

Amara corre hacia mí y arroja sus brazos alrededor de mi cuello. Devuelvo el abrazo y la levanto del piso, tan emocionado como ella de verla.

—¡Estás en casa! —dice, una vez que la coloco de nuevo en el suelo.

La miro con fingido pesar.

—Tengo aquí cinco minutos y ya estás planeando robarme.

Amara me da un golpe en el estómago.

—Sólo un poco.

Mi padre se levanta de su trono y sus dientes brillan contra su piel oscura.

—Hijo mío.

Me envuelve en un abrazo y me da una palmada en cada hombro. Mi madre desciende los escalones para unirse a nosotros. Ella es muy pequeña, apenas alcanza el hombro de mi padre, y sus rasgos son delicados y elegantes. Lleva el

cabello a la altura de su barbilla, y sus ojos son verdes y felinos, cubiertos por mechones negros que acarician sus sienes.

El rey es su opuesto en todos los sentidos. Grande y musculoso, con una barba de candado adornada con cuentas. Sus ojos son de un marrón a tono con su piel, y su mandíbula es aguda y cuadrada. Con el Midas hierático decorando su rostro, se ve exactamente igual que el guerrero.

Mi madre sonríe.

—Estábamos empezando a preocuparnos de que nos hubieras olvidado.

—Sólo por un breve instante —beso su mejilla—. Los recordé tan pronto como atracamos. Vi la pirámide y pensé: *Oh, mi familia vive allí. Recuerdo sus rostros. Espero que hayan comprado un brazalete para celebrar mi regreso* —le lanzo una sonrisa a Amara y ella me golpea de nuevo.

—¿Has comido? —pregunta mi madre—. Hay todo un festín en el salón de banquetes. Creo que tus amigos están allí ahora.

Mi padre gruñe.

—Sin duda, devorando todo salvo nuestros utensilios.

—Si querías que se comieran los cubiertos, los hubieras hecho tallar de queso.

—En serio, Elian —mi madre golpea mi hombro y luego levanta su mano para apartar el cabello de mi frente—. Te ves tan cansado —dice.

Tomo su mano y la beso.

—Estoy bien. Eso es exactamente lo que dormir en un barco le hace a un hombre.

En realidad, no creo que me viera cansado hasta el momento en que me alejé del *Saad* en dirección al cemento pintado de oro de Midas. Un solo paso y perdí toda mi energía.

—Deberías intentar dormir en tu propia cama por más de unos pocos días al año —dice mi padre.

—Radamés —mi madre lo reprende—, no empieces.

—¡Tan sólo estoy hablando con el chico! No hay nada allá fuera salvo el océano.

—Y sirenas —le recuerdo.

—¡Ja! —su risa es un bramido—. Y tu trabajo es buscarlas, ¿cierto? Si no tienes cuidado, nos dejarás como Adékaros.

Arrugo la frente.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tu hermana tendría que ocupar el trono.

—No tendremos que preocuparnos, entonces —lanzo mi brazo alrededor de Amara—. Definitivamente sería una mejor reina que yo.

Amara sofoca una risa.

—Tiene dieciséis años —mi padre me reprende—. A una niña se le debe permitir vivir su vida sin preocuparse por un reino entero.

—Oh —cruzo mis brazos—, a ella se le debe permitir, pero a mí no.

—Eres el mayor.

—¿En serio? —finjo que reflexiono al respecto—. Pero tengo un brillo tan juvenil.

Mi padre abre la boca para responder, pero mi madre coloca suavemente una mano sobre su hombro.

—Radamés —dice ella—, creo que es mejor que Elian duerma un poco. El baile de mañana hará que sea un día largo, y en verdad se ve cansado.

Presiono mis labios en una sonrisa tensa y hago una reverencia.

—Por supuesto —digo, y me disculpo.

Mi padre nunca ha entendido la importancia de mi labor, pero cada vez que regreso a casa, me arrullo con la idea de que quizá, sólo por una vez, él será capaz de poner su amor por mí por encima del que siente por su reino. Pero teme por mi seguridad porque eso afectaría la corona. Él ya ha pasado demasiados años preparando a la gente a fin de que me acepte como su futuro soberano para cambiar las cosas ahora.

—¡Elian! —me llama Amara.

La ignoro y continúo caminando con largos y rápidos pasos, sintiendo cómo la ira burbujea en mi piel, sabiendo que la única manera de enorgullecer a mi padre es renunciar a lo que soy.

—Elian —dice, con más firmeza—. Correr no es propio de una princesa. Y si lo es, haré un decreto entonces para que no lo sea, si alguna vez soy reina.

A regañadientes, me detengo y la miro. Ella suspira aliviada y se apoya contra la pared tallada con glifos. Se ha quitado los zapatos, y sin ellos es incluso más baja de lo que recuerdo. Sonríe, y cuando ella se da cuenta, frunce el ceño y golpea mi brazo. Me estremezco y estiro mi mano hacia la suya.

—Lo fastidias —dice, tomándome del brazo.

—Él me fastidia primero.

—Serás un buen diplomático con todos estos argumentos que tienes para debatir.

Sacudo la cabeza.

—No, si tú ocupas el trono.

—Al menos así me quedaría con el brazalete —me empuja con el codo—. ¿Cómo estuvo tu viaje? ¿Cuántas sirenas mataste como el gran pirata que eres?

Dice esto con una sonrisa de satisfacción, sabiendo muy bien que nunca le contaré sobre mi estancia en el *Saad*. Comparto muchas cosas con mi hermana, pero nunca cómo se siente ser un asesino. Me gusta la idea de que Amara me vea como un héroe, y los asesinos son villanos muy a menudo.

—Apenas alguna —digo—. Estaba tan lleno de ron que apenas pensé en eso.

—Eres bastante mentiroso —dice—. Y por bastante, quiero decir bastante malo.

Nos detenemos fuera de su habitación.

—Y tú eres bastante curiosa —digo—. Eso es nuevo.

Amara ignora esto.

—¿Vas al salón de banquetes para encontrarte con tus amigos? —pregunta.

Niego con la cabeza. Los guardias se asegurarán de que mi tripulación encuentre buenas camas para pasar la noche, y estoy demasiado cansado para cubrirme con otra ronda de sonrisas.

—Me voy a la cama —digo—. Como la reina ordenó.

Amara asiente, se pone de puntillas y besa mi mejilla.

—Te veré mañana —dice—. Y puedo preguntarle a Kye sobre tus hazañas. No creo que un diplomático le mienta a una princesa —con una sonrisa juguetona, se dirige a su habitación y cierra la puerta detrás de ella.

Me detengo por un momento.

No me gusta mucho la idea de que mi hermana intercambie historias con mi tripulación, pero al menos puedo confiar en que Kye cuente sus historias con menos muerte y sangre. Él es imaginativo, pero no estúpido. Sabe que no me comporte como un príncipe debería, al igual que él no se comporta como debería hacerlo un hijo de diplomático. Es mi mayor secreto. La gente me conoce como el cazador de sirenas, y aquéllos en la corte pronuncian esas palabras con

diversión y cariño: *Oh, príncipe Elian, intentando salvarnos a todos.* Si entendieran lo que se necesita, los horribles y repugnantes gritos de las sirenas. Si vieran los cadáveres de las mujeres en mi cubierta antes de que se disuelvan en espuma de mar, entonces mi gente no me miraría con tanto cariño. Ya no sería un príncipe para ellos, y por mucho que lo desee, sé que no debe ser así.

## CINCO

El palacio de Keto se encuentra en el centro del mar Diábolos y siempre ha sido el hogar de la realeza. Aunque los humanos tienen reyes y reinas en cada grieta de la tierra, el océano posee una sola gobernante. Una reina. Ésta es mi madre, y un día lo seré yo.

Un día cercano. No es que mi madre sea demasiado vieja para gobernar. Aunque las sirenas vivamos cien años, después de algunas décadas dejamos de envejecer, y pronto las hijas lucen como sus madres y las madres como hermanas, y se hace difícil saber qué edad tiene alguien en realidad. Ésta es otra razón por la que contamos con la tradición de los corazones: la edad de una sirena nunca está determinada por su rostro, sino por la cantidad de vidas que ha robado.

Ésta es la primera vez que rompo esa tradición y mi madre está furiosa. Mirándome por encima del hombro, la Reina del Mar es tan tiránica. Para un extraño, podría parecer incluso infinita, como si su reinado nunca pudiera llegar a su fin. No parece que perderá su trono en unos cuantos años.

Como es costumbre, la Reina del Mar deja su corona una vez que reúne sesenta corazones. Sé el número exacto que mi madre ha escondido en la bóveda bajo los jardines del palacio. Antes, los anunciaba cada año, orgullosa de su creciente colección. Pero dejó de proclamarlos cuando alcanzó los cincuenta. Dejó de contar o, por lo menos, de decirle a la gente que lo hacía. Pero yo nunca me detuve. Cada año contaba los corazones de mi madre con la misma rigurosidad con la que sumaba los míos. Así puedo saber que sólo le quedan tres años antes de que la corona sea mía.

—¿Cuántos son ahora, Lira? —pregunta la Reina del Mar, cerniéndose sobre mí.

De mala gana, inclino la cabeza. Kahlia se detiene a mis espaldas, y aunque no puedo verla, sé que está atenta.

—Dieciocho —respondo.

—Dieciocho —reflexiona la Reina del Mar—. Qué gracioso que tengas dieciocho corazones, cuando tu cumpleaños no es sino hasta dentro de dos semanas.

—Lo sé, pero...

—Déjame decirte lo que yo sé —la reina se sienta en su trono de esqueleto—. Se suponía que debías llevar a tu prima para que obtuviera su decimoquinto corazón, y de alguna manera eso resultó ser demasiado difícil.

—No especialmente —digo—, sí la llevé.

—Y también tomaste algo para ti.

Sus tentáculos se extienden alrededor de mi cintura y me jalan hacia ella. En un instante, siento el crujido de mis costillas.

Cada reina comienza como sirena, y cuando la corona pasa a ella, su magia le roba las aletas y deja en su lugar poderosos tentáculos que mantienen la fuerza de los ejércitos. Se vuelve más calamar que pez, y con esa transformación viene la magia, inflexible y grandiosa. Suficiente para dar forma a los mares a su capricho. La Reina del Mar y la Bruja del Mar, ambas.

Nunca conocí a mi madre como sirena, pero no puedo imaginar que alguna vez se haya visto normal. Ella luce símbolos ancestrales y runas tatuadas en rojo sobre su estómago, que se extienden hasta sus pómulos gloriosamente tallados. Sus tentáculos son negros y escarlata y se difuminan como sangre derramada en tinta, y sus ojos hace mucho tiempo se convirtieron en rubíes. Incluso su corona es un magnífico tocado que termina en pico en los cuernos sobre su cabeza y fluye como extremidades por su espalda.

—No voy a cazar en mi cumpleaños para compensarlo —concedo sin aliento.

—Oh, pero sí lo harás —la reina acaricia su tridente negro. Un solo rubí, como sus ojos, brilla en medio de la lanza—. Porque hoy nunca sucedió. Porque nunca me desobedecerías ni menoscabarías mi autoridad de ninguna manera. ¿Lo harías, Lira?

Aprieta mis costillas con más fuerza.



—Por supuesto que no, madre.

—¿Y tú? —la reina dirige su atención hacia Kahlia, y yo intento ocultar cualquier señal de zozobra. Si mi madre viera preocupación en mis ojos, sería otra debilidad más que ella podría explotar.

Kahlia nada hacia adelante. Su cabello está recogido detrás de su rostro por un lazo de algas marinas, y sus uñas todavía están cubiertas con pedazos de la reina de Adékaros. Inclina la cabeza en lo que algunos podrían interpretar como una muestra de respeto. Pero yo sé que no lo es. Kahlia nunca mira a la Reina del Mar a los ojos, porque si lo hiciera, entonces mi madre sabría exactamente lo que mi prima piensa de ella.

—Pensé que ella sólo lo mataría —dice Kahlia—. Nunca pensé que tomaría su corazón también.

Es una mentira y me alegro.

—Bueno, cuán perfectamente estúpido es que no conozcas a tu prima —mi madre la mira con avidez—. No estoy segura de pensar en un castigo lo suficientemente desagradable para una idiotez tan absoluta.

Aprieto una mano contra el tentáculo que sujeta mi cintura.

—Cualquiera que sea el castigo —digo—, yo lo tomaré.

La sonrisa de mi madre se crispa, y sé que está pensando en todas las formas en que esto me hace indigna de ser su hija. Aun así, no puedo evitarlo. En un océano de sirenas que sólo cuidan de sí mismas, proteger a Kahlia se ha convertido en un acto reflejo desde el día en que ambas fuimos forzadas a ver morir a su madre. Y he continuado a lo largo de los años, mientras la Reina del Mar ha intentado moldear a Kahlia y a mí y las perfectas descendientes de Keto, tallando nuestros filos de la manera correcta para que ella pudiera admirarlos. Es un espejo de una infancia que preferiría olvidar.

Kahlia es como yo. Demasiado como yo, tal vez. Y aunque es lo que hace que la Reina del Mar la odie, también es la razón por la que yo elijo cuidarla. Me he quedado a su lado, resguardándola de las partes más crueles de mi madre. Proteger ahora a mi prima ya no es una decisión, es instinto.

—Qué amable de tu parte —dice la Reina del Mar con una sonrisa desdeñosa—. ¿Es por todos esos corazones que has robado? ¿Tomaste algo de su humanidad, también?

—Madre...

—Tal lealtad a una criatura que no es tu reina —suspira—. Me pregunto si ésta es la forma en que te comportas con los humanos también. Dime, Lira, ¿lloras por sus corazones rotos?

Ella me suelta, asqueada. Odio en lo que me convierto ante su presencia: trivial e indigna de la corona que voy a heredar. En sus ojos, veo mi fracaso. No importa cuántos príncipes cace, nunca seré el tipo de asesina que ella es.

Todavía no soy lo suficientemente fría para el océano que me dio a luz.

—Dámelo para que podamos seguir adelante —dice la Reina del Mar con impaciencia.

Arrugo la frente.

—Dártelo —repito.

La reina extiende su mano.

—No tengo todo el día.

Me toma un momento darme cuenta de que se refiere al corazón del príncipe que maté.

—Pero... —sacudo la cabeza— es *mío*.

¡Qué increíblemente infantil me he vuelto!

Los labios de la Reina del Mar se curvan.

—Me lo vas a dar —dice—. Ahora mismo.

Al ver la expresión de su rostro, me giro y nado hacia mi habitación sin decir una palabra más. Allí, el corazón del príncipe yace enterrado junto a otros diecisiete. Con cuidado, excavo a través de la teja recién colocada y saco el corazón. Está encostrado en arena y sangre y todavía se siente cálido entre mis manos. No me detengo a pensar en el dolor que me dará esta pérdida antes de volver a nadar y presentárselo a ella.

La Reina del Mar lanza un tentáculo y arrebató el corazón de mi palma abierta. Por un momento, me mira a los ojos, evaluando cada una de mis reacciones. Saboreando el momento. Y luego aprieta.

El corazón explota en una espantosa masa de sangre y carne. Las partículas diminutas flotan como pelusa del océano. Algunas se disuelven. Otras caen al fondo como plumas. Disparos se agolpan en mi pecho, me sacuden como remolinos mientras me arrebatan la magia del corazón. Las sacudidas son tan fuertes que mis aletas se rasgan con el caparazón de un caracol cercano. Mi sangre brota junto con la del príncipe.

La sangre de una sirena no se parece en nada a la humana. En primer lugar, porque es fría. En segundo, porque se quema. La sangre humana fluye y gotea y forma charcos, pero la de las sirenas crea ampollas, burbujea y se derrite a través de la piel.

Caigo al suelo y araño la arena tan profundamente que mi dedo apuñala una roca y ésta rompe mi uña de tajo. Estoy sin aliento, jadeando en grandes bocanadas de agua y luego asfixiándome, un instante después. Creo que me estoy ahogando, y casi me río al pensarlo.

Una vez que una sirena roba un corazón humano, se une a él. Es un tipo de magia ancestral que no puede romperse fácilmente. Al tomar el corazón, absorbemos su poder, robando lo que haya sido la juventud y la vida que el humano haya dejado atrás y vinculándolo a nosotras. El corazón del príncipe de Adékaros está siendo arrancado de mí, y cualquier poder que tenga se filtra al océano ante mis ojos. En la nada.

Me levanto temblando. Mis miembros se sienten tan pesados como el hierro y mis aletas palpitán. Las gloriosas algas rojas que cubren mis pechos todavía están enroscadas a mi alrededor, pero algunas hebras se han aflojado y cuelgan lánguidas sobre mi vientre. Kahlia se da vuelta para evitar que mi madre vea la angustia en su rostro.

—Maravilloso —dice la reina—. Tiempo para el castigo.

Ahora sí río. Mi garganta se siente áspera, e incluso el sonido de mi voz, tan forjado con magia, me quita energía. Me siento más débil que nunca.

—¿Eso no fue un castigo? —escupo—. ¿Extraer así el poder de mí?

—Fue el castigo perfecto —dice la Reina del Mar—. No creo que pudiera haber pensado en una mejor lección para ti.

—Entonces, ¿qué más sigue?

Ella sonríe y muestra sus colmillos de marfil.

—El castigo de Kahlia —dice—. A petición tuya.

Siento la pesadez en mi pecho otra vez. Reconozco el terrible brillo en los ojos de mi madre, dado que es una mirada que heredé. Una que odio ver en alguien más, porque sé exactamente lo que significa.

—Estoy segura de que puedo pensar en algo apropiado —la reina se pasa la lengua por los colmillos—. Algo para enseñarte una valiosa lección sobre el poder de la paciencia.

Lucho contra el impulso de burlarme, a sabiendas de que no saldrá nada bueno de eso.

—No me mantengas en suspenso.

La Reina del Mar se dirige hacia mí.

—Siempre disfrutaste el dolor —dice.

Es el mayor cumplido que puede darme, así que sonrío de una manera repugnantemente agradable y respondo:

—El dolor no siempre duele.

La Reina del Mar me lanza una mirada despectiva.

—¿En verdad? —sus cejas se tensan y mi arrogancia vacila un poco—. Si así es como te sientes, entonces no tengo más remedio que decretar que, para tu cumpleaños, tendrás la oportunidad de infligir todo el dolor que quieras cuando robes tu próximo corazón.

La miro con cautela.

—No entiendo.

—Sólo —continúa la reina— que en lugar de los príncipes a los que eres tan adepta a atrapar, agregarás un nuevo tipo de trofeo a tu colección —su voz es tan malvada como jamás ha sido la mía—. Tu corazón de dieciocho años pertenecerá a un marinero. Y en la ceremonia de tu cumpleaños, con todo nuestro reino presente, lo exhibirás, como lo has hecho con tus trofeos.

Miro a mi madre, mientras muerdo mi lengua con tanta fuerza que mis dientes casi se unen.

Ella no quiere castigarme, quiere humillarme. Mostrarle a un reino cuyo miedo y lealtad me he ganado que no soy diferente a ellos. Que no sobresalgo. Que no soy digna de tomar su corona.

He pasado mi vida intentando ser justo lo que mi madre deseaba, la peor de todas nosotras, en un esfuerzo por demostrar que soy digna del tridente. Me convertí en la Perdición de los Príncipes, un título que me define en todo el mundo. Para el reino, para mi madre, soy despiadada. Y esa falta de compasión hace que todas y cada una de las criaturas del mar estén seguras de que puedo reinar. Ahora mi madre quiere arrebatarme eso. No sólo mi nombre, sino la fe del océano. Si no soy la Perdición de los Príncipes, entonces no soy nada. Sólo una princesa que hereda una corona en lugar de ganarla.

## SEIS

—No recuerdo la última vez que lo vi así.

—¿Que me viste cómo?

—Arreglado.

—Arreglado —repito mientras ajusto el cuello de mi camisa.

—Guapo —dice Madrid.

Arqueo una ceja.

—¿No soy guapo siempre?

—No está limpio siempre —dice ella—. Y su cabello no siempre está tan...

—¿Arreglado?

Madrid enrolla las mangas de su camisa.

—Principesco.

Sonrío y me miro en el espejo. Mi cabello está pulcramente peinado hacia atrás y cada mota de polvo fue eliminada para que no quedara ni un gramo de océano sobre mí. Llevo una camisa de vestir blanca con cuello alto y una chaqueta dorada oscura que se siente como seda contra mi piel. Probablemente porque es seda. El escudo de mi familia se posa incómodamente en mi pulgar y en cada pieza de oro que porto, que parecen resplandecer con más brillo.

—Tú te ves igual que siempre —le digo a Madrid—. Sólo sin las manchas de barro.

Me da un puñetazo en el hombro y ata su cabello de medianoche con un pañuelo, revelando el tatuaje de Kléftes en su mejilla. Es la marca para los niños secuestrados por los barcos de esclavos y obligados a ser asesinos a sueldo. Cuando la encontré, Madrid acababa de comprar su libertad a punta de pistola.

Al llegar a la puerta, Kye y Torik aguardan. Al igual que Madrid, no lucen diferentes. Torik lleva sus pantalones cortos deshilachados sobre las rodillas, y Kye sus mejillas afiladas y una sonrisa hecha para el engaño. Sus rostros están más limpios, pero nada más ha cambiado. Son incapaces de pretender ser alguien más. Envidio eso.

—Ven con nosotros —dice Kye, mientras entrelaza sus dedos con los de Madrid. Ella mira fijamente la inusual muestra de afecto y se separa para alisar su cabello. Ambos son mucho mejores luchadores que amantes.

—Le gusta la taberna mucho más que este lugar —dice Madrid.

Es verdad. Una horda de mi tripulación ya se dirigió al Ganso Dorado, con suficiente oro para beber hasta que salga el sol. Todo lo que queda son mis tres más fieles.

—Es un baile organizado en mi honor —les digo—. No sería muy honorable de mi parte no aparecer.

—Tal vez ni siquiera se den cuenta —el cabello de Madrid se mueve salvajemente a sus espaldas mientras habla.

—Eso no es reconfortante.

Kye la empuja y ella lo lanza hacia atrás con el doble de fuerza.

—Basta —dice ella.

—Deja de ponerlo nervioso, entonces —responde él—. Dejemos que el príncipe ejerza como tal por una vez. Además, necesito un trago, y siento que estoy arruinando esta cristalina habitación tan sólo por estar parado aquí.

Asiento.

—Me siento peor sólo con mirarte.

Kye se acerca al sofá cercano y me arroja uno de los cojines bordado con hilos de oro con tan mala puntería que aterriza a mis pies. Lo pateo y trato de parecer castigador.

—Espero que arrojes tu cuchillo mejor que esto.

—Ninguna sirena se ha quejado todavía —dice—. ¿Estás seguro de que está bien que nos vayamos?

Miro en el espejo al príncipe que tengo delante. Inmaculado y frío, con apenas un destello en mis ojos. Como si fuera intocable y lo supiera. Madrid tenía razón: me veo principesco. Lo que quiere decir que me veo como un completo bastardo.

Me ajusto el cuello de nuevo.

—Seguro.



El salón de baile reluce como su propio sol. En todas partes brilla y centellea, tanto que si me concentro en algo específico, mi cabeza comienza a latir con fuerza.

—¿Cuánto tiempo planea tener sus pies en tierra?

Nadir Pasha, uno de nuestros más altos dignatarios, hace girar un vaso dorado de brandy. A diferencia de los otros Pashas con los que pasé la tarde en una conversación ociosa, fuera sobre rangos políticos o militares, él no es tan banal. Por eso, lo reservo siempre para el final cuando consulto con la corte. Las cuestiones de Estado son la cosa más alejada de su mente, sobre todo en esas ocasiones en que las copas de brandy son tan grandes.

—Sólo unos días más —digo.

—¡Qué aventurero! —Nadir da un sorbo a su bebida—. Qué alegría ser joven, ¿no?

Su esposa, Halina, alisa la parte delantera de su vestido esmeralda.

—Absolutamente.

—No es que tú o yo recordemos —remarca el Pasha.

—No es que te des cuenta —llevo la mano de Halina hasta mis labios—. Resplandeces con más brillo que cualquier tapiz que tengamos.

La intención de mi cumplido es fácil de reconocer, pero Halina hace una reverencia de cualquier forma.

—Gracias, Su Señoría.

—Es completamente asombroso lo lejos que llega para cumplir sus deberes —dice Nadir—. Incluso he escuchado rumores de todos los idiomas que se dice que habla. Sin duda, eso será de ayuda en las futuras negociaciones entre los reinos vecinos. ¿Cuántos son ahora?

—Quince —respondo—. Cuando era más joven, pensaba que podría aprender cada idioma de los cien reinos. Creo que he fallado de forma espléndida.

—¿De qué sirve eso, de cualquier forma? —pregunta Halina—. Apenas hay

una persona viva que no hable midasán. Estamos en el centro del mundo, Su Alteza. No vale la pena conocer a nadie que no se moleste en aprender el idioma.

—Tienes razón —Nadir asiente con rudeza—. Pero a lo que me refería en realidad, Su Alteza, era al lenguaje de *ellas*. El lenguaje prohibido —baja la voz un poco y se inclina, de modo que su bigote me hace cosquillas en la oreja—. *Psáriin*.

El lenguaje del mar.

—¡Nadir! —Halina golpea el hombro de su esposo, horrorizada—. ¡No deberías hablar de esas cosas! —se vuelve hacia mí—: Nos disculpamos por ofenderlo, Majestad —dice—. Mi marido no quiso insinuar que mancillaría su boca con semejante lenguaje. Ha bebido demasiado brandy. Las copas son más profundas de lo que parecen.

Asiento, no me siento ofendido. Es sólo un lenguaje después de todo, y aunque ningún humano puede hablarlo, tampoco ha dedicado su vida a cazar sirenas. No es descabellado imaginar que hubiera decidido agregar el dialecto de mi presa a mi colección. Incluso si está prohibido en Midas. Pero para hacerlo necesitaría mantener viva una sirena el tiempo suficiente para que me enseñara, y no está entre mis planes. Por supuesto, he recogido algunas palabras aquí y allá. *Arith*, aprendí rápidamente que quiere decir *no*, pero hay muchas más. *Dolofónos*. *Choíron*. Sólo puedo adivinar lo que significan. Insultos, maldiciones, súplicas. De alguna manera, es mejor no saberlo.

—No te preocupes —le digo a Halina—. No es lo peor de lo que alguien me haya acusado.

Ella se ve un poco nerviosa.

—Bueno —susurra con delicadeza—, la gente habla.

—No sólo acerca de usted —Nadir aclara con una fuerte exhalación—, sino sobre su trabajo. Es definitivamente apreciado, más aún considerando los recientes acontecimientos. Creo que nuestro rey estará orgulloso de tener a su hijo defendiendo nuestra tierra y las de nuestros aliados.

Mi frente se arruga ante la idea de que mi padre esté, aunque sea un poco, orgulloso de tener un cazador de sirenas como hijo.

—¿Qué acontecimientos recientes? —pregunto.

Halina suspira, aunque no parece sorprendida.

—¿No ha escuchado las historias sobre Adékaros?



Hay algo terrible en el aire. Justo ayer mi padre habló de Adékaros y de que, si no tenía cuidado, Midas terminaría igual.

Trago saliva e intento fingir indiferencia.

—Es difícil hacer un seguimiento de todas las historias que escucho.

—Es el príncipe Cristian —dice Halina con aire de complicidad—. Está muerto. Y también la reina.

—Asesinado —aclara Nadir—. Las sirenas abordaron su nave y no hubo nada que la tripulación pudiera hacer. Fue la canción, como usted comprenderá. El reino está en crisis.

La habitación se nubla. El oro, la música, los rostros de Nadir Pasha y Halina. Todo queda fuera de foco, sofocado. Por un instante, no sé si puedo respirar, mucho menos hablar. Nunca tuve mucho trato con la reina, pero cada vez que el *Saad* estaba cerca de Adékaros, atracábamos sin dudar y el príncipe Cristian nos recibía con los brazos abiertos. Se aseguraba de que la tripulación fuera alimentada y se unía a nosotros en la taberna para escuchar nuestras historias. Cuando partíamos, nos daba regalos. Muchos países lo hacen, pequeños presentes para los cuales nunca damos mucho uso, pero era diferente para Cristian. Él dependía de los escasos cultivos y préstamos de otros reinos para sobrevivir. Cada regalo que nos dio fue un sacrificio para él.

—Escuché que fue la Perdición de los Príncipes —Halina sacude la cabeza con compasión.

Aprieto los puños.

—¿Lo dice quién?

—La tripulación dijo que tenía el cabello tan rojo como el fuego del infierno —explica Nadir—. ¿Podría haber sido alguna otra?

Quisiera discutir la posibilidad, pero me estaría engañando. La Perdición de los Príncipes es el más grande monstruo que he conocido, y la única que ha escapado de la muerte una vez que la convertí en mi objetivo. He cazado incansablemente en los mares, en busca de ese cabello encendido del que he oído en tantas historias.

Nunca la he visto.

Empecé a pensar que sólo era un mito. Nada más que una leyenda para asustar a la realeza, para que no abandonara sus tierras. Pero cada vez que considero esa idea, otro príncipe aparece muerto. Es una razón más por la que no

puedo volver a Midas y ser el rey que mi padre desea. No puedo detenerme. No hasta que la haya matado.

—Por supuesto, ¿cómo podrían saberlo? —pregunta Halina—. No es el mes correcto para eso.

Me doy cuenta de que está diciendo la verdad. La Perdición de los Príncipes sólo ataca durante el mismo mes cada año. Si fue ella la que asesinó a Cristian, entonces se anticipó más de quince días. ¿Eso significa que cambió sus hábitos? ¿Que ningún príncipe está a salvo ningún día?

Mis labios se contraen.

—El mal no sigue un calendario —le digo, aunque este mal particular siempre había parecido seguirlo. A mi lado, alguien se aclara la garganta. Me vuelvo y veo a mi hermana. No estoy seguro de cuánto tiempo ha estado allí, pero la sonrisa amistosa en su rostro me lleva a suponer que ha escuchado la mayor parte de la conversación.

—Hermano —me toma del brazo—, ¿bailas conmigo?

Asiento, dando la bienvenida al descanso de esas convenciones correctas que el Pasha y su esposa parecen disfrutar. Ello me hace querer ser cualquier otra cosa antes que correcto.

—¿No hay pretendientes compitiendo por tu atención? —le pregunto a Amara.

—Ninguno que valga mi tiempo —responde—. Y ninguno que nuestros encantadores padres aprobarían.

—Ésos son los mejores.

—Intenta explicarlo cuando la cabeza del chico se encuentre en una guillotina.

Resoplo.

—Entonces será un placer —digo—. Sólo por salvar la vida de un pobre chico.

Me vuelvo hacia Nadir y Halina, y hago una rápida reverencia, luego dejo que mi hermana me lleve a la pista.

## SIETE

A pesar de su nombre, el Ganso Dorado es una de las pocas construcciones en Midas que no está pintada para igualarse con la pirámide. Las paredes son de corteza marrón y las bebidas siguen el mismo tono. La clientela no carece de brutalidad y, la mayoría de las noches, los pedazos de vidrio crujen bajo los pies y la sangre mancha las mesas empapadas de cerveza.

Es uno de mis lugares favoritos.

La dueña es Sakura y siempre ha sido tan sólo Sakura. Ningún apellido que alguien conozca. Es bonita y regordeta, con el cabello blanco cortado sobre las orejas y ojos rasgados y angulosos, del mismo color marrón de las paredes. Usa lápiz labial rojo lo suficientemente oscuro para cubrir sus secretos, y su piel es más pálida que cualquier cosa que haya visto. La mayoría de la gente supone que es de Págos, en donde hay nieve constante y poco sol. Una tierra tan fría que sólo los nativos pueden sobrevivir. Incluso se rumora que los habitantes de Págos rara vez migran a otros reinos porque consideran que el calor es sofocante. Sin embargo, no puedo recordar un momento en que Sakura no fuera dueña del Ganso Dorado. Parece haber estado siempre allí o, por lo menos, ha estado allí desde que comencé a visitar el lugar. Y a pesar de que es hermosa, también es tan cruel que ni ladrones ni delincuentes tratan de hacer algo en su contra.

Afortunadamente, le agrado a Sakura. Cada vez que estoy en Midas, es de conocimiento general que visitaré el Ganso Dorado, y ni siquiera los delincuentes pueden resistirse a la oportunidad de conocer al famoso príncipe pirata, ya sea para estrecharme la mano o para intentar engañarme con las cartas. Así que cuando la visito, Sakura me brinda una sonrisa que muestra sus dientes

rectos y lechosos, y me permite beber gratis. Un agradecimiento por atraer a más clientes. Eso también significa que mi tripulación puede quedarse mucho tiempo después de que cierra para discutir asuntos delicados en la oscuridad de la noche con gente que no me atrevo a llevar al palacio.

Sospecho que es porque a Sakura le gusta estar al tanto de mis secretos, pero eso no me molesta. Por más secretos que Sakura conozca de mí, yo sé muchos más acerca de ella. Y peores. Mientras ella puede elegir vender lo mejor de mí al mejor postor, yo he mantenido sus más valiosos misterios ocultos. A la espera del precio justo.

Esta noche, mi círculo interno se sienta alrededor de la retorcida mesa en el centro del Ganso Dorado y observa cómo el hombre extranjero frente a nosotros juguetea con los botones de las mangas de su camisa.

—Las historias no mienten —dice.

—Eso es la historia —dice Madrid—: un montón de mentiras creadas de chismes inútiles con demasiado tiempo en sus manos. ¿Cierto, capitán?

Me encojo de hombros y saco el reloj de bolsillo de mi saco para comprobar la hora. Es el único regalo de mi padre que no es de oro o nuevo o siquiera principesco. Es liso y negro, sin espirales o piedras brillantes que lo adornen, y en el interior de la tapa, contra la esfera del reloj, hay una brújula.

Supe que no se trataba de una reliquia familiar cuando mi padre me lo regaló, dado que todas las reliquias de Midas son de oro y nunca pierden su brillo, pero cuando le pregunté a mi padre de dónde venía el reloj, él simplemente respondió que me ayudaría a encontrar mi camino. Y es justo eso lo que hace. Porque la brújula no tiene cuatro puntos, sino dos, y ninguno representa los puntos cardinales. El norte es para la verdad y el sur para las mentiras, con un lugar muerto en medio que indica que cualquiera de ellas puede ser posible.

Es una brújula para separar a los mentirosos de los leales.

—Mi información es sólida —dice el hombre.

Es uno de los tantos que se acercaron a mí cuando el lugar estaba por cerrar, asegurando que tenía información para perseguir a la poderosa Perdición de los Príncipes. Hice correr la voz después del baile de que no me detendré hasta encontrarla, y cualquier pista que me conduzca a ella recibirá una gran recompensa. La mayoría de la información fue inútil. Descripciones del cabello ardiente de la sirena, conversaciones sobre sus ojos o los mares que al parecer

frecuente. Algunos incluso afirman conocer la ubicación del reino submarino de Keto; mi brújula fue rápida para descubrirlos. Además, sé dónde está el reino: el mar Diávolos. El único problema es que no sé dónde está el mar Diávolos. Y al parecer, nadie más lo sabe.

Pero este hombre despertó mi interés. Lo suficiente para que, llegada la medianoche, cuando Sakura anunció que estaba cerrando e hizo señas para que todos salieran, le hiciera un gesto con la cabeza de manera que ella procedió a cerrar las puertas conmigo y mi tripulación, y este extranjero, dentro, antes de dirigirse a la habitación trasera, para lo que sea que haga cuando el príncipe toma el control de su bar.

El hombre se vuelve hacia mí.

—Se lo digo, mi Príncipe —dice—. El cristal es tan real como yo.

Lo miro fijamente. Es diferente de la calaña habitual que frecuenta el Ganso Dorado, refinado de una manera forzosamente precisa. Su abrigo está confeccionado de terciopelo negro, su cabello está peinado en una pulcra cola de caballo y sus zapatos pulidos brillan contra las costrosas tablas del suelo. Pero también es extraordinariamente delgado, el lujoso abrigo engulle sus apretados hombros, y su piel oscura está enrojecida por el sol, como mi tripulación cuando han pasado demasiado tiempo en la cubierta después de un duro día de navegación.

Cuando el hombre golpea con impaciencia sus dedos sobre la mesa, los extremos de sus uñas mordidas se enganchan en las grietas de la madera.

—Dime más.

Torik levanta sus manos.

—¿Quiere llenar sus orejas con más basura?

Kye saca un pequeño cuchillo de su cinturón.

—Si en verdad es basura —dice, deteniéndose en el filo—, entonces obtendrá lo que se merece.

Me vuelvo hacia Kye.

—Guarda eso.

—Queremos mantenernos a salvo.

—Por eso te digo que lo guardes, no que lo tires.

Kye sonrío y vuelve a colocar el cuchillo en su cinturón.

Inclino mi copa hacia el hombre.

—Dime más.

—El Cristal de Keto traerá paz y justicia a nuestro mundo.

Una sonrisa tira de mis labios.

—¿Lo hará?

—Nos salvará a todos del fuego.

Relamo el licor de mis labios.

—¿Cómo funciona eso? —pregunto—. ¿Lo sostenemos con fuerza y pedimos un deseo a una estrella? ¿O tal vez debemos meterlo bajo nuestras almohadas e intercambiarlo con las hadas por buena suerte?

Kye vierte un poco de licor en un vaso pequeño.

—Sumérgelo en cera y enciéndelo para destruir las llamas de la guerra —dice, deslizando la copa hacia Madrid.

Ella ríe y lleva el vaso a sus labios.

—Béselo y tal vez se convierta en un príncipe que no diga tonterías como éstas —dice ella.

—O arrójelo a la pila de mierda de la que fue hecho —habla Torik, cuya cara perfectamente neutral sólo me hace reír más fuerte, hasta que el único sonido que se puede escuchar son nuestras carcajadas y los fuertes golpes de mi tripulación mientras palmea contra las mesas.

Entonces, en medio de todo, se escucha una voz mortalmente tranquila:

—Al matar a la Reina del Mar.

Dejo de reír.

Mi mirada regresa al hombre, y saco mi cuchillo del cinturón, sintiendo su sed de matar. Lentamente, lo llevo a su cuello.

—Repite eso.

Traga saliva mientras la punta de mi cuchillo presiona contra su yugular. Él debería estar asustado. *Se ve asustado*: entrecierra los ojos y sus manos incluso tiemblan cuando levanta su copa. Pero parece ensayado, porque cuando habla, su voz es suave. No hay señales de miedo. Es como si estuviera acostumbrado a tener un cuchillo en la garganta.

—El cristal fue creado para traer justicia a nuestro mundo al matar a la Reina del Mar —explica.

—¿Creado por quién? —pregunto.

—Por las familias originales —responde—. Eran los mejores magos de la

época, juntos acordaron los territorios del mundo y cada uno tomó un rincón para sí mismo para que pudieran tener paz y nunca volver a ser víctimas de las antiguas guerras fronterizas.

—Sí —digo, impaciente—. Todos somos conscientes de las familias originales. Es un cuento de hadas que todo niño de los cien reinos conoce —guardo mi cuchillo con un suspiro—. Incluso estos bribones.

—¡No es un cuento de hadas! —el hombre golpea la mesa con los puños—. Lo que esas historias nunca nos contaron es que las familias originales crearon la paz en la tierra, pero una batalla se libraba bajo la superficie. Una diosa gobernaba el océano y extendía su maldad en las aguas. Pronto, ella dio a luz hijas que se convirtieron en demonios. Criaturas monstruosas cuyas voces trajeron la muerte de los hombres.

—Sirenas.

El hombre asiente.

—Podían transformarse, existir en la tierra y debajo de ella. Bajo la regla de la diosa Keto, aterrorizaron a la humanidad, por lo que los cien magos combinaron su poder y declararon la guerra al océano. Después de una década de muertes, finalmente fueron capaces de destruir a Keto y debilitar a los monstruos que ella había creado. De sus restos, conjuraron un recuerdo que podría destruir a las sirenas para siempre.

—Si eso es cierto —digo—, ¿por qué no lo usaron entonces?

—Porque las sirenas también modelaron una piedra de los restos de Keto. Esto le dio a su nueva reina el poder de controlar a su especie, y ella prometió mantenerlas a raya. Incluso les quitó a las sirenas la habilidad de caminar en tierra como muestra de buena fe. Sin eso, ellas ya no eran una amenaza lo suficientemente grande para propiciar que las familias originales cometieran genocidio. Así que tuvieron piedad y establecieron un tratado. La tierra pertenecía a los humanos, y los mares a los demonios. Si alguno cruzaba el territorio de los otros, entonces sería un blanco legítimo. El cristal se mantuvo oculto para el día en que los cien reinos ya no pudieran honrar el acuerdo.

A mi alrededor, mi tripulación estalla en una risa burlona, pero apenas puedo escucharlos por encima del sonido de mi propio pulso cuando bajo la mirada hacia la cara de la brújula.

Norte.

Firmemente: la flecha no se mueve ni se balancea. La sacudo con incredulidad y cuando no tiembla, la golpeo contra la mesa. La flecha se mantiene donde está.

Norte.

Verdad.

Para entonces, mi tripulación ha reanudado sus burlas, criticando el mito y castigando al forastero por atreverse a llevar cuentos de hadas a su capitán. Algo en mí, justo allí, en la superficie, piensa que ellos tienen razón. Que todo esto no es sino cuentos infantiles y una pérdida de tiempo. Me dice que escuche a mi tripulación e ignore esta locura. Pero la brújula nunca se ha equivocado, y bajo la superficie, justo en mis entrañas, sé que no puede serlo. Ésta es mi oportunidad de matar finalmente a la bestia.

—¿Dónde está? —pregunto.

Mi voz corta las carcajadas de mi tripulación, y me miran como si hubiera perdido la cabeza.

El hombre bebe un trago y se encuentra con mis ojos con una sonrisa.

—Usted mencionó una recompensa.

Arqueo una ceja hacia Kye. Sin necesidad de ningún tipo de convencimiento, encaja su cuchillo en la mesa. El hombre se estremece y mira horrorizado la hoja que se encuentra pulcramente hundida en el espacio entre su pulgar y su índice. La expresión de miedo en su rostro ya no es tan ensayada.

—Obtendrás tu recompensa —le dice Kye—. De una u otra forma.

—En el único lugar donde estaban seguros de que la Reina del Mar nunca podría alcanzarlo —dice el hombre rápidamente—. Tan lejos del océano como les fue posible. El punto más alto del mundo.

Mi corazón se hunde. El punto más alto del mundo. Demasiado frío para que cualquiera pueda aventurarse y vivir para contarlo.

—La Montaña de Nube en Págos —dice el hombre.

Y con eso, la esperanza se desvanece.



## OCHO

Una semana es todo lo que tengo. En siete días cumpliré dieciocho años y mi madre me obligará a robar el corazón de un marinero. Una criatura superior asumiría el castigo y se alegraría de que eso haya sido todo lo que la Reina del Mar decretó.

Yo no soy una criatura superior.

Es una tontería pensar en desobedecer a la reina otra vez, pero la idea de que me digan a quién debo o no matar me sacude. Me hace sentir cada vez más como el perro rabioso de mi madre que es liberado para atacar a quien ella determina. Por supuesto, dado que matar humanos es una orden dada por ella, supongo que siempre ha sido así. Me he acostumbrado tanto a ser brutal, que casi olvido que no comenzó como una elección, sino como un requerimiento. Matar a los humanos. Ayudar a terminar la guerra que ellos comenzaron cuando asesinaron a Keto. *Ser una verdadera sirena.*

Pienso por un momento sobre si seguiría siendo semejante monstruo si mi madre y aquellas que la precedieron hubieran decretado la paz en lugar de la guerra. Si hubieran dejado que la muerte de Keto fuera el fin de nuestra batalla y hubieran convertido el odio en pasado. Se nos ha enseñado a nunca cuestionar o pensar en nosotras mismas como algo distinto a lo que somos, y lo más inteligente, tal vez, es ignorar esa idea. Después de todo, el castigo por negarse a matar está más allá de la imaginación.

Trenzo mi cabello hacia un lado. Nadé hasta las orillas de mi mar, tan lejos de mi madre como puedo sin salir del reino. No sé en qué se convertiría mi ira si me encontrara con ella ahora. No puedo pensar en qué insensatez podría

cometer.

Me recuesto sobre el lecho del océano y le doy un empujón a la medusa que se encuentra a mi lado. Sus tentáculos rozan mi vientre y siento un maravilloso estallido de dolor. Me adormece, calma y aclara mi mente. Es una liberación como ninguna otra, y cuando el dolor disminuye, lo hago de nuevo. Esta vez, sostengo a la criatura y dejo que sus tentáculos bailen sobre mi piel. Un relámpago recorre mi estómago y mi corazón inmóvil. Quema y pica, y dejo que mi mente se empañe con la agonía.

No hay nada en el mundo salvo el dolor y los pocos momentos que existen en medio.

—Princesa bonita, tan sola —llega un susurro en *psáriin*—. Buscando dolor, buscando hueso.

—No hueso, sino corazón —dice otra—. Mira dentro, mira la chispa.

Empujo la medusa y me siento para mirar a las dos criaturas que merodean cerca. Ambas son azul oscuro con aletas resbaladizas y cuerpos de anguilas. Sus brazos están cubiertos de branquias negras como navajas hasta los codos, y sus estómagos forman músculos grandes y rígidos que presionan contra sus esqueléticos senos. Cuando hablan, sus mandíbulas flojas se abren tan grandes como peces.

Nereidas.

—Princesa bonita —dice la primera de las dos. Su cuerpo está cubierto de metal oxidado, sin duda robado de barcos piratas o recibido como tributo cuando salvó a algún humano herido. Ella lo ha clavado en su carne. Broches, dagas y monedas con alambre enhebrado, todo la atraviesa como si fueran joyas.

—Quiere ser libre —dice su compañera.

—Libre de la reina.

—Libre su corazón.

—Toma un corazón.

—Toma el de la reina.

Arrugo mi nariz hacia ellas.

—Vayan y sigan a una nave humana hasta el fin de la tierra, hasta que todas ustedes caigan.

La que tiene el metal oxidado agita el cabello de su tentáculo, y un trozo de baba llega hasta su cola de anguila.

—Caída de la tierra —me dice.

—Caída de la gracia.

—No puedes caer si nunca la tuviste.

Ríen en siseos.

—Ve ahora, entonces —dicen a coro—. Ve a buscar el corazón.

—¿De qué están hablando? —pregunto con impaciencia—. ¿Qué corazón?

—Gana el corazón de la reina.

—Un corazón para ganar el de la reina.

—Para tu cumpleaños.

—Un corazón digno para los dieciocho.

Son tediosas e irritantes. Las nereidas son seres abominables con mentes que funcionan con misterios y labios hechos de enigmas. Con cansancio, digo:

—La Reina del Mar ha decretado que robe el corazón de un marinero para mis dieciocho. Estoy segura de que ustedes ya lo saben.

Inclinan sus cabezas en lo que imagino que es su forma de asentir. Las nereidas son espías, de punta a punta, con las orejas apretadas en cada rincón del océano. Es lo que las hace peligrosas. Ellas devoran secretos tan fácilmente como pueden aflojar sus mandíbulas y devorar barcos.

—Váyanse —les digo—. No pertenecen a este lugar.

—Éste es el borde.

—El borde es adonde pertenecemos.

—Deberías pensar menos en el borde y más en tu corazón.

—Un corazón de oro vale su peso para la reina.

La que lleva el metal arranca un broche de la base de su aleta y me lo arroja. Es el único objeto de la nereida que no se ha oxidado.

—A la reina —digo lentamente, torciendo el broche en mis manos— no le importa el oro.

—Debería importarle el corazón de su tierra.

—El corazón de un príncipe.

—Un príncipe de oro.

—Brillante como el sol.

—Aunque no tan divertido.

—No para nuestra especie.

—No para nadie.

Estoy a punto de perder la paciencia cuando comprendo la importancia de sus palabras. Mis labios se abren cuando cobro conciencia y me hundo otra vez en la arena. El broche es de Midas, la tierra de oro gobernada por un rey en cuya sangre fluye ese mismo oro. Un rey al que sucederá un príncipe pirata. Un errante. Un asesino de sirenas.

Miro a las nereidas, sus ojos negros sin párpados son como orbes interminables. Sé que no se puede confiar en ellas, pero no puedo ignorar la brutal genialidad de sus palabras. Cualesquiera que sean sus intenciones ocultas, no importarán si tengo éxito.

—El príncipe de Midas es nuestro asesino —digo—. Si le llevo a la reina su corazón como mi décimo octavo, entonces podría recuperar su favor.

—Un corazón digno de la princesa.

—Un corazón digno del perdón de la reina.

Miro otra vez el broche. Brilla con una luz como nunca he visto. Mi madre quiere negarme el corazón de un príncipe, pero el corazón de este príncipe sería suficiente para borrar cualquier conflicto entre nosotras. Yo podría continuar con mi legado, y la reina ya no tendría que preocuparse de que nuestra especie sea cazada. Si hago esto, ambas obtendríamos lo que queremos. Estaríamos en paz.

Le tiro el broche a la nereida de regreso.

—No olvidaré esto —le digo—, cuando yo sea la reina.

Les lanzo una última mirada, viendo cómo sus labios se enrollan en sonrisas, y luego nado por el oro.

## NUEVE

Cuatro días dedicados a recorrer la biblioteca del castillo y encontré exactamente nada. Numerosos textos hablan con todo detalle sobre el hielo mortal de la Montaña de Nube e ilustran, más bien gráficamente, a los que han muerto durante su ascenso. Lo cual no es un gran comienzo. La única gracia salvadora parece ser que la familia real está hecha de un hielo más frío que el resto de sus nativos. Incluso hay una tradición en Págos según la cual se requiere que los miembros de la nobleza asciendan la montaña una vez que alcanzan la mayoría de edad para demostrar su linaje. No hay registro de un solo miembro de la familia real que haya fallado alguna vez. Pero dado que no soy un príncipe de Págos, no es particularmente alentador.

Debe de haber algo que estoy pasando por alto. Malditas leyendas. Me resulta difícil creer que una particularidad en el linaje de Págos les permita resistir el frío. Sé mejor que nadie que no se debe creer en los cuentos de hadas de nuestras familias. Si fueran verdad, podría vender mi sangre para comprar información veraz.

La realeza de Págos debe estar más hecha de carne y hueso que de escarcha y hielo y, si ése es el caso, entonces debe haber una explicación sobre cómo sobreviven el ascenso. Si tengo alguna esperanza de vengar la muerte de Cristian, entonces necesito conocer las respuestas. Con esa información, podría encontrar la forma de matar a la Perdición de los Príncipes y a la Reina del Mar. Si lo hago, las sirenas restantes no tendrán magia para protegerse. Quizá perderán incluso algunas de sus habilidades. Después de todo, si la Reina del Mar tiene un cristal como el que está escondido en la Montaña de Nube,

entonces, al tomarlo les quitaría algunos de los dones que le otorgó a su especie. Por lo menos, estarían debilitadas y expuestas a un ataque. Y después de un tiempo, sin importar cuánto sea, podríamos empujar a los demonios hasta los confines del mundo, para que permanezcan allí donde no puedan hacer daño.

Cierro el libro y tiemblo un poco con el viento. La biblioteca siempre está fría, sin importar si las ventanas están abiertas o cerradas. Parece que hay algo en la estructura misma que fue diseñado para hacerme temblar. La biblioteca se extiende quince metros, con estantes blancos que se yerguen desde el piso hasta los altos arcos del techo. El suelo es de mármol blanco y el techo de cristal puro cubre toda la habitación. Es uno de los únicos lugares en Midas que no ha sido tocado por el oro. Un vasto blanco, desde las sillas pintadas y los mullidos cojines hasta las escaleras que conducen a los volúmenes en la parte superior. El único color está en los libros —el cuero, la tela, el pergamino— y en el conocimiento que guardan. Me gusta llamarla Sala Metafórica, porque es la única explicación para tal extensión de blanco. Cada uno es un lienzo en blanco, esperando ser cubierto con el color del descubrimiento.

Mi padre realmente es teatral.

Esperaba que hubiera algo en los volúmenes que pudiera ayudarme. El hombre del Ganso Dorado estaba tan seguro de su historia, y mi brújula estaba tan cierta de su verdad. No tengo dudas de que el Cristal de Keto está por ahí, pero el mundo no parece saber nada al respecto. Libros y libros de textos ancestrales y ninguno me dice nada. ¿Cómo puede existir algo si no hay un solo registro al respecto?

Cuentos de hadas. Estoy persiguiendo malditos cuentos de hadas.

—Pensé que te encontraría aquí.

Miro al rey.

—No es de extrañar que no venga a casa más a menudo —digo—, si tienes a tu consejero siguiéndome las huellas cuando estoy en el castillo.

Mi padre posa una mano gentil en la parte posterior de mi cabeza.

—Olvidas que eres mi hijo —dice, como si yo pudiera hacerlo—. No necesito un vidente para decirme qué estás haciendo.

Se sienta en la silla a mi lado y examina los diversos libros sobre la mesa. Si yo parezco fuera de lugar en el castillo, entonces mi padre sin duda parece fuera de lugar en el blanco puro de la biblioteca, vestido de oro brillante, con sus ojos

oscuros y pesados.

Con un suspiro, el rey se reclina en su silla como lo hice yo.

—Siempre estás buscando algo —dice.

—Siempre hay algo que encontrar.

—Si no tienes cuidado, lo único que hallarás es peligro.

—Tal vez eso es exactamente lo que estoy buscando.

Mi padre se acerca y toma uno de los libros de la mesa. Está cuidadosamente encuadernado en cuero azul con el título grabado en gris claro. Hay huellas dactilares en el polvo de donde lo saqué del estante.

—*Las leyendas de Págos y otros cuentos de la Ciudad de Hielo* —lee. Da unos golpecitos en la cubierta—. ¿Así que has puesto ahora la mira en congelarte hasta la muerte?

—Estaba investigando algo.

Vuelve a colocar el libro sobre la mesa con demasiada dureza.

—¿Investigando qué?

Me encojo de hombros, no estoy dispuesto a darle a mi padre más razones para retenerme en Midas. Si le dijera que quiero buscar un cristal mítico en una montaña que podría robar mi aliento en segundos, no habría forma de que él me permitiera ir. Encontraría la forma de mantener a su heredero en Midas.

—No es nada —miento—. No te preocupes.

Mi padre reflexiona mi respuesta, sus labios marrones forman una línea apretada.

—Es un deber del rey preocuparse cuando su heredero es tan imprudente.

Pongo los ojos en blanco.

—Es bueno que tengas dos, entonces.

—También es deber de un padre preocuparse cuando su hijo nunca quiere volver a casa.

Titubeo. Puede que no siempre esté de acuerdo con mi padre, pero odio la idea de que él se culpe de mi ausencia. Si el reino no fuera un problema, lo llevaría conmigo. Los llevaría a todos. A mi padre, mi madre, mi hermana y hasta al consejero real, si prometiera guardarse sus adivinaciones. Los empacaría hasta la cubierta, como si fueran equipaje, y les mostraría el mundo hasta que la aventura se reflejara en sus ojos. Pero no puedo, así que enfrento el dolor de extrañarlos, que es mucho menor que el dolor de extrañar el océano.

—¿Esto es sobre Cristian? —pregunta mi padre.

—No.

—Las mentiras no son una respuesta.

—Pero suenan mucho mejor que la verdad.

Mi padre coloca una gran mano en mi hombro.

—Quiero que te quedes esta vez —dice—. Has pasado tanto tiempo en el mar que has olvidado lo que es ser tú mismo.

Sé que debería decirle que es la tierra la que me arrebató mi esencia lo que soy y el mar el que me la trae de regreso. Pero decir eso no haría nada más que dañarnos a los dos.

—Tengo un deber que cumplir —digo—. Cuando termine, volveré a casa.

La mentira tiene un mal sabor en mi boca. Mi padre, el rey de Midas y, por lo tanto, el rey de las Mentiras, parece saberlo y sonrío con tanta tristeza que me encorvaría si no estuviera sentado.

—Un príncipe puede ser tema de mitos y leyendas —explica—, pero no puede vivir en ellos. Debería habitar el mundo real, donde pueda crearlos —luce solemne—. Deberías prestar menos atención a los cuentos de hadas, Elian, o tan sólo te convertirás en eso.

Cuando se va, pienso sobre si eso sería horrible o hermoso. ¿Realmente podría ser tan malo convertirse en una historia susurrada a los niños en la oscuridad de la noche? Una tonada que canta uno a otro mientras juegan. Otra parte de las leyendas de Midas: sangre dorada y un príncipe que alguna vez navegó por el mundo en busca de la bestia que amenazaba con destruirlo.

Y luego viene a mí.

Me siento un poco más recto. Mi padre me dijo que dejara de vivir dentro de los cuentos de hadas, pero tal vez eso es exactamente lo que tengo que hacer. Porque lo que ese hombre me dijo en el Ganso Dorado no es un hecho que pueda ser apresado entre las páginas de libros de texto y biografías. Es una historia.

Rápidamente, me levanto y me dirijo a la sección de libros para niños.



## DIEZ

Hay brillo y tesoros en cada rincón de cada calle. Casas con techos de paja dorados y fantásticas farolas cuyas carcacasas son más brillantes que su propia luz. Incluso la superficie del agua se ha teñido de color amarillo lechoso, y el aire es templado con el sol del mediodía.

Todo esto es demasiado: demasiado brillante, demasiado caliente, demasiado opulento.

Agarro la caracola que cuelga de mi cuello para estabilizarme. Me recuerda a mi hogar. Mi especie no le teme a su príncipe asesino, simplemente no puede soportar la luz. El calor que atraviesa el frío del océano y hace que todo sea más cálido.

Éste no es un lugar para sirenas, sino para nereidas.

Aguardo junto al barco del príncipe. No tenía la certeza de que estaría aquí —matar ha llevado al príncipe a tantos reinos como a mí—, y si lo estaba, sería incapaz de reconocerlo. Sólo cuento con los espantosos ecos de las historias para ir tras él. Cosas que he escuchado de paso de aquellas pocas que han visto el barco del príncipe y lograron escapar. Pero en cuanto lo vi en los muelles de Midas, supe que era él.

No es como las historias, pero tiene el mismo aire oscuro que describe cada uno de los relatos. Los otros barcos en el muelle son como esferas en lugar de barcos, pero éste lleva a la cabeza una larga punta filosa y es mucho más grande que cualquier otro, con un cuerpo como el cielo nocturno y una cubierta tan oscura como mi alma. Un buque digno de asesinatos.

Todavía estoy admirándolo desde las profundidades del agua cuando aparece

una sombra. El hombre sube a la cornisa del barco y mira hacia el mar. Debería haber escuchado sus pasos, incluso desde las profundidades del agua. Sin embargo, de pronto está aquí, sosteniéndose con una mano a las cuerdas, respirando lenta y profundamente. Entrecierro los ojos, pero bajo el lustre del oro es difícil ver. Sé que es peligroso salir del agua cuando el sol todavía está muy alto, pero tengo que mirar más de cerca. Muy despacio, subo a la superficie y apoyo mi espalda contra el húmedo cuerpo de la nave.

Veo el brillo del escudo real de Midas en su pulgar y mojo mis labios.

El príncipe de Midas porta la ropa de la realeza de una manera negligente. Las mangas de su camisa están enrolladas hasta los codos y los botones del cuello están desabrochados para que el viento pueda alcanzar su corazón. No parece mucho más viejo que yo, pero sus ojos son duros y curtidos. Son ojos de inocencia perdida, más verdes que las algas marinas y en búsqueda constante. Incluso el océano vacío es presa para él, y lo observa con una mezcla de sospecha y maravilla.

—Te he extrañado —le dice a su barco—. Apuesto a que me extrañaste también. Lo encontraremos juntos, ¿no? Y cuando lo hagamos, mataremos a cada maldito monstruo de este océano.

Raspo mis colmillos contra mis labios. ¿Qué cree que podría tener el poder de destruirme? Es una fantasiosa idea de masacre, y me encuentro sonriendo. Qué malvado es, despojado de la inocencia que he visto en todos los demás. Él no es un príncipe de inexperiencia y ansioso potencial, sino de guerra y barbarie. Su corazón será un placer para la vista. Lamo mis labios y los separo para dar paso a mi canción, pero apenas tengo la oportunidad de respirar antes de que me tiren con fuerza al agua.

Una nereida está frente a mí. Ella es una salpicadura de color, rosas y verdes y amarillos, como pintura rociada en su piel. Su aleta serpentea y se enrolla, la armadura de huesos de escamas de caballito de mar sobresale de su estómago y brazos.

—¡Mío! —dice en *psáriin*.

Su mandíbula se estira como un hocico, y cuando ella gruñe, se dobla en un ángulo doloroso. Señala al príncipe sobre el agua y golpea su pecho.

—No tienes derecho a reclamar nada aquí —digo.

La nereida niega con la cabeza. No tiene cabello, pero la piel de su cuero

cabelludo es un caleidoscopio, y cuando ella se mueve, los colores ondulan como luz.

—Tesoro —dice.

Si alguna vez tuve paciencia, simplemente se disipó.

—¿De qué estás hablando?

—Midas es nuestro —chirría la nereida—. Observamos, recogemos y tomamos tesoros cuando caen, y él es tesoro y oro nuestro y *no tuyo*.

—Si mío me toca decidirlo a mí —digo.

La nereida niega con la cabeza.

—¡No tuyo! —grita, y se lanza hacia mí.

Atrapa mi cabello y lo jala, lleva sus uñas a mis hombros y me sacude. Grita y muerde. Hunde sus dientes en mi brazo e intenta arrancar trozos de carne.

Poco impresionada por su ataque, aprieto la cabeza de la nereida y la golpeo contra la mía. Cae hacia atrás, con los ojos sin párpados ampliamente abiertos. Flota por un momento, aturdida, y luego suelta un fuerte alarido y se lanza contra mí de nuevo.

Cuando colisionamos, uso la fuerza para empujar a la nereida hacia la superficie. Jadea sin aliento: el aire es un veneno tóxico para sus branquias. Me río cuando la nereida lleva una mano a su garganta e intenta agarrarme con la otra. Es un intento patético.

—Eres tú.

Mis ojos se disparan hacia arriba. El príncipe de Midas nos mira horrorizado y aturdido por el asombro. Sus labios se inclinan un poco hacia la izquierda.

—Mírate —susurra—. Monstruo mío, ven a buscarme.

Lo observo con tanta curiosidad como él a mí. La forma en que su cabello negro se desliza desordenadamente por su mandíbula ensombrecida y cae sobre su frente, mientras se inclina para obtener una mejor vista. El profundo hoyuelo en su mejilla izquierda y la mirada de sorpresa en sus ojos. Pero en el momento en que elijo apartar mi mirada de la nereida, la criatura aprovecha la oportunidad y nos impulsa hacia delante. Chocamos contra el barco con tal fuerza que toda la nave gime frente a nuestro poder compartido. Tengo poco tiempo para registrar el ataque antes de que el príncipe se tambalee y se estrelle en el agua junto a nosotras.

La nereida me jala hacia abajo de nuevo, pero una vez que ve al príncipe en

el agua, retrocede asombrada. Él se hunde como una piedra hasta el fondo del mar poco profundo y luego impulsa su cuerpo hacia la superficie, de regreso.

—Mi tesoro —dice la nereida. Extiende su mano y agarra la del príncipe, manteniéndolo bajo la superficie—. ¿Es tu corazón oro? Tesoro y tesoro y oro.

Siseo una risa monstruosa.

—Él no puede hablar *psáriin*, idiota.

La sirena gira su cabeza hacia mí, ciento ochenta grados completos. Deja escapar un descomunal chillido y luego termina el círculo para volverse hacia el príncipe.

—Recolecto tesoro —continúa—. Tesoro y corazones y sólo me como uno. Ahora como los dos y me convierto en lo que eres.

El príncipe lucha mientras la nereida lo mantiene atrapado bajo el agua. Él pateo y golpea, pero ella está fascinada. Acaricia su camisa, y sus uñas rasgan la piel a través de la tela y derraman su sangre. Entonces su mandíbula se suelta hasta alcanzar un tamaño inimaginable.

Los movimientos del príncipe se vuelven laxos y sus ojos comienzan a cerrarse. Se está ahogando, y la nereida planea tomar su corazón para ella. Tomarlo y comerlo con la esperanza de que pueda convertirla en lo que él es. Piernas en lugar de aletas. Algo más en lugar de pez. Robará lo que necesito para recuperar el favor de mi madre.

Estoy tan furiosa que ni siquiera pienso antes de extender la mano y hundir mis uñas en el cráneo de la nereida. En estado de shock, la criatura libera al príncipe y él flota de regreso a la superficie. Refuerzo mi agarre. La nereida golpea y rasguña mis manos, pero su fuerza no es nada comparada con la de una sirena. Especialmente, con la mía. Especialmente, cuando tengo mi vista puesta en mi presa.

Mis dedos presionan más profundamente el cráneo de la nereida y desaparecen dentro de su carne fresca de arcoíris. Puedo sentir el afilado hueso de su esqueleto. La nereida se queda inmóvil, pero no me detengo. Hundo más mis dedos y tiro.

Su cabeza cae al fondo del océano.

Pienso en llevársela a mi madre como trofeo. Clavarla en una pica fuera del palacio Keto como advertencia para todas las nereidas que se atrevan a desafiar a una sirena. Pero la Reina del Mar no lo aprobaría. Las nereidas son sus súbditas,

no importa si son seres inferiores. Le echo una última mirada desdeñosa a la criatura y luego nado hasta la superficie en busca de mi príncipe.

Lo localizo rápidamente, en el borde de un pequeño parche de arena cerca de los muelles. Tose con tanta violencia que todo su cuerpo se sacude. Escupe grandes bocanadas de agua y luego se colapsa sobre su estómago. Nado tan cerca de la orilla como puedo y después me impulso el resto del camino, hasta que sólo la punta de mi aleta queda en las aguas poco profundas.

Extiendo la mano, agarro el tobillo del príncipe y lo arrastro para que su cuerpo quede al mismo nivel que el mío.

Lo sacudo por los hombros y, cuando él no se mueve, lo ruedo sobre su espalda. La arena se adhiere al dorado de sus mejillas y sus labios se abren ligeramente, húmedos de océano. Parece medio muerto ya.

Su camisa se adhiere a su piel y la sangre se filtra a través de las rasgaduras que hizo la nereida. Su pecho apenas se mueve con la respiración y si no pudiera escuchar el débil sonido de su corazón, entonces tendría la certeza de que no es más que un hermoso cadáver.

Presiono una mano en su rostro y dibujo con la uña desde el rabillo del ojo hasta su mejilla. Una delgada línea roja burbujea sobre su piel, pero él no se mueve. Su mandíbula es tan afilada, que podría atravesarme.

Despacio, busco debajo de su camisa y presiono una mano contra su pecho. Su corazón golpea con desesperación bajo mi palma. Apoyo mi cabeza y escucho los latidos con una sonrisa. Puedo oler el océano en él, una sal inconfundible, pero debajo de todo percibo el leve aroma del anís. Huele a los dulces negros de los pescadores. El aceite de sacarina que usan para atraer a sus presas.

Me encuentro deseando que despierte para poder captar el destello de esos ojos de algas marinas antes de tomar su corazón y dárselo a mi madre. Levanto mi cabeza de su pecho y cierro mi mano sobre su corazón. Mis uñas se agarran a su piel, y me preparo para hundir mi puño más profundo.

—¡Su Alteza!

Levanto la cabeza. Una legión de guardias reales corre por los muelles hacia nosotros. Miro otra vez al príncipe, sus ojos comienzan a abrirse. Su cabeza yace lánguidamente en la arena y entonces su mirada se enfoca. En mí. Sus ojos se entrecierran al ver el color de mi cabello y el único ojo del mismo tono. No

parece preocupado ante el hecho de que mis uñas estén clavadas en su pecho, o asustado por su inminente muerte. En cambio, se ve resuelto. Y extrañamente satisfecho.

No tengo tiempo para pensar qué significa eso. Los guardias se están acercando rápidamente, gritando por su príncipe, con pistolas y espadas listas. Todas apuntadas hacia mí. Miro el pecho del príncipe una vez más, y el corazón que estaba tan cerca de ganar. Luego, más rápido que la luz, me lanzo de regreso al océano y me alejo de él.

## ONCE

Mis sueños están llenos de sangre que no es mía. Nunca es mía, porque soy tan inmortal en mis sueños como parezco serlo en la vida real. Estoy hecho de cicatrices y recuerdos, y ninguno de ellos es relevante.

Han pasado dos días desde el ataque, y el rostro de la sirena atormenta mis noches. O lo poco que recuerdo de ella. Cada vez que intento rememorar un solo momento, todo lo que veo son sus ojos. Uno como el atardecer y el otro como el océano que tanto amo.

La Perdición de los Príncipes.

Estaba aturdido cuando desperté en la playa, pero podría haber hecho algo. Estirarme por el cuchillo que llevo en mi cinturón y dejar que bebiera su sangre. Estrellar mi puño sobre su mejilla y sujetarla mientras un guardia salía a buscar a mi padre. Podría haberla matado, pero no lo hice, porque ella es maravillosa. Una criatura que me ha eludido por tanto tiempo y luego, finalmente, aparece. Pude conocer un rostro del que pocos hombres viven para hablar.

Mi monstruo me encontró y yo voy a encontrarla otra vez.

—¡Es un ultraje!

El rey irrumpe en mi habitación, con el rostro encendido. Mi madre flota detrás de él, vistiendo un *kalasiris* verde y una expresión exasperada. Cuando ella me ve, su ceño se frunce.

—Ninguno de ellos puede decirme nada —dice mi padre—. ¿De qué sirven los vigilantes marinos si no custodian el maldito mar?

—Cariño —mi madre coloca una mano gentil sobre su hombro—, ellos buscan naves en la superficie. No recuerdo que les hayamos dicho que nadaran

bajo el agua y buscaran sirenas.

—¡Debería ser evidente! —mi padre está indignado—. Iniciativa es lo que necesitan esos hombres. Sobre todo, con su futuro rey aquí. Deberían haber sabido que la perra del mar vendría por él.

—Radamés —lo reprende mi madre—, tu hijo preferiría tu preocupación a tu ira.

Mi padre se vuelve hacia mí, como si de pronto se diera cuenta de mi presencia, a pesar de que está en mi habitación. Puedo ver el momento en que nota la línea de sudor que cubre mi frente y se filtra de mi cuerpo a las sábanas.

Su rostro se suaviza.

—¿Te sientes mejor? —pregunta—. Podría buscar al médico.

—Estoy bien —mi voz ronca delata la mentira.

—No lo parece.

Niego con la mano. Odio sentirme como un niño otra vez, que necesita que mi padre me proteja de los monstruos.

—No creo que nadie luzca muy bien antes del desayuno —le digo—. Y apuesto a que aun así podría conquistar a cualquiera de las mujeres en la corte.

Mi madre me lanza una mirada de amonestación.

—Voy a despedirlos a todos —dice mi padre, continuando con sus pensamientos como si mi enfermedad no le hubiera dado una pausa—. Cada vigilante marino es una vergüenza.

Me apoyo contra la cabecera.

—Creo que estás exagerando.

—¿Exagerando? ¡Podrías haber sido asesinado en nuestra propia tierra a plena luz del día!

Me levanto de la cama. Me balanceo un poco, inestable, pero me recupero lo suficientemente rápido para que pase desapercibido.

—Apenas culpo a los vigilantes por no haberla visto —digo mientras levanto mi camisa del suelo—. Se necesita un ojo entrenado.

Lo cual es verdad, por cierto, aunque dudo que a mi padre le importe. Ni siquiera parece recordar que los vigilantes cuidan la superficie en busca de naves enemigas y no se les exige, de ninguna manera, que busquen debajo de la superficie a diablos y demonios. El *Saad* es el hogar de los pocos hombres y mujeres del mundo lo suficientemente locos para intentarlo.



—¿Ojos como los tuyos? —se burla mi padre—. Vamos a contratar algunos de esos maleantes con los que deambulas, entonces.

Mi madre brilla.

—Qué idea tan maravillosa.

—¡No lo fue! —alega mi padre—. Estaba siendo impertinente, Isa.

—Sin embargo, fue la cosa menos tonta que te he escuchado decir en días.

Les sonrío, me acerco a mi padre y coloco una mano reconfortante sobre su hombro. La ira desaparece de sus ojos y adopta una apariencia similar a la resignación. Sabe tan bien como yo que sólo hay una cosa por hacer: marcharme. Sospecho que la mitad de la ira de mi padre proviene de saberlo. Después de todo, Midas es un santuario que mi padre presume como refugio seguro contra los demonios que yo cazo. Un escape para que yo pueda regresar si alguna vez lo necesito. El ataque lo ha convertido en un mentiroso.

—No te preocupes —digo—, me aseguraré de que la sirena sufra por esto.

No es hasta que pronuncio las palabras que me doy cuenta de cuánto significan para mí. Mi casa está contaminada con el mismo peligro que el resto de mi vida, y eso no me sienta bien. Las sirenas pertenecen al mar, y esas dos partes de mí, el príncipe y el cazador, han permanecido separadas. Odio que su fusión no haya sido porque fui lo suficientemente valiente para dejar de fingir y decirles a mis padres que no está en mis planes convertirme en rey, y que cada vez que estoy en casa me siento como un fraude. Cómo pienso con sumo cuidado cada palabra y acción antes de decir o hacer algo, sólo para asegurarme de que es lo correcto. Lo que hay que hacer. Mis dos seres fueron unidos porque la Perdición de los Príncipes forzó mi mano. Dio cauce a algo que yo debí haber hecho desde el principio, si hubiera sido lo suficientemente valiente.

La odio por eso.

En la cubierta del *Saad*, más tarde ese día, mi tripulación se reúne alrededor de mí. Doscientos hombres y mujeres con furia en sus rostros miran el corte bajo mi ojo. Es la única herida que pueden apreciar, aunque hay muchas más escondidas debajo de mi camisa. Un círculo de uñas justo donde está mi corazón. Algunos trozos de la sirena todavía están incrustados en mi pecho.

—Les he dado órdenes peligrosas antes —digo a mi tripulación—, y las han cumplido sin una sola queja. Bueno —lanzo una sonrisa—, la mayoría de ustedes.

Algunos de ellos sonríen en dirección a Kye y él saluda con orgullo.

—Pero esta vez es diferente —tomo aliento, preparándome—. Necesito una tripulación de alrededor de cien voluntarios. En realidad, tomaré a cualquiera de ustedes que esté disponible, pero creo que saben que sin algunos de ustedes el viaje sería imposible —miro a mi ingeniero de máquinas y él asiente en callada comprensión.

El resto de la tripulación me mira con idénticas miradas fuertes de fidelidad. La gente dice que no puedes elegir a tu familia, pero yo he hecho justo eso con todos y cada uno de los miembros del *Saad*. Los escogí a todos, y a los que no, me buscaron. Nos elegimos uno a otro, cada uno de este variopinto grupo.

—Cualquier voto de lealtad que hayan jurado, no los obligaré a cumplir. Su honor no está en cuestión, y aquellos que no sean voluntarios no serán desprestigiados. Si lo logramos, todos los miembros de esta tripulación serán recibidos nuevamente con los brazos abiertos cuando volvamos a navegar. Quiero dejar eso en claro.

—¡Suficientes discursos! —grita Kye—. Ve al grano para saber si debo empacar mis calzoncillos largos.

A su lado, Madrid pone los ojos en blanco.

—No olvides tu bolso, también.

Siento la risa en mis labios, pero me la trago y continúo.

—Hace unos días, un hombre vino a mí con una historia sobre una piedra rara que tiene el poder de matar a la Reina del Mar.

—¿Cómo es posible? —pregunta alguien entre la multitud.

—¡No es posible! —grita otra voz.

—Alguien me dijo una vez que llevar a un grupo de delincuentes e inadaptados a través del mar para cazar a los monstruos más mortíferos del mundo no era posible —digo—. Que todos moriríamos en una semana.

—No sé el de ustedes —dice Kye—, pero mi corazón sigue latiendo.

Le lanzo una sonrisa.

—Hasta ahora se ha creído que la Reina del Mar no puede ser asesinada por ninguna arma hecha por el hombre —digo—. Pero esta piedra no fue hecha por el hombre, fue confeccionada por las familias originales con su magia más pura. Si la usamos, la Reina del Mar podría morir antes de entregar su tridente a la Perdición de los Príncipes. Esto le quitaría a toda su raza cualquier poder de una

vez por todas.

Madrid da un paso al frente, apartando a los hombres de su camino. Kye sigue detrás de ella, pero Madrid mantiene sus ojos en mí con una mirada dura.

—Todo está bien, capi —dice ella—, pero ¿no es por la Perdición de los Príncipes por quien deberíamos estar preocupados?

—La única razón por la que no la hemos convertido en espuma es porque no hemos podido encontrarla. Si matamos a su madre, entonces ella tendrá que mostrar su cara. Sin mencionar que es la magia de la reina la que confiere sus dones a las sirenas. Si destruimos a la reina, todas serán débiles, incluida la Perdición de los Príncipes. Y entonces, los mares serán nuestros.

—¿Y cómo encontramos a la Reina del Mar? —pregunta Kye—. Te seguiría hasta los confines de la tierra, pero su reino está en medio de un mar perdido. Nadie sabe dónde.

—No necesitamos saber dónde está su reino. Ni siquiera necesitamos dónde está el mar Diábolos. Lo único que necesitamos saber es cómo navegar a Págos.

—Págos —repite Madrid con el ceño fruncido—. No está considerando seriamente eso.

—Ahí está el cristal —digo—. Y una vez que lo tengamos, la Reina del Mar vendrá a nosotros.

—¿Así que tan sólo nos dirigimos al reino del hielo y le pedimos a la gente de la nieve que nos lo entregue? —pregunta alguien.

Titubeo.

—No exactamente. El cristal no está *en* Págos. Está por encima de eso.

—La Montaña de la Nube —aclara Kye para el resto de la tripulación—. Nuestro capitán quiere que subamos a la cima de la montaña más fría del mundo. Una que ha matado a todos aquellos que lo han intentado.

Madrid se burla mientras empiezan a murmurar.

—Y —agrega ella— todo por un cristal mítico que puede o no conducir a la criatura más temible del mundo hasta nuestra puerta.

Miro a los dos, no me divierte su doble acto, o la repentina duda en sus voces. Es la primera vez que me cuestionan, y no está entre mis planes acostumbrarme a este sentimiento.

—Eso es, en esencia —digo.

Hay una pausa, y hago mi mejor esfuerzo para no moverme o hacer cualquier

cosa que no sea parecer inquebrantable. Como que pueden confiar en mí. Como si tuviera alguna maldita pista de lo que estoy haciendo. Como si probablemente no estuviera conduciendo a todos a la muerte.

—Bueno —Madrid se dirige a Kye—, yo creo que suena divertido.

—Supongo que tienes razón —dice él, como si seguirme fuera una inconveniencia que nunca antes había considerado. Se vuelve hacia mí—. Cuenta con nosotros.

—¡Supongo que también puedo dedicar algo de tiempo, ya que me lo pide con tanta amabilidad! —grita otra voz.

—¡No puedo decir que no a una oferta tan tentadora, capi!

—Vamos entonces, si todos los demás están tan entusiasmados.

Muchos de ellos gritan y asienten, comprometiendo sus vidas por mí con una sonrisa. Como si todo fuera sólo un juego para ellos. Con cada mano que se levanta decidida, viene un alarido de quienes ya se han sumado. Aúllan ante la posibilidad de la muerte y la cantidad de acompañantes que van a tener en ella. Son locos y maravillosos.

No soy ajeno a la devoción. Cuando la gente en la corte me mira, veo la lealtad sin sentido que viene del desconocimiento de algo mejor. Algo natural para aquellos que nunca han cuestionado el bizarro orden de las cosas. Pero cuando mi equipo me mira ahora, veo la lealtad que me he ganado. Como si mereciera el derecho de conducirlos a cualquier destino que considere apropiado.

Ahora sólo me queda una cosa por hacer antes de zarpar hacia la tierra del hielo.

## DOCE

El Ganso Dorado es lo único constante en Midas. Cada centímetro de tierra parece crecer y cambiar cuando me voy, con pequeñas transformaciones que nunca son graduales para mí, pero el Ganso Dorado es como ha sido siempre. No hay flores doradas plantadas frente a sus puertas como alguna vez hicieron en el resto de las casas, siguiendo la moda, y cuyos restos todavía se pueden ver por debajo de las flores silvestres que ahora las ocultan. Tampoco hay pilares de arena o campanas de viento, ni un techo remodelado en punta, a imagen de las pirámides. Está en la intemporalidad intacta, así que cada vez que regreso y encuentro diferente algo en mi hogar, puedo estar seguro de que nunca es el Ganso Dorado. Nunca es Sakura.

Es temprano y el sol todavía es de color naranja lechoso. Pensé que lo mejor sería visitar el infame Ganso Dorado cuando el resto de Midas todavía seguía durmiendo. No me pareció prudente pedirle un favor a su propietaria nacida del hielo entre oleadas de clientes ebrios y listos para escuchar. Llamo a la puerta de madera de secuoya y una astilla se desliza en mi nudillo. La retiro justo cuando la puerta se abre. Sakura parece sorprendida.

—Sabía que era usted —busca detrás de mí—. ¿No viene la tatuada acompañándolo?

—Madrid está preparando el barco —digo—. Zarpamos hoy.

—Qué lástima —Sakura coloca un paño sobre su hombro—. Usted no es para nada tan guapo como ella.

No discuto.

—¿Puedo entrar?

—Un príncipe puede pedir favores en el umbral de la puerta, como cualquier otro.

—Tu puerta no tiene whisky.

Sakura sonríe, sus labios rojos oscuros se curvan hacia un lado. Extiende sus brazos y hace un gesto para que entre.

—Espero que tenga los bolsillos llenos.

Entro, manteniendo mis ojos entrenados en ella. No es que crea que intente algo desfavorable —matarme, quizá, justo aquí, en el Ganso Dorado—, no mientras nuestra relación sea tan provechosa para ella. Pero hay algo en Sakura que siempre me ha irritado, y no soy al único que le sucede. No hay muchos que puedan manejar un bar como el Ganso Dorado, con clientes que coleccionan pecados como joyas preciosas. Las riñas y las peleas son constantes, y la mayoría de las noches se derrama más sangre que whisky. Sin embargo, cuando Sakura les dice que ha sido suficiente, hombres y mujeres se detienen. Acomodan sus respectivos cuellos, escupen sobre el suelo mugriento y continúan con sus bebidas como si nada hubiera sucedido. Podría decirse que ella es la mujer más temible de Midas, y no tengo por costumbre dar la espalda a una mujer temible.

Sakura se coloca detrás de la barra y vierte un chorro de líquido ámbar en un vaso. Mientras me siento en el lado opuesto, ella se lleva el vaso a los labios y bebe un rápido sorbo. Una huella de lápiz labial rojo oscuro mancha el borde, y me doy cuenta de la fortuita oportunidad.

Sakura desliza el vaso hacia mí.

—¿Satisfecho? —pregunta.

Se refiere a que no está envenenado. Puedo explorar los mares en busca de monstruos que literalmente podrían arrancarme el corazón, pero eso no significa que sea descuidado. No hay una sola cosa que coma o beba cuando estamos atracados que no haya probado antes alguien más. Por lo general, este deber recae en Torik, quien se ofreció como voluntario desde el momento en que lo subí a bordo e insiste en que no está arriesgando su vida porque ni siquiera el más poderoso de los venenos podría matarlo. Teniendo en cuenta su gran tamaño, me inclino a estar de acuerdo.

Kye, por supuesto, rechazó la responsabilidad. *Si muero salvando tu vida, dijo, ¿quién te protegería?*

Observo la mancha del lápiz labial de Sakura y sonrío, mientras doy la vuelta al vaso para evitar la marca antes de beber un sorbo de whisky.

—No hay necesidad de fingir —dice Sakura—. Simplemente debería preguntar.

—Entonces ya sabes por qué estoy aquí.

—Todo Midas está hablando de tu sirena —Sakura se recuesta contra el gabinete de licores—. No creo que ocurra una sola cosa aquí sin que yo me entere.

Sus ojos son más rasgados que nunca y los entrecierra de una manera que me dice que ella ignora muy pocos de mis secretos. Un príncipe puede darse el lujo de la discreción, pero un pirata, no. Sé que muchas de mis conversaciones han sido robadas por extraños y vendidas a los mejores postores. Sakura ha sido una de esos vendedores por un tiempo, intercambiando información por oro cada que se presenta la oportunidad. Así que, por supuesto, tuvo la precaución de escuchar al hombre que vino a mí en la oscuridad de la noche, contando historias de su hogar, precisamente, y del tesoro que guarda.

—Quiero que vengas conmigo.

Sakura ríe y el sonido no es acorde a la mirada grave en su rostro.

—¿Es una orden del príncipe?

—Es una solicitud.

—Entonces, me rehúso.

—¿Sabes? —quito la marca de mi vaso—, tu lápiz labial mancha.

Sakura ve la huella de rojo oscuro en el borde de mi vaso y se lleva una mano a los labios. Cuando regresa, su mirada se vuelve amenazadora. Puedo verla claramente ahora, como lo que siempre he sabido que es. La mujer de cara de nieve con los labios más azules que cualquier ojo de sirena.

Un azul reservado para la nobleza.

Los nativos de Págos no son como ninguna otra raza en los cien reinos, pero la familia real es una raza en sí misma. Tallados en grandes bloques de hielo, su piel es mucho más pálida, su cabello mucho más blanco y sus labios, del mismo azul que su sello.

—¿Lo sabes desde hace mucho? —pregunta Sakura.

—Es la razón por la que he dejado que te salgas con la tuya tantas veces —digo—. No quería revelar tu secreto hasta que encontrara una manera de darle un

buen uso —levanto mi vaso en un brindis—. Larga vida a la princesa Yukiko de Págos.

El rostro de Sakura no cambia ante la mención de su verdadero nombre. En cambio, su mirada es indiferente, como si hubiera pasado tanto tiempo que ni siquiera reconoce su propio nombre.

—¿Quién más lo sabe? —pregunta.

—No se lo he dicho a nadie todavía —pongo énfasis en el *todavía* con más tosquedad de la necesaria—. Aunque no entiendo por qué te importa siquiera. Tu hermano tomó la corona hace más de diez años. No es que quieras reclamar el trono. Puedes ir adonde desees y hacer lo que quieras. Nadie querría asesinar a un miembro de la realeza que no puede gobernar.

Sakura me mira con franqueza.

—Soy consciente de ello.

—Entonces, ¿por qué el secreto? —pregunto—. No he escuchado nada sobre una princesa desaparecida, así que puedo suponer que tu familia sabe dónde estás.

—No soy una fugitiva —dice Sakura.

—¿Qué eres, entonces?

—Algo que nunca serás tú —se burla—: libre.

Pongo mi vaso en la barra más fuerte de lo que pretendo.

—Qué suerte para ti, entonces.

Es fácil para Sakura ser libre. Tiene cuatro hermanos mayores que reclaman el trono antes que ella, y ninguna de las responsabilidades que a mi padre le gusta recordarme que pesan sobre mis hombros.

—Me fui una vez que Kazue tomó la corona —dice Sakura—. Con tres hermanos para aconsejarlo, yo sabía que no tenía sabiduría para ofrecerles que no tuvieran ya. Tenía veinticinco años y sin gusto por la vida que llevaría un miembro real que nunca gobernaría. Se los dije a mis hermanos. Les dije que quería ver algo más que nieve y hielo. Quería color —me mira—. Quería ver el dorado.

Resoplo.

—¿Y ahora?

—Ahora odio ese repugnante tono.

Río.



—A veces siento lo mismo. Pero sigue siendo la ciudad más bella de los cien reinos.

—Debes saberlo mejor que yo —dice Sakura.

—Sin embargo, aquí estás.

—Un hogar es difícil de encontrar.

Pienso en la verdad que esas palabras encierran. Lo entiendo mejor que nadie, porque en ninguno de los lugares a donde he viajado me he sentido realmente en casa. Ni siquiera en Midas, que es tan hermosa y llena de tanta gente que amo. Estoy seguro aquí, pero no siento como si perteneciera a este lugar. El único sitio al que podría llamar hogar en verdad es el *Saad*. Y está en continuo movimiento y transformación. Rara vez en el mismo lugar dos veces. Tal vez me encanta porque no pertenece a ninguna parte, ni siquiera a Midas, donde fue construido. Y aun así, pertenece a todas partes.

Giro los restos de whisky en mi vaso y miro a Sakura.

—Entonces sería una pena si la gente descubriera quién eres. Ser un inmigrante de Págos es una cosa, pero ser un miembro de la realeza sin país es otra. ¿Cómo te tratarían?

—Pequeño príncipe —Sakura se humedece los labios—, ¿estás tratando de chantajearme?

—Por supuesto que no —digo, aunque mi voz indica algo más—. Simplemente estoy diciendo que sería inconveniente si los demás se enteraran. Sobre todo, teniendo en cuenta a tus clientes.

—Para ellos —dice Sakura—: intentarían usarme y yo tendría que matarlos. Probablemente tendría que matar a la mitad de mis clientes.

—Creo que eso sería malo para el negocio.

—Pero ser un asesino ha funcionado muy bien para ti.

No reacciono a sus palabras, pero mi falta de emoción parece ser justo lo que Sakura busca. Ella sonrío, tan hermosa, a pesar de que la burla es tan obvia. Es una lástima que me doble la edad, pienso, porque es sorprendente cuando es perversa y salvaje bajo lo que aparenta.

—Ven a Págos conmigo —digo.

—No —Sakura se aleja de mí.

—No, ¿no vendrás?

—No, eso no es lo que quieres preguntar.

Me pongo en pie.

—Ayúdame a encontrar el Cristal de Keto.

Sakura se vuelve otra vez hacia mí.

—Ahí está —no hay señales de una sonrisa en su rostro ahora—. Lo que quieres es alguien de Págos que te ayude a escalar la Montaña de la Nube y encontrar tu cuento de hadas.

—Sería imposible pasear por ahí y escalar la montaña más mortífera de tu país sin tener idea de con qué me voy a enfrentar. No sé siquiera si tu hermano me permitirá entrar. Contigo a mi lado, puedes aconsejarme sobre el mejor curso de acción. Decirme la ruta que debo tomar. Ayudarme a convencer al rey para que me dé un pase seguro.

—Soy una experta en escalar montañas —la voz de Sakura es totalmente sarcástica.

—Estuviste obligada a hacerlo en tu decimosexto cumpleaños —intento ocultar mi impaciencia—. Cada miembro de la realeza de Págos lo está. Podrías ayudarme.

—Tengo un corazón tan cálido.

—Estoy pidiendo...

—Estás *suplicando* —dice ella—. Y por algo imposible. Nadie más que mi familia puede sobrevivir a la escalada. Está en nuestra sangre.

Golpeo mi puño sobre la mesa.

—Los libros de cuentos pueden decir eso, pero yo sé más. Debe haber otra ruta. Un camino oculto. Un secreto guardado en tu familia. Si no vienes conmigo, entonces dime cuál es.

—No serviría de cualquier forma.

—¿Qué significa eso?

Pasa la lengua por sus labios azules.

—Si este cristal existe en la montaña, seguramente está escondido en la cúpula cerrada del palacio de hielo.

—Una cúpula cerrada —digo de manera inexpresiva—. ¿Estás inventando esto mientras platicamos?

—Conocemos perfectamente las leyendas escritas en todos esos libros para niños —dice—. Por generaciones, mi familia ha intentado encontrar el camino a esa habitación, pero no hay otra entrada que la que se puede ver claramente y no

hay forma de forzarla. Está sellada mágicamente, tal vez por las propias familias originales. Lo que se necesita es una llave. Un collar perdido en nuestra familia. Sin eso, no importa cuántas montañas escales. Nunca podrás encontrar lo que estás buscando.

—Déjame preocuparme por eso —digo—. Encontrar tesoros perdidos es una de mis especialidades.

—¿Y el ritual necesario para liberar el cristal de su prisión? —pregunta Sakura—. ¿Asumo que también te enteraste de eso?

—No hay detalles.

—Eso es porque nadie los conoce. ¿Cómo planeas llevar a cabo un rito antiguo si ni siquiera sabes de qué se trata?

A decir verdad, pensé que Sakura podría llenar los espacios en blanco en todo esto.

—El secreto probablemente esté en tu collar —digo, esperando que sea verdad—. Podría tratarse de una simple inscripción que necesitamos leer. Y si no es así, entonces se me ocurrirá algo más.

Sakura ríe.

—Digamos que tienes razón —dice—. Digamos que las leyendas son fáciles de encontrar. Digamos que incluso los collares perdidos y los rituales antiguos también lo son. Digamos que los mapas y las rutas son lo más esquivo. ¿Quién dice que alguna vez compartiría algo así contigo?

—Podría filtrar tu identidad a todos —las palabras tienen un sabor mezquino e infantil en mis labios.

—Qué bajeza la tuya —dice Sakura—. Inténtalo de nuevo.

Hago una pausa. Sakura no se está negando a ayudar. Simplemente me está dando la oportunidad de hacer que valga la pena. Todos tienen un precio, incluso la olvidada princesa de Págos. Sólo tengo que averiguar cuál es el suyo. El dinero parece irrelevante, y la idea de ofrecerle algo me provoca una mueca. Ella podría tomarlo como un insulto —es parte de la realeza, después de todo— o verme más como un niño que como un capitán, lo cual claramente soy en su presencia. Tengo que darle algo que nadie más pueda. Una oportunidad que nunca volverá a tener y que, por lo tanto, ni siquiera soñará en dejar pasar.

Pienso en lo parecidos que somos Sakura y yo. Dos miembros de la realeza tratando de escapar de sus países. Sólo que Sakura no quiso dejar Págos porque

no le gustara ser princesa, sino porque el trabajo se volvió inútil una vez que su hermano tomó la corona.

*Sin gusto por la vida de un miembro real que nunca gobernaría.*

Siento una sensación de vacío en mi estómago. En el fondo, Sakura es una reina. El único problema es que no tiene un país. Entiendo, entonces, lo que mi búsqueda me va a costar si lo deseo tanto.

—Puedo hacerte una reina.

Sakura arquea una ceja blanca.

—Espero que no estés amenazando con matar a mis hermanos —dice—, porque los miembros de la realeza en Págos no se vuelven uno contra el otro por una corona.

—No, en absoluto —me compongo lo mejor que puedo—. Te estoy ofreciendo otro país por completo.

Una mirada lenta de entendimiento se abre camino en el rostro de Sakura.

—¿Y qué país sería ése, Su Alteza? —pregunta tímidamente.

Esto significará el fin de la vida que amo. El fin del *Saad* y el océano y el mundo que he visto dos veces y volvería a ver miles de veces más. Viviría la vida de un rey, como siempre ha querido mi padre, con una esposa nacida en la nieve para gobernar a mi lado. Una alianza entre hielo y oro. Sería más de lo que mi padre imaginó, ¿y al final no valdría la pena? ¿Por qué tendría que seguir buscando en el mar una vez que todos sus monstruos hayan sido aniquilados? Estaré satisfecho, quizá, gobernando Midas, una vez que sepa que el mundo está fuera de peligro.

Pero incluso cuando hago una lista de las razones por las cuales es un buen plan, sé que todas son mentira. Soy un príncipe de nombre y nada más. Incluso si consigo conquistar a las sirenas y llevar la paz al océano, siempre he planeado permanecer en el *Saad* con mi tripulación —si es que aún me siguen— sin buscar más, pero eternamente en movimiento. Cualquier otra cosa me hará miserable. Permanecer quieto, en un lugar y un momento, me hará miserable. En mi corazón, soy tan salvaje como el océano que me crió.

Tomo un respiro. Seré miserable, si eso es lo que se necesita.

—Este país. Si hay un mapa que muestre una ruta secreta por la montaña para que mi tripulación y yo podamos evitar morir congelados durante la escalada, entonces será un intercambio justo.

Le tiendo mi mano a Sakura. A la princesa de Págos.  
—Si me das ese mapa, te haré mi reina.

## TRECE

He cometido un error. Comenzó con un príncipe, como la mayoría de las historias. Una vez que sentí el latido de su corazón bajo mis dedos, no pude olvidarlo. Y entonces lo busqué desde el agua, esperando a que reapareciera. Pero pasaron días antes de que lo hiciera, y una vez que se dejó ver, nunca se acercó al océano sin una legión a su lado.

Cantarle en los muelles era suficiente riesgo, con la promesa de que los guardias reales y los transeúntes acudirían al rescate del joven cazador. Pero con su tripulación allí, se trataba de algo más. Pude sentir la diferencia en esos hombres y mujeres y la manera en que seguían al príncipe, se movían cuando él se movía, se mantenían quietos y embelesados cada vez que les hablaba. Una especie de lealtad que no puede ser comprada. Saltarían al océano detrás de él y sacrificarían sus vidas por él, como si yo fuera a aceptar un intercambio de ese tipo.

Entonces, en lugar de atacar, observé y escuché mientras hablaban de historias, de piedras con el poder de destruir mundos. El Segundo Ojo de Keto. Una leyenda que mi madre ha perseguido durante todo su reinado. Los humanos hablaron de ir al reino del hielo en su búsqueda, y supe que sería mi mejor oportunidad. Si los seguía al mar de nieve, entonces las aguas serían demasiado frías para que cualquier humano sobreviviera, y la tripulación del príncipe no podría hacer nada más que verlo morir.

Yo tenía un plan. Pero mi error fue pensar que mi madre no.

Mientras yo miraba al príncipe, la Reina del Mar me miraba a mí. Y cuando me aventuré a partir de los muelles de Midas en busca de comida, mi madre se

presentó.

El olor a profanación está maduro. Una línea de cuerpos —tiburones y pulpos— dispersos por el agua como un camino para que lo siga. Nado a través de los cadáveres de animales con los que me habría deleitado cualquier otro día.

—Me sorprende que hayas venido —dice la Reina del Mar.

Mi madre se ve majestuosa, flotando en medio de un círculo de cadáveres. Los símbolos en su piel gotean y sus tentáculos se balancean letalmente a sus costados.

Mi mandíbula se tensa.

—Puedo explicarlo.

—Me imagino que tienes muchas explicaciones en esa dulce cabecita tuya —dice la reina—. Por supuesto, no estoy interesada en ellas.

—Madre —mis manos se cierran en puños—. Dejé el reino por una razón.

Una imagen del príncipe dorado pesa en mi mente. Si no hubiera dudado en la playa, si no hubiera estado tan preocupada por saborear el dulce olor de su piel, entonces no necesitaría explicaciones. Sólo necesitaría presentar su corazón, y la Reina del Mar me mostraría su misericordia.

—Salvaste a un humano —su voz está tan muerta como la noche.

Sacudo la cabeza.

—Eso no es cierto.

Los tentáculos de la reina se estrellan contra el fondo del océano y una poderosa ola de arena me arrastra y me tira al suelo. Contengo la tos que provocan los guijarros atrapados en mi garganta.

—Me insultas con tus mentiras —murmura—. Salvaste a un humano y no a cualquiera, sino justo a aquel que nos mata. ¿Es porque vives para desobedecerme? —pregunta. Y luego añade, con un gruñido de disgusto—: O tal vez te has vuelto débil. Pobre niñita tonta, embrujada por un príncipe. Dime, ¿fue por su sonrisa? ¿Dio vida a tu corazón y te hizo amarlo como una nereida común?

Mi mente da vueltas. Apenas puedo sentirme indignada por la confusión. *Amor* es una palabra que rara vez escuchamos en el océano. Sólo existe en mi canción y en los labios de los príncipes que he matado. Y nunca la había escuchado de la boca de mi madre. Ni siquiera estoy segura de lo que significa en realidad. Para mí, siempre ha sido tan sólo una palabra que los humanos

atesoran por razones que no puedo comprender. Ni siquiera hay una manera de decirla en *psáriin*. Sin embargo, mi madre me está acusando de sentirlo. ¿Es la misma fidelidad que tengo para Kahlia? ¿Esa fuerza que me impulsa a protegerla sin pensarlo? Si eso es cierto, entonces hace que la acusación resulte aún más desconcertante, porque todo lo que quiero es matar al príncipe, y aunque no sepa lo que es el amor, estoy segura de que no se trata de esto.

—Estás equivocada —le digo a mi madre.

Una esquina de los labios de la reina se encoge de repulsión.

—Mataste a una nereida por él.

—¡Ella estaba tratando de comer su corazón!

Sus ojos se estrechan.

—¿Y por qué sería algo malo? —pregunta—. ¿Por qué no dejarías que la criatura tomara su corazón inmundo y lo tragara por completo?

—Él era mío —alego—. ¡Era un regalo para ti! Un tributo para mi decimoctavo cumpleaños.

La reina se detiene para comprender esto.

—Cazaste a un príncipe por tu cumpleaños —dice.

—Sí. Pero, madre...

La mirada de la Reina del Mar se oscurece y en un instante uno de sus tentáculos se extiende y me arrebató del fondo del océano.

—¡Eres una insolente!

Sus tentáculos se tensan alrededor de mi garganta y aprietan hasta que el océano se vuelve borroso. Siento el escalofrío del peligro. Soy letal, pero la Reina del Mar es algo más. Algo menos.

—Madre —suplico.

Pero la reina sólo aprieta con más fuerza ante el sonido de mi voz. Si ella quisiera, podría romper mi cuello en dos. Tomar mi cabeza como yo tomé la de la nereida. Quizás incluso mi corazón.

La reina me arroja al fondo del océano y sujeto mi garganta, tocando el punto sensible, sólo para apartar mi mano cuando los huesos crujen y palpitan con el contacto. Sobre mí, la reina se eleva, imponente como una sombra oscura. A nuestro alrededor el agua pierde color, se vuelve gris y luego negra, como si el océano estuviera manchado con su furia.

—Tú no eres digna de ser mi heredera —sisea la Reina del Mar.



Cuando abro los labios para hablar, todo lo que saboreo es ácido. La sal del océano es reemplazada por la magia ardiente que chisporrotea y baja hasta mi garganta. Apenas puedo respirar a través del dolor.

—No eres digna de la vida que te han dado.

—No —ruego.

Apenas un susurro, apenas una palabra. Una grieta en el aire haciéndose pasar por voz, como la de mi tía Crestell antes de ser asesinada.

—Tú crees que eres la Perdición de los Príncipes —la Reina del Mar ruge de risa—, pero eres la salvadora del príncipe.

Levanta su tridente, tallado en los huesos de la diosa Keto. Huesos como la noche. Huesos de magia. En el centro, el rubí del tridente espera sus órdenes.

—Permítenos ver —se burla la reina—, si queda alguna esperanza de redención en ti.

Golpea la base del tridente contra el suelo, y siento un dolor como nada que pudiera haber imaginado. Mis huesos se quiebran y se realinean. La sangre brota de mi boca y oídos, derritiéndose a través de mi piel. Mis agallas. Mi aleta se divide, me desgarran justo por la mitad, partiéndome en dos. Las escamas que alguna vez brillaron como estrellas se rompen en sólo un instante, y debajo de mi pecho hay un golpeteo que nunca había sentido. Se siente como mil puños golpeando desde el interior.

Me toco el pecho y clavo las uñas, tratando de sacar de mí lo que sea. Liberarlo. El ser atrapado dentro que tan desesperadamente golpea para ser liberado.

Luego, en medio de todo, la voz de mi madre grita:

—Si eres la poderosa Perdición de los Príncipes, entonces podrás robar el corazón de este príncipe incluso sin tu voz. Sin tu canción.

Intento aferrarme a la conciencia, pero el océano me ahoga. La sal y la sangre raspan mi garganta hasta que sólo puedo jadear y golpear. Pero aguanto. No sé qué pasará si cierro los ojos. No sé si alguna vez los abriré de nuevo.

—Si quieres regresar —gruñe la Reina del Mar—, tendrás que traerme su corazón antes del solsticio.

Intento concentrarme, pero las palabras de mi madre se convierten en ecos. Sonidos que no puedo entender. No logro entender ni orientarme. Me ha destrozado y no es suficiente para ella.

Mis ojos comienzan a cerrarse. El negro del mar se difumina en el fondo de ellos. El agua de mar se arremolina en mis oídos hasta que no queda nada más que entumecimiento. Con una última mirada a la sombra borrosa de mi reina, cierro los ojos y me rindo a la oscuridad.

## CATORCE

La pirámide desaparece detrás del horizonte. El sol está subiendo más alto, oro contra oro. Navegamos y dejamos la brillante ciudad atrás, hasta que el océano se vuelve azul una vez más y mis ojos se adaptan a la vasta extensión de color. Esto siempre toma un rato. Al principio, los azules son moderados. Los blancos de las nubes, salpicados de bronce como restos de los reflejos de Midas, flotan sobre mis ojos. Pero pronto el mundo vuelve a estallar, vívido e inflexible. El coral de los peces y el cielo azul.

Todo está detrás de mí ahora. La pirámide y mi familia y el trato que hice con Sakura. Y frente a mí: el mundo. Listo para ser tomado.

Sostengo el pergamino en mi mano. El mapa de pasadizos escondidos en la poderosa Montaña de la Nube, mantenida en secreto por la realeza de Págos porque garantiza su seguridad cuando ascienden la montaña y así demuestran su valía a su pueblo. He negociado mi futuro por esto, y todo lo que necesito ahora es el collar de Págos. Menos mal que sé en dónde buscar.

No le conté a mi familia sobre mi compromiso. Lo guardaré para después de conseguir que me maten. Decirle a mi tripulación fue fastidioso, y si sus burlas mortificantes no fueron tanto problema, sí lo fue la indignación de Madrid de que yo hubiera podido negociar conmigo mismo. Pasar la mitad de su vida siendo vendida de barco en barco dejó en ella una conciencia inflexible sobre la libertad en todos los aspectos.

El único consuelo que pude ofrecer, y parecía extraño ser el que ofreciera alivio en este tipo de situaciones, es que no tengo intención de seguir adelante con la propuesta. No es que esté pensando en retirar mi palabra. No soy ese tipo

de hombre, y Sakura no es el tipo de mujer que tomaría la traición a la ligera. Pero se puede hacer algo. Otro acuerdo que nos dé a ambos lo que queremos. Sólo necesito introducir a otro jugador al juego.

Me paro en el puesto de mando y evalúo al *Saad*. El sol ha desaparecido, y la única luz proviene de la luna y de las parpadeantes linternas a bordo del barco. Debajo de cubierta, la mayoría de mi esquelética tripulación —un nombre apropiado para mis voluntarios— está dormida. O intercambiando chistes e historias lascivas en lugar de canciones de cuna. Los pocos que permanecen en cubierta están quietos y apagados como casi nunca están.

Navegamos hacia Eidýllio, una de las pocas paradas que tenemos que hacer antes de llegar a Págos, y la verdadera clave de mi plan. Eidýllio tiene el único reemplazo para mi propuesta matrimonial que Sakura considerará aceptar.

En la cubierta, Torik juega a las cartas con Madrid, quien clama ser la mejor en cualquier juego que se le ocurra a mi primer oficial. El partido es silencioso y está marcado sólo por sonoras inhalaciones cada vez que Torik le da una calada a su puro. A sus pies está mi ingeniero asistente, que desaparece bajo cubierta de vez en cuando sólo para reaparecer, tomar asiento en el suelo y continuar cosiendo los agujeros de sus calcetines.

La noche revela algo diferente en todos ellos. El *Saad* es nuestro hogar y están a salvo aquí: por fin, pueden bajar la guardia por algunos momentos. Para ellos, el mar nunca representa el verdadero peligro. Incluso infestado de sirenas y tiburones y bestias que pueden devorarlos en cuestión de segundos. El verdadero peligro son las personas. Ellas son las impredecibles. Las traidoras y mentirosas. Y en el *Saad*, están a un mundo de distancia.

—¿Entonces este mapa nos llevará al cristal? —pregunta Kye.

Me encojo de hombros.

—Tal vez sólo a nuestras muertes.

Pone una mano en mi hombro.

—Ten algo de confianza —dice—. No nos has dirigido de manera equivocada todavía.

—Eso sólo significa que nadie estará preparado cuando lo haga.

Kye me da una mirada desdeñosa. Tenemos la misma edad, pero él tiene una forma divertida de hacerme sentir más joven. Más como el chico que soy que como el capitán que intento ser.

—Ése es el asunto con los riesgos —dice—. Es imposible saber cuáles valen la pena hasta que es demasiado tarde.

—Te estás volviendo muy poético en tu vejez —digo—. Sólo esperemos que tengas razón y el mapa sea realmente útil para ayudarnos a no congelarnos hasta morir. Estoy muy apegado a todos mis dedos, de manos y pies.

—Todavía no puedo creer que hayas negociado tu futuro por un pergamino —dice Kye. Su mano está sobre su cuchillo, como si sólo hablar de Sakura le hiciera pensar en batallas.

—¿No me acabas de decir que los riesgos pueden valer la pena?

—No aquellos que te llevan a un matrimonio impío con una *princesa* —pronuncia la última palabra como si estuviera sucia y la idea de que me casara con otro miembro de la realeza le diera horror de sólo pensarlo.

—Ése es un buen argumento —digo—. Pero voy a ofrecerle a Sakura un mejor premio que yo. Tan improbable como eso pueda sonar. Es la razón por la que primero vamos a Eidýllio, así que no te resignes a mi destino todavía. Tengo un plan, lo mínimo que puedes hacer es tener fe.

—Salvo porque tus planes siempre terminan en cicatrices.

—Las mujeres las aman.

—No cuando tienen la forma de mordiscos.

Sonrío.

—Dudo que la reina de Eidýllio esté empeñada en devorarnos.

—Hay mucha distancia entre nosotros y ella —dice Kye—. Mucho tiempo para que alguien me coma antes, en algún lugar del camino.

A pesar de sus escrúpulos, Kye no parece indignado por mi actitud evasiva. Nunca parecen importarle las réplicas esquivas ni las respuestas vagas, casi superficiales. Es como si la emoción de la caza radique justo en el desconocimiento. A menudo, he compartido este sentimiento. Cuanto menos sabía, más oportunidad tenía de descubrir. Pero ahora desearía saber más que lo que fue escrito en un libro para niños, escondido en el escritorio de mi cabina.

El texto habla de la parte más alta de la Montaña de la Nube, el punto más alejado del mar, y el palacio que fue hecho del último aliento helado de la diosa del mar Keto. Un lugar sagrado a donde sólo los miembros de la realeza de Págos se les permite ingresar en sus peregrinaciones sagradas. Es allí donde se sientan en oración y adoran a los dioses que los tallaron. Es allí donde

permanecen durante dieciséis días. Y es allí, en el centro de este palacio sagrado, donde yace el cristal. Probablemente.

Toda la búsqueda se basa en rumores y habladurías, y lo único bueno es que el collar perdido ha impedido que Sakura y su familia entren al domo cerrado. No es que yo pudiera usar el cristal si estuviera en su poder. Sólo imaginar la conversación con el rey de Págos me hace estremecer. ¿Podría amablemente permitirnos a mí y a mi tripulación pirata tomar prestada una de las fuentes de magia más poderosas del mundo durante unos días? Después de que mate a mi enemigo inmortal, prometo que *la traeré de regreso*.

Al menos, encontrar el cristal me dará una ventaja. Pero a pesar del pequeño consuelo que ese pensamiento me brinda, la plática de Sakura sobre cúpulas ocultas y llaves perdidas en forma de collares hace que las cosas se vuelvan más complicadas. Si no puedo encontrar ese collar, negocié todo por nada. Por otra parte, el hecho de que su familia haya estado buscando sin suerte por generaciones no significa mucho. Después de todo, ninguno de ellos es Elian.

—¿Le apetece jugar? —Madrid levanta la vista hacia mí—. Resulta que Torik es un mal perdedor.

—Y tú eres una gran tramposa —dice Torik—. Ella se guarda cartas bajo la manga.

—Lo único que tengo bajo la manga son los trucos y el talento.

—¡Ahí está! —apunta Torik—. ¿Lo ve? ¡Trucos!

Desde el piso, el ingeniero asistente los mira.

—Yo no vi ninguna trampa —pasa una aguja por un par de calcetines de retazos.

—Ja —Torik le pellizca una oreja sin mucho entusiasmo—. Tú estabas demasiado ocupado tejiendo.

—Estoy *cosiendo* —alega—. Y si no me quieres aquí, arrojaré tu partida por la borda.

Torik gruñe.

—Mala disposición —dice. Luego, se dirige a mí—, todo lo que consigo es mala disposición.

—Es todo lo que tú das, también —le digo.

—Yo doy mi corazón y mi alma —protesta Torik.

—Usted disculpe —digo—, ignoraba que poseyera cualquiera de ellas.

A mi lado, Kye ríe.

—Por eso pierde siempre —dice—. Sin corazón y, por tanto, sin imaginación.

—Ten cuidado, no me imagino tirándote por la borda —le advierte Torik—. ¿Usted qué opina, capi? ¿Realmente necesitamos otro cazador de sirenas en esta búsqueda?

—Kye también cocina —dice Madrid mientras ordena la baraja otra vez.

Torik sacude la cabeza.

—Creo que podemos tender las redes y atrapar nuestros propios peces para la cena. Vamos a prepararlos lo suficientemente bien sin tu chico bonito.

Madrid no se molesta en responder, y justo cuando estoy a punto de entrar en su lugar, algo llama mi atención a lo lejos. Una extraña sombra en medio del océano. Una figura en el agua. Entrecierro los ojos y saco el catalejo dorado de mi cinturón.

—Noroeste —le digo a Kye, y mi amigo extrae un pequeño par de binoculares de su propio bolsillo—. ¿Lo ves? —pregunto.

—Es un hombre.

Sacudo la cabeza.

—Justo lo contrario —entrecierro los ojos delineados de negro y los presiono ferozmente contra los cristales del catalejo—. Es una chica.

—¿Qué está haciendo una chica en medio del maldito océano? —Torik sube los peldaños y se dirige hacia nosotros.

En la cubierta principal, Madrid guarda las cartas en el mazo.

—Tal vez está atrapando su propio pescado para la cena —dice con sequedad.

Torik le lanza una mirada fulminante.

—Aquí hay tiburones.

—Van perfecto con el arroz.

Pongo los ojos en blanco.

Por fortuna, la chica está flotando y no ahogándose. Extrañamente, ella no está haciendo mucho más. Está allí, en el océano, sin nada y sin nadie a su alrededor. Inhalo y, en el mismo instante, la chica se vuelve hacia la nave. Parece imposible, pero en ese momento puedo jurar que mira directamente hacia mí. A través de mí.

—¿Qué está haciendo?

Me vuelvo hacia Kye.

—No está haciendo nada —le digo—. Sólo está ahí.

Pero cuando me giro para mirar otra vez, ya no está. Y en su lugar, hay una quietud mortal.

—¡Kye! —grito, corriendo hacia el borde del barco—. Máxima velocidad adelante. Circula alrededor y prepara la boya. Despierta al resto de la tripulación y mantenlos listos. Podría ser una trampa.

—¡Capitán, no sea imprudente! —grita Torik.

—Quizá se trate de un truco —coincide Madrid.

Los ignoro y me dirijo hacia delante, pero Kye pone una mano enguantada en mi hombro y me detiene.

—Elian, detente. Podría haber sirenas en el agua.

Mi mandíbula se tensa.

—No dejaré morir a nadie más por culpa de una maldita sirena.

Kye cuadra sus hombros.

—Entonces déjame ir en tu lugar.

Madrid hace una pausa por un momento y luego, con más lentitud de lo normal, levanta su arma sobre su hombro.

Coloco mi mano sobre la de Kye. Su gesto no tiene nada que ver con el heroísmo, porque quiera salvar a la chica que se está ahogando, y todo que ver con la lealtad. Porque lo que en realidad quiere es salvarme. Pero si hay algo en el mundo que no necesito, es ser salvado. He arriesgado mi vida las suficientes veces para saber que está encantada.

—No permitas que me ahogue —le digo.

Y entonces salto.

El agua se siente como uñas. Una terrible legión de puñales de hierro atraviesa mi carne hasta que mi aliento queda atrapado en mi pecho y se queda atascado allí. No puedo siquiera imaginar cómo se sentirán las aguas de Págos en comparación. No puedo imaginarme su país, su montaña y mis dedos permaneciendo en mis manos mientras la escalo.

Me sumerjo más profundo y dejo que mi cabeza gire.

Está tan oscuro bajo el agua que entre más nado, más dudo que logre regresar a la superficie otra vez. Pero a lo lejos, incluso sepultado bajo el océano, puedo



escuchar el rugido del *Saad*. Puedo sentir el agua siendo empujada y cortada mientras mi nave va detrás de mí. Y entonces la veo.

Hundiéndose hasta el fondo del océano, con los ojos cerrados y los brazos extendidos como alas, una chica desnuda con el cabello hasta los codos.

Nado hacia ella por una eternidad. Más cerca y más profundo, hasta que parece que ella podría golpear los guijarros del fondo antes de que yo consiga llegar a ella. Cuando mis manos finalmente la sujetan alrededor de su cintura, descubro con un estremecimiento lo fría que está. Más que el océano.

Es más pesada de lo que esperaba. Una piedra que se hunde. Peso muerto. Y no importa cuán bruscamente la levante, o mis manos se claven en su estómago y mis brazos la aprieten alrededor de sus costillas, no se mueve. Me preocupa que sea demasiado tarde, pero no puedo soportar la idea de dejársela a los tiburones y los monstruos.

Con una explosión de aliento, irrumpo en la superficie del agua.

El *Saad* está cerca y en sólo segundos una boya es arrojada al océano a mi lado. La deslizo sobre la chica, envolviendo la cuerda alrededor de su muñeca flácida para que la tripulación pueda subirla primero.

Es extraño ver cómo levantan un cuerpo sin vida hasta el barco. Su piel es muy pálida contra la madera oscura del *Saad*. Lleva una muñeca atada a la boya y la otra cuelga inerte. Cuando mi tripulación finalmente me levanta, recupero el aliento antes de correr hacia ella. Escupo agua salada en la cubierta y caigo de rodillas a su lado, deseando que se mueva. Es demasiado pronto. Demasiado temprano en nuestro viaje para tener un cuerpo en nuestras manos. Y por mucho que me guste pensar que me he acostumbrado a la muerte, nunca antes había visto a una mujer muerta. Por lo menos, no a una que no fuera mitad monstruo.

Miro a la chica inconsciente y me pregunto de dónde viene. No hay barcos a lo lejos ni se alcanza a ver tierra en el horizonte. Es como si hubiera aparecido de la nada. Nacida del océano mismo.

Desabotono mi camisa empapada y la deslizo sobre el cuerpo desnudo de la chica como si fuera una manta. El movimiento repentino parece sacudirla y, con aliento jadeante, sus ojos se abren. Son tan azules como los labios de Sakura.

Rueda sobre su estómago y expulsa el océano, resoplando hasta que ya no parece haber más agua en ella. Cuando se vuelve hacia mí, lo primero que noto son sus pecas en forma de estrellas. Constelaciones salpicadas en su rostro como

las que nombro mientras el resto de mi tripulación duerme. Su cabello, de un profundo rojo oscuro, está pegado a sus mejillas. Apagado y muy cercano al marrón. Se ve joven, más que yo tal vez, e inexplicablemente, cuando se estira para alcanzarme, me dejo jalar por ella.

Se muerde el labio, con fuerza. Está agrietado y furiosamente pálido, justo como su piel. Hay algo atrás de ese acto que revela lo salvaje que hay en ella. Algo sobre sus ojos de océano y la forma en que acaricia mi cuello suavemente. Algo familiar e hipnótico. Susurra algo, una sola palabra gutural que suena dura contra sus labios. No puedo entenderla, pero sea lo que sea, me hace sentir aturdido. Me acerco más y coloco una mano en su muñeca.

—No entiendo.

Se sienta, balanceándose, y agarra mi cuello con más fuerza. Entonces, más fuerte, ella la dice de nuevo. *Gouroúni*. La escupe como un arma y su rostro se retuerce. Un repentino cambio de la niña inocente a algo mucho más cruel. Casi asesino. Retrocedo, pero por una vez, no soy lo suficientemente rápido. La chica levanta una mano temblorosa y cruza por mi mejilla. Fuerte.

Me muevo hacia atrás.

—¡Capi! —Torik llega hasta mí.

Descarto su mano y miro a la chica. Está sonriendo. Un fantasma de satisfacción se pinta en sus labios pálidos, antes de que sus ojos se cierren y su cabeza toque la cubierta.

Froto el borde de mi mandíbula.

—Kye —no quito los ojos de la chica del océano—, trae la cuerda.

## QUINCE

Cuando despierto, estoy atada a una barandilla.

Una cuerda dorada está enrollada alrededor de una de mis muñecas, uniéndola a la barrera de madera que da a la cubierta del barco. El sabor a bilis sigue ardiendo y tengo frío, que es la sensación menos natural del mundo, porque he pasado una vida maravillosa en el hielo. Ahora, el frío me entumece y tiñe mi piel de azul. Busco dolorosamente el calor, y el tenue resplandor del sol en mi rostro se siente como éxtasis.

Muerdo mi labio y siento los dientes ahora sin filo contra mi piel. Con un suspiro tembloroso, miro hacia abajo y veo piernas. Unas cosas enfermizamente pálidas que se cruzan con torpeza debajo de mí, salpicadas de moretones. Algunos son grandes parches, otros apenas pequeñas huellas dactilares. Y pies, también, con los dedos rosados por el frío.

Mis aletas se fueron. Mi madre me condenó. Quiero morir.

—Ah, bien, estás despierta.

Arrastro la cabeza desde la barandilla para ver a un hombre que me observa. Un hombre que también es un príncipe, y cuyo corazón tuve una vez a mi alcance. Me mira con ojos curiosos; su cabello negro todavía está húmedo en los extremos y gotea sobre su ropa seca.

A su lado, está el hombre más grande que haya visto, con la piel casi tan negra como la nave misma. Está en pie junto al príncipe, con la mano en la empuñadura de una larga espada que cuelga de una cinta en su chaleco. Y dos más: una chica de piel morena con tatuajes extendidos por sus brazos y mejillas, con grandes arracadas de oro y una mirada recelosa. Junto a ella, en posición

defensiva, un chico de mandíbula afilada golpetea con su dedo un cuchillo en su cinturón.

En la cubierta de abajo, muchos más me miran.

Vi sus rostros. Momentos antes de que el mundo se oscureciera. ¿El príncipe me salvó de ahogarme? La idea me enfurece. Abro la boca para decirle que no tenía derecho a tocarme, o que debería haber permitido que me ahogara en el océano, que llamo mi hogar, sólo para fastidiar a mi madre. Sólo porque ella se lo merecía. Dejar que mi muerte fuera una lección para ella.

—Eres un buen nadador —digo en cambio, en mi mejor midasán.

—Tú no —responde él.

Se ve divertido y para nada asustado ante la mortífera criatura que tiene delante. Lo cual significa o que es un idiota o que no sabe quién soy. Posiblemente ambos, aunque no creo que el príncipe perdiera el tiempo atándome a una barandilla si planea matarme. Me pregunto qué tan diferente me hace ver el hechizo de mi madre como para que él no me reconozca.

Miro a los demás. Observan al príncipe con expectación. Aguardan sus órdenes y su veredicto. Quieren saber qué planea hacer conmigo, y puedo sentir lo ansiosos que están dado que mi identidad sigue siendo un misterio. Les gustan los forasteros incluso menos que a mí y, mirando a cada una de sus caras mugrientas, sé que me arrojarán por la borda si su príncipe lo ordena.

Miro al príncipe y trato de encontrar las palabras correctas en midasán. He hablado tan poco ese idioma que tiene un sabor extraño en mi lengua y sus vocales se retuercen juntas demasiado lentamente. Sabe como suena, a calidez y oro. Mi voz no es mía cuando lo hablo. Mi acento es extremadamente fuerte para reproducir las palabras, por lo que mi lengua sisea sus extrañas letras.

—¿Siempre atan a las mujeres a su barco? —pregunto cuidadosamente.

—Sólo a las bonitas.

La chica tatuada pone los ojos en blanco.

—El príncipe encantador —dice.

El príncipe ríe, y el sonido me hace lamer mis labios. Mi madre lo quiere muerto, pero ella quiere que lo haga como humana para demostrar mi valía como verdadera gobernante del mar. Si logro acercarme lo suficiente.

—Desátame —ordeno.

—Deberías agradecerme antes de ladrar órdenes —dice el príncipe—.

Después de todo, te salvé y te vestí.

Miro hacia abajo y me doy cuenta de que es verdad. Una gran camisa negra raspa mis piernas; su tela húmeda se pega a mi nuevo cuerpo.

—¿De dónde vienes? —pregunta el príncipe.

—¿Alguien te tiró por la borda mientras te desvestías? —pregunta la chica.

—Tal vez la tiraron por la borda porque se estaba desnudando —dice el chico con el cuchillo.

El comentario es recibido con risas del resto de ellos.

—Discúlpanos —dice el príncipe—. Pero no todos los días encontramos a una chica desnuda ahogándose en medio del océano. Sobre todo, cuando no hay otros barcos a la vista. Sobre todo, alguien que me da una bofetada después de que la salvé.

—La merecías.

—Te estaba ayudando.

—Exactamente.

El príncipe lo reflexiona y luego saca un pequeño artilugio circular de su bolsillo. Parece una brújula, y cuando vuelve a hablar, sus ojos permanecen clavados en ella, con una voz sólo en apariencia despreocupada.

—No puedo ubicar tu acento —dice—. ¿De dónde eres?

Una extraña sensación se instala en mi pecho. Aparto mis ojos del objeto, odio cómo se siente cuando lo miro. Como si me estuviera mirando también.

—Desátame —digo.

—¿Cómo te llamas? —pregunta el príncipe.

—Desátame.

—Veo que no sabes mucho de midasán —niega con la cabeza—. Primero, dime tu nombre.

Él dirige su mirada de la brújula hacia mí, evaluando, mientras intento pensar en una mentira. Pero es inútil porque no conozco ningún nombre humano. Nunca me he detenido lo suficiente como para escucharlos, y a diferencia de las nereidas, que espían a los humanos siempre que pueden, nunca me ha importado aprender más sobre mi presa.

—Lira —escupo con ferocidad.

Él mira la brújula y sonríe.

—Lira —repite, guardando el pequeño objeto. Mi nombre suena melódico en

sus labios. Menos como el arma que fue cuando yo lo dije—. Yo soy Elían —dice, aunque no pregunté. Un príncipe es un príncipe y su nombre es tan intrascendente como su vida.

Apoyo mi mano libre contra la parte superior de la barandilla y me pongo en pie. Mis piernas tiemblan con violencia y luego se doblan debajo de mí. Me golpeo contra la cubierta y dejo escapar un silbido de dolor. Elían mira, y es sólo después de una breve pausa que extiende una mano cautelosa. Incapaz de soportar que esté inclinado sobre mí, la tomo. Su agarre es lo suficientemente fuerte para levantarme de nuevo sobre mis inestables pies. Cuando casi vuelvo a caer, su mano alcanza mi codo y me sostiene con firmeza.

—Es la conmoción —toma su cuchillo y corta la cuerda que me ata a la barandilla—. Recuperarás la estabilidad en poco tiempo. Sólo date un respiro.

—Me sentiría más firme si no estuviera en este barco.

Elían levanta una ceja.

—Eras mucho más encantadora cuando estabas inconsciente.

Entrecierro mis ojos y presiono una mano en su pecho para equilibrarme. Puedo sentir el golpeteo lento de su corazón debajo de mi mano, y en un instante estoy de regreso en Midas. Cuando estuve tan cerca de robarlo.

Elían se pone rígido y lentamente quita mi mano de su pecho y la coloca de nuevo en la barandilla. Busca en el bolsillo de sus pantalones y saca un pequeño collar. La cadena es un centelleo de azul que brilla como el agua bajo el sol. Es líquido convertido en algo diferente, demasiado suave para ser hielo y demasiado sólido para ser océano. Brilla contra el oro de la piel de Elían y, cuando él abre su mano, revela el dije que cuelga de él. Bordes marcadamente agudos teñidos con rojo cangrejo. Mis labios se separan y toco con una mano mi cuello, donde mi caracola marina alguna vez colgó. Nada.

Furiosa, salto hacia Elían con mis manos como garras. Pero mis piernas son demasiado inestables y el intento casi me lleva al piso de regreso.

—Quieta allí, damisela —Elían toma mi codo para sostenerme en posición vertical.

Arranco mi brazo de él y le enseño mis dientes monstruosamente.

—Dámelo —ordeno.

Él inclina la cabeza.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—¡Porque es mío!

—¿Lo es? —pasa un dedo por las crestas de la caracola marina—. Hasta donde sé, éste es un collar para monstruos, y lo cierto es que tú no te ves como una de ellas.

Aprieto los puños.

—Quiero que me lo entregues.

Me siento enloquecida por el midasán en mi lengua. Sus suaves sonidos son demasiado agradables para mostrar mi rabia. Me aguijonea el impulso de escupirle los cuchillos de mi propio idioma. Acabar con él con los aguijones de *psáriin*, en donde cada palabra puede zaherir.

—¿Cuánto vale? —pregunta Elian.

Lo miro.

—¿Qué quieres decir?

—Nada es gratis en el océano —explica—. ¿Qué valor tiene para ti el collar?

—Tu vida.

Él ríe y, junto a él, el hombre grande deja salir una risa burlona. No estoy segura de qué les resulta tan gracioso, pero antes de que pueda preguntar, Elian dice:

—No creo que mi vida valga mucho para ti.

Está muy equivocado al respecto.

—La mía entonces —digo.

Y lo digo en serio, porque ese collar es la llave para encontrar el camino a casa. O al menos, para pedir ayuda. Si no puede llevarme de regreso a mi reino como ser humano, entonces al menos puede llamar a Kahlia. Ella puede hablar con la Reina del Mar en mi nombre y pedirle que rescinda el castigo para que yo no tenga que hacerlo.

—Tu vida —repite Elian. Da unos pasos hacia mí—. Cuidado con a quién le dices eso. Un peor hombre podría obligarte a ello.

Lo empujo.

—¿Y tú eres un mejor hombre?

—Me gusta pensar que sí.

Sostiene la caracola a la luz del sol. Sangre contra el cielo. Puedo ver la curiosidad en sus ojos mientras se pregunta qué está haciendo una náufraga con semejante baratija. No sé si sabrá para qué sirve, o si tan sólo es algo que ha

visto en el cuello de las sirenas que ha asesinado.

—Por favor —digo, y los ojos de Elían se vuelven hacia mí.

Nunca he usado esa palabra en ningún idioma, y aunque Elían no puede saberlo, parece inquieto. Se abre una grieta en su bravuconería. Después de todo, soy una chica semidesnuda tomada como prisionera y él es un príncipe humano. Real por nacimiento y destinado a liderar un imperio. La caballerosidad corre por sus venas, y lo único que necesito hacer es recordárselo.

—¿Te gustaría que te lo suplicara? —pregunto, y la mandíbula de Elían se tensa.

—Si me dices por qué lo tienes, te lo devolveré.

Suena sincero, pero sé que no lo es. Los piratas son mentirosos por oficio y los miembros de la nobleza son mentirosos por sangre. Lo sé de primera mano.

—Mi madre me lo dio —digo.

—Un regalo —Elían reflexiona sobre esto—. ¿Ha pasado por tu familia por cuánto tiempo? ¿Sabes qué hace o cómo funciona?

Rechino los dientes. Debería haber sabido que sus preguntas no terminarían hasta que me arrancara la verdad. Se la daría con gusto cualquier otro día, pero estoy indefensa en este barco sin la música de mi voz para cantarle hasta la sumisión. Ni siquiera puedo sostenerme sola. La caracola es mi última esperanza, y me la está quitando.

Me lanzo por ella una vez más. Soy rápida, incluso como humana, y mis dedos se cierran alrededor de su puño en un instante. Pero Elían es más ágil, y en cuanto mi mano se aferra a la suya, su cuchillo está en mi cuello.

—En realidad —presiona la hoja con firmeza contra mi garganta, y siento una pequeña punción—, eso no fue tan listo.

Aprieto mi mano alrededor de su puño, no estoy dispuesta a dejarlo ir. El corte en mi cuello arde, pero he sentido y causado dolores mucho peores. Su rostro es desdeñoso cuando lo miro con burla, por completo distinto a los dulces y gentiles príncipes que he tomado antes. Aquéllos cuyos corazones están enterrados bajo mi cama. Elían es un soldado como yo.

—¡Capitán! —un hombre emerge desde la cubierta inferior, con los ojos muy abiertos—. ¡Los radares detectaron una!

Rápidamente, Elían mira al chico que empuña un cuchillo.

—Kye —dice. Sólo un nombre, sólo una palabra, y el chico asiente



abruptamente y salta de la escalera hacia la cubierta de abajo.

En un instante, Elian arranca su cuchillo de mi garganta y lo enfunda.

—¡Todos a sus posiciones! —grita. Rodea su cuello con mi caracola marina y corre hacia el borde de la nave.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

Elian se gira hacia mí con un destello de malicia en sus ojos.

—Es tu día de suerte, Lira —dice—. Estás a punto de conocer tu primera sirena.

## DIECISÉIS

Observo a los humanos saltar de un extremo a otro del bote, jalar cuerdas y gritar palabras y nombres que no entiendo del todo. En cierto momento, el chico del cuchillo, Kye, tropieza y se corta la palma de la mano. Rápidamente, la chica tatuada se arranca el pañuelo de la cabeza y se lo arroja, antes de correr hacia el timón y dar un vuelco. El barco se tuerce demasiado rápido como para que pueda permanecer estable, y caigo otra vez al suelo.

Chillo de frustración y busco a mi captor en la cubierta. El príncipe Elian se inclina sobre el borde, con un brazo enredado en una cuerda y el otro sosteniendo el misterioso objeto a la luz.

—Firme —le dice a su tripulación—. Manténgala firme.

Susurra algo para sí mismo. Una perorata en midasán que no logro descifrar, mucho menos entender, y luego sonrío al compás y grita:

—¡Torik, ahora!

El hombre grande apoya la cabeza en la cubierta inferior y grita a la tripulación. Tan pronto como el tronido de su voz se estremece a través de mis huesos, un silbido en un tono muy alto rasga el aire. Llevo mis manos a mis orejas. No es tanto un ruido sino una cuchilla que atraviesa mi cráneo. Un sonido tan estridente que siento que mis tímpanos podrían explotar. A mi alrededor, los humanos parecen no verse afectados, así que bajo mis manos con una mueca e intento ocultar mi incomodidad.

—Voy a entrar —Elian llama por encima de su hombro. Lanza la brújula a la chica—. Madrid, baja la red a mi señal.

Ella asiente mientras saca un pequeño tubo de su cinturón y lo coloca en el

interior de la boca de Elian. Y luego, él ya no está. Se encuentra con el agua con apenas un ruido, tan silencioso que me tropiezo hasta el borde de la nave para asegurarme de que en verdad saltó. En efecto, las ondas se acumulan en la superficie y el príncipe no se ve por ningún lado.

—¿Qué está haciendo? —pregunto.

—Interpretando su papel —contesta Madrid.

—¿Qué papel?

Saca una pequeña ballesta de su cinturón y arregla una flecha en el pestillo.

—De cebo.

—Es un príncipe —observo—. No puede ser un cebo.

—Es un príncipe —dice ella—, así que él decide quién es el cebo.

Kye le entrega un carcaj repleto de flechas y me lanza una mirada cautelosa.

—Si te preocupa tanto, siempre está la posibilidad de arrojarte en su lugar.

Ignoro tanto el comentario como la mirada hostil. La mezquindad humana no conoce límites.

—Seguramente no podrá respirar por mucho rato —digo.

—Cinco minutos de aire —me dice Madrid—. Para eso es el tubo. Una cosita ingeniosa que el capitán recogió hace un tiempo en Efévresi.

Efévresi. La tierra de la invención. Es uno de los pocos reinos que he tenido cuidado de evitar, moderada por la maquinaria que patrulla sus aguas. Redes hechas de rayos y drones que nadan más rápido que cualquier sirena. Naves que más parecen bestias, con conocimiento e inteligencia propios.

—Cuando el capitán vuelva a subir, verás algo maravilloso —me dice Kye.

—Los monstruos —replica Madrid— no son maravillosos.

—Verlos morir es bastante maravilloso —Kye mira de manera deliberada en mi dirección—. Eso es lo que les sucede a nuestros enemigos, ¿ves?

Madrid se burla.

—Atento a la señal del capitán —dice ella.

—Él te dijo que tú hicieras eso.

Ella sonríe.

—Y técnicamente, cariño, soy tu superiora.

Kye se rasca el rostro con su dedo medio, lo que al parecer no es un gesto halagador, porque un instante después Madrid abre la boca y le tira un golpe a su hombro. Kye se aparta sin esfuerzo, atrapa su mano en medio del aire y tira de

ella hacia él. Cuando Madrid intenta decir algo, él presiona sus labios contra los de ella y le arrebató un beso. Como un ladrón robando un momento. Casi espero que ella le dispare con la ballesta, sé que yo lo haría, pero cuando él se separa, ella sólo lo empuja sin mucho entusiasmo. La sonrisa de Madrid es despiadada.

Les doy la espalda y me sostengo del borde del barco en busca de apoyo. El sol calienta mis piernas desnudas y el viento zumba con suavidad en mis orejas. El sonido estridente ha disminuido hasta un débil eco a mi alrededor, de manera que todo parece demasiado silencioso. Demasiado pacífico. Bajo el mar, nunca es tan sereno. Siempre hay gritos y colisiones y desgarros. Siempre está el océano, en constante movimiento, evolucionando hacia algo nuevo. Nunca inmóvil y nunca igual. En tierra, en esta nave, todo es demasiado estable.

—Ignora a Kye —dice Madrid. Está parada a mi lado—. Siempre es así.

—¿Así cómo?

—Así de ridículo —dice ella, luego se vuelve hacia él—. Si el sonar vuelve a interrumpirse, ve bajo cubierta y dale una probada de tu cuchillo a ese ingeniero.

—¿El sonar? —pregunto.

—Ese sonido —explica—. A nosotros no nos molesta mucho, pero las sirenas enloquecen. Golpea sus nervios y las desorienta.

Kye arranca la suciedad de debajo de sus uñas con un cuchillo.

—Esto les impide cantar su cancioncita y ahogarnos a todos.

Aprieto los dientes. Es tan típico de los humanos usar sus sucios trucos tecnológicos para que luchen sus guerras por ellos. Nunca he oído hablar de algo que pueda quitarle el poder a una sirena, pero experimentar el espantoso desgarramiento dentro de mi cráneo hace que sea fácil de creer. Me pregunto qué tan insoportable sería escucharlo en mi forma de sirena, si es algo similar a la magia de mi madre.

—Sé que nos vemos bastante decaídos —dice Madrid—. Por lo general, la tripulación es mucho más grande, pero estamos en cierto caso especial. El capitán nos redujo a la mitad por su último capricho.

La miro con extrañeza.

—No te pregunté sobre tu tripulación.

Ella ríe y quita un rizo de su rostro. Sin el pañuelo, su cabello vuela en todas las direcciones.

—Me imaginé que tendrías preguntas —dice—. No muchas despiertan para

encontrarse a bordo del infame barco de sirenas en la compañía del príncipe dorado. Sin duda, has escuchado lo mejor y lo peor acerca de nosotros. Sólo quiero que sepas que sólo la mitad de las historias son verdaderas.

Sonríe en esta última parte, como si fuéramos viejas aliadas. Como si tuviera motivos para sentirse cómoda cerca de mí.

—No puedes estar a bordo de nuestro barco y no conocer los pormenores —dice Madrid.

Kye hace un ruido despectivo.

—No creo que el capi quiera que los extraños conozcan los detalles de nuestras salidas.

—¿Y qué pasa si ella se convierte en parte de la tripulación?

—Si usar la camisa del capitán hiciera a alguien parte de la tripulación, entonces la mitad de las chicas de Eidýllio estarían navegando con nosotros.

—Bueno —dice Madrid—, necesitamos algo más de sangre femenina.

—Tenemos suficiente con la sangre de las sirenas derramada en la cubierta.

—La espuma del mar no cuenta —dispara, y la mirada desdeñosa que Kye tenía cuando hablaban de mí desaparece para dejar su lugar a una sonrisa burlona.

—Te gusta inventar las reglas a medida que avanzas. ¿No es así, amor?

Madrid se encoge de hombros y se vuelve hacia mí, con los brazos abiertos como alas.

—Bienvenida al *Saad*, Lira —dice ella.

Y entonces Elian surge como una explosión del océano.

Para mi alivio instantáneo, el sonar se disipa y, aunque deja un zumbido en mis oídos, el dolor disminuye de inmediato. Los labios de Kye dibujan una sonrisa y, al mismo tiempo, Elian toma aliento y en el barco todo es frenesí. Desde el agua, una red se abre camino hacia la superficie, convirtiendo el océano en poderosas olas. En el interior, una criatura se agita y sisea; su aleta enredada es lo único que la mantiene alejada del príncipe y de su corazón.

Elian se encuentra del otro lado, con el cuchillo en la mano, y mira a la sirena. Ella tira arañazos hacia él, pero la red es gruesa y están separados por al menos un metro. Aun así, Elian está en guardia, con una mano agarrada a la red para mantenerse firme y la otra sujetando su cuchillo.

—Si tienen un minuto —Elian llama a los del barco—, no me importaría

subir a bordo.

—¡Muévanse! —grita Torik al resto de la tripulación—. Quiero esa maldita red aquí arriba hace cinco minutos.

Kye se precipita a su lado y retuerce la cuerda que está izando la red hacia ellos. Él se inclina hacia atrás para que todo su cuerpo se balancee contra la cuerda. El peso lo deja sin aliento por momentos. Debajo, la sirena chilla con tanto veneno que apenas puedo distinguir el *psáriin* en su lengua. Está sangrando, pero no puedo ver de dónde. El rojo parece cubrir gran parte de su cuerpo, como pintura contra su piel. A medida que la red regresa a la nave, ella continúa golpeando con violencia y el sonar vuelve a escucharse. Aprieto las manos a mis costados para evitar que llegue hasta mis oídos. La sirena está enloquecida. Sus manos vuelan hacia su rostro y entierra las uñas en sus mejillas, tratando de arrancar el ruido. Sus gritos son como la muerte misma. Un sonido que hace que los dedos de mis pies recién formados se curven contra la nave.

Kye tira de la cuerda con más fuerza, sus brazos gotean de sudor. Cuando la red por fin llega a la cubierta, le pasa la soga a otro miembro de la tripulación y luego se precipita hacia un costado de su príncipe. En unos instantes, la red se desenreda y Elían es liberado.

Kye y Madrid lo toman por los codos y lo arrastran fuera del peligro. Mientras lo hacen, veo que los brazos del príncipe están heridos. Cortes tan similares como cuando la nereida intentó robarme su corazón. Rápidamente, Kye rasga la manga de su camisa y agarra la mano de Elían. Está perforada con profundos agujeros oscuros. La sangre es de color rojo oscuro, nada que ver con el dorado, como yo había escuchado. Verlo me da en qué pensar.

—¿Estás loco? —grita Kye. Usa su camisa como vendaje improvisado—. No puedo creer que hayas entrado en esta cosa.

—Era la única manera —Elían sacude su mano como si quisiera sacudirse la herida—. No la habría atraído.

—Se podría haber cortado una arteria —dice Madrid—. No creo que desperdiciemos buenos puntos de sutura si de todos modos va a morir desangrado.

Elían sonríe ante su insubordinación. Todo es un juego para él. La lealtad es burla y la devoción es familiar en lugar del miedo. El príncipe es un acertijo

disfrazado de gobernante, capaz de reírse de la idea de la deslealtad como si nunca fuera una opción. No lo entiendo.

—Si vas a seguir así —dice Kye—, deberíamos invertir en algunas redes más seguras.

Miro a la red en cuestión y casi sonrío. Es una telaraña de alambre y vidrio. Las piezas se tejen una con otra para que su metal retorcido pueda formar una rápida jaula. Tan monstruosa como gloriosa.

Dentro, la sirena gime.

—Ella es astuta —dice Elían, mientras se acerca a mí—. Por lo general, el ruido las confunde tanto que me quedo junto a la red y corren a su interior. Sin embargo, ella no lo habría hecho. No, a menos que yo lo hiciera.

La tripulación se reúne con sus armas listas.

—Ella estaba intentando ser más lista que tú —digo, y Elían sonrío.

—Puede tratar de ser más lista, pero nunca será más rápida.

Me burlo de su arrogancia y me vuelvo hacia la criatura que atrapó en su red. Estoy casi ansiosa por ver a la sirena que fue tan estúpida para caer en esa trampa, pero cuando descubro su rostro, una sensación desconocida se instala en mi estómago.

La conozco.

Una elegante aleta de carbón que mancha toda la cubierta. Cabello de un frío negro que cae sobre sus mejillas y uñas talladas como puñales. Gruñe, muestra sus colmillos y golpea con violencia su aleta contra el alambre. En el fondo, el sonar zumba, y cada vez que creo que ella podría cantar, gime en su lugar. Me acerco un paso y ella entorna los ojos. Uno marrón, el otro una mezcla de azul y sangre, curvado por una cicatriz que se extiende hasta su labio.

Maeve.

—Ten cuidado —dice Elían mientras su mano revolotea hacia mi brazo—. Son mortíferas.

Me vuelvo hacia él, pero él está mirando la sirena, con sus ojos de algas marinas más afilados que las uñas de ella.

—*Aidiastikó gouroúni* —gruñe Maeve.

*Cerdo repugnante.*

Sus palabras son un espejo de las que yo pronuncié cuando Elían me salvó de ahogarme.

—Mantén la calma —le digo a ella, y luego hago una mueca cuando me doy cuenta de que todavía estoy hablando en midasán.

Cuando los ojos de la sirena se encuentran con los míos, están llenos del mismo odio que siempre hemos compartido la una por la otra. Casi me hace reír pensar que incluso como extrañas, nuestra animosidad es tan madura que se extiende más allá de los límites del conocimiento.

Maeve escupe en la cubierta.

—Maldita humana asquerosa —dice en *psáriin*.

Instintivamente, me lanzo hacia ella, pero Elian me jala de la cintura. Pateo violentamente contra él, desesperada por alcanzar a la desafiante chica frente a mí. Sirena o no, no permitiré que el insulto se mantenga.

—Detente —la voz de Elian es amortiguada por mi cabello—. Si quieres que te maten, uno de nosotros puede hacer el trabajo de manera más pulcra.

—Deja que vaya —ríe Kye—. Quisiera ver cómo termina esto.

Me revuelvo contra Elian, arañando sus brazos como el animal que soy.

—Después de lo que acaba de decirme —digo—, va a terminar con su corazón en el suelo.

Maeve ríe y usa su dedo para dibujar un círculo *psáriin* en la palma de su mano. Cuando mis ojos se abren ante el insulto, ella sólo ríe más. Es un símbolo reservado para los seres más bajos. Para las nereidas que yacen muertas mientras sus aletas son fijadas a la arena como castigo. Para humanos indignos de la presencia de una sirena. Hacer ese gesto al linaje real se castiga con la muerte.

—Mátala —digo con furia—. *Áschimi lígo skýla*.

—¡Basura humana! —Maeve chilla en respuesta.

El aliento de Elian se siente caliente en mi cuello mientras lucha para controlarme.

—¿Qué dijiste?

—Sucia y pequeña perra —lo traduzco en midasán—. *Tha sas skotóso ton eaftó mou*.

*Te mataré yo misma.*

Estoy a punto de liberarme, pero al instante siguiente que Elian suelta su agarre de mi cintura, sus manos me sujetan los hombros. Me da la vuelta y me arroja contra la puerta de la cubierta inferior. Cuando se inclina sobre mí, el aroma del regaliz es fragante en su aliento.



Lo rechazo e intento escapar, pero él es demasiado rápido, incluso para mí, y bloquea mi camino. Me empuja otra vez hacia atrás contra la madera barnizada. Despacio, lleva una mano a los paneles junto a mi cabeza, dejándome encerrada.

—Hablas *psáriin*.

Su voz es gutural, sus ojos son tan oscuros como la sangre que se filtra de su mano. Detrás de él, la tripulación vigila atentamente a Maeve, pero de cuando en cuando lanza miradas subrepticias hacia nosotros. En mi locura, me olvidé de mí. O tal vez, me acordé de mí. Escupí mi idioma como si fuera la cosa más natural del mundo. Lo cual, para un ser humano, nunca sería así.

Elian está tan cerca que, si escucho, puedo oír los latidos de su corazón. Si me calmara, sería capaz de sentir los golpes latiendo en el aire entre nosotros. Miro hacia su pecho, donde los lazos de su camisa se han aflojado para revelar un círculo de uñas. Mi regalo de despedida.

—Lira —dice—, será mejor que tengas una maldita buena explicación.

Intento pensar en una respuesta, pero por el rabillo del ojo veo a Maeve quieta ante la mención de mi nombre. De repente, me está mirando de reojo, inclinándose hacia delante; la red perfora sus brazos.

Siseo y Maeve retrocede rápidamente.

—¡*Prinkípissa!* —dice ella.

*Princesa.*

Sacude la cabeza. Estaba lista para morir a manos de piratas, pero ahora que mira a los ojos de su princesa, el miedo finalmente aparece en su rostro.

—La entiendes —dice Elian.

—Entiendo muchas cosas.

Lo aparto y hace un gesto para que su tripulación me permita acercarme a su prisionera.

—*Parakaló* —grita Maeve mientras me acerco—. ¡*Parakaló!*

—¿Qué está diciendo? —pregunta Madrid.

Apunta con su arma hacia Maeve, igual que toda la tripulación. Espadas y balas para esconderse detrás de ellas, porque los humanos no poseen la fuerza natural para defenderse. Pero a diferencia de los otros, el arma de Madrid no es una pistola. En algún momento, ella descartó la ballesta por algo mucho más mortífero. El dorado metal pulido brilla en forma de rifle, pero una larga lanza negra descansa debajo, con la punta bañada en la plata más pura. Sin embargo, a

pesar de tener un arma tan elaborada, Madrid no se muestra ansiosa por atacar. Parece que preferiría mantener sus manos limpias de asesinato.

Me vuelvo hacia Maeve y veo el miedo en sus ojos. Nunca ha habido algo cercano a la tolerancia entre nosotras, pero fue sólo hasta hace poco que comenzamos a considerarnos enemigas. O más bien, Maeve comenzó a considerarme una enemiga y yo disfruté el cumplido.

Observo su ojo embotado, ondulado por la sangre y sombreado por cicatrices. La cegué, no hace mucho tiempo, con el extremo cortante de una pieza de coral. Ahora, cada vez que parpadea, su ojo derecho permanece abierto. Pensándolo bien, ni siquiera recuerdo por qué lo hice. Maeve dijo algo, tal vez. O hizo algo que me disgustó lo suficiente como para castigarla. En realidad, ella podría haber hecho cualquier cosa y no habría importado, porque tan sólo quería herirla. Por alguna razón y sin ella. Quería escucharla gritar.

Así es el mar. Brutal e implacable. Lleno de una crueldad sin fin que no tiene recompensa. Hubo un tiempo en el que sólo quería matar a Maeve, pero temía tanto la furia de mi madre que decidí no actuar. Ahora, la oportunidad está aquí. Quizá no para hacerlo yo misma, pero sí para mirar cómo alguien más lo hace. El enemigo de mi enemiga.

—Dinos qué está diciendo —exige Kye.

—Ella no está diciendo nada —miro a Maeve—. Suplica.

—Suplica.

Elian está a mi lado, con una expresión ilegible en su rostro mientras repite mis palabras. Agarra el cuchillo con su mano herida, y cuando la sangre gotea por la cuchilla, ésta desaparece. Metal bebiendo metal. Puedo sentir la brujería saliendo de él como trueno. Los susurros de un arma rogándole para que derrame más sangre con la que pueda sentirse colmada. Está empapada en la suficiente magia para cantar como una de mis melodías, pero Elian no sucumbe a su estribillo. Su expresión es vacilante y ha pasado mucho tiempo desde que viera algo así en los ojos de un asesino. Sin embargo, Elian mira a Maeve como si pensar en su súplica hiciera que sus actos fueran incorrectos. Sucios.

—Suplicando —dice—. ¿Estás segura?

—*Parakaló* —repito—. Significa: *por favor*.

## DIECISIETE

Nunca he matado a una cosa que suplique.

Cuando la sirena se encoge de miedo en mi cubierta, soy perfectamente consciente de que ella es un monstruo. Está gimiendo, pero incluso ese sonido es perverso. Una mezcla de siseos y lamentos guturales. No estoy seguro de por qué está tan asustada cuando hace unos momentos una red de vidrio y púas apenas la hacía estremecer. Una parte de mí quiere sentirse orgullosa de que mi reputación al fin me haya precedido. La otra parte, tal vez la más inteligente, está segura de que no tengo nada de qué sentirme orgulloso.

Miro a Lira. Su cabello lleno de arena se adhiere a sus hombros mientras se balancea con el movimiento de mi nave. Hay algo en su complexión delgada que la hace parecer amenazante, como si cada ángulo fuera un arma. Apenas parpadea ante la sirena, que ahora está desfigurada por las heridas. Mientras la miro, no veo nada de la chica fantasmal que saqué del océano. Cualquier hechizo que me haya amenazado con transfigurarme cuando la salvé está roto ahora, y puedo ver con claridad que ella no es una damisela indefensa. Es algo más, y siento demasiada curiosidad por mi propio bien.

El *psáriin* que habló persiste en el aire. Un lenguaje prohibido en la mayoría de los reinos, incluido el mío. Quiero saber cómo lo aprendió, cuándo se acercó lo suficiente, por qué se quedó con uno de sus collares colgando como un trofeo alrededor de su cuello. Quiero saberlo todo.

—¿La matarás? —pregunta Lira.

No hay más intención dulce cuando intenta hablar mi idioma. No estoy seguro de dónde viene, pero podría ser de cualquier reino que claramente no

siente amor por el mío.

—Sí.

—¿Será rápido?

—Sí.

Ella se burla.

—Lástima.

La sirena gime de nuevo y repite un discurso en *psáriin*. Es tan rápido y gutural que apenas puedo distinguir las palabras. Aun así, una de ellas se queda en mi mente, más clara que las demás. *Prinkípissa*. Lo que sea que signifique, ella lo dice con temor y reverencia. Una combinación que rara vez se puede ver. En mi reino, aquellos que me veneran no me conocen lo suficientemente bien como para temerme. Y aquellos que me temen me conocen demasiado bien como para hacer algo tan imprudente como adorarme.

—Tu cuchillo —dice Lira.

Mi mano forma un puño alrededor del mango. Mi herida gotea, y siento que la hoja absorbe la sangre rápidamente. No se desperdicia ni una gota.

—Tiene una magia extraña.

La miro con mordacidad.

—No creo que estés en condiciones de decir qué es extraño.

Lira no responde y, durante su silencio, Kye da un paso adelante.

—Capi —dice—, ten cuidado. No se puede confiar en ella.

Al principio, creí que hablaba del monstruo que está en nuestra cubierta, y estoy a punto de decirle que no soy un idiota, cuando me doy cuenta de que no es a la sirena a quien está mirando Kye. Lira está en su punto de mira.

Si hay algo en el mundo que Kye nunca ha tenido es tacto. Pero Lira no presta atención a la acusación. Ni siquiera mira hacia él, como si la acusación no fuera más que agua del océano goteando sobre ella.

—Me encargaré de ella —le digo a Kye—. Cuando esté listo.

—Tal vez deberías estar listo ahora.

Golpeo la punta de mi cuchillo contra mi dedo y doy un paso adelante, pero Kye me agarra del brazo. Bajo la mirada hacia sus manos, que sujetan la tela de mi camisa. La mayor fortaleza de Kye es que es tan desconfiado como yo soy imprudente. No le gustan las sorpresas y toma cada posible amenaza como una intimidación para mi vida. Cada advertencia como una promesa. Pero con él

haciendo esto por mí, no hay necesidad de que yo pierda el tiempo preocupándome. Además, pasar mi vida en el océano me ha enseñado a ver lo que otros no pueden ver y esperar lo que otros no esperarían. Sé que es mejor no confiar en una extraña en un barco pirata, pero confiar en el instinto es mucho mejor que confiar en la duda.

—¿No escuchaste lo que acabo de decir? —pregunta.

Con cuidado, quito la mano de Kye de mi brazo.

—Puedo asegurarte que no hay nada malo en mis oídos.

—Sólo en tu sentido común, entonces —dice Lira.

La observo mientras se quita el cabello del rostro.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

—Si lo tuvieras, ya la habrías matado —Lira señala a la sirena—. Su corazón podría estar frío entre tus manos.

Kye arquea una ceja.

—Maldición —dice—, ¿de qué clase de barco la arrojaron?

A su lado, Madrid ajusta su postura; su arma no vacila mientras mueve los pies. Está ansiosa, y puedo sentirlo tanto como puedo verlo. Madrid nunca quiere matar, se trate de monstruos o de hombres. En Kléftes, ella mató lo suficiente para toda su vida, y algún giro del destino le inculcó más principios morales y escrúpulos de los que tenía. Ninguno de ellos tiene lugar en el *Saad*. Pero ella es la mejor tiradora que tengo y, si ignoro sus principios, eso la convierte en una de mis mejores posibilidades de no morir.

—Son las sirenas las que toman los corazones —le dice Madrid a Lira—. No nosotros.

El cuchillo brilla en mi mano.

—Yo he tomado muchos corazones.

Veo a la sirena y me acerco lo más posible sin que el vidrio de la red corte mis botas. Pienso en Cristian ahogándose en el océano, con la mentira de un beso en su boca. Por lo que sé, ésta podría ser la sirena que lo hizo. Había otra con la Perdición de los Príncipes; conozco mucho de los relatos que se propagaron por mi reino. La asesina de Cristian podría estar en mi barco.

La sirena le dice algo a Lira, y yo me pregunto si está suplicando nuevamente. Si Cristian suplicó, o si estaba tan perdido en el hechizo de la sirena que murió con gusto.

—Manténganla en el suelo —digo.

Una lanza disparada desde el arma de Madrid atraviesa el centro de la aleta de la sirena y la fija a mi nave. Me resisto a la tentación de mirar a Madrid, conociendo la sombría expresión de resignación que debe llevar sobre el rostro. Tan buena tiradora como es, Madrid es aún mejor persona.

Pateo pedazos de red para alejarlos y me agacho junto a la criatura aprisionada. Esta parte siempre me hace sentir menos humano, como si la forma en que mato dibujara una frontera moral.

—Quiero que me digas algo —le digo—. Y apreciaría que lo hicieras en mi idioma.

—*Poté den tha.*

La sirena se retuerce bajo la lanza que la sujeta al *Saad*. Está bañada en plata tinita, mortal para las de su especie. Su lento veneno se coagula en el punto de entrada, impidiendo que se filtre en mi nave y, con suficiente tiempo, deteniendo los restos de corazón que pueda tener.

—Eso no es midasán —le digo. Aprieto mi brújula, mirando los puntos fijos de su cara—. ¿Qué sabes sobre el Cristal de Keto?

Los labios de la sirena se separan, mira a Lira y sacude la cabeza.

—*Egó den tha sas prodósei.*

—Lira —digo—. Supongo que serás lo suficientemente amable para traducir.

—Nunca antes me habían acusado de amabilidad.

Su voz está más cerca de lo que me gustaría, y me muevo cuando veo su sombra flotando junto a la mía. Ella es tan rápida como silenciosa, capaz de acercarse sigilosamente incluso a mí. La idea es inquietante, pero la llevo al fondo de mi mente antes de considerarla por un momento. Es peligroso estar distraído con un monstruo tan cerca.

Lira se pone en cuclillas a mi lado. Por un momento, permanece callada. Sus ojos azules como una tormenta se entrecierran frente a la lanza en el centro de la aleta de la sirena. Está intentando decidir algo. Podría ser si está disgustada por nuestra violencia y si debería ocultarlo, pero no puedo ver ningún signo de repulsión. Por otra parte, deslizar una máscara sobre el rostro es lo más fácil. No hay nada en mis propios ojos, a pesar de la sensación de malestar que se arrastra en mi estómago por los gritos de la sirena. La aparto, como lo hago todo. Un capitán no puede darse el lujo de sentir culpa.

Lira se pone en pie y ahora permanece firme mientras mira a la criatura moribunda.

—Tal vez sería conveniente —dice ella— que sacaras su otro ojo.

Me estremezco y los pálidos labios de Lira dibujan una sonrisa. No sé si es porque la sirena está asustada, o si simplemente está contenta con la expresión de mi rostro. Si sólo lo dijo para ver mi reacción.

—La privaría de tu sonrisa ganadora —le digo.

Lira levanta una ceja.

—Ella es tu enemiga. ¿No quieres que sufra?

Me mira como si yo hubiera perdido todo el sentido. Mi tripulación tiende a mirarme de la misma manera, aunque por lo general no en los días en que me niego a torturar. Hay muchas cosas que el mundo puede decir sobre los cazadores de sirenas del *Saad*, pero nunca sería que disfrutamos de esta vida. Del océano sí, pero jamás de la muerte. Es un mal necesario para mantener a salvo al mundo y, por deshonroso que sea matar, tiene un propósito. Si empezara a disfrutarlo, entonces me convertiría en aquello de lo que estoy tratando de proteger al mundo.

—Los soldados no disfrutaban la guerra —digo.

Lira frunce los labios, pero justo cuando abre la boca para decir algo, me tiran sobre mi espalda. Mi cabeza se estrella contra el piso, y el dolor explota en mis sienes.

La sirena se encuentra sobre mí.

Araña y muerde, mientras emite un aullido impío. Evito sus ataques mientras ella desesperadamente trata de quitarme un pedazo. Su aleta es un desastre de sangre coagulada, cortada por la mitad. Debe haberse desgarrado ella misma para liberarse.

—¡No puedo tener un tiro claro! —dice alguien—. Voy a darle a él.

—¡Yo tampoco!

—¡Madrid! —grita Kye—. ¡Madrid, dispara ahora!

—No puedo —escucho el sonido de una arma lanzada al piso—. Esta maldita cosa está atascada de nuevo.

Lucho bajo la criatura venenosa. Su rostro es todo colmillos y odio y nada más. Está hambrienta de una parte de mí. Corazón o no, ella tomará lo que pueda.

El peso de su presión baja y aplasta mis costillas. Escucho un crujido, y apenas puedo respirar por el dolor. A mi alrededor, mi tripulación grita tan fuerte que las palabras se vuelven casi incomprensibles. Mientras sus voces se convierten en mero ruido, mis brazos arden de dolor. La sirena es demasiado fuerte. Más que yo, mucho más.

Entonces, tan repentinamente como llegó, la pesadez desaparece. Mi respiración regresa con rapidez.

Kye agarra los hombros endemoniados de la sirena y la arranca de mí. Ella se escurre y se desliza por la cubierta antes de chocar furiosamente con la pared de la cabina. Mi tripulación salta fuera del camino para esquivar su cuerpo. El sonido de su impacto sacude al *Saad*.

La sirena clava sus uñas en la cubierta, con los hombros arqueados. Sisea y se inclina hacia delante. Rápido, agarro mi cuchillo. Ignoro el dolor furioso en mis costillas mientras dejo que la liviana hoja apunte hacia mi mano y luego la lanzo por el aire. Se desliza en lo que queda de su corazón.

La mayoría de su sangre burbujea en su piel, pero los restos que amenazan con derramarse en mi cubierta son bebidos de inmediato por mi cuchillo. La sirena grita.

Cuando Kye me pone en pie, doy un discreto respiro, sin atreverme a mostrar que fui sorprendido. Aunque sea obvio. Es mi trabajo esperar lo inesperado, y fui lo suficientemente estúpido para darle la espalda a una asesina.

—¿Estás bien? —pregunta Kye, buscando heridas. Mira la sangre en mi brazo—. Debí haber sido más rápido.

La expresión de su rostro me rasga tanto como la sirena, así que muevo mi hombro, cuidando de no hacer una mueca mientras el dolor en las costillas se intensifica a cada momento.

—Todo en un día de trabajo —le digo, y me dirijo a Madrid—. ¿Tu arma se atascó de nuevo?

Madrid recoge su arma descartada y estudia el mecanismo de la lanza.

—No lo entiendo —dice ella—. Tendré que llevarla bajo cubierta para otro servicio.

Comienza a caminar hacia el otro lado de la cubierta y luego se detiene abruptamente cuando se da cuenta del cuerpo de la sirena que bloquea la entrada. Madrid traga saliva y espera de manera paciente. Todos lo hacen. Perfectamente



silenciosos hasta el momento en que la sirena comienza a desvanecerse. La vista aún es una sorpresa para ellos, incluso después de todo este tiempo. Pero yo no miro a la criatura sin vida que se convierte en espuma en mi cubierta. He visto morir a cientos de monstruos. En cambio, me dirijo a la extraña chica que saqué del océano.

Lira ya no sonríe.

## DIECIOCHO

Maeve se disuelve en la nada.

Matar a una sirena no es como matar a una nereida. Sus cuerpos podridos manchan el fondo del océano y sus esqueletos quedan entre los corales, mientras que nosotras nos disolvemos en aquello que nos formó. En el océano y la espuma y la sal de nuestras venas. Cuando nos vamos, no hay nada más que recordar.

Pensé que me alegraría cuando muriera Maeve, pero la batalla entre nuestra especie continúa y yo sólo ayudé a los humanos en su intento de masacrarnos. Por lo menos, el príncipe no sacó su corazón antes de matarla. Nunca he prestado atención a las leyendas, a menos que yo sea la leyenda de la que se discute, pero conozco las historias. Aquellas que advierten que a cualquier humano que posea el corazón de una sirena le será concedida inmunidad para nuestra canción. Se dice que por eso recurrimos a la espuma del mar cuando morimos, que no es una maldición que nos borremos del mundo, sino una bendición de Keto para garantizar que un ser humano nunca pueda tomar nuestros corazones.

Después de que desaparece Maeve, soy llevada bajo cubierta a una habitación sin ventanas que huele a anís y herrumbre. No hay paredes sino cortinas gruesas que cuelgan de un techo barnizado. Sus bordes húmedos tocan el piso, y mientras el barco atraviesa las olas, se balancean y revelan líneas interminables. De libros, armas y oro. Cada cortina tiene su propio secreto. En el centro hay un gran cubo hecho de vidrio negro. Es tan ancho como mi altura, con bisagras y tornillos de oro pesado. Del mismo material del broche de la

anguila-nereida. Es una especie de prisión y no parece haber sido diseñada para humanos. O, si lo fue, está creada para el peor tipo.

En el reino de Keto, no mantenemos prisioneros. Traicionar a la Reina del Mar significa renunciar a tu vida, por lo que no tenemos más remedio que ser lo que mi madre dice que seamos. Diferir no ofrece segundas oportunidades; mi castigo es prueba de eso.

Me vuelvo hacia Elian.

—¿Por qué estoy aquí abajo?

Con cada momento que pasa, adquiere más del océano. Una túnica de cuero marrón cuelga sobre su camisa, sujeta a la altura del cuello con una deshilachada cuerda negra. Sus piernas están formadas por pantalones y botas de media altura marrones que llegan a sus rodillas. Una correa cruza desde su hombro hasta su cintura, y de ella cuelga un gran alfanje. Su cuchillo está escondido detrás, lejos de ojos extraños. Aún puedo oler la sangre de Maeve en él.

—Pareces alguien de mundo —dice Elian—. ¿No te imaginas por qué?

Detrás de él, Kye y Madrid son resueltos guardianes. Menos de un día en este barco y ya sé quiénes son los más confiables. Lo que significa que ya sé cuál es su mayor debilidad.

—Pensé que a los príncipes les gustaba salvar jóvenes mujeres en aprietos.

Elian ríe y sus dientes brillan blancos contra su hermoso rostro.

—¿Eres una damisela ahora? —pregunta—. Es gracioso, porque no parecías serlo cuando intentabas arrancarme de tu camino para atacar a una sirena.

—Pensé que matar a las sirenas era lo que hacía la gente de este barco.

—Por lo general, no con nuestras propias manos.

—No todos necesitan cuchillos mágicos para que hagan el trabajo sucio por ellos.

—No todos pueden hablar *psáriin* —dice.

Mantengo una tímida sonrisa en mis labios, interpretando bien mi papel.

—Tengo talento para los idiomas.

—Tu midasán dice lo contrario.

—Tengo talento para los idiomas más interesantes —rectifico, y los ojos verdes de Elian se entrecierran.

—¿Qué hay de tu propio idioma? —pregunta.

—Es mejor.

—¿Cómo?

—Más adecuado para mí.

—Me da miedo pensar lo que eso significa.

Elian pasa junto a mí y presiona una mano contra el cristal frío del cubo. Mientras sus dedos se deslizan por la potencial prisión, casi puedo sentir el frío a través de él. Mi parte de sirena siente dolor al percibir la escarcha bajo mis dedos y conocer el frío como solía hacerlo. Mi parte humana tiembla.

—¿Dónde está tu casa? —pregunta Elian.

Está de espaldas a mí, y veo sus labios moverse a través de su reflejo. Se mira a sí mismo y mantiene su mirada lejos de la mía. Por un momento, no creo que la pregunta esté dirigida a mí. Quizá se esté preguntando a sí mismo. Un príncipe que no sabe qué reino debería reclamar. Entonces Kye se aclara la garganta y Elian gira otra vez. Cuando lo hace, su cara es toda luces.

—¿Bien? —pregunta.

—No creí que fuera a ser interrogada.

—¿La jaula no te dio una pista?

—No veo una jaula —arqueó el cuello, mirando detrás de él como si no hubiera notado mi inminente prisión—. Tu encanto debe haberla enmascarado.

Elian sacude la cabeza para ocultar la creciente sonrisa.

—No es sólo una jaula —dice—. Cuando comencé todo esto y mucho antes de comprender mejor, la construí con la intención de usarla para retener a la Reina del Mar —sube una ceja—. ¿Crees que pueda retenerte?

—¿Me vas a arrojar a una jaula? —pregunto.

—A menos que me digas de dónde eres —dice—. Y por qué huiste.

—No fue mi elección.

—¿Por qué estabas en el océano sin un barco?

—Fui abandonada.

—¿Por quién?

No lo dudo cuando respondo:

—Por todos.

Con un suspiro, Elian se reclina y presiona un pie contra el vidrio. Reflexiona sobre mis palabras cuidadosamente elegidas, dándoles vueltas en su mente como el timón de un barco. No me gusta el silencio que sigue y el enorme peso que éste deja en la habitación. Es como si el aire esperara el sonido de su voz antes

de atreverse a dispersarse y volverse respirable. Y yo espero también, intentando anticipar cuál será su próximo movimiento. La situación es insoportablemente familiar. Tantas veces he pasado frente a mi madre, mordiéndome la lengua mientras ella elige cómo debo vivir. Qué haré y cuándo mataré y quién seré. Aunque es extraño ver a un ser humano deliberar sobre mi destino, no es tan extraño esperar que lo decida alguien que no sea yo.

Oculto bajo mis mentiras de algas marinas, hay verdad. Fui abandonada, y ahora estoy en un barco con humanos que me querrían ver muerta si supieran lo que soy. Debajo de la superficie, mi madre gobierna un reino que debería ser mío, y si alguien pregunta a dónde he ido, escupiré cualquier mentira que me haga menos memorable. Arponeada por un marinero que pasaba. Asesinada por una simple nereida. Enamorada de un príncipe humano. Dejará mi memoria más como una broma que como una leyenda, y la lealtad de mi reino se disolverá tan rápido como lo hizo Maeve.

No seré nada. No tendré nada. Moriré como nada.

Miro mi collar, todavía colgando del cuello de Elían. No dudo que si presionara mi oreja contra el hueso rojo, escucharía al océano y el sonido de la risa de mi madre expandiéndose a través de él.

Me vuelvo, indignada.

—Atracaremos en Eidýllio dentro de tres días —Elían se empuja desde el vidrio—. Tomaré una decisión cuando lleguemos allí.

—¿Y en tanto?

Una lenta sonrisa se extiende por su rostro. Se hace a un lado para revelar toda la gloria de la jaula.

—Y en tanto.

A raíz de la orden tácita, Madrid me toma del codo. Del otro lado, las manos de Kye se tensan alrededor de mi brazo. Lucho contra ellos, pero su agarre es irrompible. En un instante, soy levantada del suelo y arrastrada hacia la jaula. Por más que me retuerzo, no consigo alejarlos de su camino.

—¡Déjenme ir! —exijo.

Intento patear con movimientos torpes, pero mi cuerpo está aprisionado entre ellos, dejando poco espacio para respirar o moverme. Echo mi cabeza hacia atrás salvajemente y pataleo, furiosa por la falta de control. Cuán frágil y débil es mi cuerpo ahora. En mi forma de sirena, hubiera podido partirlos por la mitad con

un solo movimiento. Descubro mis dientes y me lanzo por el aire, pero fallo por un centímetro de la oreja de Kye. Él ni siquiera parpadea. Soy tan impotente como me siento.

Llegamos a la jaula y me arrojan como si no pesara nada. Reboto en el suelo, y cuando regreso corriendo a la entrada, mis palmas se topan con una pared. Mis dedos se extienden sobre la superficie, y me doy cuenta de que, después de todo, no es vidrio, sino cristal sólido. Golpeo implacablemente contra él. Del otro lado, Elian cruza los brazos sobre su pecho. Mi corazón humano golpea con furia contra el mío, más fuerte que mis puños en la pared de la prisión.

Apunto hacia él con un dedo acusador.

—¿Quieres que me quede aquí hasta que lleguemos a Eidýllio?

—Quiero tirarte por la borda —dice Elian—, pero no es que pueda hacerte caminar por el tablón.

—¿Tu caballerosidad no lo permitiría?

Elian camina hacia una pared cercana y tira de una de las cortinas para revelar un interruptor circular.

—Perdimos el tablón hace años —responde. Luego, con una voz mucho más baja, añade—: Y yo perdí mi caballerosidad al mismo tiempo.

Oprime el interruptor y las sombras asumen el control.



Sólo hay noche dentro de la jaula de cristal. La habitación está cubierta de una sofocante oscuridad, y aunque la prisión parece impenetrable, puedo oler el almizcle de aire húmedo del mundo exterior. De vez en cuando, alguien viene con comida y me permiten unos raros minutos de luz de linterna. Es casi cegadora, y para cuando consigo abrir bien los ojos, las luces ya están apagadas y una bandeja de pescado asalta mis sentidos. No tiene el sabor salado de los tiburones blancos, pero lo devoro en instantes.

No sé cuánto tiempo he estado en la jaula de cristal, pero la promesa de Eidýllio pesa sobre mí. Cuando lleguemos, el príncipe intentará arrojarme a la tierra con humanos que no saben nada del océano. Al menos en este lugar, puedo oler la sal de mi hogar.

Cuando duermo, sueño con corales y corazones sangrantes. Cuando

despierto, no hay nada más que oscuridad y el lento golpeteo de las olas contra el cuerpo de la nave. La primera vez que maté a un humano, estaba tan brillante que no podía ir por encima del agua sin entrecerrar los ojos. La superficie apenas se ondulaba, y en sólo un momento el sol derritió cualquier fragmento del hielo de mi reino que todavía permanecía en mi piel.

El chico era un príncipe de Kalokaíri y yo tenía doce años.

Kalokaíri no es mucho más que un hermoso desierto en medio de un mar desolado. Es la tierra del verano sin fin, con un viento que lleva el olor de la arena. En aquellos días, mi leyenda no había nacido, y la realeza navegaba sin más temor que cualquier humano.

El príncipe estaba cubierto de blanco, con una tela púrpura envuelta alrededor de su cabeza. Era gentil y temerario, y me sonrió mucho antes de que cantara. Cuando salté del océano, él me había llamado *ahnan anantias*, que en su idioma significa *pequeña muerte*.

El chico no estaba asustado, ni siquiera cuando enseñé mis dientes y siseé de la manera en que había escuchado a mi madre. Tomar su corazón no habría sido un asunto tan desagradable entonces. Casi vino a mí voluntariamente. Antes de comenzar mi canción, extendió su mano para tocarme, y después de las primeras líneas torpes, bajó lentamente del velero atracado y caminó hasta que estuvo lo suficientemente profundo para encontrarse conmigo.

Permití que se ahogara primero. Mientras su respiración se hacía más lenta, sostuve su mano, y sólo hasta que estuve segura de que estaba muerto pensé en su corazón. Tuve cuidado. No quería que hubiera demasiada sangre cuando su familia lo encontrara. Que no pensaran que había sufrido, cuando en realidad había muerto tan pacíficamente.

Cuando tomé su corazón, me pregunté si lo estaban buscando. ¿Se habían dado cuenta de que había desaparecido del bote? Por encima del borde del agua, ¿estaban gritando por él? ¿Mi madre gritaría así si nunca regresara? Sabía la respuesta. A la reina no le importaría si me hubiera ido para siempre. Los herederos eran cosas fáciles de procrear, y mi madre era la Reina del Mar, ocupaba el primer lugar, y no había un segundo. Sabía que a ella sólo le importaría que no le hubiera quitado el corazón al niño mientras todavía estaba vivo, que me castigaría por no ser lo suficientemente monstruosa. Y tuve razón.

Cuando llegué a casa, mi madre me estaba esperando. Rodeándola estaban

los otros miembros de nuestro linaje real, formando un semicírculo perfecto mientras esperaban mi entrada. La hermana de la Reina del Mar estaba a la vanguardia, lista para saludarme, con cada una de sus seis hijas colocadas detrás de ella. Kahlia era la última, directamente al lado de mi madre.

En cuanto la Reina del Mar me vio, supo lo que había hecho. Lo pude ver en su sonrisa, y estaba segura de que podía olerlo en mí: el hedor de mi arrepentimiento por haber matado al príncipe de Kalokaíri. Y no importó cuánto intenté evitar mirarla, la reina supo que había estado llorando. Las lágrimas habían desaparecido hacía mucho, pero mis ojos permanecían inyectados en sangre y había hecho un muy buen trabajo tratando de limpiar la sangre de mis manos.

—Lira —dijo ella—, mi pequeña.

Puse una mano temblorosa sobre su tentáculo extendido y dejé que me jalara lentamente hacia ella. Kahlia mordió su labio mientras mi madre miraba mis manos limpias.

—¿Has traído regalos para tu mamita querida? —preguntó la Reina del Mar.

Asentí y metí la mano en la red atada alrededor de mi cintura.

—Hice lo que me pediste —acuné el corazón del joven príncipe y lo levanté sobre mi cabeza para presentárselo como el trofeo que ella quería—. Mi duodécimo.

La Reina del Mar acarició mi cabello, su suave tentáculo bajó de mi cuero cabelludo y recorrió mi columna. Intenté no parpadear.

—De hecho —dijo la Reina del Mar. Su voz era suave y lenta, como el sonido de la brisa del amanecer—. Pero parece que no escuchaste bien.

—Está muerto —dije, pensando que seguramente era lo más importante—. Lo maté y tomé su corazón —lo sostuve un poco más alto y lo empujé hacia su pecho para que pudiera sentir la quietud del corazón del príncipe contra su propia frialdad.

—Oh, Lira —tomó mi barbilla en su mano y deslizó la garra de su pulgar sobre mi mejilla—. Pero yo no te dije que lloraras.

No estaba segura de si ella se refería a cuando maté al príncipe, o que no lo hiciera en ese momento, mientras me sujetaba, con nuestros familiares de sangre real mirando. Pero mis labios temblaban con el mismo miedo que mis manos, y cuando la primera gota cayó de mi ojo rojo, mi madre suspiró profundamente.



Dejó que la lágrima corriera sobre su pulgar y luego la sacudió de su piel como si fuera ácido.

—Hice lo que me pediste —dijo de nuevo.

—Te pedí que hicieras sufrir a un hombre —dijo la Reina del Mar—. Que tomaras su corazón todavía latiendo y lo arrancaras —un tentáculo se deslizó sobre mi hombro y alrededor de mi pequeño cuello—. Te pedí que fueras una sirena.

Cuando me tiró al suelo, recuerdo haber sentido alivio. Sabiendo que si ella iba a matarme, me habría aplastado. Podría recibir una paliza. Podría ser humillada y malherida. Si recibir algunos golpes calmaba el temperamento de mi madre, entonces no sería tan malo. Habría salido fácilmente librada. Pero fui una tonta al pensar que mi madre elegiría castigarme sólo a mí. ¿De qué servía regañar a su hija cuando podía formarla?

—Kahlia —dijo mi madre—. ¿Podrías hacerme un favor?

—Hermana —mi tía nadó hacia delante, con el rostro triste y afligido—. Por favor, no lo hagas.

—Ahora, ahora, Crestell —dijo mi madre—. No deberías interrumpir a tu reina.

—Ella es mi hija.

Recuerdo haber odiado la forma en que Crestell se encorvó mientras hablaba. Como si ya estuviera preparándose para un golpe.

—Silencio, ahora —susurró mi madre—. No peleemos frente a las niñas.

Se volvió hacia mí y extendió su brazo hacia mi prima. Era como si estuviera presentando a Kahlia, de la misma manera que yo había hecho con el corazón de Kalokaíri. No me moví.

—Mátala —dijo la Reina del Mar.

—Madre...

—Toma su corazón mientras ella sigue gritando, como deberías haber hecho con el príncipe humano.

Kahlia gimió, demasiado asustada para moverse o llorar. Miró a su madre, luego a mí, parpadeando una docena de veces. Su cabeza se sacudió violentamente de un lado a otro.

Fue como mirarme en un espejo. Ver el horror en el rostro de Kahlia fue como presenciar una interpretación de mí misma, cada gota de terror que yo

sentía reflejada en sus ojos.

—No puedo —dije. Luego, con voz más alta—: No me obligues.

Retrocedí, sacudiendo mi cabeza con tanta firmeza que el gruñido de mi madre se volvió confuso.

—Eres una niña estúpida —dijo ella—. Te estoy ofreciendo redención. ¿Sabes lo que sucederá si te niegas?

—¡No necesito ser redimida! —grité—. ¡Hice lo que me pediste!

La Reina del Mar apretó su tridente, y toda la elegancia que le quedaba desapareció de su rostro. Sus ojos se volvieron sombras, más y más negras, hasta que sólo pude ver la oscuridad en ellas. El océano gimió.

—Esta *humanidad* que te ha infectado debe ser sofocada —dijo—. ¿No lo ves, Lira? Los humanos son una plaga que asesinó a nuestra diosa y busca destruirnos. Cualquier sirena que muestre compasión hacia ellos, que imite su amor y su pena, debe ser purificada.

Fruncí el ceño.

—¿Purificada?

La Reina del Mar empujó a Kahlia hacia el lecho marino, e hice una mueca cuando sus palmas se estrellaron contra la arena.

—Las sirenas no sienten afecto o arrepentimiento —dijo mi madre—. No conocemos la empatía por nuestros enemigos. Cualquier sirena que sienta tales cosas nunca podrá ser reina. Todo lo que ella sea será defectuoso. Y a una sirena defectuosa no se le puede permitir vivir.

—Defectuosa —repetí.

—Mátala —dijo mi madre—. Y no hablaremos más de esto.

Ella dijo que era la única manera en que podría compensar mis pecados contra las de mi especie. Si Kahlia moría, yo sería una verdadera sirena digna del tridente de mi madre. No sería impura. Las emociones que me invadían eran una enfermedad y ella me estaba ofreciendo una cura. Una salida. Una oportunidad de librarme de la humanidad que, según ella, me había infectado.

Sólo era necesario que Kahlia muriera primero.

Me acerqué a mi prima, con mis manos juntas detrás de mi espalda para que la Reina del Mar no pudiera ver cuánto temblaban. Me pregunté si podría oler la sangre de las medialunas que había estampado en mis palmas.

Kahlia lloraba mientras me aproximaba, grandes aullidos de terror salían de

sus pequeños labios. Yo ni siquiera estaba segura de lo que planeaba hacer cuando me acerqué a ella, pero sabía que no quería matarla. *Toma su mano y naden*, pensé. *Debemos alejarnos lo más posible de la Reina del Mar mientras podamos*. Pero sabía que no haría eso tampoco, porque los ojos de mi madre eran el océano y ella nos encontraría dondequiera que nos escondiéramos. Si tomara a Kahlia, las dos moriríamos por traición. Y entonces mis elecciones eran éstas: tomar el corazón de mi prima. O tomar su mano y dejarnos morir juntas.

—Detente —dijo Crestell.

Se abalanzó frente a Kahlia y creó una barrera entre nosotras. Tenía los brazos extendidos como defensa y los colmillos a la vista. Por un momento, estuve segura de que atacaría, que me atravesaría con sus garras y pondría fin a esta locura de una vez por todas.

—Tómame a mí —dijo.

Palidecí.

Crestell tomó mi mano, que se veía diminuta en la suya, pero no tan delicada, y la apretó contra su pecho.

—Tómalo —dijo.

Mis primas se quedaron sin aliento a nuestro alrededor, con los rostros contorsionados por el terror y el dolor. Ésta fue su elección: ver morir a su madre o ver a su hermana asesinada. Tartamudeé frente a mi tía, lista para gritar y nadar tan lejos como pudiera. Pero entonces Crestell le lanzó una mirada a Kahlia, que temblaba en el lecho marino. Una mirada preocupada y furtiva, lo suficientemente rápida para que mi madre no la notara. Cuando sus ojos volvieron a los míos, estaban llenos de súplica.

—Tómalo, Lira —dijo Crestell. Tragó saliva y levantó la barbilla—. Así debe ser.

—Sí —dijo mi madre a mis espaldas, con su voz como un arrullo. No tuve que volverme para saber que había una sonrisa en su rostro—. Sería muy buen sustituto.

Puso una mano en mi hombro, sus uñas arañaron mi piel anclándome en mi lugar, antes de bajar sus labios hasta mi oído para dejar que un susurro tomara forma entre nosotras.

—Lira —dijo mi madre tan tranquila que mi aleta se curvó—, cúrate y muéstrame que realmente perteneces al océano.

*Defectuosa.*

—¿Alguna última palabra, hermana? —preguntó la Reina del Mar.

Crestell cerró los ojos, pero supe que no era para evitar llorar, sino para sellar la furia de manera que ésta no bruñera sus iris. Quería morir como una súbdita leal y mantener a sus hijas a salvo de la venganza de mi madre. De mí.

Cuando Crestell volvió a abrir los ojos, uno de un azul puro y el otro del más milagroso tono de púrpura, sólo me miró a mí.

—Lira —dijo con voz ronca—, conviértete en la reina que necesitamos que seas.

No era una promesa que yo pudiera hacer, porque no estaba segura de ser capaz de la reina que necesitaba el reino de mi madre. Tenía que dejar fuera todas las emociones y extender el terror en lugar de sentirlo, y mientras mi respiración se entrecortaba, no podía saber si podía hacerlo.

—¿Lo prometes? —preguntó Crestell.

Asentí, aunque pensara que era una mentira. Y luego la maté.

Ése fue el día en que me convertí en la hija de mi madre. Y ése fue el momento en que me convertí en la más monstruosa de todas nosotras. El anhelo de complacerla se extendió a través de mí como una sombra, luchando contra cada impulso que sabía que ella percibiría como debilidad. Cada destello de remordimiento y compasión que la llevaría a creer que yo era impura. Anormal. *Defectuosa.* Y en un abrir y cerrar de ojos, la niña que yo era se convirtió en la criatura que soy.

Me obligué a pensar sólo en qué príncipes agradecerían más a mi madre: el intrépido príncipe de Ágrios, quien por décadas intentó encontrar Diávolos bajo la idea errónea de que podrían acabar con las de nuestra especie, o un príncipe de Mellontikós; profetas y adivinos que elegían mantenerse alejados de la guerra y rara vez se atrevían a permitir que un barco tocara el agua. Jugueteeé con la idea de llevárselos a mi madre como una prueba más de que yo pertenecía a ella.

Con el tiempo, olvidé lo que era ser débil. Ahora que estoy atrapada en un cuerpo que no es el mío, de repente lo recuerdo. Pasé de ser el arma menos favorita de mi madre a una criatura indefensa. Un monstruo sin colmillos ni garras.

Paso una mano sobre mis piernas magulladas, más pálidas que el vientre de un tiburón.

Mis pies se arquean hacia dentro cuando un terrible frío me recorre y pequeños moretones comienzan a hormiguesar sobre mi nueva piel. No entiendo qué significa esto, y no comprendo cómo pude haber pasado de lanzarme a toda velocidad a través del océano a tropezar torpemente entre los humanos.

Respiro, frustrada y vuelvo a acariciar la piel que cubre mis costillas. Sin agallas. No importa qué tan profundo respire, la piel no se separa y el aire continúa empañándose dentro y fuera de mis labios. Mi piel todavía está húmeda y el agua ya no sale, se filtra en cada poro y trae consigo un frío insoportable. El tipo de frío que crea más moretones a todo lo largo de mi piel, que se arrastra desde mis piernas hasta mis frágiles brazos.

No puedo evitar comenzar a temer el agua fuera de esta jaula. Si Elian me tirara por la borda, ¿cuánto tiempo me llevaría ahogarme?

La luz de las linternas es lo suficientemente débil para dar a mis ojos humanos el tiempo necesario para ajustarse. Elian introduce una llave en la jaula de cristal y una sección de la pared se desliza para abrirse. Ignoro el instinto de abalanzarme sobre él, recordando con qué facilidad me inmovilizó contra la pared cuando intenté atacar a Maeve. Él es más fuerte que yo ahora, y más ágil de lo que yo había creído. En este cuerpo, la fuerza no es el camino.

Elian coloca un plato frente a mí. Es un caldo espeso del color del agua del río. La carne pálida y los sargazos flotan curiosamente en la parte superior, y el olor abrumador del anís trepa por el aire. Mi estómago duele en respuesta.

—Kye y yo atrapamos tortugas marinas —explica—. Apesta hasta el cielo, pero maldita sea si sabe bien.

—Estoy siendo castigada —digo en una versión fría de midasán—. Quiero que me digas por qué.

—No —responde—, estás siendo observada.

—¿Porque hablo *psáriin*? —pregunto—. ¿Hablar un idioma ahora es un crimen?

—Está prohibido en la mayoría de los reinos.

—No estamos en un reino.

—Te equivocas —Elian se apoya contra el arco de la puerta—. Estamos en el mío. El *Saad* es mi reino. Todo el océano lo es.

Ignoro el insulto de un humano tratando de reclamar lo que es mío.

—No me dieron una lista de leyes cuando abordé —digo.

—Bueno, ahora lo sabes —gira la llave en su dedo—. Por supuesto, podría hacer un arreglo para que pudieras dormir en un lugar más cómodo si dejaras de ser tan evasiva.

—No estoy siendo evasiva.

—Entonces dime cómo es que puedes hablar *psáriin* —la curiosidad en su voz delata sus movimientos relajados—. Dime lo que sepas sobre el Cristal de Keto.

—¿Me salvaste la vida y ahora me estás ofreciendo comodidades a cambio de información? Es extraño lo rápido que desaparece la bondad.

—Soy voluble —dice Elian—. Y tengo que proteger al *Saad*. No puedo confiar en cualquiera que suba a bordo. Primero, necesitan una buena historia.

Sonrío.

Si una historia es todo lo que necesito, entonces es bastante fácil. El Segundo Ojo de Keto también es una leyenda que se escucha en nuestras aguas. La Reina del Mar lo persiguió durante años cuando comenzó su reinado. Aun cuando las reinas anteriores lo habían descartado como una causa perdida desde el principio, mi madre siempre estuvo hambrienta de poder. Repasó una y otra vez las historias del ritual para liberar el ojo, en un intento por encontrar alguna pista sobre su ubicación. Aquellas historias que generaciones habían ignorado, mi madre se aseguró de memorizarlas. Y su obsesión significaba que yo también las conocía. Una vez me dijo que el ojo era la clave para acabar con todos los humanos, tanto como la clave de los humanos para acabar con todas nosotras. Pienso en su tridente de hueso de carbón y el amado rubí que está en su centro, la verdadera fuente de la magia de la Reina del Mar. Se dice que el ojo es su par, que fue robado de mi especie y escondido donde ninguna sirena pudiera alcanzarlo.

Mi madre sabe todo sobre el ojo, salvo cómo encontrarlo. Y así, después de muchos años, ella también se dio por vencida en la búsqueda. Pero siempre le molestó su fracaso, quería tener éxito en donde sus predecesoras habían fallado.

Me detengo, una idea estalla dentro de mí.

El ojo está oculto donde ninguna sirena puede ir, pero gracias a mi madre, eso ya no se aplica a mí. Si Elian puede llevarme hasta allí, entonces yo podría usar el ojo para hacer realidad el mayor temor de la Reina del Mar. Si ella piensa que no soy digna de gobernar, probaré lo contrario usando el Segundo Ojo de

Keto para derrocarla. Para destruirla, de la misma manera en que ella intentó destruirme.

Relamo mis labios.

Si Elian en verdad está persiguiendo el ojo, entonces confía en las leyendas. Y si un hombre puede perseguirlas, entonces puede escucharlas. Todo lo que necesito es convencer al príncipe de que soy útil y que podría dejarme sobre cubierta, lejos de los grilletes de mi jaula. Si puedo acercarme lo suficiente, no necesitaré que mis uñas arranquen su corazón: lo haré con su propio cuchillo. Tan pronto como él asegure mi lugar como la gobernante del océano.

—La Reina del Mar se robó a mi familia —le digo a Elian, cubriendo mi voz con la misma melancolía que he escuchado en las súplicas de los marineros mientras veían morir a sus gobernantes—. Estábamos en un barco pesquero y yo fui la única que logró sobrevivir. Las he estudiado desde que era una niña, he aprendido todo lo que me ofrecen los libros y las historias —muerdo mi labio—. En cuanto al lenguaje, no pretendo que sea fluido, pero sé lo suficiente. Fue fácil elegir a una de ellas como mi prisionera. Mi padre logró paralizarla antes de morir, y eso significó que pude mantenerla cautiva.

Elian suspira, no parece impresionado.

—Si vas a mentir —dice—, hazlo mejor.

—No es una mentira —pretendo sentirme herida por la acusación—. Una de ellas resultó herida durante el ataque a mi familia. Somos de Polemistés.

Ante la mención de la tierra de los guerreros, Elian da un paso adelante. Busca en su bolsillo y saca un pequeño objeto circular. La misma brújula que sacó cuando hablamos sobre cubierta. Una delgada cadena de oro cuelga delicadamente de la empuñadura, y cuando la abre, los extremos repican a la vez.

—¿Realmente esperas que crea que eres de Polemistés? —pregunta Elian.

Intento no ofenderme por la pregunta, en este momento yo tampoco creería que soy una guerrera, pero no discuto. No me gusta cómo mira Elian la brújula, como si confiara en ella para discernir algo. Con cada mentira que cruza mis pensamientos, casi puedo sentir el objeto intentando adentrarse en las profundidades acuáticas de mi mente. Arranca las mentiras como raíces de algas marinas. Parece imposible, pero sé cuánto les gustan a los humanos sus trucos.

—Mi familia son cazadores —digo con cuidado—. Igual que tú. La Reina del

Mar quería vengarse porque sintió que había sido agraviada.

El espacio entre nosotros se espesa con la magia fantasma de la brújula y conjuro una imagen del rostro de Maeve para demostrarle al extraño objeto que mis palabras no son en esencia una mentira.

—Torturé a una de sus sirenas para obtener lo que necesitaba —digo.

—¿Qué le pasó a la sirena?

—Está muerta —digo.

Elian baja la mirada hacia la brújula y luego frunce el ceño.

—¿La mataste?

—¿Crees que no soy capaz? —suspira por mi respuesta evasiva, pero es difícil no darse cuenta de la suspicacia en sus ojos mientras le da vueltas a la posibilidad de creerme.

—La sirena —dice—, ¿te contó algo sobre el cristal?

—Ella me contó muchas cosas. Hazme una oferta que valga la pena, y tal vez te lo cuente a ti.

—¿Qué tipo de oferta?

—Un lugar en tu barco y en esta cacería.

—No estás en posición de negociar —dice Elian.

—Mi familia ha estudiado a las sirenas por generaciones. Te garantizo que sé más sobre ellas de lo que nunca podrías imaginar. Y ya has visto que puedo hablar su lengua —digo—. Esto no es una negociación, es un trato.

—No estoy en el negocio de hacer tratos con chicas en jaulas.

Tuerzo mis labios en una sonrisa cruel.

—Entonces, déjame salir.

Elian ríe, saca una pistola y sacude la cabeza una vez más.

—¿Sabes? —dice, acercándose a la celda—, creo que me caes bien. La cosa es —golpea su arma contra mi prisión— que hay una diferencia entre que alguien te caiga bien y que confíes en ellos.

—No lo sé. Nunca he estado en ninguna de esas situaciones.

—Cuando lleguemos a Eidýllio —dice Elian— podremos beber por eso.

La idea es suficiente para hacerme estremecer. Eidýllio es una tierra dedicada al romance. Celebran el amor como si fuera un poder, a pesar de que éste ha matado a muchos más humanos que yo. Preferiría estar rodeada por el deslumbrante oro de Midas que estar en un reino donde la emoción es moneda



corriente.

—¿Confías en mí lo suficiente para comprarme una bebida?

Elian guarda su pistola y se dirige al interruptor.

—¿Quién dijo que yo sería el que las compraría?

—¡Prometiste que me liberarías! —le grito a su figura en retirada.

—Te prometí arreglos de vivienda más cómodos —la mano de Elian se mueve sobre el interruptor—. Haré que Kye te traiga una almohada.

Echo un último vistazo a su sonrisa angulosa antes de que la luz de la linterna se desvanezca y la última partícula de luz sea eliminada de la habitación.

## DIECINUEVE

Cuando la luz se rompe en la orilla de Eidýllio, hay un destello rosa que rasga el cielo. El sol brilla contra el horizonte, rodeado por un matiz milagroso de rojo disminuido, como coral derretido. Soy extraída de las profundidades de mi jaula hacia la luz, donde hay una explosión de calidez y color, como nada de lo que haya atestiguado antes. Hay luz en cada esquina de la tierra, pero en Eidýllio parece más cercana a la magia. Esa magia que forjó el cuchillo de Elian y el tridente ceniciento de mi madre. Los sueños se transformaron en algo más poderoso que la realidad.

Al otro lado de los muelles, la hierba es del color de los gobios neón. Una pradera flota en el agua. Los tallos de enebro brotan como fuegos artificiales, el rocío cuelga de sus puntas en pequeñas gotas indestructibles. Son esferas de luz que guían el camino de regreso a la tierra.

Me doy cuenta de que entré en calor. Es una sensación nueva, lejos del cosquilleo de hielo que me encantaba como una sirena y del intenso frío que sentí en mis dedos humanos a bordo del *Saad*. Ya me quité la camisa húmeda de Elian, que se había adherido y secado contra mí como una segunda piel. Ahora uso un vestido blanco andrajoso, amarrado a la cintura por un cinturón tan grueso como una de mis piernas, y grandes botas negras que amenazan con tragar mis nuevos pies por completo.

Madrid da un paso a mi lado.

—La libertad está a tu alcance —dice ella.

Le lanzo una mirada desdeñosa.

—¿Libertad?

—El capi planeaba liberarte una vez que llegáramos aquí, ¿no? Sin manchas, sin quemaduras.

Reconozco el dicho. Es una frase de Kléftes, del reino de los ladrones —*sin daño, sin problemas*—, utilizada por los piratas que saquean las naves y cualquier tierra en la que atracan. A menos de que alguien sea asesinado, en Kléftes no se considera que se haya cometido un crimen con los saqueos. Sus piratas son fieles a su naturaleza y no prestan atención a las misiones nobles y las declaraciones de paz. Navegan por el oro y el placer, y por el dolor que causan al tomarlo. Si Madrid es de Kléftes, entonces Elían eligió bien a su tripulación. Lo peor de lo peor para que sean sus mejores hombres.

—¿Cuánto confías en tu príncipe? —pregunto.

—No es mi príncipe —dice Madrid—. No es ningún tipo de príncipe en este barco.

—Eso lo puedo creer —digo—. Ni siquiera fue amable cuando ofrecí ayuda.

—Seamos sinceras —dice Madrid—, tú sólo estás buscando ayudarte a ti misma.

—¿Hay alguien vivo que no haga eso?

—El capitán —su voz tiene una chispa de admiración—. Él quiere ayudar al mundo.

Río. El príncipe quiere ayudar a un mundo condenado. Sólo sabremos de guerra mientras mi madre esté viva. Lo mejor que podría hacer Elían por su seguridad es matarme a mí y a cualquier otra persona en la que no pueda darse el lujo de confiar. En cambio, me mantuvo prisionera. Lo suficientemente suspicaz para encerrarme, pero no tan cruel para quitarme la vida. Mostró misericordia, y ya sea debilidad o fuerza, es discordante de todos modos.

Veó cómo Elían desciende del barco sin prestarle atención a la chica náufraga a la que fácilmente podría abandonar. Sale corriendo y salta el último tramo, de modo que cuando sus pies tocan la hierba, pequeñas gotas explotan en el aire como lluvia. Se quita el sombrero y hace una profunda reverencia a la tierra. Luego extiende una mano bronceada, agita los mechones de su cabello negro y se pone el sombrero en la cabeza con un ademán ostentoso. Se toma un momento para inspeccionar la escena, con las manos en las caderas.

Puedo escuchar la exhalación de su aliento incluso desde lo alto de la cubierta del *Saad*. Su alegría es como una ráfaga de viento desconocido que

llega hasta nosotros. La tripulación sonríe mientras lo miran contemplar un océano de hierba y enebro y, a lo lejos, un muro hecho de luz. Un castillo se asoma desde las líneas de la ciudad como un espejismo.

—Siempre hace esto —dice Kolton Torik.

Su presencia arroja una sombra a mi lado, pero a pesar de todos los presentimientos que pueda albergar el primer oficial de Elian, no da señales del pirata terrible que podría ser. Su cara es suave y relajada, y lleva las manos metidas en los bolsillos de los pantaloncillos deshilachados. Cuando habla, su voz es profunda pero suave, como el eco después de una explosión.

—Eidýllio es uno de sus favoritos —explica Torik.

Me cuesta creer que el príncipe sea un romántico. Da muestras de que encuentra la idea tan ridícula como yo lo hago. Sabría en un instante que Midas no es su reino favorito: los hombres no construyen un hogar si ya lo tienen. Pero habría supuesto que se trataría de Ágrios, una nación de valentía. O el reino guerrero de Polemistés, que elegí para mi origen. Tierras para soldados al borde de la guerra. Combatientes y asesinos que no encuentran ningún sentido en fingir que son algo más.

No habría adivinado que en el infame cazador de sirenas había humanidad.

—Es uno de mis favoritos también —dice Madrid, inhalando el aire—. Tienen calles llenas de panaderías, con corazones de chocolate rezumando caramelo en cada esquina. Incluso sus cartas huelen a dulce.

—¿Por qué es *su* favorito? —señalo a Elian.

Kye arquea una ceja.

—Adivina.

—¿Qué más necesitas en la vida cuando tienes amor? —pregunta Madrid.

Kye resopla.

—¿Así es como los niños le llaman a esto hoy en día?

Madrid lo golpea y cuando Kye esquivo su golpe, ella entrecierra los ojos.

—Se supone que ésta es la tierra del romance —le dice.

—El romance es para la realeza —dice Kye justo cuando Torik arroja una bolsa vacía en el interior de su improvisado círculo.

Se quita la camisa y veo que sus brazos desnudos están cubiertos de mosaicos de tatuajes, no hay un centímetro en su piel que se salve de la explosión de color. En su hombro, una serpiente mira hacia abajo. Amarilla, con

los dientes al descubierto, siseando mientras flexiona su bíceps.

—¿Y qué es el capitán, entonces? —pregunta.

—Un pirata —Kye arroja su espada en la bolsa—. Y todos sabemos por qué los piratas vienen a Eidýllio.

Madrid le lanza una mirada fulminante.

Me atrevo a echarle otra mirada al príncipe. El viento cálido sopla en las colas de su abrigo y, cuando lo jala hacia atrás, la punta de su cuchillo llama mi atención. Refleja el tono cada vez más intenso del sol, y luego una pequeña veta negra se desliza por el metal y arrebatada la luz. La bebe hasta que no queda un rayo en la hoja. Muerdo la esquina de mi labio y me imagino sosteniendo algo así de poderoso.

Un cuchillo que absorbe la vida y la luz.

La postura de Elian se vuelve rígida. Sus nudillos se ponen blancos en sus caderas, y su cabeza se inclina levemente hacia la nave. Hacia mí. Como si pudiera leer mis pensamientos. Cuando gira, lo hace de manera lenta y significativa, y sus ojos tardan unos momentos en encontrar los míos entre su tripulación. Mira fijamente, sin pestañear, y justo cuando creo que va a levantar la mano y hacer una seña para que Madrid me mate o para que Kye me arroje de regreso a la cueva de cristal, sonrío. El lado izquierdo de su boca tira hacia arriba, y la acción, de alguna manera, se siente como un desafío.

Entonces su mirada se desvía y Elian se gira para inspeccionar al resto de su tripulación. Cuando lo hace, su sonrisa se vuelve real y lo suficientemente amplia para formar un hoyuelo en sus mejillas bronceadas.

—Conocen la rutina —les dice, volviendo a la cubierta—. Todo lo filoso o mortal en las bolsas —me mira—. ¿Crees que encajarás?

Le lanzo una mirada feroz, y su tripulación saca de mala gana las espadas de sus cinturones. Arrancan puntas de flecha de sus zapatos. Revelan cuchillos en los pliegues de sus pantalones. Sacan pistolas que estaban ocultas en sus cinturones. En determinado momento, Kye se quita la bota y la arroja. El sol entintado refleja el brillo de una daga escondida en el talón antes de enterrarse bajo una masa de armamento.

Hay piratas desarmados delante de mí. Capa a capa, arrojan su protección, desprendiéndose de ella como si fuera una segunda piel. Cuando terminan, arrastran los pies, colocan sus manos torpes en sus caderas o buscan las armas

que ya no están allí.

Madrid se lleva el pulgar a la boca y muerde con fuerza su uña, mientras Kye hace crujir sus nudillos. Los crujidos son tan rítmicos como las olas.

—¿Por qué hacen eso? —pregunto, mirando la provisión de armas.

Si pudiera robar alguna, podría usarla contra el príncipe si él intentara algo, pero en este vestido no hay ningún lugar donde esconderla. Suspiro frustrada, sabiendo que no podría acercarme lo suficiente con un arma a la vista.

—No hay armas en Eidýllio —explica Madrid. Golpea las dos últimas espadas gemelas de cada una de sus mangas.

—Es la ley —continúa Kye—. No puedes tocar el suelo si estás cargado, así que empacamos nuestras armas y las llevamos al muro. Luego dejamos la bolsa con los vigilantes.

—¿Por qué tan sólo no las dejan en el barco?

Madrid mira hacia abajo, a su fusil inservible, horrorizada.

—No te preocupes —le susurra al mortífero artilugio—. Ella no quiso decir eso.

Kye sonríe y pateo una de las bolsas con bastante cariño.

—No podemos arriesgarnos a dejar nuestro mejor metal en la nave. Si otro grupo atraca aquí, podrían decidir echar una mirada. Por supuesto —dice, lanzando una mirada significativa hacia mí—, sería realmente estúpido que alguien tratara de ponerse del lado equivocado del capitán del *Saad*.

Elian pone una mano en el hombro de Kye. Una pajilla de azúcar negra está dentro de su boca, con el familiar olor a anís.

—Pero no puedes apostar tu vida a que la gente no sea estúpida —dice Elian—. Así es como terminas con un cuchillo en el intestino.

Torik saca la bolsa llena de armas del suelo y gruñe.

—Bien, entonces —dice—, cara o cruz para ver quién de ustedes, cretinos, quiere ayudar a llevar esto.

Kye saca una moneda de oro de su bolsillo. Una pirámide está grabada en la cara frontal, por lo que sé de inmediato que es de Midas. El escudo real es inconfundible.

—Cara, ustedes pierden. Cruz, yo gano —Kye arroja la moneda al aire, pero pasa rozando a Torik antes de aterrizar. Tan pronto como la moneda golpea la cubierta a los pies de Torik, Kye grita por encima de su hombro—: ¡Creo que es

mi día de suerte!

—Me quedo con el oro, tú, pequeña mierda —le dice Torik mientras recoge la moneda y la pule en su camisa antes de embolsársela.

Elian hace un gesto para que Madrid ayude a Torik con la bolsa y le da un mordisco al dulce alquitranado. Cuando su brazo se mueve de su costado, veo que el cuchillo aún está asegurado bajo los pliegues de su abrigo.

Hago un gesto hacia la hoja.

—¿No sigues tus propias reglas?

—No son mis reglas —dice Elian—. Y además —golpetea el mango de su cuchillo, y continúa con la burla crujiente en su voz—, tengo inmunidad diplomática.

Kye ríe desde la hierba, ya abajo.

—¿Ahora llamamos así a la reina Galina? —pregunta—. Quizá quieras decirle a Su Alteza Real que su título ha cambiado.

—Creo que preferiría no hacerlo.

—¿Cuándo va a ir a verla? —pregunta Madrid, colgando el otro brazo del bolso con las armas sobre su hombro—. Sabe que en cuanto escuche que hemos atracado, enviará guardias para que lo escolten hasta el palacio.

—Ella siempre quiere estar segura de que estemos bien alojados —dice Elian.

Madrid resopla.

—Querrá decir que siempre quiere vigilarnos.

Elian se encoge de hombros sin comprometerse y presiona una mano contra la caracola marina. Intento ser indiferente, pero la idea de que esté a su alcance me nubla de rabia. El reino marino de Keto ha permanecido oculto a los humanos desde el comienzo de los tiempos, perdido en un laberinto de océano y magia tejida por la propia diosa. El secreto de su paradero es nuestra mejor línea de defensa en esta batalla en curso, y que esa ventaja sea destruida por su culpa —por la mía—, sería impensable.

Aun cuando las caracolas marinas no sirven para los humanos, Elian no es como la mayoría de ellos. No se sabe cuántos estragos dejaría en su estela si capturara una sirena y la obligara a usar su poder para llevarlo a nuestro reino. Dudo que haya algún límite en su deseo de librar al mundo de mi especie. Sus movimientos son tan impredecibles como sus motivos, y si algo he aprendido en

los últimos días, es que el príncipe ha logrado obtener lo que quiere. No estoy preparada para permitirle tener la llave de mi reino el tiempo suficiente para que se dé cuenta de que lo es.

Elian me conduce fuera de su barco hacia el prado flotante; una mancha aparentemente perpetua de suciedad se acumula en su frente. Él nunca parece ser perfecto. Cada vez que lo miro, está empañado por un extraño desaliño, notable incluso cuando se encuentra entre semejante tripulación precaria. Parece ser una forma de encajar con los ladrones y bribones que ha coleccionado, de manera similar a como yo fui modelada por la visión de mi madre de cómo debía ser una verdadera sirena. Y debido a esto, sé que sus intentos son infructuosos. La realeza no se puede ocultar. Los derechos de nacimiento no se pueden cambiar. Los corazones están marcados para siempre por nuestra verdadera naturaleza.

—Cuando lleguemos al muro, podremos discutir tu futuro —dice Elian.

Aprieto los puños, horrorizada por su audacia y por el hecho de verme obligada a tolerarla. Nunca la reina, siempre la esbirra.

—¿Discutirlo? —repito.

—Dijiste que querías venir con nosotros, y quiero asegurarme de que seas útil. No puedes simplemente ser una prisionera ocupando espacio en mi cubierta.

—Estuve bajo cubierta —le recuerdo—. En una jaula.

—Eso fue esta mañana —dice, como si hubiera pasado ya tanto tiempo que debería ser olvidado—. Intenta no guardar rencor.

La sonrisa que me da va más allá de la burla y lo miro con desdén, sin dignarme a responder. En lugar de eso, apresuro el paso y me aseguro de golpear mi hombro tan fuerte como puedo contra el suyo. Cuanto antes tenga su corazón, mejor.



El muro no está hecho de luz, sino de pétalos de rosa. Las flores son del blanco más puro y cuando la luz del sol rebota en las delicadas hojas, brillan como estrellas. Al principio, es difícil decir si son parte del muro o si son el muro mismo. Pequeñas flores crean, de alguna manera, una barrera alrededor de la frontera con la capital de Eidýllio. Cuando nos acercamos, veo que el sólido puente levadizo de mármol comienza a descender, separando las flores por el



medio.

Una vez que entramos en la ciudad, me invade el olor a pan de azúcar y menta. Los puestos del mercado se alinean en las calles adoquinadas curvas, cada piedra como una onda. En la entrada, un comerciante se inclina sobre un barril de chocolate espeso y lo bate con una cuchara que tiene casi la misma altura que él. Los clientes lamen miel caliente de sus dedos y gotean leche sobre camisas de vestir satinadas.

Cuando abro la boca para suspirar, el aire se carameliza en mi lengua.

Nunca había estado dentro de una ciudad humana y me maravilla su abundancia. Cuánta gente. Cuántos colores y olores y sabores. La forma en que sus voces se difuminan en susurros y rugidos mientras sus pies truenan contra el adoquín. Tantos cuerpos moviéndose y chocando. Hay una locura enervante en esto. ¿Cómo respiran, con tan poco espacio? ¿Cómo viven, con tanto caos? A pesar de mí misma, me acerco a Elian. Hay consuelo en su presencia y cómo se disfraza para parecer relajado. Como si pudiera pertenecer a cualquier lugar si realmente quisiera.

Los vigilantes parecen reconocerlo. Sonríen y saludan al príncipe con rápidas reverencias antes de abrir la bolsa de armas que Torik deja caer de golpe en su estación. Aunque el cuchillo de Elian está cubierto por su casaca, no es completamente imperceptible y, en realidad, no hace ningún intento por ocultarlo.

Los vigilantes se acercan a su tripulación, aunque con cautela, y comienzan a palpear al primero de ellos. Sienten sus bolsillos y pasan las manos por el forro de su ropa, en busca de cualquier arma oculta. Cuando llega el turno de Madrid, mueve las cejas burlonamente y Kye pone los ojos en blanco.

Los vigilantes continúan con el resto de la tripulación, pero pasan a Elian de largo. Parece que tenía razón sobre eso que llamó inmunidad. O el dominio de Elian se extiende mucho más allá de su propio reino en Midas, o la reina Galina de Eidýllio en verdad tiene una debilidad por los piratas.

Un vigilante se acerca a mí y me hace un gesto para que levante los brazos. Se eleva sobre mí por al menos dos cabezas, con una barba naranja irregular que se desliza hasta su cuello. Su piel es blanca como hueso de pescado, una versión menos inmaculada que la mía. O lo que alguna vez fue, antes de la maldición de mi madre. Todavía no he visto a mi nuevo yo. Prefiero permanecer ciega a cómo

la humanidad ha mancillado un rostro que alguna vez hundió barcos.

El vigilante se acerca un poco más y siento un olor a humo rancio en su uniforme.

—Tócame —le digo—, y romperé cada uno de tus dedos.

Sus ojos vagan por mi cuerpo, tomando nota de cómo el vestido blanco arrugado se pega torpemente a mis hombros angulosos. Debe pensar que yo no represento una gran amenaza, porque rápidamente me agarra de los brazos y los extiende como alas.

Utilizo su indiferencia en mi beneficio, segura de que incluso sin mi fuerza, sigo siendo letal. Puede que no tenga mis aletas y ni siquiera mi voz, pero soy la hija de mi madre. Soy la criatura más letal de los cien reinos.

Retuerzo mi brazo extendido bajo las manos del vigilante y jalo su muñeca, luego levanto mi codo en ángulo y lo estrello contra su rostro petulante. Cuando me muevo, hay un sonido grato, pero no es el de huesos crujiendo.

Es el sonido de mi caída al suelo.

El vigilante me sujetó el brazo y me tiró con la fuerza suficiente para que mi codo raspara la grava. El dolor atraviesa mi piel y siento una furia inusitada. Podría haberlo matado con una mano si éste fuera el océano. Una canción. Sin embargo, ahora estoy encogida mientras mi brazo palpita bajo mi peso. ¿Cómo puedo esperar derribar a un asesino de sirenas entrenado cuando no puedo manejar ni a un miserable y lastimoso vigilante?

Observo con furia cómo el vigilante lleva su mano a su cadera, a punto de sacar su espada del cinturón. Sus camaradas buscan sus pistolas. Puedo ver la rabia en sus ojos, mientras piensan cómo hacerme pagar por haber intentado atacar a uno de los suyos. Pero no las sacan. En lugar de eso, miran al príncipe.

Elian les devuelve la mirada con expresión indiferente. Está sentado en el mostrador de la estación de vigilancia, con una pierna levantada sobre el barandal de madera y la rodilla apoyada en la curva de su codo. En una mano, sostiene una manzana del color de una rosa floreciente.

—Tanto por una cálida bienvenida —dice, y baja del mostrador.

El vigilante se limpia la nariz con el dorso de la mano.

—Ella intentó *golpearme* —gruñe.

Elian le da un mordisco a la manzana.

—También te amenazó con romperte los dedos —dice—. Deberías atraparla

de nuevo y descubrir si estaba fanfarroneando.

—Yo sólo estaba intentando buscar armas. Necesitamos revisar a todos los que entran al reino. Es la ley.

—No a todos —mientras Elian mueve su mano de regreso a su cintura, hay un destello del cuchillo que parece que él nunca pierde de vista. Si los vigilantes no lo habían notado antes, ahora lo notan. Y es obvio que justo eso es lo que quiere Elian.

El vigilante vacila.

—Ella podría estar escondiendo un arma —argumenta, pero hay menos convicción en su voz.

—Correcto —asiente Elian—. Hay tantos lugares en donde podría haberla escondido —se vuelve hacia mí y extiende su mano—. Renuncia a esa ballesta que tienes bajo tu falda y te dejarán ir con un coscorrón.

Su voz es inexpresiva y cuando yo sólo lo miro con furia como respuesta, Elian se vuelve hacia el vigilante y levanta los brazos, como si yo lo estuviera haciendo más difícil.

—Tendrás que arrojarla a las mazmorras —dice Kye, apareciendo al lado de Elian. No estoy del todo segura de si está bromeando—. Es evidente que ella forma parte de alguna red de contrabando de élite.

Elian se vuelve hacia él y da un soplido, mientras lleva una mano a su corazón.

—Dioses —dice, bajando la voz hasta un susurro conspirador—. ¿Y si es una *pirata*?

Kye resopla, y luego de un momento me doy cuenta de que yo también estoy sonriendo.

No puedo recordar la última vez que realmente reí. He estado tan dispuesta a complacer a mi madre que encontrar cualquier alegría por mi cuenta parecía irracional. No es que importara; yo podría ser el monstruo perfecto y eso no cambiaría nada. Si la decepciono, soy un fracaso. Pero si me destaco, demuestro mi valía como gobernante y ése es un pecado mucho mayor.

Pienso en la apariencia que tendrá cuando le ofrezca el Segundo Ojo de Keto y lo arroje como un guantelete.

Los vigilantes nos dejan pasar y cuando se apartan, la ciudad abre sus brazos. Nadie me lanza una segunda mirada. Me mezclo con la piedra y me fusiono con

todas las otras caras del mercado. Soy completamente insignificante por primera vez. Es tan liberador como enloquecedor.

—Echa un buen vistazo —dice Elian—. Éste podría ser tu nuevo hogar.

Su sombrero cuelga a su lado, enganchado en el mango de su cuchillo. Ocultando el arma y llamando la atención hacia ella al mismo tiempo. Él quiere ser observado. Es incapaz de ser poco memorable.

Cruzo los brazos sobre mi pecho.

—¿En verdad me dejarás aquí si crees que no soy lo suficientemente útil?

—Prefiero abandonar —dice—. Desechar. Arrojar. Empujar cruelmente fuera del camino —se quita un mechón de grueso cabello negro de los ojos—. Tienes que admitir que Eidýllio es mejor que el tablón... o que una jaula.

En este momento, creo que preferiría cualquiera de esas opciones. La sensación de tierra bajo mis pies es extraña, y su firmeza tira de mi estómago en distintas direcciones. Añoro el agua chorreando contra mis aletas o incluso las sacudidas y el balanceo del *Saad*. En tierra, todo es demasiado quieto. Demasiado permanente.

—¿No lo extrañas?

No sé por qué estoy preguntando, como si Elian y yo tuviéramos algo en común. Debería irme mientras pueda. Debería matarlo mientras pueda. Olvidarme de esperar hasta que me conduzca al ojo. Olvidarme de derrocar a mi madre, y simplemente tomar su corazón como ella lo exigió para asegurar otra vez mi lugar como su heredera. Si regreso con suficientes armas humanas, seguramente podré enfrentarlo.

—El océano —digo, y los ojos de Elian se arrugan.

—Sigue allí afuera —dice.

—Muy lejos. Hemos caminado durante tres horas.

—Nunca demasiado lejos. Estás olvidando que este lugar es un delta del río.

Mi midasán es limitado y cuando lo miro sin comprender lo que es un delta del río, Kye lanza un fuerte suspiro desde un puesto cercano al mercado.

—Ay, vamos —lame chocolate de su dedo—. No me digas que no estás al tanto de la geografía centuplicada.

—Así es como se hizo Kardiá —explica Madrid. Lleva su cabello en dos coletas altas ahora y, mientras habla, estira la mano para dejarlas más apretadas—. Un delta del río formado a partir de Eidýllio, y primos de la familia real

decidieron que merecían una nación propia. Así que lo tomaron y se autonombraron rey y reina.

—Mi tipo de gente —Kye levanta el puño en el aire como un brindis.

—Su tipo de gente no es gente de nadie —dice Madrid—. Usted es excepcionalmente idiota.

—Me convenciste con lo de *excepcional* —dice Kye, y luego se vuelve hacia mí—. Todo lo que separa a Kardiá y Eidýllio son ríos y esteros. Están por todas partes a donde mires en este lugar.

Recuerdo el comentario de Torik sobre el *Saad*, sobre cómo Eidýllio era el reino favorito de Elian. En ese momento, no pude comprender por qué: el príncipe renegado enamorado de una tierra de amor parecía una idea extraña en el mejor de los casos y ridícula en el peor, pero ahora comienzo a entender.

—Por eso te gusta este lugar —le digo a Elian—. Porque el océano nunca está demasiado lejos.

Sonríe, pero justo cuando está a punto de responder, Torik coloca una mano sobre su hombro.

—Tenemos que movernos, capitán. El Serendipia sólo reserva nuestras habitaciones durante dos horas después del amanecer.

—Vayan ustedes —le dice Elian—. Voy justo detrás.

Torik asiente rápidamente y cuando da media vuelta para irse, el resto de la tripulación sigue su ejemplo. Salvo por Kye, quien se queda en el borde de la multitud con una expresión insondable. Él aprieta la mano de Madrid, sólo una vez, y luego la observa hasta que ella desaparece. Cuando ya no está a la vista, se vuelve hacia Elian y hacia mí, y su rostro adopta una severidad repentina.

Parece que el príncipe rara vez queda desprotegido.

—Te debo algo —dice Elian—. O, técnicamente, tú me lo debes, ya que te salvé de ahogarte. Pero yo no soy de los que exigen deudas de vida —hay una leve sonrisa en sus labios mientras desata mi caracola de su cuello. Algo parecido a la esperanza se apodera de mí. Mis dedos se contraen a mis costados—. Toma —dice, y me la arroja.

En cuanto la caracola escarlata toca mi mano, el poder fluye a través de mí. Mis rodillas casi ceden cuando siento una intempestiva fuerza de regreso. Mis huesos se endurecen, mi piel se cristaliza. Por un momento, mi corazón se marchita y regresa a lo que era. Luego, oigo un susurro que lentamente se

convierte en un zumbido. Puedo escuchar el llamado del mar Diávolos y el reino de Keto. Puedo escuchar mi hogar.

Y luego desaparece. Al igual que mis poderes.

La avalancha se desvanece tan rápido como llegó. Mi cuerpo se distiende y mi piel se vuelve cálida y suave. Huesos fáciles de romper. Corazón rojo y palpitante, una vez más.

El océano está silente.

—Lira.

Levanto los ojos para encontrarme con los de Elían. Todavía no puedo acostumbrarme al sonido de mi nombre en su acento. Como una de las canciones que solía cantar. Una melodía tan dulce como letal.

—Si extrañas el océano —dice—, entonces Reoma Putoder es el agua más cercana que encontrarás. En el día sagrado, los lugareños tiran piedras en la cascada como añoranza por su amor perdido. El acceso está prohibido el resto de la semana, pero no dudo que puedas encontrar una forma de llegar hasta ahí.

Hace un movimiento para acercarse a mí y lo evito.

—Espera —le digo—. Pensé que dijiste que querías que probara que soy digna de ir contigo. Te dije que tengo información sobre el cristal que estás buscando, ¿y ahora ni siquiera considerarías un trato?

—He hecho suficientes tratos últimamente —dice Elían—. Y lo último que necesito es alguien rezagado en esta misión. En particular, alguien en el que no puedo confiar. Además, no puedes ofrecerme nada que yo no sepa ya.

Elían devuelve el sombrero a su cabeza con un elegante giro y lo inclina hacia delante en dirección a mí.

—Si vas al Reoma Putoder —dice—, intenta no ahogarte esta vez.

No me mira de nuevo antes de girar para abrirse paso entre el mercado, hacia Kye. Alcanzo a dar un breve vistazo de ellos parados juntos y luego, como si nada, desaparecen entre la multitud.



Me lleva casi una hora encontrar el Reoma Putoder. No pido ayuda, en parte porque mi orgullo no puede soportar que otro humano me rescate, pero sobre todo porque mi paciencia no puede soportar a otro humano que hable conmigo.

Ya he sido asediada por más de una docena de personas locales que me ofrecen comida y ropa más abrigadora, como si lo necesitara en este calor sofocante. Una chica que vaga sola con un vestido arrugado y viejas botas de pirata los perturba.

Apuesto a que arrancar sus corazones sería más perturbador.

El Reoma Putoder es una cascada con una clara laguna blanca que, en algún lugar a lo lejos, desemboca en el océano. La escuché antes de verla, perdida en los interminables callejones de panaderías, con el olor de los pasteles impregnado a mi piel como perfume. Sonaba como un trueno y hubo unos segundos de duda hasta que estuve segura de lo que era. Pero entre más me acercaba, más reconocible era el sonido. Agua tan poderosa que me hizo estremecer.

Me siento tranquilamente en la base de la cascada y mis piernas cuelgan sobre el borde de la laguna. Es tan cálida que de cuando en cuando tengo que sacar los pies y dejarlos descansar contra la hierba húmeda. En el fondo del agua, sentadas en la arena que parece nieve, hay miles de monedas de rojo metal. Se asoman entre los guijarros como pequeñas gotas de sangre.

Toco la caracola marina. Presionarla contra mi oreja no trae más que un silencio insoportable. Lo he estado intentando desde que Elian me dejó en el mercado. Mientras caminaba hacia la cascada, la sostuve desesperadamente contra mí, esperando que con el tiempo me hablara de nuevo. Hubo momentos en los que casi me engañé pensando que podía escuchar el eco de una ola. El estruendo de una tormenta de mar. La risa burbujeante de mi madre. En realidad, el único sonido fue el zumbido de mis oídos. Todo ese poder desapareció. Una broma de mí misma apareció ante mí el tiempo suficiente para que el anhelo volviera. Me pregunto si es otro de los trucos de mi madre: permitirme conservar la caracola para burlarse de mí con los ecos de mi legado destruido.

La aprieto con más fuerza. Quiero sentir sus astillas en mi piel. Romperla y convertirla en nada. Pero cuando abro mi mano, está intacta, y todo lo que queda es una marca en mi palma. Con un grito, levanto mi brazo por encima de mi cabeza y tiro la caracola al agua. Aterrizza con un golpe decepcionante y luego se hunde lentamente hasta el fondo. Puedo seguir cada momento de su lento descenso hasta que se asienta contra la cama de agua.

Y entonces hay un resplandor. Débil al principio, pero pronto se dispersa en

esferas y brasas. Retrocedo. En todo el tiempo que he usado las caracolas marinas para comunicarme con las sirenas, o incluso como una brújula para mi reino, rara vez he visto esto. Llama como si pudiera sentir mi desesperación, extendiéndose en el agua en busca de otras de mi especie. En lugar de un mapa, está actuando como un faro.

Luego, casi de manera inmediata, aparece Kahlia. El cabello rubio de mi prima se desliza sobre el agua y cae sobre su rostro para que sus ojos no se encuentren con los míos.

Me levanto de un salto.

—Kahlia —digo asombrada—, estás aquí.

Ella asiente y extiende su mano. Descansando contra sus largos y espinosos dedos está mi caracola marina. La arroja sobre la hierba junto a mis pies.

—Escuché tu llamado —dice en voz baja—. ¿Ya tienes el corazón del príncipe?

Frunzo el ceño mientras su cabeza permanece inclinada.

—¿Cuál es el problema? —pregunto—. ¿No puedes mirarme ahora?

Cuando Kahlia niega con la cabeza, siento una punzada. Ella me admiró alguna vez tan profundamente que hizo que mi madre la odiara. Toda mi vida Kahlia siguió siendo la única en nuestro reino a la que pensé que yo le importaba y ahora ni siquiera me mira a los ojos.

—No es eso —dice Kahlia, como si leyera mis pensamientos.

Levanta la cabeza. Y hay una tenue sonrisa en sus delgados labios rosados mientras juega inusualmente con el corpiño de algas que cubre su busto. Recorre mi forma humana y en lugar de parecer asustada o asqueada, sólo se ve curiosa. Ladea su cabeza. Su ojo amarillo leche es grande y reluciente. Pero su otro ojo, el que coincide con el mío tan perfectamente, está cerrado y amoratado.

Aprieto los dientes, moliendo hueso sobre hueso.

—¿Qué pasó?

—Tenía que haber un castigo —dice.

—¿Por qué?

—Por ayudarte a matar al príncipe de Adékaros.

Doy un indignado paso hacia delante, con mis pies balanceándose en el borde de la laguna.

—Yo tomé ese castigo.



—Tomaste la peor parte —dice Kahlia—. Por eso sigo viva.

Un escalofrío me recorre. Debería haber sabido que mi madre no se sentiría satisfecha con castigar a una sirena cuando podía castigar a dos. ¿Por qué hacerme sufrir sólo a mí? Es una lección que me ha enseñado tantas veces antes. Primero con Crestell, ahora con su hija.

—La Reina del Mar es completamente misericordiosa —digo.

Kahlia me ofrece una sonrisa mansa.

—¿El príncipe todavía tiene su corazón? —pregunta—. Si lo traes de vuelta, esto habrá terminado. Podrías venir a casa.

La ansiosa esperanza en su voz me hace estremecer. Tiene miedo de regresar al mar Diábolos sin mí, porque si yo no estoy allí, nadie la protegerá de mi madre.

—Cuando nos encontramos por primera vez, yo estaba demasiado débil, después de casi morir ahogada, como para matarlo.

Kahlia sonríe.

—¿Cómo es él? —pregunta—. ¿Comparado con los otros?

Considero contarle acerca de la brújula de discernimiento de la verdad de Elian y el cuchillo que porta, que es tan filoso como su mirada y bebe toda la sangre que extrae. Cómo él huele a pescadores y sal marina. Sin embargo, digo algo por completo diferente. Algo que ella encontrará mucho más entretenido.

—Me encerró en una jaula.

Kahlia farfulla una risa.

—Eso no suena muy principesco —dice—. ¿No se supone que la realeza humana es cortés?

—Supongo que tiene cosas más importantes de las que preocuparse.

—¿Cómo qué? —su voz está ansiosa mientras se quita una cadena de algas de su brazo.

—Cazando leyendas —explico.

Kahlia me lanza una mirada burlona.

—¿No eras tú una de esas?

Levanto las cejas ante el golpe bajo, contenta de ver cómo algo de su chispa regresa a su rostro.

—Está buscando el Segundo Ojo de Keto —digo.

Kahlia nada hacia delante y arroja sus brazos sobre la hierba húmeda a mis

pies.

—Lira —dice—, estás planeando algo malo, ¿cierto? ¿Tengo que adivinar?

—Eso depende completamente de cuánto disfrutas jugando a la esbirra de tu amada tía.

—La Reina del Mar no puede esperar devoción si predica lo contrario —dice Kahlia, y sé que está pensando en Crestell. La madre que entregó su vida por ella en un acto de devoción del que mi propia madre sólo pudo burlarse.

No me sorprende que Kahlia esté ansiosa por volverse contra la Reina del Mar. Lo único que siempre me ha asombrado es su continua lealtad hacia mí. Incluso después de lo que hice. Lo que fui obligada a hacer. De algún modo, la muerte de Crestell nos unió en lugar de separarnos, como mi madre había esperado. No puedo evitar sentirme satisfecha ante la mirada sagaz en los ojos de Kahlia. Esperada o no, la muestra de lealtad es satisfactoria.

—Si el príncipe me conduce hasta el ojo, entonces el poder que tiene me convertiría en rival para la Reina del Mar —sostengo la mirada de mi prima—. Puedo evitar que se atreva a tocarnos nuevamente.

—¿Y si fallas? —pregunta Kahlia—. ¿Qué pasará con nosotras entonces?

—No voy a fallar —digo—. Todo lo que tengo que hacer es compartir algunos de nuestros secretos para que el príncipe confíe en mí y me dé la bienvenida a bordo.

Kahlia parece dudosa.

—Eres débil ahora —dice ella—. Si el príncipe descubre quién eres, entonces él podría matarte como mató a Maeve.

—¿Sabes sobre eso? —pregunto, aunque no debería sorprenderme. La Reina del Mar puede sentir la muerte de cada sirena, y ahora que está manteniendo a Kahlia tan cerca de su lado en mi ausencia, sin duda mi prima habrá estado ahí cuando lo sintió.

Kahlia asiente.

—La Reina del Mar la despidió con la mano como si fuera nada.

La hipocresía de mi madre me impresiona. Mostró más emoción cuando mató a una humilde nereida que cuando una de las nuestras fue destruida en la cubierta de un barco pirata. Nuestras muertes no son más que una pequeña molestia para ella. Me pregunto si la verdadera razón por la que quiere matar a los humanos no es tanto por el bien de nuestra especie, sino para que ella deje de

experimentar la inconveniencia de nuestras muertes. Somos prescindibles en esta guerra. Cada una de nosotras somos fácilmente reemplazables. Incluso yo.

Quizás, especialmente yo.

—Eso cambiará pronto —digo. Me estiro y pongo mi mano sobre el brazo de Kahlia; mi palma se convierte en una extraña manta de calor sobre la escarcha de su piel—. Tomaré el ojo y el trono de la Reina del Mar con él.

## VEINTE

En el palacio, siempre es difícil saber quién está en su sano juicio.

Me quedo solo en el vestíbulo y me ajusto el chaleco negro. Luzco principesco, que es exactamente lo que odio ser y, siempre, como la reina Galina me quiere ver. El sol de Eidýllio se desvaneció hace mucho rato y, con él, el cielo difuminado se ha atenuado a tonos de medianoche. Dentro del palacio, las paredes son de un rojo suave, pero a la luz de tantos candelabros parecen casi naranjas. Como sangre diluida.

Intento no tomar mi cuchillo.

La locura se mueve a una velocidad inhumana, y ni siquiera yo soy lo suficientemente rápido como para detenerla. Me siento inquieto en este lugar, sin mi tripulación a mi lado, pero traerlos significaría romper un pacto entre las familias reales del mundo. Dejarlos que entren en un secreto que nunca debería ser conocido, sobre todo entre los piratas. Entonces, en lugar de traer a mi tripulación, les mentí. Les he mentido a todos estos días. Historias contadas en un susurro de cuán mundana es la vida de un pirata a mi hermana. Un guiño cuando le platico a mi tripulación sobre la reina Galina y cómo me quiere ver a solas.

Sólo Kye conoce la verdad, que es el aspecto más favorable de ser el hijo de un diplomático que cualquiera de nosotros puede reconocer. Ser consciente de los secretos reales —o sacar los trapos sucios de los líderes del mundo para usarlos cuando sea conveniente— es algo en lo que el padre de Kye se especializa. Y Kye, que normalmente considera que eso es una paradoja de su linaje de clase alta, ha mantenido ese rasgo. Es lo único que heredó de su padre.

—¿Estás seguro de que no me quieres allí? —me preguntó camino a Serendipia.

Miré hacia atrás para ver si Lira todavía estaba parada en el centro de la plaza del mercado, pero había mucha gente y nos habíamos alejado muy rápido y ella era muy elusiva para destacarse entre la multitud.

—Necesito que la reina Galina confíe en mí —le dije—. Y tu presencia no ayudará.

—¿Por qué?

—Porque nadie confía en los diplomáticos.

Kye asintió como si fuera un argumento válido, y metió sus manos en los bolsillos.

—Aun así —dijo—, sería bueno para ti tener respaldo en caso de que a Galina no le guste tu plan para manipular su reino.

—Tu confianza en mí es conmovedora.

—Nada en contra de tu encanto —dijo—. Pero ¿en verdad crees que ella va a estar de acuerdo con tu plan?

—Todo lo que acabas de decir va directo en contra de mi encanto —golpeo su hombro con el mío—. De cualquier manera, vale la pena intentarlo. Si hay alguna esperanza de que la reina Galina pueda ayudarme a evitar una alianza matrimonial con alguien capaz de asesinarme mientras duermo, la tomaré.

—Dices eso como si Galina no fuera capaz de asesinarte cuando estás despierto.

Tenía razón, por supuesto. Kye posee el hábito de tener razón, en especial cuando se trata de mujeres peligrosas. Aun así, lo dejé atrás con los demás, porque a pesar de que es un buen refuerzo, no hay una posibilidad de que Galina permita entrar a un pirata a su palacio.

Miro mi camisa para comprobar que todos mis botones estén abrochados, sólo por si acaso —hay ciertos pecados que no serán tolerados—, y me yergo un poco más firme. Peino mi cabello hacia atrás con la mano. Ya echo de menos mi sombrero y mis botas y todo lo demás que mantiene al *Saad* conmigo incluso cuando la nave está anclada.

Pero Galina realmente odia a los piratas.

Ella confía más en mí cuando puede ver al príncipe de oro en lugar de a un capitán del mar. Aunque hay muchas cosas que nunca entenderé sobre ella, ésa

no es una de ellas. Apenas puedo confiar en mí mismo cuando tengo mi sombrero puesto.

—Ella lo espera.

Un guardia sale de las sombras. Está cubierto de la cabeza a los pies con una armadura roja y no hay un solo centímetro de piel expuesto. Sus ojos flotan sin rumbo en un mar de tela roja. Así es como debe ir la mayoría de los guardias y el personal de mantenimiento. No es posible tocarlos directamente.

Lo miro con cautela.

—Yo te estaba esperando a ti —digo—. La puerta parece demasiado pesada para abrirla solo.

No puedo decir si sonrío o me mira con odio, pero definitivamente no pestañea. Después de considerarme por sólo un segundo, da un paso al frente y lleva su mano a la puerta.

La habitación es diferente. No sólo del resto del palacio, sino de cómo era la última vez que estuve aquí. Las paredes de mármol se han vuelto de carbón y están cubiertas de cenizas y de olor a quemado. El techo se extiende hasta alturas interminables, bordeadas por grandes vigas de madera, y el color se ha ido de todas partes menos del piso. Es lo único rojo, pulido para brillar.

Y en la esquina más alejada, en un trono con forma de corazón sangrante, la reina de Eidýllio sonrío.

—Hola, Elían.

El guardia cierra la puerta y la reina Galina me hace señas para que avance. Su cabello negro se desliza por su cintura hasta el piso en rizos perfectos. Está tejido con pétalos de rosa que se desprenden de ella como diminutas plumas. Su piel marrón oscura se funde con el vestido de satén que comienza en la barbilla y termina más allá de los dedos de sus pies.

Alarga su mano hacia la mía, con sus dedos extendidos como una telaraña.

La considero por un momento y luego levanto una ceja, porque ella debería estar más consciente que yo. O por lo menos, tener claro que yo lo estoy.

La leyenda de Eidýllio dice que cualquiera que toque a un miembro de la familia real encontrará instantáneamente a su alma gemela. El secreto de Eidýllio, del que sólo las familias reales de los cien reinos —y la de Kye, aparentemente— están al tanto, es un poco diferente. Porque el don, transmitido a través de las mujeres de la familia, no ayuda a los hombres a encontrar el amor,

sino a perder por completo su voluntad. Sobrepassados por la devoción y la lujuria sin fin, se convierten en marionetas sin sentido.

Me siento en el lujoso sofá frente a los tronos, y Galina deja caer la mano con una sonrisa. Ella se echa hacia atrás y estira sus piernas sobre los azulejos.

—Viniste de visita —dice Galina—. Lo que debe significar que quieres algo.

—El placer de su compañía.

Galina ríe.

—Ninguno de nosotros es una compañía placentera.

—El placer de su compañía y una negociación mutuamente beneficiosa.

Galina se sienta un poco más derecha.

—¿Una negociación o un favor? Tengo una gran predilección por los favores —dice—. En particular, cuando implican príncipes en deuda conmigo.

El rostro de Sakura cruza por mi mente, y pienso en el trato que hice con ella. Mi reino, por el final de la plaga de las sirenas.

—Estoy lo suficientemente endeudado con la realeza —digo.

—Aguafiestas —se burla Galina—. No pediré demasiado. Sólo una o dos regiones. Quizás un beso.

Por lo general, alargo este juego del gato y el ratón por un tiempo. Dejo que juegue conmigo a través de veladas amenazas de piel contra piel, como si pudiera convertirme en uno de sus juguetes. En un día normal, fingiríamos. Yo, a tener miedo de que ella me toque. Y Galina, a ser lo suficientemente valiente para considerarlo. Pero la verdad es que, a pesar de todos sus defectos —y según mis últimas cuentas, son muchos—, Galina encuentra poca alegría en sus habilidades. Incluso provocó que el rey se volviera en su contra cuando se cansó de proteger el secreto de un matrimonio que no ofrecía intimidad.

Galina no tomaba su mano ni permanecía cerca para que sus pieles no se tocaran, no compartió una cama con él en su noche de bodas ni en cualquier otra noche. Dormían en extremos distantes del palacio, en alas separadas con sirvientes separados, y comían de la misma manera: en los bordes opuestos de una mesa lo suficientemente grande para sentar a veinte en medio de ellos. Era información que no deberíamos haber sabido, pero una vez que el rey bebió una copa, habló sobre esos asuntos.

A diferencia de sus predecesoras, Galina no desea forzar el amor para asegurar a los herederos. Ella no quería que su esposo perdiera lentamente la

cabeza por la adoración, y en su lugar lo perdió lentamente por la codicia. Quería más de lo que ella podía ofrecer —su reino, si hubiera podido—, y todo acabó en un golpe más sangriento que la mayoría de las guerras.

Desde su traición, ella parece haber elegido una vida aún más solitaria. *No debe haber un segundo marido*, les dijo a las otras familias gobernantes. *No tengo ningún interés en ser traicionada de nuevo o de pasar mi maldición a ningún niño*. Así que, en cambio, acoge a niños de Orfaná, en donde se alberga a todos los no deseados del mundo.

No continuar con su linaje es suficientemente malo, pero la elección de gobernar sola ha dejado a su país a la deriva. Con Kardiá ganando poder, Galina necesita a alguien a su lado para realizar las cosas que su don le impide, como servir de enlace con la gente y ofrecer la calidez que cada vez más le asusta brindar. Y yo necesito a alguien que pueda romper mi trato con Sakura.

Camino hacia el trono y sostengo un trozo de pergamino. Esta vez, estoy demasiado ansioso para jugar a fingir. La renuencia de Galina a casarse otra vez me dice todo lo que necesito saber y, en un giro fortuito del destino, presenta una solución interesante a uno de mis muchos problemas. El karma rara vez me concede tales favores.

Galina toma el pergamino y sus ojos lo examinan, con un ceño fruncido al principio y con una sonrisa intrigada después. Es exactamente la reacción que estaba esperando.

—Príncipe Elian —dice ella—, ¿cómo lo obtuviste?

Doy un paso adelante, lo más cerca que puedo llegar sin arriesgar mi cordura.

—Del mismo lugar donde usted podría obtener todo lo que siempre ha querido.



Las cosas marcharon sin contratiempos. O más bien, se enredaron en sí mismas, dentro de un gran lío, y me estaba acercando a limar las asperezas. Galina se mostró tímida, pero había unas ansias innegables en sus ojos que me dieron esperanza. *Mutualmente beneficiosa*, reflexionó, citando mis palabras.

Su apoyo significaría algo menos en qué pensar en esta misión imposible. Y con Lira finalmente fuera de mi nave, también tengo una persona menos de la



que preocuparme. Todo, en un día de trabajo.

Lucho por sacar el rostro de Lira de mi mente mientras camino por las calles de Eidýllio. Cuando le devolví la caracola, hubo una mirada extraña en sus ojos. Como si yo fuera idiota y maravilloso al mismo tiempo. Como si yo fuera un tonto y ella estuviera contenta por ello.

Respiro profundamente y presiono mis palmas contra mis ojos, tratando de eliminar el sueño. Cuando ella me dijo que la Reina del Mar se había vengado de su familia, parecía sincera y la brújula, aunque inestable, había apuntado hacia el norte. Aun así, no he podido sacudirme la sensación de que algo no está bien. No importa cuántas verdades diga, hay mentiras ocultas.

Paso por la calle del mercado abandonada, que está llena de migajas de pan. La noche es cálida y dulce, incluso con la luna cubriendo el cielo. Las estrellas aquí son más claras que en la mayoría de los reinos, y lucho para seguir caminando. Para no detenerme y maravillarme con ellas; acostarme en el adoquinado y pensar en sus historias, como hago a bordo del *Saad*.

Me dirijo hacia el Serendipia. Nos quedamos allí cada vez que atracamos en Eidýllio, porque es una posada y una taberna, y son muy pocas las cosas que no se pueden resolver con sueño y ron. Mientras camino hacia allí, una sinfonía de pasos se escucha detrás de los míos. Reduzco mi ritmo y me deslizo hacia un callejón cercano lleno de taburetes de comerciantes abandonados. Es angosto, y una línea de estrellas cuelga en lo alto como farolas.

Me empujo contra la pared y siento el calor del ladrillo en mi espalda. Los pasos se vuelven inciertos, en busca de algo. Hay un pequeño momento de inquietud cuando el mundo se aquieta y sólo escucho una pequeña ráfaga de viento. Luego, continúan hacia el callejón.

No espero a que mi atacante me encuentre. Salgo de la oscuridad, con la mano sobre mi cuchillo. Listo para destripar a quien sea lo suficientemente estúpido para tratar de saltar sobre el capitán del *Saad*.

Una chica se detiene, en medio en las sombras, con el cabello rojo oscuro pegado a sus mejillas. Cuando me ve, lleva sus manos a las caderas, exasperada. Sus ojos me inundan como veneno.

—¿Por qué estás escondiéndote? —pregunta Lira—. Estaba tratando de seguirte.

Dejo escapar un largo suspiro y envaino mi cuchillo.

—Estaba seguro de que ya me había deshecho de ti.

Lira se encoge de hombros, sin ofenderse, y considero lo que sería meterse bajo su piel. Se sacude todos y cada uno de los comentarios como si fueran apenas una molestia. Como si tuviera mucho mejores cosas que hacer que preocuparse por lo que yo o cualquiera de mis tripulantes piense.

Lira me estudia.

—¿Por qué te ves como un príncipe de repente? —pregunta.

—Soy un príncipe —le digo, y camino más allá de ella.

Lira camina con calma a mi lado.

—Usualmente, no.

—¿Qué podrías saber sobre lo que es usual?

El rostro de Lira permanece inexpresivo, y una vez más no causo ningún impacto. Luego hace un gesto de fastidio, como si se tratara de un compromiso. *Vamos, actuaré como si estuviera irritada. Sólo para complacerlo, Su Alteza.*

—Tienes razón —me dice Lira.

Alisa la tela de su vestido. Es una cosa vieja y harapienta que Madrid encontró en un baúl bajo cubierta. Parte de un botín del saqueo a un barco pirata. Estoy casi seguro de que fue bonito alguna vez, de la misma manera que estoy casi seguro de que lo utilizamos para limpiar el fusil de Madrid durante el año pasado. Fue lo mejor que pude hacer a corto plazo, a menos que Lira quisiera vestirse como una pirata, cosa que dudaba.

Aun así, mirándola ahora, el hombre decente que hay en mi interior se siente un poco avergonzado.

Lira deja de caminar para agarrar los extremos de su vestido con ambas manos y luego bajar al suelo en una reverencia irónica. Yo también me detengo, le lanzo una mirada mordaz, y ella se burla, que es lo más parecido a una risa que he escuchado de ella.

—A la reina Galina no le gustan mucho los piratas —digo, mientras me alejo y empiezo a caminar de nuevo. Lira sigue—. No es que disfrute vistiéndome así.

Tiro de mi camisa, que de repente se siente ajustada alrededor de mi cuello. Hay silencio y Lira deja de caminar rápidamente. Me vuelvo para mirarla, con una pregunta en mis ojos, pero ella sólo observa.

—Aquí —dice e intenta tomar mi cuchillo.

Retrocedo y tomo su muñeca antes de que ella pueda hacerlo. Lira me mira

con desprecio, como si yo fuera más idiota de lo que ella pensaba. Puedo sentir su pulso golpeando bajo mi pulgar antes de que lentamente se zafe.

Busca mi cuchillo otra vez, tentativamente, y esta vez la dejo. Puedo decir que está disfrutando el hecho de que sea cauteloso, como si se tratara del mejor cumplido que pudiera hacerle. Cuando su mano toca el cuchillo, hay una chispa en mi pecho, como un engranaje que se suelta de una máquina. Siempre he estado conectado a él de una manera que resulta difícil de explicar. Cuando Lira lo toca, siento una frialdad repentina que pasa desde su hoja hasta mis huesos. La miro con firmeza, sin arriesgarme a pestañear. Ella duda con la hoja en sus manos, como si considerara todas las posibilidades que podría traer. Y luego toma aliento y con un movimiento rápido rasga una línea en la manga de mi camisa.

La cuchilla roza mi piel pero, milagrosamente, no extrae sangre.

Le arrebató el cuchillo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunto, examinando la rasgadura debajo de mi hombro.

—Ahora te ves como un pirata —dice, y continúa caminando.

Incrédulo, troto para alcanzarla. Estoy a punto de decirle que tendrá que pagar por eso, ya sea con una moneda —que dudo que tenga— o con su vida, pero se vuelve hacia mí y dice:

—Vi el Reoma Putoder.

—¿Pediste un deseo?

—Tal vez robé uno en su lugar.

Lo dice con una sonrisa mordaz, pero a medida que la frase se desvanece, lleva la mano a la caracola que le regresé y juguetea con ella. Se ve brillante, de un modo antinatural, contra su cuello. Ella la toca de manera reflexiva, y reconozco el gesto. Es algo que he hecho mil veces con el anillo del escudo de mi familia, cada vez que pienso en las personas que he dejado atrás o en las cargas de un reino que nunca me sentiré preparado para gobernar. Si la historia de Lira es cierta, entonces el collar tal vez perteneció a la sirena que mató a su familia. Un talismán para recordarle la venganza que debe llevar a cabo.

—Todavía quiero ir contigo —dice Lira.

Lucho para seguir caminando con pasos largos y uniformes. El Serendipia aparece más adelante, otro edificio en una hilera de casas como piezas de

ajedrez. Es tres pisos más alto que los demás, con ladrillos anaranjados y un letrero colgando con la silueta del Dios del Amor. Afuera, un grupo de mujeres fuma puros en gruesos bancos de roble, con grandes jarras de vino añejo a sus pies.

Nos paramos frente a la puerta y levanto una ceja.

—¿Para vengar a tu familia?

—Para detener esta guerra de una vez por todas.

—¿Estamos en guerra? —levanto la mano hacia la puerta—. Qué dramática.

Lira atrapa la manga rota de mi camisa.

—Esto debe terminar —dice.

Me estremezco ante el contacto, resistiendo el impulso de buscar mi cuchillo. Nunca hay un momento en el que no deba estar en guardia.

Desprendo mi hombro del agarre de Lira y mantengo mi voz baja.

—No sigas cometiendo el error de pensar que puedes tocarme —digo—. Soy el príncipe heredero de Midas y capitán del barco más letal del mundo. Si lo haces de nuevo, unas pocas noches en una jaula parecerán un regalo del cielo.

—La Reina del Mar me arrebató todo —escupe Lira, ignorando la amenaza. Hay un pliegue profundo en el centro de su frente, y cuando sacude la cabeza, es como si tratara de sacudirse el ceño—. No puedes imaginar el dolor que ella ha causado. El Cristal de Keto es la única forma de arreglarlo.

Sisea la última parte. La manera cruda y áspera en que su voz se abalanza sobre el midasán, como si las palabras no fueran suficientes para transmitir lo que siente, hace que mi cabeza flote. Hay tanto dentro de ella que no puede entresacar. Nunca hay suficientes maneras de mostrar los pensamientos y los sentimientos.

Trago saliva y trato de reponerme.

—Dijiste que sabes cosas que nadie más conoce. ¿Como qué?

—Como el ritual que debes realizar si quieres liberar el Cristal de Keto de donde está escondido —dice ella—. Apuesto mi vida a que no tienes una pista al respecto.

No dejo que la sorpresa se revele en mi rostro. Ni siquiera Sakura sabía acerca del ritual que necesitamos llevar a cabo, y que está escondido en su reino. ¿Cuáles son las posibilidades de que una polizona en mi barco sea quien tenga la última pieza de mi rompecabezas? No hay forma de que yo tenga tanta suerte.

—Tienes el hábito de usar tu vida como garantía —digo.

—¿Eso significa que aceptarás el trato? —pregunta Lira.

Sería una tontería aceptarlo y confiar en una extraña que dice conocer el secreto que yo ignoro. No he sobrevivido tanto poniendo mi vida en las manos de mis exprisioneros. Pero no aceptarlo me haría aún más tonto. Lira puede hablar *psáriin*. Ella tiene experiencia en cazar sirenas. ¿Y si la dejo atrás y no logro liberar el cristal una vez que lo tenga? ¿Si hago todo sólo para ahogarme en la ola final? El ritual es el único eslabón de mi búsqueda del que no tengo una idea más allá de improvisar, y ahora Lira me ofrece un plan en bandeja de oro.

Si Kye estuviera aquí, me diría que no debería considerarlo. *Buen viaje*, dijo cuando dejamos a Lira en las calles de Eidýllio, seguro de que ninguno de nosotros volveríamos a verla. *Tengo suficiente de qué protegerte como para agregar doncellas letales a la lista*. Y él no estaba equivocado. Kye juró proteger no sólo a mi padre —cuyo dinero tomó más por el placer que por sellar algún trato—, sino a mí. A él mismo. Y Kye nunca ha tomado ese trabajo a la ligera. Sin embargo tengo un trabajo, una misión, y sin la ayuda de Lira, podría dejar al mundo expuesto a los males de la Reina del Mar y su raza para siempre.

—¿Bien? —Lira presiona—. ¿Vas a aceptar el trato?

—Te dije que no aceptaba tratos —digo—. Pero tal vez tomaré tu palabra a cambio.

Abro la puerta del Serendipia, y Lira se adelanta. Me golpea el familiar olor a metal y raíz de jengibre, y miles de recuerdos pasan por mi mente, cada uno tan abyecto como el siguiente. Para todos los significados que un nombre puede tener, el Serendipia no dice nada de su verdadera naturaleza. Es una guarida para jugadores y la clase de hombres y mujeres que nunca ven la luz del día. Se adhieren a la luz de la luna, lejos de los ornamentados colores de la ciudad. Son sombras, con dedos pegajosos por las deudas y el vino lo suficientemente fuerte para aniquilar a alguien con una sola jarra.

Parte de mi tripulación se encuentra en la gran mesa redonda de la parte posterior y sonrío. Cuando salí a visitar a la reina Galina y llegar a un acuerdo para mi futuro, una extraña oleada de náuseas se arrastró hasta mi estómago. Como la enfermedad del océano, si alguna vez pudiera sentir algo así. Enfermedad de la tierra, tal vez. Estar separado de ellos, en especial en una tarea tan importante, me dejó agotado. Al verlos ahora, me siento revitalizado.

—Para que lo sepas —le digo a Lira—, si estás mintiendo, podría matarte.

Lira inclina su barbilla, con ojos desafiantes y demasiado azules para mirarlos directamente. Al principio, no estoy seguro de si va a decir algo, pero luego relame sus labios y sé que es porque saborea la dulzura de cualquier insulto que yo esté a punto de lanzar.

—Tal vez —dice, mientras la luz se queja contra su piel—, tal vez yo te mate primero.

## VEINTIUNO

La niebla fluye por la ventana abierta, igual que las espirales del humo de los puros. Con ella viene el olor del amanecer, mientras el cielo de labios rosas apenas permanece escondido detrás de la línea del océano. El tiempo se pierde aquí, como no sucede en ningún otro lugar en el reino... o el mundo. El Serendipia existe en su propio reino, con personas que nunca podrían pertenecer realmente a ningún otro sitio. Negocia con traficantes, y atiende sólo a aquellos comerciantes que nunca podrían establecer sus puestos para ofrecer sus productos.

Torik suelta un silbido bajo mientras reparte otra mano. Sus dedos pasan sobre las cartas, resbaladizas como mantequilla, y las desliza sobre la mesa en pilas perfectas junto a las monedas rojas. Cuando termina, Madrid toca su mazo inexpresivamente, como si las cartas en sí mismas no importaran, sólo lo que ella hace con ellas. Madrid cambia de opinión y nunca está contenta con jugar la mano que le toca. Me gustaría decir que yo le enseñé eso, pero hay muchas cosas que Madrid se vio obligada a aprender antes de elegir el *Saad*. Cuando te secuestra una nave esclavista de Kléftes, aprendes rápidamente que, para sobrevivir, no puedes doblegarte ante el mundo: debes hacer que éste se doblegue ante ti.

Desafortunadamente para Madrid, su secreto es que no guarda en realidad ningún secreto. Ella nunca está dispuesta a terminar de la misma manera en que comienza, y aunque eso significa que no puedo adivinar su mano como hago con la mayoría, saber que ella no se conforma hace que sea fácil adivinar cuáles serán sus siguientes jugadas.

Lira nos sigue con atención depredadora, con ojos penetrantes cada que una mano se mueve o una moneda cae desde lo alto de una pila. Podría asegurar que ella ve lo mismo que yo: si alguien se rasca la mejilla o traga con demasiada fuerza. Las pequeñas perlas de sudor y los labios crispados. La entonación cuando piden otra jarra de vino. Se da cuenta de todo. No sólo eso, sino que toma notas. Archivando sus secretos y lo que los delata, por alguna razón. Guardándolos de manera segura, tal vez, para usarlos después.

Cuando Kye coloca una torre de monedas rojas en el centro de la mesa, miro a Lira. Ella tuerce los labios un poco hacia la derecha, y aunque no puede ver sus cartas —no hay forma de que pueda—, conoce su mano. Y sabe que él está fanfarroneando.

Lira captura mi atención y cuando me descubre mirando, desvanece su sonrisa. Estoy enojado conmigo mismo por eso. Nunca soy lo suficientemente rápido cuando se trata de observar esos momentos el tiempo necesario para distinguirlos y ver cómo trabaja ella. Por qué trabaja. Desde qué ángulo está trabajando.

Empujo mis monedas hacia el centro de la mesa.

—Todo está muy callado por aquí —dice Madrid.

Toma el decantador de vino de la mesa y llena su vaso hasta que el rojo se derrama sobre sus bordes. Si Madrid es una buena tiradora, es una bebedora aún mejor. En todos nuestros años juntos, nunca la había visto perder el equilibrio después de una noche de copas.

Madrid sorbe el vino con cuidado, saboreando la cosecha de una manera que ninguno de nosotros habría imaginado. Me recuerda las lecciones de cata de vinos a las que mi padre me obligó a asistir como parte de mi entrenamiento real. Porque nada caracteriza al rey de Midas como saber distinguir un buen vino de un aguardiente destilado en una taberna de mala muerte.

—Canta “Costa de olas” —sugiere Torik secamente—. Tal vez ahogue la luz del sol.

—Si votamos, “Cantinelas de un poco de ron” servirá. En realidad, cualquier cosa con ron.

—Tú no tienes voto —le dice Madrid a Kye, y luego me mira con el ceño fruncido—. ¿Capi?

Me encojo de hombros.



—Canta lo que quieras. Nada ahogará el sonido de mi triunfo.

Madrid saca la lengua.

—¿Lira? —pregunta ella—. ¿Qué cantan en tu tierra?

Por alguna razón, Lira lo encuentra divertido.

—Nada que puedas apreciar.

Madrid asiente, como si fuera más un hecho que un insulto.

—“Sirena debajo” —dice, mirando a Kye con una sonrisa reacia—. Tiene ron.

—Va conmigo entonces.

Madrid se arroja sobre su silla. Su voz emerge en un fuerte estribillo, las palabras se tuercen y terminan en el idioma de su Kléftes natal. Hay algo enigmático en la forma en que canta, y ya sea por el tono o por la sonrisa entrañable que se dibuja en el rostro de Kye mientras vocifera la melodía, no puedo evitar golpetear mis dedos contra mi rodilla al ritmo de su voz.

Alrededor de la mesa, la tripulación se suma. Tararean y murmuran las partes que no pueden recordar, y gritan a cada mención del ron. Sus voces bailan entre sí y chocan torpemente a través de los versos. Cada uno canta en el idioma de su reino. Lleva una parte de su hogar a esta tripulación deforme y me recuerda el tiempo, hace mucho, en que no estábamos juntos. Cuando éramos más extraños que familiares, no pertenecíamos a ninguna parte, viajábamos y nunca teníamos los medios para ir al lugar que queríamos.

Cuando ya han cantado tres coros, espero que Lira participe con una interpretación de Polemistés, pero ella continúa con los labios apretados y llena de curiosidad. Los mira con un pequeño nudo en su frente, como si no pudiera comprender el ritual.

Me inclino hacia ella y mantengo mi voz en un susurro.

—¿Cuándo vas a cantar algo?

Ella me empuja para alejarme.

—No te acerques demasiado —dice—. Apestas.

—¿A qué?

—A pescadores —dice—. A ese aceite que ponen en sus manos y esos dulces estúpidos que mastican.

—Regaliz —le digo con una sonrisa—. Y no respondiste mi pregunta. ¿Alguna vez vas a complacernos con tu voz?

—Créeme, no me gustaría nada más.

Me acomodo en mi silla y abro mis brazos.

—Cuando estés lista.

—Estoy lista para que me digas todo lo que sabes sobre el Cristal de Keto.

Siempre regresa a eso. Hemos estado en Eidýllio durante dos días, y Lira ha sido implacable con sus preguntas. Siempre en busca de respuestas sin que ella revele nada. Alguien, por supuesto, tendrá que comenzar. Y debo admitir que ya me aburrí de esperar a que sea ella.

—Todo lo que sé es que está en Págos —le digo, receloso por las miradas que Kye me dirige. Si dependiera de él, la única forma en que Lira podría subir a bordo del *Saad* sería si volviera a la jaula.

—Está en la cima de la Montaña de la Nube —explico—. En un palacio de hielo sagrado.

—Tienes una gran habilidad para fingir que sabes mucho cuando sabes tan poco.

—Y tú tienes una gran habilidad para fingir que sabes todo cuando no sabes nada —respondo—. Todavía no me has contado sobre el ritual.

—Si te cuento, entonces no tendría sentido mantenerme cerca. Y no voy a perder la mejor ventaja que tengo para que luego me dejes aquí varada.

Tiene razón. El mejor hábito que tengo es conservar sólo lo que puedo usar. Y Lira definitivamente es algo que puedo usar. Incluso pensarlo me hace sonar demasiado *pirata* por mi propio bien, e imagino la cruda decepción de mi padre por ver cómo he llegado a considerar a la gente como un medio para alcanzar un fin. Elementos de negociación que puedo utilizar como moneda de cambio. Pero Lira está en la posición única de saber lo que es y más que feliz de seguir el juego si le brinda lo que ella quiere.

—Dime otra cosa entonces —cambio una carta del mazo—. ¿Qué sabes sobre el cristal?

—Para empezar —me regaña—, no es un cristal, sino un ojo. El ojo de rubí de la gran diosa del mar, arrebatado de las sirenas para que su nueva reina y sus predecesoras nunca sean capaces de tener todo el poder que Keto detentó.

—Dime algo que no sepa.

—Está bien —dice ella, como si la hubiera desafiado—. El tridente de la Reina del Mar está hecho de los huesos de Keto y el Segundo Ojo de Keto es lo

que le da su poder. Cuando la diosa fue asesinada, su hija más leal estaba cerca. Ella no pudo evitar la muerte de Keto, pero se las arregló para robar uno de los ojos antes de que los humanos pudieran llevarse ambos. Con eso y los pocos restos que quedaban de Keto hizo el tridente y se convirtió en la primera Reina del Mar. Ese tridente se ha transmitido, de generación en generación, a la hija mayor de todas las Reinas del Mar. Lo usan para controlar el océano y a todas sus criaturas. Mientras la reina lo tenga, cada monstruo en el mar es suyo. Y si encuentra el otro ojo, lo usará para esclavizar a los humanos de la misma manera.

—Qué historia tan emocionante —Kye mira sus cartas—. ¿Lo vas inventando mientras avanzas?

—No soy una cuentacuentos —dice Lira.

—¿Sólo una absoluta mentirosa, entonces?

Presiono mis sienes con la yema de los dedos.

—Suficiente, Kye.

—Será suficiente cuando la dejemos varada aquí como planeábamos.

—Los planes cambian —dice Lira.

—Vamos a aclarar una cosa —le dice Kye—. Si crees que sólo porque manipulaste las cosas para seguir en esta misión ya eres parte de nuestra tripulación, estás equivocada. Y mientras estés en el *Saad*, no podrás dar un solo paso sin que yo te esté vigilando. Sobre todo, si estás cerca de Elian. Así que al primer paso en falso te llevaré de regreso a esa jaula.

—Kye —le advierto.

Lira sujeta la esquina de la mesa, mirando a su alrededor, lista para lanzarla.

—¿Me estás amenazando ahora? —pregunta ella.

—Nadie está amenazando a nadie —le digo. Kye arroja sus cartas sobre la mesa.

—De hecho, eso es exactamente lo que estaba haciendo.

—Bueno, genial —le digo—. Ahora que le dejaste saber que eres mi protector a sueldo, tal vez puedas callarte durante cinco segundos para que yo le haga una pregunta —me vuelvo hacia mi flamante nuevo miembro de la tripulación, ignorando la irritación en el rostro de Kye.

—¿Qué quisiste decir con eso de *esclavizar a los humanos de la misma manera*? —pregunto.

Lira libera la mesa y aparta sus ojos pétreos de Kye.

—Las sirenas no son una especie libre —dice ella.

—¿Estás tratando de decirme que simplemente son incomprendidas? No, espera, déjame adivinar: ¿ellas en realidad aman a los humanos y quieren ser uno de nosotros, pero la Reina del Mar las tiene bajo control mental?

Lira no pestañea ante mi sarcasmo.

—Es mejor ser un guerrero leal que un prisionero ingrato —dice ella.

—Así que una vez que mate a la Reina del Mar, podrán cazarme por su propia voluntad —le digo—. Eso es genial.

—Pero ¿cómo vas a navegar a la Montaña de la Nube de Págos para llegar hasta el ojo? —pregunta Lira.

—Cómo vamos —la corrijo—. Tú quisiste ser parte de esto, ¿recuerdas?

Suspira.

—Las historias dicen que sólo la familia real de Págos pueden escalarla —me mira con escepticismo—. Puedes ser de la realeza, pero no eres de Págos.

—Gracias por notarlo.

Deslizo más monedas rojas hacia el centro de la mesa, y Torik levanta las manos.

—¡Malditos sean todos! —se rinde, bajando sus cartas en una dramática declaración—. Tírenme por el tablón.

Sonrío y deslizo dos de sus cartas en mi mazo, una que quiero y otra que pretendo que piensen que quiero. Divido el resto entre Kye y Madrid, y no dudan en lanzarme miradas despectivas por haber arruinado sus manos.

—Tengo un mapa —le digo a Lira.

—Un mapa —repite ella.

—Hay una ruta secreta por las montañas que reducirá semanas de nuestro viaje. Incluso hay sitios de descanso con tecnología para hacer fogatas a fin de contrarrestar el frío. No debería ser un problema.

Lira asiente con la cabeza, lenta y calculadora, como si estuviera tratando de armar un rompecabezas que no le he dado.

—¿Cómo obtuviste el mapa? —pregunta.

—Con mi encanto.

—No, en verdad.

—En verdad soy muy encantador —digo—. Incluso conseguí que esta

tripulación estuviera dispuesta a sacrificar su vida por mí.

—No lo hice por usted —Madrid no levanta la vista de sus cartas—. Lo hice por la práctica de tiro.

—Yo lo hice por la diversión de las experiencias cercanas a la muerte —dice Kye.

—Yo por más cenas de pescado —Torik estira los brazos dando un bostezo—. Dios sabe que no tenemos suficiente pescado un día sí y un día no.

Me vuelvo hacia Lira.

—¿Ves?

—Está bien, Príncipe Encantador —dice ella—. Sea lo que sea, estoy segura de que regresará para morderte más adelante. Prefiero disfrutar eso entonces que escucharlo ahora.

—Siempre la cínica.

—Siempre el pirata —replica ella.

—Lo dices como si fuera un insulto.

—Deberías asumir —dice ella— que todo lo que te digo es un insulto. Un día, el mundo se va a quedar sin suerte para darte.

Ella cruza los brazos sobre su pecho y yo dibujo en mi rostro una sonrisa arrogante, como si estuviera desafiando al mundo, y al destino junto con él, a que me alcance. Aunque sé que sucederá algún día, no puedo permitir que nadie más lo vea. O las cosas caen en su lugar, o se deshacen, pero de cualquier forma, tengo que seguir fingiendo.

## VEINTIDÓS

El rostro de Kahlia me persigue. La imagino al borde de Reoma Putoder, con la cabeza inclinada mientras intenta esconder sus heridas. Avergonzada de que yo pueda ver el dolor que mi madre le infligió en mi ausencia. Puedo sentir su sabor como náuseas en mi boca. La angustia de Kahlia persiste en la parte posterior de mi garganta de la misma manera que el día que sostuve el corazón de Crestell en mi mano.

Merodeo por la cubierta, viendo a la tripulación instalarse en su rutina. Ríen mientras exploran el agua y juegan a las cartas mientras cargan sus armas. Todos parecen estar en paz, sin nostalgia por sus hogares oculta detrás de su mirada. Es como si no les importara ser arrancados de sus reinos una y otra vez, mientras yo echo de menos el mío cada día más. ¿Cómo pueden reivindicar un hogar nómada tan fácilmente?

—Estás pensando demasiado —dice Madrid, sentándose a mi lado.

—Es para compensar por todas las personas en este barco que no piensan nada.

Madrid engancha su brazo alrededor de una maraña de cuerdas y se balancea sobre la cornisa del barco. Sus pies cuelgan del borde mientras el *Saad* se desliza hacia delante.

—Si te refieres a Kye —dice ella—, entonces podemos estar de acuerdo.

—¿No te cae bien? —presiono mis palmas sobre el borde del navío—. ¿No son pareja de apareamiento?

—¿*Apareamiento*? —Madrid me mira boquiabierta—. ¿Qué somos, caballos? Somos compañeros —dice—. Hay una gran diferencia, ¿sabes?

La verdad es que no. Cuando se trata de relaciones, no sé nada de nada. En mi reino, no hay tiempo para conocer a alguien o formar un vínculo. Los humanos hablan de *hacer el amor*, pero las sirenas no hacemos nada si no está reglamentado. Hacemos el amor de la misma manera en que hacemos la guerra.

En el océano, sólo hay tritones. La mayoría de ellos sirven como guardias para mi madre y protegen el reino marino de Keto. Ellos son los guerreros más fuertes de todos nosotros. Criaturas viciosas y letales, más viles que las nereidas, sus contrapartes. Más brutales que yo.

A diferencia de las sirenas, los tritones no tienen conexión con la humanidad. Las sirenas nos parecemos a los humanos, así que una parte de nosotras está conectada a ellos. O tal vez, ellos se parecen a nosotras. Nuestra naturaleza es mitad acuática y mitad humana, y algunas veces me pregunto si de esta última en realidad proviene nuestro odio.

Los tritones no tienen este problema. Fueron creados más del océano que cualquiera de nosotras, hechos con las mezclas más mortíferas de peces, con colas de tiburones y monstruos marinos. No desean interactuar con la tierra, ni siquiera con fines bélicos. Ellos existen, siempre, bajo el mar, donde son solitarios y disciplinados soldados de la guardia, o desenfrenadas criaturas que llevan una vida salvaje en los límites del océano.

Bajo la orden de la Reina del Mar, éstas son las criaturas con las que nos apareamos. Antes de ser arrojada a esta maldición, yo estaba comprometida con el Devorador de Carne. Los tritones no tienen tiempo para nombres y otras tonterías, así que los llamamos por lo que son: Espectro, Desollador, Devorador de Carne. Mientras que las nereidas son peces por los cuatro costados, y ponen huevos para que sean fertilizados fuera de sus cuerpos, las sirenas no somos tan afortunadas. Debemos aparearnos. Y es la combinación de la brutalidad y el salvajismo de los tritones la que dignifica aún más nuestra raza asesina. Al menos, eso es lo que dice mi madre.

—Me alegra que el capitán haya aceptado que te quedaras —dice Madrid.

Sacudo los pensamientos de mi hogar y la miro inquisitivamente.

—¿Por qué estarías contenta?

—Tenemos que comenzar a superarlos en número.

—¿A quiénes?

—A los hombres —dice—. Desde que nos redujimos a la tripulación mínima,

hay demasiada testosterona a bordo.

—Parecería que es más seguro tener una tripulación completa para esta misión.

Se encoge de hombros.

—El capitán no quería arriesgarlos.

—O no podía confiar en ellos.

Madrid se lanza de nuevo a la cubierta del barco y sus botas feéricas chocan contra la veta de la madera.

—Él confía en todos nosotros.

Hay un tono defensivo en su voz, y sus ojos se entrecierran levemente.

—¿Estás molesta? —pregunto, levantando una ceja. Los humanos son muy sensibles.

—No —dice Madrid—. Es sólo que no deberías decir cosas así. Alguien podría escuchar.

—¿Como quién?

—Kye.

—¿Porque él y Elian son buenos amigos?

—*Todos* somos buenos amigos —Madrid manotea en el aire—. Deja de hacer eso.

—No estoy haciendo nada.

—Estás tratando de entrometerte.

Parece una tontería ser acusada así en estas circunstancias. Estoy conspirando para recuperar mi derecho de nacimiento, traicionar a mi madre y luego arrancarle el corazón a Elian para que ningún humano represente una amenaza digna para nosotros. Sin embargo, de alguna manera, Madrid cree que mis comentarios sobre sus amistades son cuestionables. ¿Tendrán una palabra para lo que seré cuando me vuelva en contra de ellos?

—¿De qué están hablando? —pregunta Kye, saliendo de la cabina bajo cubierta.

Él me mira con una mezcla de desconfianza y curiosidad. Contrasta con la relación desenfadada que comparte con los demás a bordo del *Saad*. Si hay alguien en este barco a quien no he podido convencer de mi utilidad, ése es el pseudoguardaespalda de Elian. Podría filtrar toda la información que tengo sobre la Reina del Mar, incluso podría decirle dónde está el mar Diábolos, y



todavía no creería que vale la pena que me quede. Sus primeras amenazas en Eidýllo resuenan en mi mente. Me mira como si tan sólo estuviera esperando a que yo me equivoque y revele información que él podría usar para convencer a Elian de que no debe confiar en mí. Ya sea en este barco o en el océano de mi madre, parece que no existe un solo momento en el que no tenga que demostrar mi valía o preocuparme de que cualquier acto que cometa me lleve a mi caída.

—Al parecer, soy una entrometida —le digo a Kye.

Madrid resopla.

—Por lo menos está abierta a la crítica.

—Bien —dice Kye—. Tengo mucho material para repartir.

—Hablando de cosas para repartir —Madrid mira mi vestido con una mueca—. ¿No quieres cambiar tu ropa pronto? Honestamente, no puedes querer mantenerte metida en esa cosa por el resto del viaje.

—No es un viaje —dice Kye—. Es una misión sagrada salvar al mundo y destruir a la Reina del Mar, y no deberíamos cargar con los rezagados.

Madrid asiente.

—Claro —dice ella—, pero tampoco deberíamos hacer que Lira use mi trapo de limpieza.

Tomo el dobladillo del vestido blanco. Se está deshilachando el borde, el hilo se desprende de la tela como piel. El material ya no es color blanco, sino de un gris apagado, espeso con el carbón de humo y mugre de la que no me gustaría imaginar su origen.

—Puede vestirse sola —murmura Kye. Sus ojos se precipitan sobre el arrugado vestido, hasta las finas puntas de mi cabello rojo—. Sin embargo, si estabas planeando algo —dice—, comienza por darle una ducha.

—Una ducha —repito.

Él suspira.

—Agua tibia y jabón. ¿Supongo que tienen eso en el lugar de donde provienes?

Madrid se arremanga la camisa hasta los codos y deja al descubierto relojes de sol y poesía pintados en cada centímetro de su piel. Los tatuajes en sus manos y rostro son sencillos, y contrastan con los que rodean sus brazos, más allá de sus codos y quizá serpenteando también sobre sus hombros. La marca de piratas de Kléftes. Asesinos de oficio. Aunque ya había imaginado que ella era de

Kléftes, nunca soñé que Elian elegiría a una asesina para que formara parte de su tripulación. Para un hombre que niega estar en guerra, lo cierto es que escoge bien a sus soldados.

Madrid me da un codazo y baja la voz.

—El agua no está caliente —dice ella—. Pero Kye no mintió sobre el jabón.

—Es mejor que saltar en el océano —argumenta Kye—. A menos que quieras que haga un nuevo tablón?

—No —digo—. Lo guardaremos para la próxima vez que me amenaces.

Frunce el ceño.

—Si el capitán no estuviera mirando, en verdad te lanzaría por la borda.

Pongo los ojos en blanco y miro hacia la cubierta superior, donde Torik conduce la nave. Elian se apoya en la barandilla junto a su primer oficial. La misma barandilla a la que estuve atada. Su sombrero se cierne a baja altura sobre las sombras de sus ojos, en una postura relajada e informal. Su pie izquierdo está enganchado detrás del derecho y mantiene sus brazos cruzados sobre su pecho, pero incluso yo puedo reconocer la diferencia entre parecer relajado y realmente estarlo. Es la marca de un verdadero asesino: nunca mostrar el fuego interior.

Nos observa con ojos de halcón y echa de vez en cuando una mirada a Torik para continuar su conversación. Sobre todo, habla conmigo desde su punto de mira. Él no tiene reparos en contemplarme porque claramente quiere que sepa que todos mis movimientos están siendo vigilados. No soy de fiar, y Elian no quiere que yo lo olvide. Es inteligente, si no un poco molesto, pero cuanto más me observe y compruebe que no estoy haciendo nada, más complacida se sentirá. Y en algún momento, se olvidará de mirar. En algún momento, confiará en mí lo suficiente para no pensar que lo necesita.

—A él no le importa que yo pueda verlo —digo.

—Es su barco —dice Kye.

—¿No soy una invitada?

—No eres una prisionera —no me extraña la decepción en su voz.

Por alguna razón, eso me hace reír.

—Se va a aburrir de verme todo el tiempo.

Madrid frunce el ceño y las líneas se arrugan a través de sus tatuajes.

—El capitán no se aburre —dice ella—. No está en sus huesos.

Tomo una respiración larga y fría, y miro otra vez hacia el agua.

—¿Cuál es nuestro próximo destino?

—Psémata —dice Kye.

—La tierra de la mentira.

—¿Algo con lo que estás familiarizada? —pregunta, y Madrid lo golpea en el hombro.

—En realidad, mi madre me obligó a aprender acerca de la mayoría de los reinos —respondo con sinceridad—. Pensó que sería útil para mí saber sobre mi... —hago una breve pausa antes de que la palabra *presa* deje mis labios— sobre la historia.

—¿Qué aprendiste? —pregunta Kye.

Lanzo una mirada rápida por encima de mi hombro a Elían, que se reclina más contra la barandilla, con los codos apoyados en la madera.

—Suficiente.

—¿Y cuántos idiomas hablas?

Miro a Kye con cuidado, consciente de que esto empieza a ser un interrogatorio.

—No muchos.

Nunca tuve una razón para aprender más que midasán y algunos otros dialectos comunes en todos los reinos. Mi propio lenguaje, a pesar de sus asperezas, era más que suficiente. En realidad, incluso podría haber elegido no hablar midasán. Hay muchas sirenas que no lo aprenden, aun cuando es ampliamente hablado en el mundo de los humanos. Nuestras canciones roban corazones sin importar en qué lengua están.

Aun así, me siento afortunada de haberlo aprendido ahora. Si no lo hubiera hecho, el príncipe me habría matado en cuanto abrí la boca. Una humana que sólo puede hablar *psáriin* no lleva el mejor disfraz.

—El capitán habla quince idiomas —dice Madrid con admiración.

—No te olvides de limpiar la baba de tu hombro —Kye señala su brazo—. Justo ahí.

Madrid le quita la mano.

—Me parece que es impresionante, porque yo sólo sé dos.

—Claro —dice él—, por supuesto que sí.

—¿Por qué alguien querría saber quince idiomas cuando la mayoría del mundo habla midasán? —pregunto.

—No dejes que el capi te escuche —advierde Madrid—. Él hace todo por *preservar la cultura* —dice lo último con los ojos en blanco, como si no hubiera nada que le gustara más que mirar cómo su propia cultura se consume—. Estudió en Glóssa, pero al final se dio cuenta de que nadie puede dominar todos los idiomas, salvo por uno de los miembros de la realeza.

—Lira no necesita un repaso de la vida del capitán —dice Kye a la defensiva—. No cuando podría estarse probando algo que no apeste a grasa para armas.

Madrid sonríe.

—Claro —dice ella, y chasquea sus dedos hacia mí—. ¿Cómo te sentirías acerca de vestir algo más audaz?

—¿Más audaz?

Vacilo, y los comienzos de una sonrisa vuelan sobre los rasgos guerreros de Madrid.

—No entres en pánico —dice ella—. Sólo quiero decir menos estilo damisela y más bucanero.

Asiento lentamente. No podría importarme menos cómo me vista, siempre que caliente mis frágiles huesos, porque ahora mismo el frío los presiona con el peso de cien sirenas.

Me atrevo a echar otro vistazo a Elian. El sombrero protege sus ojos del sol del mediodía, pero todavía puedo sentirlos sobre mí, observando. Esperando. Que yo me tropiece y revele mis verdaderas intenciones o, quizá, que haga algo para ganar su lealtad. Lo dejo mirar. Si Madrid se sale con la suya, la próxima vez que me vea, seré tan pirata como él.

## VEINTITRÉS

No me doy cuenta de lo inquieto que estoy hasta que Lira surge de debajo de la cubierta del castillo de proa, ataviada con todo menos una pata de palo.

La tripulación está tarareando algo suave y desafinado, mientras Kye habla animadamente con Torik sobre antiguas deudas contraídas, difíciles de pagar. Sin embargo, se hace el silencio cuando la vemos.

Lleva el cabello hacia un lado dividido en amplios mechones, con hilos trenzados en intrincadas secciones. Grandes arracadas de oro cuelgan de sus orejas, estirando sus lóbulos. Incluso desde el puesto de mando, puedo ver sangre seca alrededor de los rizos. Está vestida con unos pantalones de color verde azulado oscuro con una adornada chaqueta a juego, surcada por botones ovalados. Sus hombros son un florecimiento de borlas doradas, y los puños de una camisa de vestir blanca asoman por sus muñecas. Hay parches en sus codos, cosidos precipitadamente con hilo negro.

Lira coloca una mano sobre su cadera e intenta fingir que no se siente cohibida, pero es el primer gesto verdadero que he visto en su rostro desde que nos conocimos. Puede lucir como una pirata, pero tiene un camino por recorrer antes de que pase por una.

—Tienes que estar bromeando —dice Kye—. Le dije a Madrid que le diera una ducha, no que la vistiera como una princesa pirata.

—Es dulce que pienses que parece una princesa —digo—. Me aseguraré de decírselo más tarde.

—Hablo en serio —me dice Kye, como si yo no me hubiera percatado—. Primero ella se abre camino para estar en este barco y ahora, ¿está tratando de

parecerse a uno de nosotros? Es como si quisiera que olvidemos que es una extraña, y que dejemos de cuidarnos las espaldas.

—Estás armando una gran conspiración a partir de una camisa y un nuevo par de botas.

—No seas ingenuo —dice Kye—. Sabes que no debes confiar en extraños.

Sonrío a medias, pero rechino los dientes. Aconsejarme que tenga cuidado es una cosa, pero sermonearme en la cubierta de mi propio barco como si fuera un niño, es otra. *Ingenuo*. La palabra me resulta tan familiar para que no me haga mella.

—Suenas como mi padre —digo—. Si quisiera un sermón, lo pediría.

—Estoy tratando de darte un consejo.

—Estás tratando de cuestionarme y ya me estoy cansando —suspiro, sintiendo que la fatiga se empieza a colar, esa que por lo general estaba reservada para mis viajes a Midas—. No soy un principiante zarpando por vez primera —digo—. Soy el capitán de este barco y agradecería que dejaras de tratarme como a un pequeño príncipe inexperto que necesita ser *aconsejado*.

Los hombros de Kye se ponen rígidos, pero estoy demasiado frustrado para preocuparme por la forma en que su rostro se cubre con una calma ensayada. En este barco, no se supone que yo sea un miembro de la realeza de Midas con una legión de guardaespaldas y consejeros. Se supone que soy un maldito pirata.

En momentos como éste recuerdo el trato que mi padre le ofreció: permanecer a mi lado como guardián y no como amigo, protegiéndome del mundo que estoy ansioso por explorar. Incluso si Kye lo niega, el hecho de que dude de mis decisiones y cuestione mis movimientos sólo me hace pensar en mi padre y su corte. Me recuerda que Kye es hijo de un diplomático, acostumbrado a *manejar* a la realeza. Y que yo soy sólo un príncipe más, viviendo todas las aventuras de mi vida antes de convertirme en rey.

Me deslizo por la escalera hacia la cubierta principal. Lira tiene una pistolera sujeta al muslo, arriba de los pliegues de las botas que llegan hasta sus rodillas. En el cinturón de tela roja que abraza su cintura, también hay un doblez dorado lo suficientemente grande como para guardar una espada ahí. Por fortuna, Madrid no le dio las armas para equiparla.

—Casi pasas desapercibida —le digo.

La nariz de Lira se arruga.

—Eso no es un cumplido.

Me quito el sombrero y camino hacia mi espada, que descansa contra la escalera. Es un sable que comienza en oro macizo y se desvanece en negro ceniciento. La empuñadura es una elaborada pieza con un mapa de Midas arremolinado en el metal, y la hoja misma se curva ligeramente en la punta, para dar el golpe más letal.

Con el arma señalo a Madrid y digo:

—Préstale algo a Lira.

Se lo pido a Madrid porque ella está más apegada a su fusil que a cualquier otra cosa. Y porque sé que el resto de la tripulación se mostraría reticente a obedecer. Intentar separar a un pirata de su espada es impensable.

—Elian.

La voz de Kye me detiene. Es una advertencia para que no haga nada estúpido o imprudente, en especial si es sólo para demostrar algo.

—Madrid —le digo, gesticulando hacia su alfanje.

Ella se lo entrega sin pausa, evitando de manera deliberada mirar en dirección a Kye. Está ansiosa por ver qué sucederá, al igual que el resto de mi tripulación. Puedo sentir sus ojos rodeándonos, escuchar el silencio mientras sus voces se desvanecen y dejan de cantar para poder ver.

—No me había dado cuenta de que puedes sonreír —le digo mientras Lira estudia su nueva espada.

—Vas a enseñarme cómo pelear.

No es una pregunta, pero tampoco una solicitud. Ella lo está demandando, como si yo no hubiera ofrecido lo suficiente y fuera su encanto femenino lo que impulsara todo esto.

Como si ella tuviera algún tipo de encanto.

No tengo la costumbre de enseñar mis trucos a extraños, pero si Lira va a sobrevivir entre mi tripulación, entonces tendrá que saber cómo llevar una espada. Verla lidiar con el guardia en Eidýllio fue embarazoso, y la necesito si tengo que derrotar a la Reina del Mar. Lira no va a revelar ninguno de sus secretos, ni los detalles íntimos del ritual ni ninguna otra sutileza, hasta que lleguemos al pico de la montaña. Lo que significa que la necesito viva y capaz de defenderse sola si yo no estoy allí. Sobre todo, cuando lleguemos a nuestro próximo destino. Si Lira piensa que mi tripulación es brusca, entonces estará

conmocionada cuando se encuentre en los Xaprár.

—Voy a enseñarte cómo sobrevivir —corrijo—. Primera lección: no te pares así.

Hago un gesto hacia sus pies, que se mantienen firmemente juntos, con las rodillas tan rectas como uñas. Si Lira dijo la verdad sobre su familia, yo esperarí­a que ya lo supiera. Los guerreros de Polemistés son mercenarios naturales. Sin embargo, después dijo que su familia murió cuando ella era sólo una niña, y eso podría significar que era demasiado joven para ser entrenada de manera adecuada.

Ajusto mi posición y Lira amplía su postura para que coincida. Es como un espejo, e incluso levanta su brazo para imitar la curva en mi codo.

—Si te gano, ¿qué obtengo? —pregunta.

—La capacidad de defenderte sola.

Su sonrisa es letal.

—¿Y si te mato?

*La falsa confianza es el amigo de nadie*, escucho en un eco impecable la voz de mi padre.

Y entonces ataco.

Lira levanta su espada en un alto arco, bloqueando mi primer golpe. Es rápida, pero insegura. Sus pies son torpes y cuando esquiva un golpe, sus rodillas chocan entre sí. No parece acostumbrada a caminar, y mucho menos a tener un correcto movimiento de pies para enfrentar un duelo. Me vuelvo a balancear, más lento y más suave que antes. Nuestras espadas tintinean juntas.

Me giro y llevo mi espada por encima de mi cabeza, dándole a Lira una oportunidad para atacar. No duda. Su espada cae sobre la mía, con fuerza. Si no va a ganar por habilidad, lo hará con la fuerza bruta. No le importa que estoy intentando enseñarle algo. Lo único que ella quiere aprender es cómo ganar.

Me agacho y paso mi pie debajo del de ella, pero ella salta en el último minuto y fallo.

—Eso está bien —digo—. ¿Cómo sabías que iba a hacer eso?

—Eres muy predecible.

Pongo los ojos en blanco.

—Deja de retirarte, entonces. Cuando yo ataque, tu trabajo es ponerme a la defensiva. Siempre cambia tu posición para que tu oponente sea el que huya.



—Las guerras no se ganan huyendo —dice ella.

—No puedes ganar una guerra —digo—. Alguien más simplemente pierde.

La espada de Lira oscila y una mirada de confusión pasa sobre sus severas facciones. Como si esperara otra clase de respuesta del príncipe asesino de sirenas. Cuando ella no habla, apunto mi espada hacia ella, incómodo con su silencio.

—Atácame —digo.

Se lanza hacia delante con suficiente poder para que nuestras espadas choquen una contra otra. El ruido rebota largamente después de que me alejo. Lira ataca de nuevo, una y otra vez, y sin ningún otro propósito que no sea causar algún tipo de daño. Es el mismo error que cometen todos los novatos. Atacar sin más objetivo que la muerte.

—Ten un propósito —le digo, bloqueando otro intento.

El aliento de Lira es rápido y pesado.

—¿Qué significa eso?

—Tienes que decidir lo que quieres. Lo que vaya a causar el mayor daño y cómo puedes lograrlo. Tienes que *pensar* antes de atacar.

Presiono hacia delante y Lira se retira, luego da un paso hacia mí. Sus pies golpean y bailan sobre la cubierta. No es exactamente elegante, pero es mejor. Por lo menos, aprende rápido.

Bajo mi brazo sobre el suyo, con más energía esta vez. Un poco más de fuerza con cada golpe, hasta que veo que sus brazos comienzan a fallar. Justo cuando creo que su espada va a caer, se gira hacia un lado y levanta el codo izquierdo. Lo bloqueo justo a tiempo, a sólo unos centímetros de que mi nariz sea destrozada. Ella se está adaptando, usando lo que tiene para ganar. Sería admirable si no fuera tan astuta.

Empujo a Lira lejos y ella cae al suelo con un gruñido. Se gira sobre su espalda, con los codos encajados en la madera de la cubierta y deja escapar un largo suspiro.

—La gallardía no es tu punto fuerte —dice.

—Lo recordaré la próxima vez que te estés ahogando.

—No me estaba ahogando —Lira se levanta del suelo—. No me puedo ahogar.

—No —digo—. No puedes nadar.

Ella frunce el ceño y luego levanta su espada, haciéndome un gesto para que yo haga lo mismo. Estoy más que feliz de complacerla. Parece que sí puedo molestarla después de todo.

Lira lanza la hoja hacia delante, apuntando hacia mi corazón. Salto fuera de su camino y golpeo su estómago con el mango de mi espada. Se tambalea hacia atrás, pero sus dientes están firmes. No hay ningún grito o señal de dolor aparte del destello malévolo en sus ojos. Pienso en detenerme, pero ni siquiera tengo la oportunidad antes de que ella se arroje hacia mí una vez más.

Lanza su peso en el siguiente golpe y lucho por levantar mi espada lo suficientemente rápido. Es inesperado, y me toma un largo momento procesarlo, lo que le da a Lira la oportunidad perfecta.

Su puño se estrella contra mi mejilla.

El dolor es intenso pero fugaz, y Lira parpadea, asombrada de sí misma. Estoy menos sorprendido de que ella haya aprovechado la oportunidad que de mí mismo por habérsela dado. Levanto mi pierna y mando la espada de Lira sobre la cubierta. Ella intenta copiar el gesto, alineando su pie directamente hacia mi corazón. Pero no consigue mantener el equilibrio, y tan pronto como su tobillo está en el aire, lo sujeto y lo tuerzo. Ella se da vuelta y choca con su cadera.

Doy un paso hacia ella. Sus palmas están apoyadas sobre la cubierta, pero cuando ve que me acerco, su cabeza se agita y curva la pierna. Siento que mis pies son arrastrados, pero me recupero antes de caer a su lado.

Doy un paso atrás y Lira se pone en pie otra vez. Nos miramos como cazador y presa, y arqueo una ceja, desafiándola a lanzarse hacia mí. Lira sonríe con malicia como respuesta y recoge su arma caída.

Continuamos luchando de la misma manera, las espadas forman arcos en el aire, nuestro aliento es irregular. Pronto hay un sol a lo lejos, o tal vez luz de luna. Todo está en silencio y cuando Lira baja su espada sobre la mía una vez más, dejo que todo desaparezca. Mi misión, mi reino. El mundo. Existen en otro lugar que no pertenece a este momento, y ahora sólo estoy aquí. Yo, mi barco y una chica con océanos en sus ojos.

## VEINTICUATRO

Canturreo en sincronía con el océano, con una mano enganchada al aro vacío de la espada en mi cintura y la otra cerrada sobre la barandilla del *Saad*. La noche cubre el cielo con estrellas diseminadas como las irregulares costuras de mi casaca.

Una nueva tierra se encuentra en algún lugar cercano, el siguiente punto planeado en la búsqueda de Elian, y la tripulación duerme con placidez mientras navegamos hacia ella. En lo alto de la cubierta, el timón del barco se mantiene firme, moviéndose ligeramente para guiar al *Saad* hacia delante. Incluso sin un pirata despierto para comandarlo, la poderosa nave de Elian navega a sabiendas hacia el rumbo elegido.

Me cierro la casaca sobre el pecho mientras el viento corre veloz y acelera mi canción para que coincida con el ritmo. Es una sensación extraña poder cantar y que nadie sufra por ello. Usar mi voz en forma contraria a la que estaba destinada, sin dejar muerte ni dolor a su paso. Sólo una melodía.

Me siento en paz.

Hay algo en la sencilla rutina del *Saad* que apacigua las partes terribles y mantiene aquello que es verdadero dentro de mi corazón. Las noches transcurren en la misteriosa tranquilidad del océano, lejos de la ira de mi madre, y la tripulación, incluso Kye, que no teme en absoluto ser antipático, hace que me sienta cómoda. La cordial relación que comparten me recuerda a mi hogar. A Kahlia. Miran a Elian de la misma manera que mi prima me mira: con devoción que no se ofrece con fidelidad ciega, sino que se gana a través de algo más profundo. Confianza. Amistad. Tal vez incluso amor. Por lo menos, puedo fingir

que no soy la hija de mi madre. Vivir como si nunca hubiera matado, y pasar horas y horas del día sin preocuparme de que todo lo que haga pueda ser usado en mi contra.

Casi puedo ver por qué Elían decidió abandonar su derecho de nacimiento a favor de una vida nómada. Aunque planeo regresar al mar Diábolos y tomar el lugar de mi madre, no puedo negar el encanto de una vida lejos del peso de los reinos. Definitivamente, no es la peor idea que el príncipe ha tenido. Al menos, él sabe lo que quiere.

La voz de mi madre regresa como bumerán dentro de mi mente, ordenándome que abandone la esperanza de intentar derrocarla y tan sólo tome el corazón de Elían antes de que sea demasiado tarde. Si no obtengo el Segundo Ojo de Keto, no sólo moriré, sino que moriré como una traidora en el océano. Pero ¿cuál es la alternativa? ¿Hacer reverencias y rezar para que un día ella me entregue el trono, mientras veo, durante todo ese tiempo, a Kahlia haciendo muecas de dolor en su presencia? Si sigo las órdenes de mi madre, condenaré a Kahlia y al resto del océano a su gobierno. Pero si no las sigo, si me atrevo a continuar con mi plan, entonces me arriesgaré a demostrar mis defectos.

Me agarro al barco con más fuerza, mientras inhalo la sal escurridiza en el aire.

Si tan sólo mi búsqueda fuera tan simple como la de Elían, orientada a ser el salvador de la humanidad. Puede parecer una gran empresa, pero no le exige traicionar todo lo que ha conocido. Si él tiene éxito, su madre podría sentirse orgullosa. Si yo tengo éxito, la mía podría morir.

Pensar en Elían hace que la noche parezca más fría. Sé que cualquier plan que yo emprenda conllevará su muerte. O intento matarlo ahora o espero a asesinarlo después, pero no hay un camino que haya trazado para mí que no termine con su vida.

Con cada acción traicionaré. Con cada elección mataré. A pesar de lo que mi madre dice, parece que soy justo el tipo de monstruo que ella quería.

En el momento en que pienso esto, una suave melodía se desliza por el aire. Una distante canción de cuna, demasiado lejana para distinguirla, pero familiar al mismo tiempo. Es adormecedora y seductora. Tanto que me toma un momento darme cuenta de que el barco está temblando. Es como si el océano escuchara la traición de mis pensamientos y enviara una fuerza poderosa para estrellarse

contra el costado del *Saad*. Me lanzo hacia delante y mis manos golpean el borde de la nave.

Apenas evito mi caída por la borda. Reprimo un grito y miro el pacífico océano debajo. No hay una sola ola a la vista, o el lento burbujeo de espuma que surge después de una oleada tan poderosa. Pero hay una sombra.

Parpadeo.

Permanece en la oscuridad, medio oculta por el agua y agarrándose con fuerza al *Saad*. Entrecierro los ojos y me inclino sobre la barandilla para ver más de cerca.

Desde la oscuridad, una garra de esqueleto se eleva.

La sombra avanza hacia mí, escurriéndose por un costado del *Saad* a una velocidad nefasta. Retrocedo justo a tiempo para que la criatura salte sobre la cubierta y agite las velas.

Las crestas se entrecruzan en su cuerpo como cicatrices, unidas por lunares grises que penetran su carne. Cada una de sus aletas está separada en navajas, y su enorme torso está tallado en pliegues sin fin que conducen a unos brazos que terminan en garras negras. Mitad tiburón, mitad algo mucho más demoniaco.

El Devorador de Carne.

Caigo de rodillas y el monstruo de mi madre ruge. Se desliza hacia mí, extendiendo la mano con palmas resbaladizas para rozar mi mejilla.

—*Pórni mou* —gruñe.

No reacciono ante el reclamo posesivo, o la manera repulsiva en que lo pronuncia, sus garras rasguñan mi piel en señal de advertencia. Ya era cautelosa con el Devorador de Carne cuando era una sirena, pero ahora que soy humana, sé que podría atravesarme con facilidad. Quizá por eso lo envió mi madre. Me pregunto por qué Elían y su tripulación no han venido corriendo. ¿Es posible que no hayan sentido que la nave se tambaleaba? Me concentro de nuevo en esa familiar canción de cuna que se deslizaba a través del viento, haciendo que mis ojos se sintieran más pesados con cada verso.

La canción de una sirena. Para asegurarse de que la tripulación permanezca dormida.

—*Anthrópinos* —ladra el Devorador de Carne.

*Humana*.

La palabra sale de las profundidades de su garganta y se astilla a través de las

grietas en sus colmillos. Asqueado. Curioso. Quizá divertido, si es posible que los tritones sientan alegría. El Devorador de Carne se apodera de mi barbilla y acerca mi rostro al suyo para que yo pueda oler la sangre agria de su aliento. Cuando desliza sus labios viscosos contra los míos, me mantengo mortalmente quieta. Mis dientes rechinan, pero son sólo unos segundos antes de que sienta que la carne se arrastra por mi lengua. Puedo saborear la descomposición en él.

El Devorador de Carne se aparta de mí y escupe. Desliza su cola de tiburón en el aire y muestra sus colmillos entre hilos de saliva. Él puede percibir la humanidad en mí de la misma manera que yo puedo percibir lo demoniaco en él. En su arrebató, una carcajada se esparce desde el océano, rebotando en el *Saad* y soplando a través de sus velas. La música sube y mi corazón se cierra.

Los largos tentáculos de mi madre se desparraman sobre la cubierta como aceite, tatuajes tribales familiares atraviesan su piel. Su corona se posa gloriosamente afilada, deslizándose a lo largo de su espalda en un magnífico tocado. Sostiene el tridente y me mira con ojos como fosas.

—No deberías verte tan asustada, cariño —la Reina del Mar lleva sus colmillos a una sonrisa—. Madre está aquí.

Me levanto y miro con fuerza al suelo, para dar la apariencia de una reverencia. Cuanto más miro la madera, más se calienta mi piel y el sudor se pega a mis ropas a medida que la ira hierve debajo. Apenas puedo soportar la idea de mirarla. Después de todo lo que ha hecho, que aparezca aquí, en el barco de Elían, de entre todos los lugares posibles, es el peor insulto.

Un breve silencio se acumula entre nosotras y, por un momento, me pregunto cuál será el siguiente sonido. El rugido del Devorador de Carne, la risa de mi madre, los golpes erráticos de mi corazón furioso.

En cambio, escucho mi canción.

La mortífera canción de cuna de antes se hace más fuerte, y levanto mi cabeza reconociéndola mientras tropiezo hacia atrás. Se arrastra por la cubierta, extendiendo las manos delicadas para influir en el *Saad*. La melodía es tan opiácea como siempre, e incluso apenas puedo mantenerme en pie mientras crece. Escucharla es como perderse en un recuerdo, o en un sueño del que es imposible despertar. Se siente como haber nacido en un mundo imaginado.

Con la mentira de mi canción, no hay posibilidad de que la tripulación despierte de su sueño.

Mi madre presiona una larga aleta palmeada en su pecho, y su caracola parpadea con mi voz. Cuando mis ojos comienzan a empañarse, su boca se abre.

—Es sólo un recuerdo —dice ella—. Te lo devolveré si tienes éxito.

Intento con desesperación alejar el dolor de mis ojos.

—¿Has venido a burlarte de mí? —pregunto.

—No, en absoluto —dice la Reina del Mar—. He venido a ver cómo le va a la Perdición de los Príncipes —arquea su cuello—. ¿Tienes el corazón del príncipe escondido en algún lugar de esos espantosos trapos?

No me sorprende que haya venido a comprobar si me estoy apegando a su plan. Castigada y empujada en la dirección exacta que ella trazó, de la misma manera que la nave de Elían sigue su curso mientras su capitán duerme. Soy la embarcación de mi madre. O eso cree ella.

—No es así de simple —digo.

—Oh, Lira —ella quita una cadena de algas de su tridente—. Las reinas no dan excusas. Supongo que esto es tan sólo una prueba más de por qué no puedes convertirte en una.

—Merezco ser reina —digo—. Soy lo suficientemente fuerte para liderar nuestra especie.

—Eres débil —acusa—. Siempre lo has sido. Mírate ahora, vestida con tu ropa humana, con tus emociones humanas. ¿Sabes lo que veo en tus ojos, Lira? No es muerte, oscuridad o siquiera enojo. Son lágrimas.

Trago saliva.

—No sé de qué estás hablando.

—Estoy hablando de la expresión de tu rostro —dice ella—. Tu dolor humano.

Quiero discutir, pero no puedo siquiera negar la tristeza que me punza detrás de los ojos. Sentí ira como sirena, pero nunca pena. No desde que tomé el corazón de Crestell con la mano de mi madre firme sobre mi hombro. Pero al escuchar mi canción atravesar la nave de Elían, sabiendo en ese mismo instante que mi madre todavía puede usarme como arma sin mi consentimiento, me siento arponeada. Y la forma en que me mira, despreocupada, contrasta con la pesadumbre que yo sentí cuando vi las heridas de Kahlia. O que Kye mostró cuando Maeve atacó a Elían. O incluso la expresión en el rostro del príncipe cuando me rescató del océano donde mi madre me dejó ahogarme. ¿Cómo puede

la Reina del Mar ver eso como una debilidad cuando es lo que une a los humanos y asegura su fortaleza como unidad? Una familia.

El Devorador de Carne gruñe y mi madre extiende la mano para pasar una garra sobre su rostro. Ella corta una línea en su mejilla lentamente, con dulzura, y el Devorador de Carne gruñe de satisfacción.

—Tu tiempo se está acabando, Lira —dice, llevándose la mano a los labios—. Y si no me traes el corazón del príncipe pronto, entonces tomaré el tuyo.



## VEINTICINCO

Cuando me miro en el espejo, una extraña me devuelve la mirada. Ella adopta mi nuevo aspecto de pirata y mi nueva humanidad —el rostro que el Devorador de Carne reclamó como suyo—, y frunce el ceño de una manera que destaca sus rasgos inocentes con un curioso surco profundo entre las cejas. Sus labios son finos y ella alisa con rudeza la arruga con la palma de su mano.

Mi piel está enrojecida por el sol y mi cabello está rígido por la brisa de agua salada. Avanzo y toco el vidrio con dedos espinosos, parpadeando rápidamente mientras asimilo esta versión de mí misma. Piernas y pies. Ojos, ambos del mismo color. Un corazón humano latiendo en algún lugar debajo de todo, listo para que lo tome mi madre.

En el reflejo, veo a Elian. Está parado a mis espaldas con una expresión divertida, apoyado contra la puerta, con los brazos cruzados sobre su pecho. Él no dice nada, y seguimos mirándonos uno a otro a través del vidrio hasta que una sensación extraña me inunda, peor que el temor.

Pronto estaremos en Psémata, y eso significa que Págos no queda lejos. Luego, la Montaña de la Nube. El Segundo Ojo de Keto. La muerte segura de Elian. Cada objetivo de mi engaño está tan perfectamente trazado que debería sentirme preparada. Pero no es así. Todos aquéllos a quienes voy a traicionar están muy cerca. Incluso mi madre podría estar mirando, y eso significa que hay una posibilidad de que descubra mi plan. Es un milagro que ella no lo hubiera sospechado antes, o que no haya escuchado lo rápido que latía mi corazón humano. Y luego está Elian, quien me dio una espada en lugar de apuñalarme con ella, parado detrás de mí ahora. La misericordia que él practica y la lealtad

que se ha ganado son ideales que mi madre quemaría para extirparlos de mí — porque la misericordia nunca es una opción, y la lealtad siempre se toma—, pero esas mismas emociones que mi madre dijo que me debilitarían parecen fortalecerlo. Es un guerrero, mi opuesto en todos los sentidos y, sin embargo, de alguna manera, tal vez sólo en la ferocidad nos parecemos.

En el espejo, Elian continúa mirando. Frunzo el ceño cuando me doy cuenta de que le estoy dando la espalda. Nunca he sido capaz de darle la espalda a mi madre antes.

Giro para enfrentarlo.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Ya terminaste de admirarte?

—Nunca —respondo, aunque, a decir verdad, me alegro de que me distraiga de mis pensamientos.

—Estamos a punto de atracar en Psémata. Intenta recordar lo que te dije.

Como si pudiera olvidarlo. Lo que me dijo fue que mintiera. He tenido suficiente práctica para no pensar en ello como algo necesario, sino algo que siempre fue.

—Si Psémata es tan peligroso —pregunto—, ¿por qué nos detenemos allí?

—Porque necesitamos conseguir algo.

Le lanzo a Elian una mirada escéptica.

—Quieres decir que tenemos que robar algo.

—Bien —dice—. Estás aprendiendo.

Lo sigo hacia la cubierta principal, donde la tripulación ya está reunida. Kye pone su espada en la correa sobre su pecho y desliza una pistola debajo de su abrigo. En lugar de ir a su lado, Elian evita el contacto visual con su guardaespaldas, y decide quedarse conmigo. Kye tampoco se mueve para seguirlo como una sombra, de pronto preocupado por ajustarse el cuello de su abrigo.

—Uno pensaría que la tierra de las mentiras sería más indulgente en lo que respecta al robo —dice Madrid—. Pero al parecer no es así.

Le dirijo a Elian una mirada mordaz.

—Robaste algo la última vez que estuviste aquí —digo—. ¿Y ahora vas a hacerlo otra vez?

—¿Quién dijo que fui yo quien robó algo la primera vez?

Su voz suena indignada, pero no me engaña. Pongo los ojos en blanco para dejarlo claro, y Elian suspira.

—Mira —dice—, lo único que importa ahora es que el *Saad* no es bienvenido.

—El *Saad* —repito—, ¿o tú?

—Dices eso como si hubiera alguna diferencia.

—Supongo que no la hay —giro mi caracola entre mis dedos—. Ambos son igual de densos.

Elian ríe. En voz alta, de manera monótona y casi tan burlona como mi comentario.

—Vamos —dice—. No tenemos tiempo para que aprendas a ser graciosa.



Psémata tiene un tono muy peculiar de gris.

Hay color, pero está diluido en una espeluznante película negra. Como si una nube apenas visible cubriera la tierra con un matiz de sombra y polvo. Me recuerda cómo se veía el crepúsculo a través del agua turbia del océano, o la sensación de mirar directamente a los ojos de mi madre. Una oscuridad que parece siempre presente.

Froto un nudillo contra mi ojo y cuando mi visión se vuelve a enfocar, todo parece más oscuro de lo que era antes. Cuanto más intento desaparecer la sombra, más fuerte se vuelve. No es de extrañar que ésta sea la tierra de las mentiras y la traición, con aire tan gris y contaminado como los escrúpulos de las personas que lo respiran.

El viento nos humedece mientras avanzamos a través de sus calles, evitando el contacto visual y el habitual ruido que Elian y su tripulación disfrutan haciendo. Sólo una docena de ellos está con nosotros, el resto espera en el *Saad*. Se mueven como espectros, flotando en lugar de caminar. Deslizándose por las aceras de piedra. Me tambaleo para mantenerme al paso con ellos, ni remotamente con su gracia, pero igual de invisible.

A medida que avanzamos por la plaza, bajo otra vez mi sombrero sobre mi rostro. Es ridículo, me doy cuenta, porque no hay un humano vivo que pueda reconocerme. En todo caso, soy la más fantasmal de todos nosotros. Aun así, lo

hago, emocionada por el ligero salto de mi corazón cuando alguien permanece demasiado tiempo mirando a nuestro grupo. Cuando observo a Elian, su rostro permanece inexpresivo, estoico, pero sus ojos están muy lejos de verse muertos. Parpadean con el mismo placer sucio. Es esto, me doy cuenta, lo que fascina a la tripulación tanto como el océano. El placer de llegar a ser tan escurridizos como famosos.

Damos vuelta en un callejón, donde un hombre nos espera. Viste un largo abrigo negro con cuello blanco, y su mano con muchos anillos descansa sobre un bastón del mismo tono arenoso que su cabello.

Elian le lanza una sonrisa, y cuando el hombre no la devuelve, le muestra una bolsa de monedas en su lugar. Una sonrisa llena de dientes se dibuja en el rostro del extraño, y presiona su palma contra la pared de piedra gris. Ésta se desliza debajo de él, retrocediendo como una cortina.

Le entrega a Elian una pequeña llave y hace un gesto para que entremos. Una vez que lo hacemos, la pared se cierra a nuestras espaldas y nos deja entre sombras. La luz de las antorchas parpadea mientras briznas de aire atraviesan la entrada de piedra. Nos apretujamos al pie de una escalera que la angosta habitación apenas puede contener. Alcanzo mi caracola marina para jugar con ella. El espacio es demasiado pequeño, y rápidamente me doy cuenta de que es el más pequeño en el que he estado. Incluso la jaula de cristal parece más cómoda.

—¿Qué es esto? —pregunto.

Elian lanza una mirada sobre su hombro.

—Escaleras —dice, y comienza a escalarlas.

No pierdo el aliento en una protesta. Mirando hacia la espiral interminable, tengo la sospecha de que tendré que reservarlo. No puedo imaginar que subir la Montaña de la Nube de Págos sea así de arduo.

Guardo silencio mientras ascendemos, preguntándome si llegaremos a la cima antes de que mis piernas se doblen. Pero justo cuando parece que no podré dar un paso más, Elian se detiene y una gran puerta de roble surge de la escasa luz.

—Esto es dramático —digo, apretujándome en el espacio junto a él—. ¿Alguien del otro lado intentará matarnos?

—¿Desde cuándo te convertiste en una de nosotros? —pregunta Kye, y

Madrid le da un golpe en las costillas. Él gruñe y luego añade—: Bien. Espero con interés que entregues tu vida por la mía, camarada —y en ese momento me debato entre empujarlo o no por las escaleras.

Veo que Elian saca la llave de su bolsillo y la gira en la cerradura inclinada. Cuando la puerta se abra, espero ser golpeada por una ráfaga de polvo o por el olor de las brasas y la descomposición. En cambio, me golpea la luz. Brilla lejos del gris y ecos de docenas de antorchas en forma de esfera parpadean con llamas de un amarillo profundo.

La habitación es grande y lo suficientemente espaciosa para tener un ático oculto, con un pasillo de puertas que llevan a habitaciones separadas. Un candelabro bajo corta el espacio a la mitad, con cuentas que rozan los pisos pulidos.

—Esto no es lo que esperaba —digo, desconcertada por la opulencia tan fuera de lugar.

Elian entra en la habitación.

—Como te gusta recordármelo —dice—, soy un príncipe. Aquí es donde los miembros de la realeza que no quieren ser encontrados vienen para nunca ser encontrados.

—Aquí es donde deberíamos quedarnos siempre —Kye se arroja sobre una lujosa silla de piel apoyada contra la pared más lejana—. No hay ron, pero, maldita sea, las camas son buenas.

—Como si fueras a averiguarlo —dice Madrid con una sonrisa—. Sólo hay camas suficientes para la mitad de nosotros, ¿recuerdas? Y creo que es tu turno para el piso.

—¿No podemos compartir? —él presiona la mano herida en su pecho—. Muchas mujeres matarían por meterse en la cama conmigo.

Madrid se eriza.

—Son camas individuales —dice con brusquedad.

Sin inmutarse, Kye coloca una mano sobre la rodilla de Madrid.

—Te lo juego a cara o cruz.

Madrid le quita la mano de su pierna.

—¿Cara yo gano, cruz eres un idiota?

—Torik debería dormir en el piso —dice Kye, volviendo a sentarse en la silla—. Siempre está preocupado por el peligro que representan las comodidades

hogareñas, que nos hacen creer que en realidad tenemos un hogar.

Torik lo mira de reojo.

—Sé lo suficiente sobre los cuchillos para clavarlos en donde el sol no brilla, si no tienes cuidado.

Kye sonríe.

—No está bien para alguien como yo dormir en el suelo. Soy prácticamente un aristócrata.

Torik le lanza una mirada vacía, sin impresionarse.

—Eres un aristo-farsa —dice.

Miro a Elian, que permanece parado como una estatua a mi lado. Es sorprendente no escucharlo intervenir con los tiernos insultos de su tripulación, o sonreír mientras descuidadamente lanzan vítores. Se lleva la mano a la nuca, sin saber qué hacer consigo mismo cuando no está sonriendo.

—Entonces, ¿nuestro siguiente paso es escondernos aquí? —pregunto.

—Nuestro siguiente paso es tratar de pensar cómo vamos a tener en nuestras manos un artefacto antiguo sin revelar quiénes somos —dice Elian.

—Robar —corrijo—. Cómo vas a robar un artefacto antiguo.

—No es robar si lo estás robando para recuperarlo —Elian se quita su casaca y la tira sobre la mesa detrás de él—. El collar pertenece a la familia Págos. He negociado mucho para tener en mis manos el mapa que muestra la ruta hacia la montaña, pero sin el collar, todo es en vano. Ella me dijo que era la llave de la cúpula oculta.

—Ella —repito—. ¿De quién estás hablando?

—La princesa de Págos —dice Elian.

Sus ojos se dirigen a Kye, y entrecruzan una extraña mirada. Kye se aclara la garganta.

—¿Quieres decir que ella sacrificó los secretos de su familia por joyas? —me burlo—. Qué trillado.

Elian levanta una ceja.

—Si no recuerdo mal —dice, con una mirada demasiado petulante—, tú estabas dispuesta a sacrificar tu vida por un collar.

—Yo estaba dispuesta a sacrificar la tuya primero —digo.



Mucho después de que el resto de la tripulación se entrega al sueño, Elian y yo nos sentamos juntos. Tramamos de la manera más espantosa, maquinamos cada detalle de su plan, incluyendo cómo conseguir el collar de la familia de la princesa sin recibir una bala en nuestros corazones. Puntos clave que deseo aclarar.

La luz del sol amenaza con esparcirse a través de la pequeña ventana redonda, enterrada en el arco del techo. Las velas se han extinguido hasta convertirse en brasas marchitas, y su tenue fulgor proyecta sombras borrosas a nuestro alrededor. El olor del amanecer se percibe en el aire y, con él, el gris se filtra desde el mundo exterior.

—Todavía no entiendo cómo sabes que estos piratas tienen el collar —digo.

—Los Xaprár son famosos por robarle a la realeza —explica Elian, tomando un dulce de regaliz—. Si hay una reliquia preciosa perdida en cualquier lugar del mundo, es probable que Tallis Rycroft y su banda de piratas ladrones la tengan.

—Si eso fuera cierto, ¿no la habrían vendido ya? ¿De qué serviría guardar algo así?

—Estás asumiendo que Rycroft necesita robar para sobrevivir —dice Elian—. Tal vez lo hizo en algún momento, pero ahora roba sólo para demostrar que puede. Poseer un collar como éste conlleva prestigio. Sería más un trofeo que un tesoro. Sólo otro objeto para demostrar lo astuto que es.

—Si es tan astuto —digo—, ¿cómo se lo vas a robar? Creo que se podría dar cuenta de tu mano hurgando en sus bolsillos.

—Desviando su atención —Elian le da un mordisco al dulce de regaliz—. Ellos buscarán por aquí —agita teatralmente una mano— mientras yo estoy hurtando por acá —sacude su otra mano mirándolo todo, satisfecho—. Mientras puedas arreglártelas para lucir inocente y por encima de toda sospecha.

—¿Y si eso no funciona?

—Tengo un plan alternativo —Elian saca un pequeño frasco del bolsillo con un broche de oro—. Es menos astuto, pero igual de engañoso.

—¿Veneno? —reflexiono—. ¿Lo estabas guardando para tu futura esposa?

—No es letal —dice Elian. Para ser un asesino, parece extrañamente ofendido por la idea—. Y no —hace una pausa, luego se gira hacia mí con una sonrisa a medias—. A menos que tú fueras mi esposa.

—Si yo fuera tu esposa, entonces lo tomaría.

—¡Ja! —echa la cabeza hacia atrás y guarda el frasco una vez más—. Por fortuna, no tenemos que preocuparnos por eso.

—¿Porque estás comprometido?

Vacila.

—¿Por qué dirías eso?

—Eres parte de la realeza —digo—. Eso es lo que hace la realeza. Se casan por el poder.

Pienso otra vez en el Devorador de Carne y en la voz de mi madre cuando se convirtió en una canción para anunciarme que había elegido a su mejor guerrero a fin de continuar nuestro linaje. La sangre naranja oxidada en las comisuras de sus labios mientras me miraba con una mezcla de ansia y desinterés regulado. Y en el *Saad*, sólo hace unas cuantas noches, cuando él me reclamó, incluso en mi apariencia humana. Una inquietud me recorre con el recuerdo.

—No quiero que sea así —dice Elian—. Cuando me case, no se tratará del poder.

—¿Entonces de qué?

—Sacrificio.

Su voz es nítida. Hay una certeza, como si estuviera más resignado al hecho que orgulloso de ello. Traga saliva, lo suficientemente fuerte para tomarme desprevenida, y la acción me obliga a moverme; su incomodidad serpentea en el aire.

Los ojos de Elian se dirigen al suelo, y siento como si yo lo hubiera expuesto o él se hubiera desnudado y de repente estuviera arrepentido. De cualquier manera, no estoy segura de lo que se supone que debería decir, y en el momento todo parece tan personal —demasiado personal—, que me encuentro buscando cualquier palabra para romper el silencio.

—Tienes razón —le digo, intentando sacudir la melancolía de mi voz—. Pasar una vida contigo sería un sacrificio.

—¿Eh? —un brillo vuelve a los ojos de Elian y sonrío como si los últimos segundos no hubieran sucedido. Borrando las partes de su pasado que se deshace—. ¿Qué estarías perdiendo? —pregunta.

—¿Si me casara contigo? —me levanto para estar por encima de él y alejar lo que se está deshaciendo dentro de mí—. Supongo que sería mi mente.

Me giro, y los ecos de su risa me siguen fuera de la habitación. Pero ni



siquiera con esa melodía contagiosa consigo sacudirme la expresión que cruzó su rostro cuando mencioné el matrimonio. Me hace sentir más curiosidad de la que debería.

Considero ideas siniestras, pero sé que lo más probable es que se trate de un matrimonio arreglado, ordenado por el rey de Midas para unir su reino a otro. Tal vez el peso que lleva Elían nace de los grilletes de una vida real y un reino que no desea pero que necesita al mismo tiempo. Es algo que puedo entender. Otra similitud entre nosotros que estaría ciega para no verla. En los abismos de nuestras almas —si me divierto con la idea de que tengo una—, Elían y yo no somos tan diferentes. Dos reinos que vienen con responsabilidades que a cada uno nos cuesta soportar. Él, con los grilletes que lo obligan a estar clavado en una tierra y una vida. Yo, atrapada en los confines del legado asesino de mi madre. Y el océano, llamándonos a los dos. Una canción de libertad y anhelo.

## VEINTISÉIS

El robo es algo que dominé por primera vez cuando tenía dieciséis años y pasé la mayor parte del año en la isla norte de Kléftes. Todo era nuevo y eso era lo que podía hacer para no suplicar a todos los que conocí por un pedazo de su historia. Una habilidad o una historia que sólo ellos conocieran. Yo lo quería todo.

Mi tripulación era apenas una tripulación y yo era apenas un hombre, mucho menos un pirata. Después de Kye, Torik fue uno de los primeros hombres que recluté, y con su incorporación, mi padre insistió en que buscara un barco capaz de la tarea que me había propuesto, mientras yo insistía en algo que era más un arma que un bote.

Obtuve la lealtad inquebrantable de Torik en su tierra natal, Ánthrakas, donde las minas corren profundas y el carbón viaja a través del viento en una canción. Pero a pesar de que era diestro con una pistola y aún mejor con una espada, ni siquiera él tenía el estómago para la fuerza bruta que se necesitaba para matar una sirena. Y a medida que pasaban los días, descubrí que me pasaba lo mismo. Necesitaba ser más ágil.

Kléftes cría ladrones, pero más que eso, genera fantasmas. Hombres y mujeres comerciados como ganado, criados para ser demonios y asesinos y cualquier otra cosa que demanden sus amos. Sujetos a los caprichos de los esclavistas que antes venderían a su propia gente que perder una baratija. Están entrenados para ser tan invisibles como mortales, capaces de pasar inadvertidos durante la noche y llevar a cabo actos que nunca se podrían hacer a la luz del día.

Quería aprender de ellos y, un día, cuando se me impuso el manto de rey, les

infligí el mismo sufrimiento que ellos infligían al mundo. Las sirenas no eran el único enemigo. Los humanos podrían ser igual de demoniacos, y me sorprendía que mi padre y los otros reinos no se hubieran unido para hacer la guerra a Kléftes. ¿De qué serviría un tratado de paz global si los reinos se estuvieran atacando a sí mismos?

Por supuesto, Madrid cambió eso. Cuando entré en Kléftes y la vi —tatuada y sangrando por tantas heridas que resultaba difícil distinguir su rostro—, me di cuenta de que algunas cosas no podían ser reparadas. En un mundo que cría asesinos tan fácilmente como el nuestro, lo mejor que podía esperar era hacerlos míos. Los asesinos no podían revertir la muerte, pero podían encontrar nuevas presas. Podrían encontrar un tipo diferente de dolor para infligir.

Miro al Xaprár mientras preparan su barco para zarpar. Son ladrones de Kléftes conocidos por espiar dentro de los reinos y marcharse con las joyas más preciadas. Maestros del disfraz que han robado sus reliquias a tantos miembros de la realeza como para contarlas. Serían leyenda si no fueran tan vilipendiados por las familias gobernantes. Sería bastante sencillo declarar una recompensa por sus cabezas, pero nadie sería lo suficientemente valiente para intentarlo. Ir tras uno de los Xaprár sería como perseguir a un miembro del *Saad*. Eso significa que sería un suicidio. Sin mencionar que los Xaprár son buenos para robar a la realeza, pero aún mejores para robar *para* la realeza. Ladrones a sueldo a quienes la mayoría de las familias no se atreven a contrariar, por miedo a necesitar algún día de sus servicios.

Por fortuna, yo no tengo ese temor.

Observo a Tallis Rycroft vagar en la base de los poderosos escalones del muelle. Cuenta su botín descaradamente, con dedos hábiles y veloces, acostumbrados durante años a no ganarse nada y tomarlo todo.

No soy de los que escuchan las historias que se filtran en nuestro mundo como granos de sal a través de las manos abiertas, pero hay algo en Rycroft que siempre me ha sacado de quicio. Es dueño de un barco de esclavos en la isla del norte. No estoy seguro de cuál, y sé que es poco probable que sea el mismo buque en el que Madrid se vio obligada a asesinar para escapar, pero no hay un miembro de mi tripulación que no se irrite con la sola mención de su nombre. La política prevalece, sin embargo, y declarar una disputa con el Xaprár no valdría la pena.

Miro a Madrid y a Kye, que se esconden detrás de los arbustos a mi lado. Mientras Kye se vuelve hacia mí con una mirada inquisitiva, los ojos de Madrid se mantienen enfocados en Rycroft, sin pestañear. Ella no correrá el riesgo de dejarlo fuera de su vista; ella no arriesga nada cuando se trata de los hombres de su país. Por eso Kye insistió en estar en su escuadrón, sólo para detenerla, si es necesario.

Torik toma su posición del otro lado del camino con otros miembros de la tripulación, y con las armas preparadas para lo que pueda salir mal. Acercarme a Rycroft con mi gente, en cualquier lugar fuera de una taberna, despertaría sospechas. Tengo que ser precavido e inteligente, lo que es afortunado porque me gusta pensar que siempre soy ambas cosas.

Me giro hacia Lira. Parece un retrato; con el cabello color cobre oscuro fuera de su rostro lleno de pecas, sólo puedo confirmar que ella no es capaz de mantener un perfil bajo. Sin decir lo que sea que cruce por su maldita mente. Lira puede guardar secretos pero es incapaz, por más que lo imagine, de mantener la paz. Aunque tengo mucha práctica en fingir, hay demasiado fuego en los ojos de Lira. Algunas personas arden tan intensamente que es imposible apagar sus llamas. Por fortuna, eso es justo lo que necesito.

El capitán del *Saad* acercándose a otro barco pirata con su liga de asesinos de sirenas sólo terminaría en la muerte, pero Elian Midas, príncipe y arrogante hijo de puta, paseando por los muelles con una nueva mujer de su brazo, con demasiado descaro como para ser un detective o un espía... sólo eso podría funcionar. Rycroft podría bajar lo suficiente su guardia para dejarnos subir a bordo de su barco. Y una vez que estemos ahí, todo lo que necesito es que Lira confirme que tiene lo que estamos buscando.

—Si estás lista —le digo a Lira—, te doy permiso para arriesgar tu vida por mí.

Ella levanta la barbilla. Hay algo en la forma en que se conduce que me recuerda a las mujeres de la corte. Tiene el aire de alguien cuya vida sólo ha respondido a sus propios caprichos. Lo sé porque tengo un aspecto idéntico. Aunque intento ocultarlo, sé que permanece allí. El privilegio. La terquedad que nunca se puede perder.

No es una mirada que corresponda al rostro de una niña huérfana perdida.

Tomo su mano y me dirijo hacia la nave de Rycroft, cuando Kye jala la

manga de mi camisa. Él no necesita decir nada; puedo leer la expresión de sus ojos diciéndome que preferiría ser el que estuviera a mi lado si vamos a enfrentarnos con Rycroft. A decir verdad, me sentiría mejor si él también estuviera allí. La cosa es que, por más guapo que sea Kye, no creo que Rycroft esté de acuerdo, y lo que necesito ahora es una compañía discreta, no un protector pirata.

—Sólo confía en mí —le digo.

—No es en ti en quien no confío.

Lira ríe, como si alguien que se preocupa por mi seguridad fuera la cosa más divertida que haya escuchado en todo el día.

—Mejor ten cuidado —me dice—. Podría hacer un trato con los Xaprár y utilizar estos tres días de entrenamiento con la espada para apuñalarte por la espalda.

—Como si fueras a abandonar los lujos del *Saad* por el bote oxidado de Rycroft —le digo, haciendo un gesto hacia el barco de Rycroft.

No es un mal buque, pero no es rival para la belleza mortal del *Saad*. Con un cuerpo de secuoya y velas del color de la ceniza, es más que digno para el saqueo, pero para cazar a la Perdición de los Príncipes y a su madre bruja del mar, o para resistir a un príncipe cuyo corazón no late sino que se estrella como las olas del océano... bueno, no es muy capaz.

—No encuentro mucha diferencia —dice Lira—. Pinta la madera un poco más oscura, dale al capitán un aire de superioridad, y no notarías el cambio.

Abro mucho los ojos, indignado, pero Lira sonríe.

—Sólo recuerda —dice ella con sus ojos azules brillando—, si quieres que esta escoria crea que tú y yo podríamos estar *juntos* —su voz resuena con desvergonzada incredulidad—, entonces tienes que quitarte ese sombrero ridículo.

—Sólo recuerda —le digo mientras salimos de detrás de los arbustos y nos acercamos a mi rival—, si nos atrapan, no arriesgaré mi cuello para salvarte.

Rycroft nos ve en el momento en que maniobramos fuera de la oscuridad, hacia la luz implacable del cielo estrellado. No dice nada cuando nos acercamos y tampoco cambia su postura desgarbada en los escalones del muelle que llevan a su nave. Pero sé que nos ve. Continúa contando sus riquezas, pero sus movimientos son más precisos. No es hasta que estamos directamente sobre él

que se digna mirar hacia arriba con una sonrisa llena de oro.

Objetivamente hablando, Tallis Rycroft no es un hombre guapo. Sus rasgos no parecen ser suyos, sólo otra cosa que robó. Sus ojos son agujeros oscuros que taladran su piel ceniza, y sus labios son de color marrón pálido, delgados y curvados hacia arriba en una sonrisa permanente, adornados por un delgado bigote. Un turbante de color rojo profundo se envuelve alrededor de su cabeza, y de él sobresalen grandes piezas de oro y plata como gotitas sobre su rostro y descienden por su cuello. Cuando me mira, se pasa la lengua por los labios.

—¿Dónde está tu perro guardián? —pregunta en el pesado idioma de Kléftes.

—¿Cuál? —respondo en midasán; no estoy dispuesto a darle la satisfacción de hacerme usar la lengua de los ladrones y los esclavistas.

Rycroft se pone en pie y se apoya contra la cuerda de los escalones del muelle.

—Si tú estás aquí, Kye y esa puta tatuada no pueden estar lejos. Y déjame adivinar: ¿ella está apuntando directamente hacia mi cabeza? Como si un insignificante príncipe se pudiera atrever a matarme.

Muestro mi rostro sorprendido.

—Vaya paranoia —digo—. Tan sólo estamos yo y mi amiga, sola y desarmada. En realidad, no puedes temer a un príncipe insignificante, ¿cierto?

Rycroft entrecierra los ojos.

—¿Y ésta? —dirige una sonrisa lasciva hacia Lira. Aunque estoy seguro de que ella no habla el idioma, dado que no hay muchos fuera de Kléftes que lo hagan, su rostro se retuerce en un mesurado disgusto.

—No es un perro guardián —digo.

—¿En serio? —se cuela en el midasán y deja una sonrisa de gato callejero perdida en su rostro—. A mí me parece una perra.

Mantengo una gran sonrisa en mi rostro.

—Eres tan agradable como siempre —deslizo un brazo alrededor de la cintura de Lira. Ella se eriza y luego se relaja con cierta rigidez—. Y eso que mi nueva amiga y yo vinimos a admirar tu barco.

—Admirarlo —repite Rycroft—, ¿o robarlo?

—¿Un bote entero? —le doy mi sonrisa más despectiva—. Es bueno saber que tienes una opinión tan alta de mí —me dirijo a Lira—. ¿Crees que podría caber en tu bolso?

—Quizá —dice ella—. Nada aquí se ve muy grande.

Lanza una mirada significativa a Rycroft. Toso y me tapo la boca para ocultar mi risa.

Rycroft gruñe.

—De acuerdo —dice—. Voy a jugar —abre los brazos en una peligrosa bienvenida, revelando la nave detrás de él—. Vengan a bordo. Hablaremos con el ron adecuado para un rey.

Es una bofetada con guante blanco. Una espada de doble filo para señalar en qué no me he convertido aún y burlarse de mí con lo que algún día seré. Nunca un pirata, siempre un príncipe.

Acepto la invitación de Rycroft con un seco asentimiento y mantengo mi brazo envuelto de manera protectora alrededor de Lira. Todos mis instintos están al límite, diciéndome que camine detrás de él y no al frente. Que mire sus manos y sus ojos y las dos docenas de hombres que nos vigilan desde lo alto mientras nos acomodamos alrededor de una mesa en la cubierta del barco. Nunca, ni por un solo segundo, pienso que él no desea mi muerte. Y que no intentará hacer realidad ese deseo cuando robe el collar de Págos.

El ron que Rycroft nos ofrece es de Midas, lo cual no me molestaría ni la mitad si no perteneciera también a la bodega real. La botella es de vidrio soplado, con la forma de nuestro escudo y oro líquido impreso en los intrincados detalles. La bebida en sí está llena de polvo de oro que brilla contra el reflejo del vidrio. No sé cuándo lo robó, o por qué, si lo hizo sólo porque pudo, o sólo porque quería que yo supiera que podía hacerlo, pero mis manos se cierran en puños por debajo de la mesa.

Ruego a los dioses que el dedo de Madrid resbale en su gatillo.

—¿Qué tal su sabor? —pregunta Rycroft.

Lira se lleva la copa a los labios e inhala. No estoy seguro de si está oliendo para averiguar si está envenenado o si en verdad quiere saborear la bebida, pero cierra los ojos y espera unos momentos antes de acercarse la copa a la boca. Hay una mancha de sangre en su lengua cuando se relame los labios, a causa de los fragmentos de oro que bailan dentro de la botella.

Cuando Lira pasa la lengua por sus labios, mis manos se relajan y la ira se diluye. Todo lo que hace es sensual, interpretando su papel lo mejor que puede. O tal vez ella no necesita actuar y tan sólo disfruta de la manera lujuriosa en que

los dientes de Rycroft raspan su labio cuando la mira.

—Es perfectamente adorable —dice Lira con una voz casi irreconocible.

—Bien —la sonrisa de Rycroft podría cortar el acero—. No me gustaría que usted no se sintiera complacida.

—Oh, yo no me preocuparía por eso —dice Lira—. No ahora que estoy en tan buena compañía.

Los ojos de Rycroft se llenan de una lujuria calculadora. Él parpadea y luego se gira hacia mí.

—¿Me vas a decir el motivo de tu visita? —pregunta—. ¿O seguiremos jugando?

Nunca hubo una opción para dejar de jugar. Engatusarlo y dejar que sus sospechas saquen lo mejor de él. Dejarlo pensar que no estoy haciendo nada mientras Lira juega con su ego y se fascina con cada una de las palabras insensatas que él pronuncie. Dejar que piense que necesita vigilar cada uno de mis movimientos y recorrer los muelles donde mi tripulación espera. Dejar que su atención se centre en todo menos en la ahora recatada Lira. El arma inofensiva de la que estoy alardeando frente a él como el príncipe idiota que soy.

—En realidad —digo, girando la copa de ron—, hay algo.

Rycroft se echa hacia atrás y levanta los pies sobre la mesa.

—Escúpelo —dice—. Si quieres hacer algún intercambio, podemos llegar a un acuerdo.

Sus ojos parpadean hacia Lira y ella sonríe con timidez. No me había dado cuenta de que era capaz de parecer tímida, pero parece que subestimé su capacidad de engañar. Se envuelve un mechón de cabello alrededor de su dedo, de manera tan convincente que tengo que mirar dos veces antes de darme cuenta y sujetar el puño que oculta debajo de la mesa. Su rostro no la delata.

—Un amuleto de zafiro amarillo desapareció de las bóvedas reales de Midas —repaso la mentira palabra por palabra tal como lo practicamos—. Esperaba que pudieras saber algo al respecto.

Las extrañas facciones de Rycroft se llenan de placer. Arquea sus brazos detrás de su cabeza.

—¿Así que has venido a acusarme? —se ve demasiado complacido por eso.

—Es muy importante para mí —digo—. Si reapareciera de repente o si supiera en dónde podría estar, la información sería muy valiosa. No tiene precio,



se podría decir.

Casi puedo ver a Rycroft sopesando las opciones de si debe fingir que tiene algo mío, sólo para observar cómo me retuerzo, o si se ofrece a ayudarme a encontrarlo por una tarifa tan grande como él quiera.

—Yo no lo tengo —me dice Rycroft, como una polilla en la llama—. Pero he escuchado murmullos.

*Mentiras, pienso. Mentiras de mierda.*

—Es posible que sepa dónde está.

Me trago mi sonrisa y finjo estar intrigado ante la posibilidad de que pueda tener la ubicación de mi imaginaria reliquia de Midas.

—¿Cuánto va a costarme esa información?

—Tiempo —dice—. Para mí, para corroborar que mis fuentes sean correctas —para él, para reunir las fuentes, en realidad—. Y creo que también me gustaría tu barco.

Sabía que eso venía. Por cada cosa impredecible que Rycroft hace, hay un centenar más, fáciles de adivinar. ¿Qué mejor manera de hacer sufrir a un príncipe que llevarse su juguete favorito?

Dejo que un destello de irritación ensayada cruce mi rostro.

—No va a pasar.

—Es tu barco o tu amuleto —dice Rycroft—. Tienes que decidir.

—¿Y cómo sé que no eres tú el que lo tiene? —regulo mi ira en pulsos perfectos—. No voy a pagarte para que devuelvas algo que tú mismo me has robado.

Los ojos de Rycroft se vuelven oscuros ante la insinuación.

—Ya te dije que no lo tengo.

—No voy a creer en tu palabra.

—Entonces, ¿qué?, ¿quieres que te lleve bajo cubierta para que tus dedos sigilosos revisen mi tesoro? —pregunta.

Eso es exactamente lo que quiero. La razón por la que vinimos aquí y planeamos todo para llegar a su barco fue para echarle un vistazo a su botín y confirmar que el collar de Sakura está ahí.

—Si crees que eso podría suceder —dice Rycroft— eres más estúpido de lo que pareces.

—Bien —lo miro fijamente. Demandante, impaciente. Jugando mi parte

como él esperaría. Agito una mano desdeñosa hacia Lira—. Deja que ella mire en mi lugar. No me importa cómo lo haremos, pero a menos que uno de nosotros eche un vistazo a los objetos innombrables que ocultas, puedes quedarte con tu nave y ver al *Saad* navegar hacia la puesta de sol sin ti.

Desde el principio iba a ser Lira, por supuesto. Yo sabía que no había ninguna posibilidad de que Rycroft dejara que el capitán del *Saad* entrara a ver su tesoro. ¿Pero dejar que una de las cautivadoras mujerzuelas del príncipe de Midas eche un rápido vistazo? Tal vez.

—Ella —repite Rycroft con una sonrisa de serpiente—. ¿Cómo va a saber ella lo que está buscando?

—Es un zafiro amarillo —digo—. No es una completa idiota.

Lira me pateo debajo de la mesa, con fuerza. Rycroft le lanza una sonrisa diabólica y gira hacia una de sus sombras que se acercan. El hombre es más viejo que yo, con la piel marcada por el sol, y no puedo evitar pensar que me parece familiar. Una cuchilla está envainada en su cinturón, y grandes aretes abren abismos en sus lóbulos. Cuando se inclina para susurrar al oído de Rycroft, hace a un lado un largo abrigo de terciopelo.

Me enderezo, ya sé en dónde lo vi antes. Es el hombre del Ganso Dorado. El que comenzó esta búsqueda al hablarme sobre la debilidad de la Reina del Mar.

Es uno de los Xaprár.

Fue Rycroft quien me envió tras el cristal.

—Tengo un nuevo trato para ti —dice Rycroft, todo dientes—. Ahora que mis hombres tienen en la mira a tu tripulación, ¿qué tal si los dos somos un poco más honestos? Tus muchachos son buenos para esconderse, pero no son Xaprár. Sea lo que sean, están perdidos. Y morirán si no me dices exactamente cómo planeas obtener el Cristal de Keto.

No parpadeo.

—Nunca he oído hablar de eso.

—¿De quién será la vida que tendré que tomar para que tu memoria funcione? —Rycroft desliza su dedo por el borde de su copa—. ¿La perra tatuada con la pistola? ¿O tal vez le cortaré una nueva sonrisa al gigante? Elige a alguien y yo elegiré la parte del cuerpo.

Arqueo una ceja.

—Eso es muy dramático.

—Me gusta el drama —dice—. ¿Y si te traigo la cabeza de Kye en un plato?

—¿Y si te mato antes de que tu tripulación pueda pestañear siquiera?

Rycroft sonríe.

—Pero entonces, ¿dónde quedarían tus amigos? —hace gestos a uno de los Xaprár, que le sirve otra medida de ron.

—¿Así que me matas como un intercambio por sus vidas? —pregunto.

Rycroft echa su cabeza hacia atrás.

—¿Y ahora quién está siendo dramático? No me arriesgaría a comenzar una guerra con tu papito —agita una mano—. Sólo dime lo que quiero saber.

—¿Qué tal si me dices por qué de repente estás interesado en el cristal?

Rycroft se reclina en su silla, dejando que sus dientes de oro sigan una sonrisa perezosa.

—He tenido la mirada puesta en él durante un tiempo. A todo pirata le gusta buscar el tesoro perdido, y cuanto más elusivo sea, mejor. Usted lo sabe, ¿verdad, Su Alteza? —Rycroft abre el cuello de su camisa. El collar no es exactamente como lo describen las historias. No es una piedra, sino una pequeña gota azul que se balancea en la cadena como si estuviera lista para caer. Cada fragmento danza como si fuera de agua, con pequeñas garras adornadas, engarzadas alrededor del diamante.

El collar perdido de Págos. Yo tenía razón: Rycroft lo tiene.

—Me di a la tarea de obtenerlo justo después de escuchar que era la llave —dice Rycroft, doblando su cuello otra vez para esconder el collar.

—¿Cómo te enteraste?

No hay manera de que Rycroft obtuviera la información con facilidad cuando yo tuve que vender mi país, y mi maldita alma, por ello.

—Soy un mercenario —dice Rycroft—. Y los de Págos siempre están buscando a alguien para que haga su trabajo sucio. Intercambié algunas palabras con uno de sus príncipes hace unos años, después de completar un trabajo. Te sorprenderías con la facilidad que hablan después de unos cuantos whiskeys y algunas cosas dulces.

Me erizo. Rycroft había jugado al seductor, usando un encanto conjurado de sólo el demonio sabe dónde, mientras yo había puesto a mi país en juego. Él no tenía nada que perder, así que no había cambiado nada. Mientras que yo tenía un reino entero que perder y lo había ofrecido a un precio de ganga. Tan atrapado en

mi propia cruzada para detenerme a pensar. Patético. Estaba empezando a sentirme malditamente patético.

—¿Por qué quieres matar a la Reina del Mar? —pregunto—. El heroísmo no te distingue.

Rycroft echa los hombros hacia atrás.

—Me importa un comino tu pequeña guerra con la maldita pulpo —dice—. Su vida me importa todavía menos que la tuya.

—¿Entonces?

Los ojos de Rycroft están hambrientos.

—Todo el poder del océano —dice—. Si obtengo ese cristal, entonces controlaré la magia más antigua que haya existido jamás —toma un trago de ron y luego golpea la copa sobre la mesa, con fuerza—. Y si la Reina del Mar me da problemas, la devolveré a ella y a sus pequeñas perras a su lugar.

Los labios de Lira se curvan.

—¿Ah, sí?

—Es un hecho —dice—. Deja que se atrevan a venir por mí.

La tela del vestido de Lira está apretada entre sus puños, y cuando intenta levantarse, coloco una mano sobre su rodilla. Estamos sobrepasados en número para comenzar a pelear.

—¿Por qué la farsa de hacer que tu hombre fuera a Midas y me diera información? —pregunto—. ¿Por qué involucrarme?

—No soy un idiota —dice Rycroft, aunque lamento discrepar—. Nadie puede subir la montaña y vivir para contarlo. El príncipe de hielo pudo haber estado dispuesto a contarme acerca de un antiguo collar que nadie había visto en varias vidas, pero no iba a renunciar al secreto más celosamente guardado por su linaje.

—Y sabías que era información que yo sí podría obtener.

—Eres el príncipe de Midas —dice—. La realeza se mantiene unida, ¿cierto? Sabía que todos ustedes estaban inmiscuidos en los secretos sucios unos de otros. Y si no era así, podrías hacerlo.

Y tuvo razón. Me las arreglé para infiltrarme en los secretos de la familia de Sakura justo como Rycroft sabía que haría, y me enteré de cosas a las que no tenía derecho, por una misión que él había planeado. Toda mi charla sobre ser capitán, todo lo que le dije a Kye acerca de que yo no era un príncipe ingenuo

que pudiera ser aconsejado e influenciado, mientras le seguía el juego a Tallis Rycroft y su alegre banda de facinerosos.

—Así que planeaste usarme para averiguar el camino hacia la montaña.

—No sólo eso —dice Rycroft—. Necesito entrar, también. No es que desee comenzar una guerra con Págos por invadir su montaña. Sabrían que estoy allí en el mismo instante en que comenzara la escalada, y caerían sobre mí y mis muchachos antes de que consiguiéramos acercarnos al palacio de hielo. Un pirata no se acercará a ese cristal.

Lira se desliza en su silla, mientras el gesto de comprensión se dibuja en su rostro al mismo tiempo que en el mío.

—Pero un príncipe sí —dice.

Rycroft aplaude.

—Chica lista —dice, luego se vuelve hacia mí, con los brazos abiertos y acogedores—. Tus conexiones diplomáticas nos serán útiles, chico dorado. Si mis apuestas son correctas, ya tienes algún tipo de trato con ellos. Les ofreciste algo a cambio de que te permitieran entrar. Si estoy contigo, podré llegar hasta arriba sin nadie a mis espaldas y luego saquear todo el maldito lugar. Para cuando se den cuenta de lo que yo y mi equipo estamos haciendo, tendré el poder del océano en mis manos.

—Gran plan —digo—. El único problema es que yo no te voy a contar nada y mi agenda está un poco llena como para llevarte a una visita guiada a la montaña.

—Sé que no sería fácil contigo —dice Rycroft—. Pero no necesitas llevarme tú. Nosotros te llevaremos a ti.

Los Xaprár se acercan y forman un círculo a nuestro alrededor.

—En cuanto a la información, puedo torturarte a ti y a tu pequeña dama en el camino. Eso nos ahorrará algo de tiempo.

Sonrío y miro a Lira. Ella parpadea, no en estado de shock, sino como si estuviera considerando que sus palabras son más una proposición más que una amenaza. Si tiene miedo, hace un buen trabajo ocultándolo.

Ella levanta lentamente su copa de ron de la mesa con una mano firme.

—Sólo para que nos entendamos —dice, girando la copa con indiferencia—. No soy su dama.

Antes de que pueda registrar la mirada en el rostro de Rycroft, Lira se inclina

hacia delante y arroja el líquido dorado directo a uno de sus ojos. Rycroft suelta un diabólico aullido y me levanto de un salto, con el cuchillo desenvainado mientras el pirata se agarra el rostro donde el polvo de oro rasga con cada parpadeo.

—*Perra* —gruñe mientras a ciegas desenfunda su espada.

Lira saca la pequeña daga que deslizó en su bota cuando nos preparamos, y presiono mi espalda contra la de ella. Las sombras de Rycroft nos rodean y, por el rabillo del ojo, veo tiradores reunidos en el puesto de mando. Alcanzo a contar una docena de hombres, tal vez, pero ni siquiera yo soy a prueba de balas. Y Lira, a pesar de todo el fuego que corre por sus venas, tampoco es invencible.

—¿Crees que eso fue inteligente? —Rycroft se limpia los ojos con la parte de atrás de la manga.

—Tal vez no —dice Lira—, pero fue gracioso.

—¿Gracioso? —se acerca un poco más, y veo la ira brotar de él como humo—. Te mostraré qué es gracioso.

Arqueo mi cuerpo y giramos nuestras posiciones para que Lira se enfrente con los Xaprár y yo me encuentre cara a cara con Rycroft.

—No tiene sentido llorar por el ron derramado —le digo.

Por un momento, Rycroft me mira, mortalmente quieto. Sus labios se curvan hacia arriba, parpadea y sale un chorro de sangre de su ojo izquierdo.

—Pensar —dice— que te iba a permitir que conservaras tu apéndice más valioso cuando te torturara.

Cuando él se lanza, empujo a Lira hacia un lado y me lanzo hacia atrás. Los Xaprár abren su camino hacia nosotros y luego forman un círculo como buitres, listos para picotear el cadáver de la matanza. Rycroft baja su pesada espada, y cuando mi cuchillo se encuentra con ella, las chispas son cegadoras.

Le doy una patada en la rodilla y Rycroft se tambalea hacia atrás con un siseo, pero en unos segundos ya está otra vez sobre mí, blandiendo y golpeando con su espada. Golpes letales preparados para matar. Salto hacia atrás y su espada se desliza sobre mi pecho.

No aparto mi atención de él para reparar en el dolor. Está loco por intentarlo. Atacar no sólo a un príncipe, sino a un capitán. Derramar sangre real se castiga con la muerte, pero derramar la mía... bueno, mi tripulación pensaría que la muerte sería demasiado clemente.

Lanzo mi brazo hacia delante, apuntando mi daga a su estómago. Rycroft se aparta, apenas, y siento que mi tobillo se resbala. Para salvar la poca gracia que me queda, clavo la hoja en su muslo. Siento la sacudida del hueso cuando penetra su pierna. Cuando jalo, mi mano sale vacía.

Rycroft se aprieta la pierna donde está el cuchillo. Parece inhumano, como si el dolor estuviera demasiado asustado para tocarlo. Sin ceremonia, jala de la empuñadura con fuerza, y surge la cuchilla. Sale limpia y por un momento me preocupa que Rycroft vea el sobrenatural brillo del acero, pero el pirata apenas la mira antes de arrojarla por el barco.

—¿Y ahora qué? —pregunta—. No más trucos.

—¿Matarías a un hombre desarmado? —levanto un dedo provocador.

—Creo que ambos sabemos que tú nunca estás desarmado. Y cuando te mate, será un maldito espectáculo mucho más agónico que esto.

Hace un gesto con la cabeza hacia alguien detrás de mí. Puedo mirar por última vez a Lira, observar la luz cegadora de sus ojos, el ardor de su advertencia, antes de que una sombra se dirija hacia mí. Lanzo mi cabeza hacia atrás un segundo demasiado tarde, y un dolor cegador estalla en mi cráneo.

## VEINTISIETE

Llevo la lengua al corte en mi labio. Mis manos están aseguradas a una gran viga, y en el otro lado de la habitación, atado a un eje idéntico, Elian se hunde en el suelo.

Se ve como el apuesto príncipe que es, centímetro a centímetro, incluso con la cabeza apoyada contra la madera astillada y la herida enmarañando su cabello. Su mandíbula palpita mientras duerme, y cuando sus ojos se agitan como si estuvieran a punto de abrirse, algo se engancha en mi pecho.

Él no despierta.

Su respiración es irregular, pero me sorprende incluso que esté respirando. Escuché el crujido cuando el mazo dio con la parte posterior de su cabeza. Un golpe cobarde. Elian estaba ganando, y en sólo algunos minutos más, incluso sin ese cuchillo que tanto ama, habría matado a Tallis Rycroft. Con sus manos desnudas si hubiera tenido que hacerlo. Y yo habría ayudado.

Si tuviera mi canción, no la desperdiciaría en un hombre como Tallis. Dejaría que se ahogara conociendo el horror de la muerte, sin el consuelo de la belleza o el amor. Elian tiene un ejército y deberíamos haber echado mano de él para atacar a Rycroft, pero el príncipe prefiere el engaño a la guerra.

*Escabúllete limpiamente, dijo. Antes de que alguien pueda notar lo que hemos tomado.*

Miro mis manos, manchadas con la sangre de Elian. Esto no es escabullirse limpiamente.

En el mar, las nereidas cantan canciones sobre humanos. Hay una que tararean como si fuera una canción de cuna, que narra la historia de la muerte de



Keto. En ella, las nereidas hablan de la valentía humana y de cómo alcanzaron la victoria contra viento y marea, pero yo nunca había visto la valentía de un humano hasta que fui arrastrada a la nave de Elían. Incluso los hombres más fuertes habían caído bajo mi hechizo, y aquéllos a los que no seduje estaban demasiado asustados para desafiarme. Elían es diferente. Él tiene el valor, o la imprudencia enmascarada. Y también tiene misericordia, incluso para criaturas como Maeve, cuya vida tomó como última opción. No quería saborearlo, sólo quería terminar de una vez. Como yo lo hice con el príncipe de Kalokaíri. Con Crestell.

Me pregunto si yo pertenecería a esa clase asesina si hubiera sido criada como humana. Misericordiosa y vacilante para hacer derramar sangre. O, tal vez, no habría sido siquiera una asesina, tan sólo una chica, como cualquier otra que haya caminado por el mundo. Keto creó nuestra raza en la guerra y el salvajismo, pero fueron las reinas del mar quienes retomaron su odio y lo convirtieron en nuestro legado. Reinas como mi madre, que enseñaron a sus hijas a ser guerreras sin alma.

La familia de Elían le enseñó a ser algo más. El tipo de hombre dispuesto a poner a resguardo a una chica extraña y luchar contra un pirata tiránico en su lugar. La caballerosidad de la que solía burlarme me ha salvado la vida dos veces. ¿Es eso lo que significa ser humano? ¿Poner a alguien fuera de peligro y luchar en su lugar? Cada vez que yo protegí a Kahlia, la Reina del Mar me reprendió por mi debilidad y nos castigó a ambas para romper el vínculo entre nosotras. Pasé mi vida reflexionando cada gesto y acto para asegurarme de que no fuera visible en ninguna de las dos nuestro cariño. La reina me decía que eso me hacía inferior. Que las emociones humanas eran una maldición. Pero las emociones humanas de Elían son lo que lo llevaron a salvarme. A ayudarme. A confiar en que yo haría lo mismo si llegara el momento.

Elían se mueve y deja escapar un gemido bajo. Su cabeza cuelga y sus ojos se abren. Parpadea hacia su alrededor, y sólo le toma unos segundos advertir las ataduras en sus manos. Jala, en un intento a medias de liberarse, y luego levanta la cabeza hacia mí. Desde el otro lado de la habitación, veo su elegante mandíbula tensarse.

—¿Lira? —su voz es tan áspera como la arena. Debe ver la sangre, parece estar en todas partes, porque su siguiente pregunta es—: ¿Dónde estás herida?

Otra vez, paso la lengua por el corte en mi labio donde Tallis me golpeó.

La sangre es cálida y amarga.

—No lo estoy —aparto mi rostro para que no lo vea—. Tú sangraste sobre mí.

La risa de Elían es más una burla.

—Encantadora, como siempre —dice.

Toma un largo respiro y cierra los ojos por un momento. El dolor en su cabeza debe estar volviéndolo loco, pero intenta ocultarlo y aparecer como un valiente guerrero. Como si fuera una ofensa para mí verlo de otra manera.

—Lo mataré por esto —dice Elían.

—Deberías asegurarte de que él no nos mate primero.

Elían tira de la cuerda otra vez, torciendo su brazo en los ángulos más extraños para escapar de sus amarres. Se mueve como una anguila, deslizándose, demasiado rápido para que yo pueda ver lo que hace.

—Suficiente —digo, cuando veo que la cuerda comienza a enrojecer su piel—. No estás ayudando.

—Lo intento —me dice Elían—. Siéntete libre de dislocar tu propio pulgar en cualquier momento. O mejor aún, ¿qué tal si utilizas ese *psáriin* para llamar a algunas sirenas aquí y dejar que ellas nos maten antes de que Rycroft tenga una oportunidad?

Muevo mi barbilla hacia arriba.

—No estaríamos aquí si no hubieras insistido en un plan tan ridículo.

—Creo que el golpe en mi cabeza pudo haber afectado mi audición —la voz de Elían pierde su musicalidad habitual—. ¿Que acabas de decir?

—Ni siquiera te diste cuenta de que te estaba engañando —digo—. Y caíste directo en sus manos.

Los hombros de Elían se contraen.

—Él tiene el collar, así que aun cuando hubiera sabido de su emboscada, habría venido. He sacrificado tanto para caer en el último obstáculo.

—Como si alguna vez hubieras tenido que sacrificar algo —respondo, pensando en el reino que tengo en juego—. Eres el príncipe de un reino que está lleno de brillo y calidez.

—¡Y ese reino es exactamente lo que he sacrificado!

—¿Qué significa eso?

Elian suspira.

—Significa que mi trato con la princesa fue más que sólo un mapa y un collar —su voz es triste—. Prometí que ella podría gobernar a mi lado si me brindaba su ayuda.

Mis labios se separan cuando el peso de sus palabras se hunde en el aire. Mientras yo estoy haciendo todo lo que está a mi alcance para robarle el trono a mi madre, Elian está ocupado negociando el suyo por un tesoro.

Como un pirata.

—¿Eres estúpido? —la incredulidad se dispara como una bala de mi boca.

—Encontrar el cristal podría salvar vidas —dice Elian—. Y que yo me casara con una princesa de Págos no sería exactamente lo peor para mi país. En todo caso, sería más de lo que mi padre alguna vez haya soñado que yo lograría. Yo sería un mejor rey de lo que él podría haber esperado.

Aunque las palabras están llenas de orgullo, suenan ásperas y amargas. Teñidas de tanta tristeza como resentimiento.

Pienso en cuánto tiempo pasé intentando enorgullecer a mi madre. Tanto que olvidé qué se sentía estar contenta o cualquier otro sentimiento que no se me exigiera. Dejé que me regalara a un tritón como si yo fuera carne fresca que él podrá devorar, mientras me decía todo el tiempo que se trataba de algo que debía sacrificar por mi reino. Y Elian ha lanzado esa maldición sobre sí mismo. Para cumplir con la carga del mundo y el deber de su título, está dispuesto a perder lo que más atesora de sí mismo: La libertad, la aventura y la alegría. Sensaciones que yo apenas recuerdo haber tenido.

Miro hacia otro lado, incómoda por lo mucho que me reflejo en sus ojos.

*De cualquier manera, debes tomar su corazón, pienso. ¿Qué otra opción hay?*

—Si el collar es tan valioso —digo—, deberíamos haber matado a Tallis para conseguirlo.

—No puedes simplemente matar a todos los que no te caen bien.

—Lo sé. De lo contrario, tú ya estarías muerto.

Pero no es verdad. Casi me sorprende lo falso de mi discurso. Porque podría haberlo matado, o haberlo intentado, para cumplir las órdenes de mi madre por lo menos una docena de veces.

El techo vibra antes de que Elian pueda replicar. Se escucha un leve

estruendo en el aire, y por un momento creo que podrían ser las olas del mar chocando contra el patético barco de Tallis Rycroft, pero luego el ruido es más fuerte y una explosión sacude la cabina. El polvo llueve desde el techo, y las tablas del suelo se astillan.

Hay un coro de gritos y el sonido de cañones y disparos. De gritos y muertes. Del mundo en su caída al caos.

Elian tira de las cuerdas con una nueva ferocidad. Cierra sus ojos y escucho un sonoro *pop*. Miro con incredulidad mientras intenta sacar su mano de sus ataduras, con su pulgar izquierdo ahora libre. Milagrosamente, se desliza a mitad de camino antes de que la cuerda se incruste en su piel.

—Maldición —escupe—. Está muy apretado. No consigo liberarme.

La cabina gime. Una gran grieta aparece en la pared y el marco de la ventana se raja con la presión. Por encima de nosotros, los pasos golpean la cubierta y el estruendoso choque de espadas sólo es superado por el ensordecedor rugido de los disparos de los cañones.

—¿Qué es todo esto? —pregunto.

—Mi tripulación —Elian tira de la cuerda de nuevo—. Reconocería el sonido de los cañones del *Saad* en cualquier parte —me da una sonrisa que podría iluminar todas las naciones—. Escucha el rugido de mi chica.

—¿Vinieron por nosotros?

—Por supuesto que vinieron por nosotros —dice Elian—. Y si mi nave termina maltrecha por esto, la van a pagar caro.

Tan pronto como las palabras salen de sus labios, una bala de cañón atraviesa la ventana. Pasa a mi lado y choca con la viga de madera que sostiene a Elian. Agacha la cabeza con la velocidad de una sirena y las virutas de madera llueven sobre su espalda. Mi aliento se detiene y una sensación de náuseas se eleva por mi estómago. Entonces Elian levanta la cabeza y sacude el polvo de su cabello.

Dejo escapar un largo suspiro y mi frenético corazón humano regresa a su ritmo normal. Elian examina la masacre de madera a su alrededor. Y luego, lenta, casi perversamente, sonrío.

Se pone en pie y se desliza debajo de la viga destrozada. Salta y lleva sus manos atadas debajo de sus pies y hacia su pecho en un movimiento ágil. Rápidamente, revisa la húmeda y fría habitación en busca de algo para cortar la cuerda, pero la cabina está vacía, salvo por sus dos prisioneros.

Elian me mira y su sonrisa se desvanece cuando repara en mis ataduras y en la viga ilesa, lista para llevarme hasta el fondo del mar junto con la nave. Sus manos atadas y su pulgar dolorosamente dislocado. La habitación que está demasiado desnuda para encontrar algo útil. La chica que parece que no podrá salvar.

—Ve —le digo.

Los ojos de Elian se endurecen. Se oscurecen. El verde desaparece bajo un remolino de rabia.

—Ser una mártir no va contigo —dice.

—Sólo vete —siseo.

—No voy a dejarte aquí —el sonido de los disparos atraviesa el aire. Y un grito, un rugido de furia, tan alto que me estremezco. Elian voltea hacia la puerta. Fuera, su tripulación podría estar muriendo. Hombres y mujeres a los que llama familia están renunciando a sus propias vidas para salvar la de su capitán. ¿Y para qué? ¿Para que él entregue su propia vida para salvar al mismo monstruo que ha estado cazando? Una chica que ha estado tramando robar su corazón frente a sus narices? Una traidora en todo el sentido de la palabra.

Los dos hemos puesto nuestras vidas y nuestros reinos en peligro para encontrar el ojo y derrocar a mi madre. Por lo menos, no me voy a quedar mirando cómo alguien más pierde su reino sólo para tener compañía cuando yo pierda el mío.

—Elian —mi voz adquiere una calma asesina.

—Yo...

—*¡Corre!* —grito y, para mi sorpresa, lo hace.

Sus dientes se tensan por un momento, la mandíbula palpita bajo el peso de la decisión. Y luego se vuelve. Rápido como una flecha, el joven príncipe se lanza desde la cabina y me deja con mi destino.

## VEINTIOCHO

Espero a que llegue la muerte.

Existe la posibilidad de que cuando muera, regrese a mi forma de sirena. El cadáver de la poderosa Perdición de los Príncipes atrapado dentro de un barco pirata. Quizás, un barco hundido. Donde nadie más que las sirenas me encontrarán. Mi madre incluso podrá fingir que está de luto por la pérdida de su heredera, o tan sólo ordenarle al Devorador de Carne que la ayude a hacer una nueva.

Estoy sintiendo un poco de lástima por mí misma cuando Tallis Rycroft irrumpe a través de la puerta. Sus ojos recorren la cabina fría y vacía, y arranca una tabla de madera, que hace las veces de estante en la pared; sus clavos oxidados se rompen con la fuerza.

Sus pantalones están manchados de sangre ahí en donde entró el cuchillo de Elían. A través de la rasgadura veo gruesos puntos negros que entrecruzan su piel. Un trabajo apresurado que parece haber funcionado. El cuchillo de Elían no alcanzó ninguna arteria.

Los nudillos de Tallis están en carne viva, con rayas rosas. Cruza la habitación cojeando. Ve la viga rota donde estaba Elían amarrado y gruñe y pateo los pedazos hacia mí.

No me altero.

—¿Dónde está? —ladra.

Cruzo una pierna sobre la otra y me encojo de hombros con indiferencia.

—Tendrás que ser un poco más específico.

En dos zancadas, Rycroft cruza la habitación y envuelve sus gruesas manos

alrededor de mi cuello. Me levanta y gruñe.

—Dime en dónde está —sisea Tallis—, o romperé tu lindo y pequeño cuello.

El peso de sus manos alrededor de mi garganta me recuerda el estrangulamiento de mi madre. Quiero toser y hablar, pero no hay suficiente aire. Hay una furia sin medida en mis venas, empujando y tirando en mi interior hasta que todo lo que queda es un pozo profundo de odio.

Tuerzo mis labios en una mueca de disgusto.

—Pareces molesto —digo.

Tallis me quita las manos.

—Están destrozando mi nave —murmura—. Cuando encuentre a ese bastardo, no hay palabras para nombrar lo que haré. Él ha declarado la guerra.

—Yo creo que lo hiciste tú cuando atacaste al príncipe de Midas y lo tomaste como prisionero. Si crees que esto es malo, imagina todo el poder del ejército dorado dedicado a perseguirte.

Tallis entorna los ojos.

—¿Cómo nombran al ataque a un miembro de una de las familias reales? Ah, sí —mi sonrisa podría atravesar su carne—. Traición a la Humanidad. ¿Siguen aplicando el ahogamiento para pagar por ello?

La quijada de Tallis cae ante la mención de eso.

El último castigo sucedió mucho antes de mi tiempo, pero las sirenas todavía lo relatan. Algunos humanos tomaron las armas contra la realeza y rompieron el pacto de paz entre los reinos. Fueron anclados en el océano y abandonados a mi especie. Pero ninguna sirena atacó. En cambio, observaron cómo los traidores perdían el aliento y asían sus gargantas. Luego, en el momento final, se acercaron para que los humanos pudieran ahogarse en el terror. Según mi madre, fue sólo hasta que los corazones de los humanos bombearon por última vez que las sirenas los arrancaron de sus pechos.

Por la expresión en el rostro de Tallis, ha escuchado las mismas historias de pesadilla.

Dibuja su espada en un arco torpe y presiona la hoja contra mi mejilla.

—¿Qué te importa? —susurra—. Te dejó aquí, ¿cierto?

Lo dice como si debiera sentirme traicionada, pero nada en la acusación me hace mella. Elian se fue porque le dije que se fuera, y se habría quedado si yo se lo hubiera pedido. Habría muerto, tal vez, si yo se lo hubiera permitido. Pero no

lo hice. Recuperé una pequeña parte de mí misma que ya había olvidado que existía, una parte que estaba segura de que mi madre había destruido, y lo dejé ir.

—¿Podríamos continuar esta conversación después de que me mates? —pregunto.

Tallis acaricia mi mejilla con su espada. Entonces, antes de que tenga tiempo para estremecerme, él levanta la espada en el aire y la baja en un movimiento rápido.

Miro mis manos libres y la cuerda, cortada limpiamente, cae a mis pies.

—Me gustan mis mujeres con un poco de bravura —ronronea Tallis—. Veamos cuánto aguantas.

No pierdo el tiempo con una sonrisa antes de convertir mis uñas en garras.

Lo que sea que Tallis estuviera esperando, no era que yo intentara arrancarle el corazón. Como un buitre, me abalanzo y arañeo hasta que siento pesados los brazos. Su pecho. Sus ojos. Cualquier cosa que pueda alcanzar con mis manos. Cuando me empuja, apenas me quedo en el suelo por un segundo antes de lanzarme contra él.

Soy un animal cortando con mis dientes su delicada carne humana. Puedo probarlo en mi boca. Acre. Una extraña mezcla de metal y agua. Muerdo más fuerte, hasta que él me arranca de su brazo y un pedazo de su piel me acompaña.

—¡Perra asquerosa! —grita.

Me pregunto cuánto me asemejaré al Devorador de Carne ahora, con un pedazo de Rycroft colgando en la comisura de mi boca y una sonrisa igual a la de la deidad demoniaca que nos creó a todos. Deslizo mi lengua por mis labios, gruñendo mientras su sangre asquerosa se coagula en los bordes de mis dientes.

Tallis avanza hacia mí y cada paso retumba como un trueno contra las derruidas tablas del suelo. Cuando me alcanza, me levanta por los pliegues de mi vestido y me golpea contra la pared. Sus piernas me mantienen fija y sus rodillas se entierran en mis muslos.

Golpea mi rostro hacia un lado con la base de su palma y mi mejilla se raspa contra un clavo retorcido.

—Voy a hacer que pagues por esto —dice, y siento el calor de su respiración en mi oído.

—Seguro que sí —muevo mis caderas, manteniendo mis manos firmes mientras busco por debajo de la tela de su capa—. Pero primero, te agradecería



que no vertieras toda tu sangre sobre mí.

En cuanto siento la empuñadura del cuchillo bajo su ropa, tiro mi mano hacia atrás y luego la sacudo con violencia hacia delante. Mi muñeca gira a la izquierda y Tallis parpadea. Cuando llevo mi mano hacia arriba, traga saliva, se escucha un sonido estrangulado y desigual.

Sus manos caen de mi ropa y tropieza hacia atrás. Me deslizo por la pared y dejo escapar un suspiro.

*Desvía la atención, dijo Elian. Sé demasiado rápida para que lo noten.*

Miro a Tallis. Sus ojos son demoniacos y su piel gris hueso. La mirada de miedo y sorpresa lo envuelve como una tormenta marina. Y el cuchillo, su propio cuchillo, atravesando sus entrañas. No fue difícil tomarlo. Al parecer, lo difícil es darse cuenta de que alguien está robando un arma de tu cintura cuando también están enterrando sus dientes en tu piel.

La cuchilla está enterrada tan profundamente que el mango apenas sobresale a través de su camisa. Transcurre un momento antes de que caiga. Segundos frunciendo el ceño y jadeando antes de que su cabeza por fin golpee el suelo.

Me paro sobre su cuerpo y trago saliva. Hay un vacío en mi pecho, y la prisa que por lo general acompaña la muerte es reemplazada por un agujero profundo que se aloja al lado de mi corazón que late de manera errática. Ésta es la primera vez que mato desde que me volví humana, y aunque pensé que no importaría, hay sangre sobre mí y el rostro de Tallis está flácido y no sé por qué estoy temblando.

Lo miro ahí tendido y todo lo que puedo ver es a Crestell, muriendo, y el sonido de los lamentos de Kahlia. Mis manos empapadas con su sangre, una promesa como súplica entre nosotras.

*Conviértete en la reina que necesitamos que seas.*

Cierro los ojos y espero a que pase el momento. Confío que así sea, o de lo contrario podría enloquecer en esta cabina. No tiene sentido que piense en ella ahora; no es que Tallis sea al primero que mato desde entonces. Aprieto mis puños y siento la sangre pegajosa bajo mis uñas. Pero Crestell fue el comienzo, la que mi madre usó para empujarme hasta el límite. Como humana, podía pretender que comenzaba una hoja en blanco, si quería. Al menos por un tiempo. Pero no ahora. Ya no. Soy una asesina en todas las vidas.

Abro los ojos y cuando miro hacia abajo, Tallis es otra vez Tallis, y el rostro

de mi tía, un recuerdo. Suspiro aliviada y luego entrecierro los ojos cuando percibo que algo brilla. Bajo el sol creciente, descubro la cadena de metal alrededor del cuello de Tallis. La luz parpadea en ella, como una pequeña estrella luchando por mantenerse en llamas. Vacilante, me agacho junto al cuerpo del pirata y echo hacia atrás su cuello.

El collar de Págos todavía cuelga en su cuello. La clave para liberar el ojo. Sonríe y giro el broche para liberarlo, con cuidado, como si pudiera despertar al pirata dormido, y luego guardo el objeto robado.

Cuando la puerta de la cabina se abre, me sobresalto. Mis hombros se tensan y mis uñas se preparan para convertirse en armas una vez más.

Elian ni siquiera le dedica una mirada a Tallis Rycroft.

Cruza la habitación hacia mí, con los ojos, brillantes y tan verdes, parpadeando con alivio. Su cabello apunta en todas direcciones, revoloteando sobre su frente, cubriendo su rostro. Su camisa está rota, pero suspiro cuando compruebo que no hay nuevas heridas. Sólo suciedad y manchas de pólvora. No pienso si siento alivio porque todavía lo necesito para derrocar a mi madre o por algo completamente distinto.

El cuchillo de Elian está asegurado en su cinturón, su magia sigue siendo muy fuerte para mí, y en su mano hay una espada, su espada, oro y ceniza brillando contra los cristales rotos. Cuando él me alcanza, la arroja al suelo y rodea mis hombros. Su sonrisa es como nada que haya visto.

Expreso lo primero que se me ocurre, haciendo eco de lo que él me dijo en Eidýllio.

—Estaba bastante segura de que ya me había deshecho de ti.

Se le hace un hoyuelo en las mejillas y echa una mirada sobre su hombro. Kye, Madrid y Torik están reunidos en una fila estrecha detrás de él. Vinieron. No sólo por su capitán, sino también por la polizona. La extraña chica que encontraron flotando en la mitad del océano. Vinieron por mí.

Cuando regresa su mirada hacia mí, sus ojos parpadean. Sus labios se tensan en una delgada línea cuando se da cuenta de los rasguños que arden en mi mejilla. La sangre que me cubre, mucha de ella mía y mucha no.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Lo que mejor hago.

—¿Sacarme de quicio?

—Salvarte —responde, levantando su espada—. Ésta es la segunda vez. No es que las esté contando.

En realidad, es la tercera si contamos cómo me quitó del camino de Rycroft en la cubierta del barco. Puede que Elian no las esté contando, pero yo sí.

—No puedo creer que hayas regresado por mí —le digo.

No me molesto en ocultar la gratitud de mi voz.

Elian golpetea su cinturón, donde su cuchillo se encuentra felizmente.

—En realidad, regresé por esto —dice—. Rescatarte fue más bien una ocurrencia tardía.

Lo miro con intensidad.

—No necesito ser rescatada.

Por primera vez, Elian mira hacia el cuerpo tendido sobre el deteriorado piso. Es como si se acabara de dar cuenta de que el líder de los infames Xaprár, secuestrador de piratas y príncipes por igual, está desangrándose a sus pies.

—Recuérdame que no debo hacerte enojar —dice Elian.

—Demasiado tarde.

Sonríe. Todavía está sonriendo cuando veo la cabeza de Rycroft levantarse de las tablas del suelo. En menos de un instante la mano del pirata está en su cintura y, cuando la levanta, me sorprende ver que la pistola es tan negra como la tinta de un calamar. Justo cuando Elian gira la cabeza, mientras su tripulación avanza presa del pánico, se escucha un disparo.

No es la primera vez que oigo disparar un arma, pero ahora el sonido parece más fuerte. Se estremece a través de mis huesos y resuena al ritmo de mi corazón. Hay una avalancha de sonidos. El olor a pólvora y el terrible grito de advertencia que brota de los labios de Kye. Y luego Elian. La manera en que su sonrisa se desdibuja cuando nota el terror en mis ojos. Tres deudas de vida.

Es casi un reflejo cuando lo empujo fuera del camino de la bala.

Un silencio instantáneo cubre la habitación. Un fragmento de segundo en que el mundo parece haber perdido todo el sonido. Y luego lo siento. El dolor del metal abrasador desgarrando mi piel humana.

## VEINTINUEVE

Morí una vez y no he podido volver a hacerlo desde entonces.

Tenía trece años en ese momento, o algún otro número igual de afortunado. A kilómetro y medio de la costa de Midas, hay un faro en un pequeño tramo de pradera flotante. Los vigilantes marinos lo utilizan como un punto de observación, mientras que mis amigos y yo lo usábamos para demostrar nuestra valentía. La idea era nadar esa distancia, tocar la hierba empapada y ponerse en pie como el orgulloso vencedor.

El objetivo era no ahogarse.

Nadie lo intentaba, porque cualquiera lo suficientemente estúpido para considerarlo era muy joven, y los mayores ya habían aprendido la utilidad de los barcos. Pero el hecho de que nadie lo hubiera intentado —y yo sí podría lograrlo, sería el primero—, sólo hizo la idea más atractiva. Y el rugido de mi cerebro rogándome que no muriera se convirtió en un susurro silencioso.

Llegué al faro, pero no tuve fuerzas para levantarme. Sin embargo, tuve la energía suficiente para gritar antes de que mi boca se cubriera de agua y que dejara que el oro me llevara.

No estoy seguro de cuánto tiempo estuve muerto, porque mi padre se niega a hablar de ello y nunca le pregunté a mi madre. Se sintió como una eternidad. Después, el mundo debe haberse apenado por mí, porque a pesar de todas las cosas locas y mortíferas que he hecho desde entonces, que superan con creces un nado de kilómetro y medio de largo, todavía estoy vivo. Sin ser rozado por la muerte. Convertido en invencible, de alguna manera, por esa primera fatalidad.

En el momento en que la bala zumba en el aire y siento las manos frías de

Lira en mi espalda empujándome al suelo, me enoja. Con mi invencibilidad. Mi talento para sobrevivir mientras los que me rodean siguen muriendo.

—¡No! —grita Madrid, lanzándose hacia delante.

Golpea su bota contra la barbilla de Rycroft y lanza dientes en tantas direcciones que no puedo concentrarme. Kye la agarra por la cintura y la sostiene desesperadamente, mientras ella intenta liberarse y acabar con el pirata. El que robó a su capitán. Quién más podría haberla destinado a la esclavitud. El que acaba de dispararle a una chica justo frente a ella.

Madrid grita y maldice, mientras Lira no emite ningún sonido.

Frunce el ceño, lo cual de alguna manera parece más audible, y presiona su mano en el agujero de su costado. Su palma sale húmeda y temblorosa.

Mira la sangre.

—No arde —dice, y luego se inclina hacia el suelo.

Corro hacia ella y me deslizo bajo su frágil cuerpo antes de que se estrelle contra la madera. Atrapo su cabeza entre mis manos y ella deja escapar un sonido ahogado. Hay sangre. Demasiada sangre. Cada vez que parpadeo, parece acumularse más y más hasta que todo el lado derecho de su vestido está empapado.

Pongo mi mano sobre su costilla y presiono. Ella tiene razón: no está caliente. La sangre de Lira es como hielo derretido corriendo entre mis dedos. Cuanto más presiono, más se estremece. Se convulsiona mientras intento detener el frío que se filtra de ella.

—Lira —digo, la palabra es más un ruego que un nombre—, no vas a morir.

Me resisto a mirar la herida de nuevo. No quiero hacerlo, por miedo a que en verdad muera y mis últimas palabras sean una mentira y una idiotez.

—Lo sé —dice Lira. Su voz es más estable que la mía, como si el dolor no fuera nada. O por lo menos, menor a lo que ha sentido antes—. Todavía tengo que escalar una montaña.

Su cabeza se cuelga un poco y yo mantengo firme mi mano, enderezándola. Si pierde la conciencia ahora, no hay manera de saber si despertará.

—Esto mueve el marcador, ¿sabes? —digo—. Pero sigo estando un punto arriba.

Lira se mueve.

—Rápido —dice. Mis dedos están unidos por su sangre, y el faldón de su

camisa húmeda se adhiere a mi cadera—. Toma esto para compensarlo.

Levanta un brazo tembloroso y un pequeño colgante cae de su mano a la mía. Más azul que sus ojos y demasiado delicado para contener tanto poder. El collar de Págos.

Ella lo consiguió.

Río y considero qué comentario inteligente podría hacer —decirle que en realidad ése no es mi estilo, o que tal vez ya lo tengo en oro—, pero luego los ojos de Lira se estremecen y no parece tener mucho sentido ser gracioso si no es ella la que lo escuche.

—¡Capitán! —grita Madrid, las manos de Kye siguen rodeando su cintura—. Ella necesita un médico.

Torik crea una sombra sobre mí, aprieta mi hombro con sus poderosas manos y me devuelve a la realidad. Trago saliva. Asiento. Me pongo en pie con Lira, demasiado ligera, en mis brazos. Huir de la escoria del barco de mierda de Rycroft, dejando un rastro de sangre a mi paso.

—¡En marcha! —grito, una vez que pongo un pie de regreso en el *Saad*—. Y vuelen ese barco hasta el infierno a nuestro paso.

El *Saad* se tambalea y mi equipo da un salto a la anarquía. Corren desde un extremo de la cubierta al otro, tiran de las líneas de sus cabrestantes y reaseguran la botavara. Recortan velas y revisan el viento. Avanzo hacia delante, empujando a los que se detienen de inmediato al darse cuenta de la chica empapada de sangre en mis brazos, para ofrecer su ayuda.

—Elian —dice Kye—. Tú estás herido. Déjame llevarla.

Lo ignoro y me dirijo a Torik. Su rostro muestra conmiseración mientras mira a Lira. Ella puede no haber sido una de nosotros antes, pero morir en el cumplimiento del deber asegura la lealtad de la gente.

—Asegúrate de que el médico esté listo —le digo, y mi primer oficial asiente.

Rycroft cuelga descuidadamente sobre su hombro y su sangre gotea por la espalda de Torik. Está vivo, pero apenas, y si le pongo las manos encima, no se mantendrá así por mucho tiempo. Con Lira todavía desmayada en mis brazos, le grito a Torik que busque al médico y él arroja a Rycroft al suelo sin titubear antes de correr bajo cubierta.

En realidad, no tenemos un médico, pero mi ingeniero asistente viajó con un

circo Plásmatash y eso es lo más cercano. Mientras llevo a Lira hacia él, a través de los recovecos y túneles de mi barco, me sorprende la idea de que, de entre todos los príncipes, piratas, asesinos y convictos, un pequeño joven de un circo es el único que puede ayudar. Parece gracioso, y creo que Lira podría reír, sabiendo que un ingeniero novato será el que coserá su piel. Seguramente haría un comentario mordaz y se hundiría éste en mí como un veneno maravilloso. Como una bala.

Me dirijo a la habitación estrecha y Kye se apura detrás de mí. El presunto médico hace un gesto hacia una mesa en medio de la sala de ingeniería.

—Póngala allí —dice en un suspiro lleno de pánico—. Y abra su vestido.

Hago lo que dice y tomo mi cuchillo. Lo extraño es que al principio no veo sangre brotar de la herida —parece estar toda en su vestido y en mí—, pero luego, cuando la veo, no me parece suficiente. Tal vez ya salió toda. Tal vez simplemente no queda nada.

—Dioses —Kye retrocede mientras abro el vestido de Lira—, ¿va a vivir?

—¿Te importa? —respondo rápidamente.

No es su culpa, pero al gritarle a Kye siento como si me gritara, y necesito que lo hagan en este momento. Porque esto recae sobre mí. Si Lira muere, recae sobre mí.

*No puedo creer que hayas regresado por mí.*

Pero la abandoné primero.

—No quiero que muera, Elían —Kye aprieta mi brazo, manteniéndome firme mientras las partes deshechas dentro de mí amenazan con desarmarme—. Nunca lo he querido. Además —Kye se lleva una mano al bolsillo y suspira mientras dice las siguientes palabras—, ella te protegió cuando yo no pude.

—Parece que fue un tiro limpio —dice el médico, y me vuelvo. La ironía de la situación me está carcomiendo. Fue un tiro sucio, de entrada y de salida.

—Sólo rozó sus costillas —dice—, pero necesito comprobar que no haya dañado ningún órgano —señala con un dedo enguantado a Kye—. No te quedes ahí parado tapándome la luz. Tráeme algunas toallas.

Kye no se molesta por la orden, ni sostiene que deberíamos dejar que Lira muera para estar seguros de que no podrá traicionarnos. Se da vuelta, sale corriendo de la habitación y ni siquiera pierde el tiempo en mirar al médico.

—No lastimó nada importante —dice el galeno.

Pronuncia esta última parte como una ocurrencia tardía, pero cuando se vuelve hacia mí, sus ojos están expectantes.

—No estoy seguro —le digo—. Había mucha sangre.

Se encoge de hombros y toma un instrumento, que no parece del todo legal, de una caja de herramientas cercana.

—Todavía no he encontrado un motor que no haya podido reparar —dice—. El cuerpo humano es sólo otra máquina —me mira con ojos seguros—. Una vez salvé un mono con una herida de cuchillo en las costillas. Hubo un accidente con la explosión de un globo. No es tan distinto.

Creo que se supone que esto debería tranquilizarme, así que asiento justo cuando Kye irrumpe en la habitación de regreso, con una pila de toallas limpias. Después, los dos somos conducidos por el camino por el que llegamos, y no discuto. Me alegro de que me manden lejos para que el médico pueda trabajar, libre de mirar el cuerpo inerte de Lira, pensando que nunca la había visto tan vulnerable. Tan capaz de ser finita.

No me tomo un momento para respirar antes de caminar de regreso a la cubierta y al cuerpo de Rycroft. Las fosas nasales de todos en mi tripulación se dilatan, a la espera de que les dé rienda suelta. A mi lado, advierto la manera rígida en que se para Kye, apenas capaz de contenerse y con la esperanza ansiosa de que no le ordene que restrinja a los demás. Así son las cosas con mi tripulación. No necesitan ser amigos. Ni siquiera caerse bien. Estar en el *Saad* es lo mismo que ser familia y, al salvarme, Lira le ha demostrado algo a Kye. La encerré en una jaula y la hice que negociara su permanencia en mi barco, y aún así ella me salvó, creyendo que era la elección correcta. Una vida por una vida. Confianza por confianza.

Tallis Rycroft me mira. No está lo suficientemente vivo para que sea una amenaza. Su ojo izquierdo está cerrado, con un bulto que se extiende como la cima de una montaña, y las heridas en su rostro hacen imposible distinguir sus labios. El agujero en su estómago sigue sangrando.

—¿Qué vas a hacer con él? —pregunta Kye. Su voz no es del todo tranquila, inestable en su tono por lo general despreocupado. Quiere venganza tanto como yo. Y no sólo por tomar a su capitán, sino por la chica herida que yace en las profundidades de nuestro barco.

—No sé.



Madrid juega con una pequeña navaja entre sus dedos. Cuando se corta, deja que la sangre gotee sobre la pierna lesionada de Rycroft.

—Él no merece vivir —dice ella—. Usted no tiene que mentirnos.

Uno de los ojos de Rycroft parpadea, lentamente, mientras comprende la tormenta que ha creado. El joven príncipe que habita en mí quiere sentir lástima por él, pero sigo mirando las medias lunas y las largas líneas dentadas que se pliegan en sus bíceps. Heridas hechas mientras ella intentaba defenderse. Las marcas de uñas son muy similares a las de mi propio pecho.

Vacilo, sorprendido por una imagen distorsionada de la Perdición de los Príncipes que cruza por mi mente. Podría haberme roto el cuello o hecho cualquier cosa para inhabilitarme, pero dejó que sus garras rasgaran lentamente mi pecho. Así son las cosas con las sirenas. Siempre van directo al corazón.

—Capitán —dice Madrid, y la imagen desaparece.

—Voy a encontrar algunas aguas infestadas de tiburones —respondo, recuperando la compostura—. Y entonces les arrojaré su apéndice favorito.

Se hace un silencio flemático, mientras todos los que alcanzaron a escuchar ponderan mis palabras. Rycroft parpadea a medias otra vez.

—La próxima vez —dice Kye, aclarando su garganta—, miéntenos.

—¿Qué hay de Lira? —pregunta Madrid.

Me encojo de hombros.

—Depende de qué tan agradable sea cuando despierte.

—Quise decir —dice ella—, ¿va a estar bien?

Miro a Rycroft, y sonreír me toma toda la fuerza que tengo.

—Mi tripulación no es asesinada tan fácilmente.

Es una frase de mierda, pero necesito que todos lo crean. Necesito creerlo yo mismo. Me imagino a Lira, y es como si pudiera sentir su sangre fría goteando por mis manos como hielo derretido. Si ella muere, mi plan y toda esta misión mueren con ella. Por encima de todo, estoy contando los minutos para que salga nuestro ingeniero novato y me diga que ella está bien. Que Lira no murió por mí y que aún puede ofrecer la última pieza del rompecabezas para liberar el Cristal de Keto de su jaula.

Tal vez, sólo tal vez, no necesito romper a Rycroft en más pedazos.

## TREINTA

Despierto y de inmediato deseo no haberlo hecho.

Hay un dolor intenso en mis costillas, como si una criatura estuviera mordiendo mi piel, y me siento mareada por tanto dormir.

La habitación en donde me encuentro está tan desordenada como mis pensamientos. Me quito de encima la camisa abierta y aprieto mis costillas vendadas con fuerza. Mis dientes rechinan uno contra el otro cuando dejo que mis piernas se balanceen sobre el costado de la mesa. Sólo me toma un segundo estar de posición vertical para que el mordisqueo se convierta en mordida.

—Hay algo en las heridas de bala que me hace querer saltar de la cama también.

Kye se está lavando las manos en un fregadero cercano. Están sucias, llenas de aceite y grasa. Cuando termina, se sacude el agua y se vuelve hacia mí con una mirada condenatoria.

—¿Se supone que esto es una cama? —pregunto.

Pone una mano húmeda en mi frente y resisto el impulso de replegarme del frío.

—No creo que te estés muriendo ahora —dice.

—¿Me estaba muriendo antes?

Se encoge de hombros.

—Tal vez. Pero el pequeño médico de circo te arregló bien. Incluso me enseñó a vendar tu herida para que él pudiera concentrarse en ayudar a que la nave se mantenga a flote —Kye mira hacia los vendajes con un gesto petulante—. Casi perfecto, ¿cierto? Es la primera vez que lo hago.

—¿No pudiste haberme conseguido también una cama? —pregunto, sin dejar de notar que alguien, espero que haya sido Madrid y no Kye, me vistió con algo más sencillo y cómodo que el vestido que llevaba puesto.

—Madrid buscó tus almohadas —Kye se limpia las manos con un paño a la mano—. Es lo mejor que pudimos hacer dado que moverte no era una opción.

Miro hacia abajo, a la sábana manchada que apenas me cubría. Hay una almohada de terciopelo negro donde reposaba mi cabeza, lo suficientemente afelpada para que haya dormido cómodamente todo el tiempo, y un cojín oval delgado hundido con la forma de mis pies. No es lo adecuado para una reina, pero para una víctima de bala a bordo de un barco pirata, podría considerarse lujoso.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Kye, y sonrío.

—¿Estabas preocupado? —cuando él no responde, reviso mis costillas con un profundo suspiro—. Bien —digo.

El vendaje está apretado alrededor de mi cuerpo, y se siente fresco y firme contra mi piel húmeda y pegajosa. Debe haber sido cambiado hace poco, me doy cuenta, lo que significa que Kye me ha estado cuidando.

—Esperaba a Madrid —digo—. De entre todos, no imaginé que tú estarías aquí.

—Ella estuvo aquí por un rato —dice—. Más que un rato, en realidad. Tuve que echarla para que durmiera un poco antes de que ella tuviera que ponerle ganchillos a sus ojos para mantenerlos abiertos —se mira las manos—. Estaba preocupada por que fueras otra chica que no hubiera logrado escapar.

—¿Escapar de qué?

—De Rycroft —dice, y luego se mueve incómodo—. Me alegra que estés despierta.

No tomo a la ligera el comentario como él lo habría deseado. A pesar de toda la desconfianza entre nosotros, Kye y el resto de la tripulación arriesgaron sus vidas para regresar por mí, y mientras yo sangraba en su barco, no me dejaron dormir sola. Se quedaron. Regresaron por mí y se quedaron.

—Entonces, ¿confías en mí ahora? —pregunto.

—Casi mueres tratando de salvar a Elian —Kye se aclara la garganta como si fuera una batalla pronunciar esas palabras—. Así que, como dije, me alegra que estés despierta.

—Me alegra que no me mataras mientras estaba inconsciente.

Kye resopla una sonrisa.

—Me gusta la forma en que dices gracias.

Río y luego me estremezco.

—¿Cuánto tiempo estuve dormida?

—Algunos días —me dice—. Teníamos algunos sedantes fuertes y todos pensamos que sería una buena idea que descansaras un poco —toma el paño que está junto al fregadero y lo pasa inquieto entre sus manos—. Escucha —dice con cautela—, sé que te he hecho pasar un mal rato, pero es sólo porque Elian parece arriesgar su vida con demasiada frecuencia y mi trabajo es evitar que eso suceda.

—Como un buen guardaespaldas —digo.

—Como un buen amigo —corrige—. Y creo que haber recibido una bala por él te ha hecho merecer un respiro de mi hostigamiento —suspira y arroja el paño a mi regazo—. Supongo que esto oficialmente te convierte en una de nosotros.

Me tomo un momento para procesarlo: la idea de ser parte de ellos en un barco que zarpa hacia todas partes y hacia ninguna. Es lo que yo quería, ¿cierto? Ganar la confianza de la tripulación para que no sospecharan de mí. Y sin embargo, en el instante en que Kye lo dice, no pienso en cómo me he ganado la confianza que planeo traicionar. Pienso en lo diferente que se siente ser una nueva clase de soldado, que se gana la lealtad al salvar vidas en lugar de destruirlas. Luchando una guerra en el otro bando.

—Casi no escuché esa disculpa —digo—. ¿Podrías repetirla?

Kye me fulmina con la mirada, pero es diferente que antes, más ligero, sin hostilidad rondando por él. Una sonrisa se asienta en su rostro.

—Supongo que Elian te ha estado enseñando su versión del humor —dice.

Al mencionar a Elian, hago una pausa.

Prometió que no regresaría por mí si algo salía mal, y lo hizo de cualquier forma. En el momento en que se liberó de las ataduras y tuvo la oportunidad de irse, no quiso hacerlo.

Mantengo mis ojos cerrados mientras mi cabeza comienza a latir. Todo mi propósito para estar en este barco es matarlo, y cuando llegó la oportunidad de que alguien más lo hiciera, lo detuve.

Lo saqué del camino de la bala de la misma manera en que él me rescató del océano. Sin pensar o sopesar lo que podría significar o cómo podría

beneficiarme. Lo hice porque parecía la única cosa que podía hacer. La correcta.

En mi mundo, Kahlia es el único vestigio de mi inocencia perdida. La única prueba de que hay una pequeña parte de mí que no he permitido que mi madre tenga en sus manos. No sé por qué, Elian evocó ese mismo sentimiento salvaje que solía estar reservado sólo para ella. El deseo de permitirme tener destellos de lealtad y *humanidad* para cobrar fuerza. Somos lo mismo, él y yo. Así como mirar a mi prima a los ojos es como ver el recuerdo de mi propia infancia, estar cerca de Elian se siente como si estuviera frente a una versión alternativa de mí misma. Reflejos de cada uno en un reino y una vida diferentes. Piezas rotas del mismo espejo. Hay mundos entre nosotros, pero eso parece más un asunto de semántica que una evidencia tangible de cuán distintos somos.

Todo es más turbio ahora. Y Elian hizo que fuera de esa manera en sólo un instante, con una acción tan fácil como respirar: sonrió. No porque yo estuviera sufriendo o inclinándome en una reverencia o aceptando todos sus caprichos y órdenes como lo he hecho con mi madre. Él sonrió porque me vio. Libre y viva, y ya estoy regresando a él.

He estado tan concentrada en poner fin al reinado de mi madre que no he pensado en cómo puedo poner fin a su guerra. Incluso si pusiera mis manos en el ojo, todavía estaría planeando tomar el corazón de Elian, tal como lo había ordenado mi madre, pensando que eso sentaría un precedente para mi reino. ¿Pero qué? ¿Que soy lo mismo que ella, prefiriendo la muerte y el salvajismo por encima de la misericordia? ¿Que traicionaré a cualquiera, incluso a aquellos que me son leales?

Si encuentro el ojo, tal vez no sean sólo las sirenas las que dejen de sufrir, sino también los humanos. Tal vez pueda terminar con el viejo rencor que comenzó en la muerte. Ser un nuevo tipo de reina, que no forme asesinas entre sus hijas.

Pienso en Crestell, protegiendo a Kahlia de mí y dejando su propia vida en su lugar.

*Conviértete en la reina que necesitamos que seas.*

—Debería buscar al capitán —dice Kye, interrumpiendo mis pensamientos.

Me deslizo de la mesa, dejando que el dolor fluya a través de mí y luego se desvanezca. Recobro el equilibrio y me concentro en esta nueva urgencia.

—No —le digo—. No lo hagas.

Kye vacila junto a la puerta, con su mano presionando la manija.

—¿No quieres que venga? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Él no necesita hacerlo —digo—. Yo lo encontraré.

## TREINTA Y UNO

Págos se acerca, y con cada legua el aire se vuelve más ligero. Lo sentimos cada noche, nuestros huesos crujen con la nave mientras surca el agua que pronto se convertirá en aguanieve y hielo. No importa qué tan lejos hemos avanzado, porque Págos es algo que se siente en el interior. Se cierne en algún lugar en lo profundo, más y más a cada braza. La parte final de nuestra búsqueda, donde el Cristal de Keto espera ser liberado.

Rycroft es ahora más un fantasma como nunca lo ha sido, escondido bajo cubierta con las gasas y los medicamentos apenas suficientes para mantenerlo vivo. El mínimo necesario para que haga el viaje con nosotros. No he estado con él. He delegado esa responsabilidad a Torik y otros miembros de la tripulación que pueden manejarlo lo suficientemente bien y mostrar más control que yo.

No puedo confiar en Madrid. No cuando se trata de alguien de su propio país. Sus recuerdos tienden a mancillar su moral y puedo entenderlo. Kye está en la misma situación. No confío en él para que vigile a Rycroft y le lleve comida que no esté envenenada. Y luego, más que cualquiera de ellos, estoy yo. La persona en quien menos confío.

Lira puede estar viva, pero eso no pone fin a las cosas. El alivio se extendió sobre mi ira como una capa, enmascarándola lo suficientemente bien para que no se pueda ver, pero jamás para que desaparezca. Pero ya sea que vaya allí o no, Rycroft puede saber el destino que le espera. Incluso él puede escuchar la lenta llamada del lobo de Págos. Desde las profundidades de la jaula de cristal, donde alguna vez estuvo Lira, y donde permanecerá hasta que lo entregue al reino del hielo. Puede atrapar los silbidos del viento en una habitación tan oscura como su

alma. Y cuando al fin lleguemos, vivirá con ellos mientras se pudre en una cárcel tan fría como su corazón.

—No estás bebiendo.

Lira se acomoda en la escalera que lleva a la cubierta del castillo de proa. Una manta envuelve holgadamente sus hombros y, cuando ésta resbala, ella levanta más los hombros. Intento no darme cuenta de su mueca de dolor cuando mueve el brazo demasiado rápido, estirando su costado y estremeciendo la herida.

Extiendo mi mano para ayudarla a subir, y la mirada que me da es casi venenosa.

—¿Quieres que te la corte? —pregunta.

Mantengo mi mano extendida entre nosotros.

—No particularmente.

—Entonces quítala de mi cara.

Ella sube sola y se sienta a mi lado. Los bordes de su manta rozan mis brazos. En estas noches siempre hace mucho frío, suficiente como para que dormir con las botas puestas parezca ser la única forma de conservar mis pies. Pero hay algo aquí arriba, con las estrellas y el sonido del *Saad* nadando hacia la aventura, que me hace sentir más cálido de lo que podría estar en mi cabina.

—No soy una inválida —dice Lira.

—Un poco.

No necesito mirarla para saber que sus ojos arden entre nosotros. Lira tiene una forma de mirar a la gente, de mirarme a mí, que se puede sentir tanto como se puede ver. Si sus ojos no tuvieran un tono tan sorprendente de azul, juraría que no hay más que brasas por el fuego interior.

Muevo el collar de Págos, que cuelga de mi cuello como la caracola marina de Lira cuelga del de ella. La llave de todo para terminar una guerra que ha durado vidas.

—Si te disparan —dice Lira—, voy a tratarte como si fueras incapaz de hacer las tareas más simples —pone sus brazos alrededor de sus rodillas para protegerse del frío—. Ya veremos si te gusta cuando extienda mi brazo para ayudarte a caminar, aunque no te hayan disparado en la pierna.

—Me sentiría halagado de que estuvieras buscando una excusa sólo para tomar mi mano —digo.



—Tal vez sólo estoy buscando una excusa para dispararte.

Le echo una mirada de reojo y me reclino sobre mis codos.

La cubierta del *Saad* está llena de mis amigos, salpicando bebida sobre la madera barnizada y entonando canciones que golpean contra sus velas con las ráfagas del viento. Al verlos así, tan felices y relajados, sé que nada podría ser más espeso que el océano que nos une. Ni siquiera la sangre.

—Madrid dijo que vas a entregar a Rycroft cuando lleguemos a Págos.

—Ha habido una recompensa sobre su cabeza desde hace un tiempo —digo—. Pero los servicios de los Xaprár eran demasiado valiosos para que cualquier reino los atacara. Ahora que las sombras han sido diezmadas por nosotros, no dudo que irán tras él. Por lo menos, influirá en el ánimo del rey de Págos y nos permitirá el acceso a su montaña para que obtengamos el cristal y terminar todo esto.

Lira se echa hacia atrás para que estemos al mismo nivel. Su cabello está más rebelde que nunca, y el viento de la tormenta que se avecina no la ayuda. Vuela sobre sus ojos y se atrapa en sus labios, aferrándose a las pecas de sus pálidas mejillas. Cierro mis manos, resistiendo el impulso de apartar el cabello de su rostro.

—¿En verdad odias tanto a las sirenas? —pregunta.

—Matan a nuestra especie.

—Y tú matas a la suya.

Frunzo el ceño.

—Eso es diferente —digo—, nosotros hacemos lo que hacemos para sobrevivir. Ellas lo hacen porque quieren vernos a todos muertos.

—Entonces, ¿es venganza?

—Es una retribución —me siento un poco más derecho—. No se puede razonar con las sirenas. No podemos simplemente firmar un tratado de paz como con los otros reinos.

—¿Por qué no?

El intervalo entre las palabras de Lira me brindan una pausa. La respuesta debería ser rápida y fácil: porque son monstruos, porque son asesinas, por mil razones. Pero no digo ninguna de ellas. A decir verdad, la idea de que esto no culmine en muerte nunca había cruzado por mi mente. De todos los resultados y posibilidades que consideré, la paz no era una. Si tuviera la oportunidad, ¿la

tomaría?

Lira no me mira y odio que no pueda interpretar la expresión en su rostro.

—¿Por qué estás cuestionando esto? —pregunto—. Pensé que la Reina del Mar te había arrebatado todo y querías usar el Cristal de Keto para terminar la guerra. Quieres venganza por tu familia tanto como yo por Cristian.

—¿Cristian? —Lira me mira ahora, y cuando pronuncia su nombre, se congela en el aire entre nosotros.

—Él era el príncipe de Adékaros.

Paso una mano por mi cabello, sintiéndome repentinamente enojado y desconcertado. Que un hombre como Cristian esté muerto mientras alguien como Tallis Rycroft sigue vivo es injusto.

Lira traga saliva.

—Eran amigos.

Su voz suena desdichada y me distrae. No puedo recordar otro tono en su voz que no fuera el de enojo.

—¿Cómo era él? —pregunta.

Hay innumerables palabras que podría usar para describir a Cristian, pero el carácter de un hombre se aprecia mejor en sus acciones que en los lamentos de sus seres queridos. Cristian estaba lleno de proverbios y sentimientos que nunca entendí y disfruté burlándome tanto como disfruté escuchándolos. Para Cristian cada situación que vivíamos merecía un dicho. *El amor y la locura son dos estrellas del mismo cielo. No puedes construir un techo para evitar la lluvia del año pasado.* Siempre tenía un refrán listo para apaciguar mi ímpetu.

Pienso en lo que Cristian diría ahora si supiera lo que he estado planeando. Cualquier otro hombre querría venganza, pero sé que él no vería el cristal como un arma. Ni siquiera querría que lo encontrara.

*Si tu único instrumento es una espada, entonces siempre atacarás tus problemas.*

En lugar de decirle todo esto a Lira, golpeteo el collar de Págos y digo:

—¿Crees que lo sentirá?

—¿Quién?

—La Perdición de los Príncipes —digo—. ¿Crees que lo sentirá cuando la Reina del Mar muera?

Lira deja escapar un suspiro que se convierte en humo en sus labios. El aire

es ligero y peligroso. El viento corta como dagas mientras una tormenta retumba cada vez más cerca. Puedo oler la lluvia antes de que esté aquí, y sé que muy pronto el cielo llorará sobre nosotros. Aun así, no me muevo. La noche relampaguea y gime entre nubes espesas que se arrastran una hacia la otra y se funden en una sombra infinita que bloquea las estrellas. Se vuelve más oscuro a cada momento.

—Me pregunto si ella puede sentir algo —dice Lira. Se mueve y, cuando se vuelve hacia mí, sus ojos están vacíos—. Supongo que no necesitaremos preguntarnos por mucho tiempo.

## TREINTA Y DOS

Esa noche sueño con la muerte.

Los mares se vuelven rojos de sangre y los cadáveres de los humanos flotan a lo largo de la espuma de las sirenas caídas. Cuando las olas finalmente suben lo suficientemente alto para acariciar la noche, colapsan y los cuerpos se destrozan contra el lecho marino.

La arena estalla debajo de ellos, esparciendo mi reino en copos de oro. En medio de todo, el tridente de mi madre se vuelve agua. La llamo, pero ya no soy parte de este gran océano, así que no me escucha. No me ve. No sabe que estoy viendo su caída.

Ella deja que el tridente se apague y se derrita.

Elian se encuentra a su lado, y el agua ahora iluminada por el sol se separa para él. Tiene ojos como estanques enormes y una mandíbula hecha de restos de naufragios y coral roto. Cada movimiento suyo es tan rápido y fluido como un maremoto. Él pertenece al océano. Está hecho de él, tanto como yo.

Afines.

Elian mira el lecho marino. Quiero preguntarle por qué está tan fascinado con la arena, cuando hay un mundo entero en este océano que no puede siquiera imaginar. ¿Por qué no lo está viendo? ¿Por qué no le importa lo suficiente para mirar? He visto el mundo a través de sus ojos, ¿no puede verlo ahora a través de los míos?

El impulso de gritar me desgarrar, pero sólo puedo recordar las palabras en *psáriin* y no me atrevo a hablar en ese idioma.

Lo miro girar hacia la arena, con su rostro tan roto como el de mi madre.

Sólo hasta que estoy segura de que voy a perder la cabeza por la angustia, de pronto recuerdo su lenguaje. Busco rápidamente y encuentro las palabras en midasán para hablar con él. Quiero explicarle cuán lleno de magia y oportunidad podría estar mi mundo si no fuera por el gobierno de mi madre. Quiero consolarlo con la posibilidad de la paz, sin importar cuán pequeña sea. Decirle que las cosas podrían ser diferentes si yo fuera la reina. Que no nací asesina. Pero encuentro las palabras demasiado tarde. Para cuando se aclaran en mi mente, veo la verdad de lo que ve Elian.

Él no está mirando a la arena, sino a los corazones que salen de ella.

*No mires. No mires.*

—¿Tú lo hiciste? —los ojos de Elian encuentran los míos—. *¿Tú lo hiciste?* —pregunta nuevamente en *psáriin*.

Las cuchillas de mi idioma son suficientes para cortarle la lengua, y me estremezco cuando la sangre escapa de su boca.

—Tomé muchos corazones —confieso—. El suyo fue el último.

Elian niega con la cabeza, y la risa que escapa de sus labios es un eco perfecto de la de mi madre.

—No —me dice—. No lo fue.

Extiende sus manos y tropiezo hacia atrás con horror. He perdido todo el control, mis piernas se doblan y me desplomo. Miro el corazón en las manos de Elian, la sangre se acumula entre sus dedos. No es cualquier corazón. Es el suyo.

—¿Es esto lo que estabas buscando? —grita.

Él da un paso adelante y niego con la cabeza, advirtiéndole que no se acerque.

—Lira —susurra Elian—, ¿no es esto lo que querías?

Me despierto jadeando por aire.

Mis manos sujetan la fina sábana blanca y mi cabello se esparce sobre mis hombros desnudos. La nave se inclina lentamente hacia un lado, pero el movimiento que solía encontrar reconfortante me hace sentir más náuseas por un segundo. Mi corazón palpita locamente contra mi pecho, temblando más que latiendo.

Cuando suelto la sábana, veo marcas en mi palma. Rabiosas rayas rojas atraviesan las líneas de mi mano. No importa cuánto lo intente, no puedo recuperar el aliento.

La imagen del corazón de Elian se repite en mi mente en un vacilante ciclo. La traición en sus ojos. El sonido lacerante de la risa de mi madre.

Pasé mi vida ocultándome de la posibilidad de ser diferente de lo que mi madre me decía que debía ser. Tragándome a mi niña con el deseo de convertirme en alguien más. Yo era una sirena y, por lo tanto, era una asesina. Nunca fue incorrecto o correcto: sólo fue. Pero ahora mis recuerdos son sueños crueles, que se retuercen en visiones despiadadas y me acusan de un pasado que no puedo negar.

La verdad de lo que soy se ha convertido en una pesadilla.

## TREINTA Y TRES

El agua es casi hielo para cuando el *Saad* atraca. El frío tiene una presencia fiel aquí, y con el crepúsculo acercándose rápidamente, el aire parece casi congelado ante la inminente ausencia de sol. A pesar de todo, es tan brillante como si fuera de mañana. El espejo del cielo congelado contra el agua blanca, salpicada de crestas de hielo y nieve, conforma un reino hermosamente vacío de oscuridad. Ni siquiera en medio de la noche el cielo se oscurece más allá de un azul moteado, y el suelo mismo actúa como una luz para guiar el camino. Nieve, reflejando el oropel eterno de las estrellas.

Págos.

Siento el latido del collar contra mi corazón mientras pisamos la nieve. Por fin, el cristal está al alcance. Tengo la llave y el mapa para navegar por la ruta, y lo único que falta es que Lira me cuente los secretos del ritual.

El aire se siente helado sobre mi piel, y aunque mis manos están envueltas en gruesos guantes, meto mis puños en los bolsillos. El viento penetra aquí a través de cada capa, incluida la piel. Estoy vestido con un abrigo de piel tan grueso que es difícil caminar. Me obliga a ir más lento de lo que me gustaría, y aunque sé que no hay ninguna amenaza inminente de ataque, me disgusta no estar preparado en caso de que se presentara alguno. Esto me hace temblar todavía más de lo que podría hacerlo el frío.

Cuando me vuelvo hacia Lira, las puntas de su cabello están blancas de escarcha.

—Trata de no respirar —le digo—. El aliento podría quedarse atrapado a la mitad de su camino.

Lira levanta su capucha.

—Deberías guardar silencio entonces —responde—. Nadie quiere que tus palabras sean preservadas por la eternidad.

—En realidad, son perlas de sabiduría.

Apenas puedo ver los ojos de Lira bajo la masa de pelo oscuro de su abrigo, pero la curva de su sonrisa sin alegría siempre está presente. Se regodea en una diversión planeada mientras considera qué decir a continuación. Lista para dar el próximo golpe.

Lira jala una línea de hielo de su cabello, artísticamente indiferente.

—Si eso es lo que valen las perlas en estos días, me aseguraré de invertir en diamantes.

—O en oro —le digo con aire de suficiencia—. Escuché que vale su peso.

Kye sacude la nieve de su espada y se burla.

—En el momento que ustedes dos quieran dejar de hacerme sentir náuseas, adelante.

—¿Estás celoso porque yo no estoy coqueteando contigo? —le pregunta Madrid, mientras calienta su dedo en el mecanismo de disparo de su arma.

—No necesito que coquetees conmigo —dice—. Ya sé que me encuentras irresistible.

Madrid vuelve a enfundar su arma.

—En realidad, es bastante fácil resistirse a ti cuando estás vestido de esa manera.

Kye mira el brillante abrigo rojo que se ajusta perfectamente a su esbelto cuerpo. El cuello de piel se abraza contra su mandíbula y cubre la parte baja de sus orejas, ocultando su propio cuello. Le lanza a Madrid una sonrisa.

—¿Lo dices porque crees que me veo más sexy sin vestir nada?

Torik deja escapar un suspiro fulminante y se pellizca el puente de la nariz. No estoy seguro de si es por las horas que llevamos sin comer o por la imposibilidad de usar pantalones cortos en este frío penetrante, pero su paciencia parece desgastarse.

—Podría jurar que estoy en una misión de vida o muerte con un montón de niños lujuriosos —dice—. Antes de que me dé cuenta, muchos de ustedes estarán escribiendo notas de amor en botellas de ron.

—Está bien —dice Madrid—. Ahora siento náuseas.



Río, pero el sonido se pierde contra el ritmo de los tambores trashumantes que se mueven rápidamente hacia nosotros. Más adelante, una línea de guerreros se acerca. Hay al menos una docena, formados en una flecha militar perfecta, marchando ferozmente en nuestra dirección. Incluso con la ventisca, son fáciles de detectar. La nieve hace un mal trabajo oscureciendo sus imponentes tallas y su formación admirablemente ordenada. Caminan en perfecta consonancia unos con otros, sus pies aplastan la nieve con el latido de cada golpe de tambor. Se ven como gigantes y sus uniformes tan oscuros entintan el paisaje deshabitado.

Cuando nos alcanzan, hay un silencio momentáneo mientras nos miramos unos a otros.

Incluso con las capas de pieles y armaduras, no es difícil distinguir a los miembros de la realeza de sus soldados. Los cuatro miembros de la familia real de Págos se yerguen como titanes, con magníficos tocados de cazador que caen sobre sus espaldas en gloriosos abrigos. Sus ojos miran a través de las mandíbulas de sus respectivos animales: oso polar, zorro ártico, lobo salvaje y, en medio de los guerreros y sus hermanos, el león de la nieve.

Cada animal es de un glorioso tono blanco que se funde con la nieve a sus pies. Es un marcado contraste con su armadura negra y su armamento: lanzas y espadas en todos los tonos más oscuros del ébano. Brillan de una manera casi líquida.

Los hermanos Págos retiran las pieles de animales que los protegen del frío. Como era de esperar, el rey Kazue es el león de las nieves. La más mortífera de todas las criaturas. Aunque es más alto que algunos hombres, el rey de Págos parece abarcar perfectamente el tamaño de la criatura. No se ve empequeñecido cuando retira la enorme carcasa.

—Príncipe Elian —saluda Kazue.

Su piel es tan blanca, casi azul. Sus labios se mezclan con el resto de su rostro como una sombra variable, y todo en él es tan agudo como directo. Sus ojos son puntos severos que se arquean hasta las puntas de sus cejas, y su cabello está hecho de mechones que parecen rayos de espadas que raspan contra su armamento.

Kazue lleva la mano a su estómago y se inclina en una reverencia. Sus hermanos hacen lo mismo, mientras que los guardias a su alrededor permanecen en su firme posición vertical. En Págos, no es costumbre de los soldados

inclinarse ante la realeza. Es un saludo que sólo se hace de una élite a otra, y los soldados deben permanecer quietos e imparciales. Inadvertidos hasta que sean requeridos.

—Su Alteza Real —digo, devolviéndole el saludo—. Me gustaría agradecerle por recibarnos en su reino. Es un honor ser acogido aquí.

Me dirijo a los príncipes, cuyos tocados corresponden con su edad y, por lo tanto, a su derecho al trono. El segundo mayor, el príncipe Hiroki, es el oso polar; Tetsu, el lobo salvaje, y el príncipe más joven, Koji, el zorro ártico. Los saludo formalmente y ellos se inclinan uno tras otro.

Me pregunto cuál de ellos es la ingenua fuente de información de Rycroft.

—Por supuesto, no son sólo mis hermanos los que le dan la bienvenida —dice Kazue—, sino toda nuestra familia.

Agita la mano detrás de él, y una nueva figura surge de entre los soldados, vestida tan gloriosamente como la familia real. Uno quinto, menos alto y con una postura menos militar, pero percibo una huella de indignación. No necesito que tire hacia atrás la piel del animal para saber de quién se trata.

Sakura sonríe cuando ve que mi rostro se contrae. Sus brillantes labios azules hacen juego con el impío color del cielo. Su cabello es más corto que antes, con un flequillo cortado rotundamente para ocultar las puntas de sus ojos. Una pesada cadena de bronce se desliza desde su frente hasta un arete de hueso blanco en el lóbulo de su oreja izquierda.

No parece una princesa: se ve como una reina. Una guerrera. Una adversaria.

—Príncipe Elian —dice ella.

—Princesa Yukiko.

Sonríe con el sonido de su verdadero nombre.

Kye se pone rígido a mi lado, mientras su resentimiento crece. Ahora que mi tripulación se enfrenta a la mujer que me manipuló para que abandonara mi labor en el *Saad* —mi tiempo, y el de ellos—, es difícil esperar que sonrían.

Rápidamente, le doy un codazo a Kye antes de que tenga la oportunidad de decir algo. ¿Quién sabe cuánto le ha contado la princesa Yukiko a su familia sobre su paso por Midas? ¿Les dijo que ella era la dueña del ilustre Ganso Dorado? ¿Que comerció con tantos de mis secretos reales como lo hizo con el licor, apostando noches de diversión con los infelices de mi reino? Lo dudo. Pero incluso si lo hubiera hecho, que Kye se dirija a ella de manera informal sería

impropio. Es posible que haya sido hijo de un diplomático alguna vez, pero que ha sido desheredado no es un secreto. Además, ella es una princesa. Una reina potencial. *Mi* potencial reina.

Me estremezco al pensarlo, con la esperanza de que mi trato con Galina sea suficiente para que mi acuerdo con Yukiko se anule.

Siento las miradas de cada uno de los cien miembros de mi tripulación sobre la espalda. Pero por mucho que me quieran decir, hay tanto más que yo quiero decirle a la princesa. El trato que quiero discutir y la contraoferta que estoy desesperado por presentar. Sin embargo, todavía no es el momento. No con tantas miradas indiscretas y oídos agudos.

Hago una reverencia a modo de saludo.

—Mírate, tratando de ocultar tu sorpresa —dice la princesa Yukiko—. No hay razón para eso, ¿sabes? Para esconderse o sorprenderse. ¿No somos viejos amigos? ¿No es éste mi hogar? ¿Dónde más debería estar sino con mis queridos amigos y familiares?

—Por supuesto —digo con incomodidad—. Tan sólo estoy sorprendido por lo rápido que hiciste el viaje.

—No todas las naves flotan —dice Yukiko—. Algunas prefieren volar.

Su voz muestra la seguridad que tiene en sí misma, y a diferencia de la de Lira, no me gusta nada su arrogancia. Resisto el impulso de poner los ojos en blanco y me conformo con un breve asentimiento de comprensión.

Págos posee algunos de los mejores dirigibles de los cien reinos. Varían desde las balas —globos voladores, con espacio apenas suficiente para media docena de pasajeros— hasta lujosas naves lo suficientemente opulentas para ser apodadas palacios flotantes. Tienen al menos ocho rotores separados y abarcan hasta tres pisos, dependiendo de la carga o, en la mayoría de los casos, de la posición social de los pasajeros.

La familia real de Págos siempre ha estado en buenos términos con la de Efévresi, que produce los mayores inventos del mundo. Son un reino a la vanguardia de casi todos los triunfos tecnológicos, y rara vez hay una invención que no pueda rastrear su origen hasta Efévresi. Págos ha sido su aliado durante tanto tiempo que ni siquiera importa si se encuentran en los extremos opuestos del mundo. Rara vez hay algo más fuerte que dos reinos unidos por una alianza matrimonial de décadas. Significa que Págos tiene acceso a muchos de los

avances tecnológicos de Efévresi, y por eso son uno de los pocos reinos con los medios para realizar la mayoría de sus viajes por el aire, en lugar de por el mar. Para el resto de los cien reinos, los dirigibles son poco confiables. Su mal funcionamiento es frecuente, y a menos que el viaje dure más de un mes, es tan problemático que no vale la pena.

—¿Eres la princesa? —pregunta Lira.

Por más que su desprecio por todos los que la rodean por lo general me entretenga, le envío a Lira una mirada penetrante, advirtiéndole que no diga nada fuera de lugar. Pero ella no se da cuenta o no le importa. Puedo adivinar cuál es más probable.

Yukiko asiente.

—No me había percatado de que el príncipe estaba reclutando nuevos miembros para el *Saad*.

—Oh, yo no soy una recluta —dice Lira—. Sólo estoy aquí para matarlo —mira fijamente a la princesa—. Y a cualquier otro que se interponga en mi camino.

Kye hace un pobre intento de amortiguar el sonido de su risa con el dorso de su mano.

Dirijo mi mirada hacia Lira y aprieto los dientes. ¿El frío se le ha ido a la cabeza o está tan acostumbrada a la forma en que nos relacionamos que cree que puede ser igual con todos los miembros de la realeza? Intento llamar su atención, pero ella está fija en Yukiko.

Sus ojos son tan fríos como el viento.

—Está bromeando —digo mientras empujo a Lira detrás de mí—. Y probablemente borracha.

Lira se burla y yo le doy un pellizco en la cintura para silenciarla.

—No presten atención a mi tripulación —digo, dirigiéndole al rey una sonrisa alegre—. Cuando la comida mengua, tienden a vivir del ron.

El rey Kazue ignora el comentario con una sonrisa, aunque es tan precisa como su postura militar. A su lado, Yukiko mira mi mano en la cintura de Lira.

—Hay cosas más importantes por discutir —dice Kazue—. Vamos, debemos hablar en el palacio, lejos de la inclemencia de nuestro clima. Por lo que me ha dicho mi hermana, hay un acuerdo bastante interesante que debemos llevar a cabo.



Después de habernos mostrado nuestras habitaciones como invitados y de darnos suficiente comida para poner el ánimo de Torik a descansar, soy escoltado al gran salón. A petición del rey Kazue, voy solo y, sin embargo, siete guardias caminan detrás de mí mientras el ujier real encabeza la marcha. Lo tomé como un cumplido cuando vinieron a buscarme a mis nuevas cámaras, armados hasta los dientes con lanzas que en realidad parecían hechas de dientes. Es un testimonio de mi reputación que confíen tan poco en mí.

El gran salón se esconde detrás de un conjunto de puertas de iceberg que deben girarse mediante un mecanismo de rueda. Los engranajes producen una cantidad inadmisiblemente de ruido cuando levantan las grandes puertas para revelar la cámara interior. No es un espacio grande, pero todo ahí es grandioso y opulento. Los candelabros caen en gotas de lágrimas congeladas, y témpanos brotan del suelo de hielo sólido como si fueran hierba. Entro, esperando aterrizar con las piernas al aire, pero la superficie está sorprendentemente seca bajo mis pies.

Los cinco hermanos de Págos me ven desde sus tronos. Cada uno está vestido con ropajes negros que rezuman de ellos como aceite. Detrás de sus suntuosos asientos, hay una sola ventana arañada por escarcha azul. Ésta se extiende por el panel como una flor, oscureciendo los últimos minutos de luz solar que podrían penetrar la caverna.

—Confío en que sus habitaciones sean satisfactorias —dice el rey Kazue—. Debo admitir que me alegro de que su tripulación sea un poco más reducida. Cien piratas son suficientes, no quiero pensar cómo sería tener una legión completa en mi palacio.

—Muy divertido, apostaría.

El joven príncipe Koji se ríe por lo bajo.

—Las historias hablan por sí mismas —dice—. Lamento un poco no tener la experiencia de primera mano.

—La próxima vez —le digo—, traeré a toda la horda.

Me vuelvo hacia el rey.

—¿Nuestro trato sigue en pie?

—No recuerdo haber hecho ningún trato con usted —dice el rey Kazue—. Pero parece ser que mi hermana piensa que tiene la autoridad para hacerlo.

Lanza una mirada iracunda hacia Yukiko, pero ella la ignora con un

movimiento de los ojos como si él fuera la molestia.

El príncipe Hiroki se inclina hacia su hermano.

—Ella le dio el mapa —dice—. Espero que eso signifique que tenemos algo de igual valor.

—Lo tienen —digo, y saco el collar de mi bolsillo.

Lo dejo colgando en el aire entre nosotros, una hermosa gota de azul que danza en la cadena, aún manchada con la sangre de Lira.

Los puños del rey Kazue se tensan sobre los brazos de su trono.

—Qué cosa nos presenta tan casualmente —dice—. ¿Dónde lo encontró?

—En el mismo lugar donde hallé al prisionero que ha encerrado en sus calabozos.

El príncipe Hiroki se revuelve en su asiento, y dejo de preguntarme cuál de los hermanos del rey estuvo hablando con Rycroft.

—Los Xaprár —gruñe el rey Kazue—. Tallis Rycroft y su banda de malditos ladrones. Debería haber sabido que cualquier objeto perdido encontraría el camino hasta sus manos.

—No está en sus manos ahora —digo, apretando el collar—, sino en las mías.

El príncipe Tetsu se inclina gruñendo.

—Hará bien en entregarlo.

—Ahora, ahora, hermano —el rey ríe suavemente—. Estoy seguro de que ése es su plan.

—Por supuesto —digo—, tan pronto como se haga la oferta correcta.

La sonrisa de Yukiko es lenta y tortuosa.

—Tienes que admirar su valor —dice.

El rey Kazue se pone en pie.

—Quiere ingresar a nuestra montaña para que pueda encontrar el Cristal de Keto —dice—. ¿Y luego qué?

—Luego le devuelvo el collar invaluable y, cuando termine con él, el cristal también. Ésta es la oportunidad para Págos de hacer historia como el reino que ayudó a destruir las sirenas de una vez por todas. Su familia será recordada como leyenda.

—¿Leyenda? —la risa filosa del rey corta el aire—. ¿Qué es lo que me impide simplemente quitárselo ahora?

—Una vez que el Cristal de Keto sea liberado, la Reina del Mar lo sabrá —digo—. Y usted representa muchas cosas, Su Alteza, pero ser un asesino de sirenas no está entre ellas. Si ella va a morir, tendrá que ser por mi mano. Déjeme escalar la montaña y podremos hacer historia juntos.

—Es un viaje peligroso —dice el rey—. Incluso con nuestra ruta sagrada. ¿Qué diría su padre si pongo a su hijo en peligro de esta manera? Incluso si fuera por algo tan noble como salvar al mundo. Además —asiente con la cabeza hacia su hermana—, Yukiko hizo todo el viaje y finalmente regresó a casa después de tantos años. Me parece curioso que ella lo hiciera sólo porque cree en su causa.

Yukiko me mira divertida, disfrutando de la idea de que pueden hacerme sufrir. Como si yo fuera a darle a alguno de ellos esa satisfacción. No estoy seguro de si el rey me está provocando, o si Yukiko realmente no le ha contado sobre nuestro compromiso, pero sé que no seré el primero en hablar de ello.

—Por supuesto que no —dice Yukiko a su hermano—. Vine porque quiero ser la primera en verlo. Quiero estar allí cuando finalmente se encuentre el Cristal de Keto.

Mi mandíbula se tensa, mientras aprieto los dientes. Lo último que necesito es una princesa asesina siguiéndome por la Montaña de la Nube.

—No creo que sea seguro —le digo—. Como mencionó el rey, es un viaje peligroso.

—Lo ha hecho antes —interrumpe Hiroki—. Todos nosotros lo hemos hecho.

—No todos —Koji lo enmienda.

Hiroki lanza una mirada entrañable a su hermano menor y luego gira sus pálidos ojos hacia el rey.

—Si ella lo acompaña, entonces al menos podemos asegurarnos de que no seremos traicionados.

Intento no parecer ofendido.

—Y de esa manera, uno de los nuestros estará allí cuando finalmente se libere el cristal de las profundidades de la cúpula —dice Tetsu.

Yukiko se reclina.

—Me alegra que estén tan ansiosos por deshacerse de mí después de sólo un par de días en mi compañía.

El rey Kazue mira de soslayo a su hermana y luego me ve con expresión cautelosa.

—Si logra matar a la Reina del Mar y a la Perdición de los Príncipes —dice—, tendrá que decirle al mundo que nosotros hemos tomado parte.

No es una petición, así que inclino mi cabeza en asentimiento y percibo la fragilidad del momento. Estoy tan cerca que casi puedo sentirlo en la parte posterior de mi garganta, como una sed.

—El cristal, el collar y la gloria —el rey Kazue vuelve a su trono con ojos ansiosos—. Quiero que Págos lo tenga todo.

—Les diré lo que usted quiera —le digo—. Mientras la Perdición de los Príncipes esté muerta, no me importará.

Los hermanos Págos me miran desde sus tronos de témpano y, uno por uno, sonríen.



Cuando finalmente salgo del gran salón, Lira está esperando, con un pie recargado contra las puertas de témpano. Su cabello está húmedo por el frío y usa un suéter de punto grueso que empequeñece sus largas y delgadas muñecas. Cuando me ve, deja escapar un suspiro y se empuja desde la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

Lira se encoge de hombros.

—Sólo me aseguraba de que no estuvieras muerto.

Le lanzo una mirada poco convencida.

—Estabas escuchando.

—Y ya terminé —dice, y levanta las cejas, como si me estuviera retando para que haga algo al respecto.

Antes de que ella tenga la oportunidad de alejarse, sujeto velozmente su muñeca y la jalo hacia mí. Lira se da vuelta tan rápido que su cabello se extiende por su rostro. Sacude la cabeza para quitarlo de sus ojos y luego mira nuestras manos enlazadas, con el ceño fruncido.

—Quiero saber en qué estabas pensando antes —digo—, cuando amenazaste con matar a una princesa en su propio reino. No es tu mejor broma.

Lira arrebató su mano de la mía.

—Kye pensó que era divertido.

—Aunque me alegro de que ustedes dos se estén entendiendo, deberías



intentar recordar que Kye es un idiota.

Ella sonríe.

—Y tú también lo serás si confías en los Págos.

—No necesito confiar en nadie. Sólo necesito que ellos confíen en mí.

—Para un pirata, no eres muy buen mentiroso —dice—. Y tampoco eres muy bueno para negociar. Todo a lo que has renunciado parece tan vasto comparado con lo poco que recibiste a cambio.

—No es poco. Significa terminar una guerra.

—Realmente eres muy infantil si crees que será así de fácil.

—¿Crees que entregarle mi reino a la princesa Yukiko fue fácil? —pregunto—. No es sólo tener que casarme con ella, ¿sabes? Tengo que renunciar a cada sueño que he tenido y mantenerme arraigado en los deberes de los que he pasado toda mi vida intentando escapar.

Mis manos se contraen reflexivamente a los lados mientras observo su reacción. Quiero que Lira entienda que no sólo hice ese trato como un capricho y que cada día desde entonces me he arrepentido. Conozco las consecuencias de mis acciones, y estoy haciendo todo lo posible para encontrar una salida.

Lira me mira en silencio y no estoy seguro de cómo espero que reaccione, o si tengo derecho a esperar algo, pero su silencio es más desconcertante que cualquier reacción que hubiera podido anticipar.

El reloj en el gran salón suena, marcando el comienzo de los vientos nocturnos. Lira espera un momento, hasta que las tres campanas han clamado y luego, finalmente, traga saliva. El sonido es demasiado alto.

—¿En verdad vas a casarte con ella? —pregunta, y luego sacude la cabeza como si no quisiera saber la respuesta—. Es un plan inteligente, supongo —añade—. Obtienes el Cristal de Keto y una alianza con un reino poderoso. Aun si tienes que renunciar a la vida en el *Saad*, te conviertes en un ganador —su sonrisa forzada flaquea un poco en la última parte, y cuando vuelve a hablar, su voz es serena y severa—. Parece que tú nunca pierdes, ¿cierto, Elian?

No estoy seguro de cómo responderle, ya que siento que todo lo que he estado haciendo últimamente es perder. Y este trato con Yukiko es sólo un paso más en esa dirección.

Suspiro, y cuando Lira se aparta el cabello del rostro, siento la necesidad de explicar mi plan. Todo lo que he orquestado para escapar de mi trato con Yukiko

permanece en la punta de mi lengua como un impulso. Sé que no debería defenderme ante Lira ni ante nadie, pero siento la compulsión de hacer justamente eso.

—No importará la negociación que haya hecho cuando esto termine —digo—. Si sobrevivo, entonces tengo una propuesta que Yukiko no podrá rechazar.

—¿No crees que has hecho suficientes propuestas? —pregunta Lira.

No hay nada adorable en la forma en que me mira ahora.

—Estás poniendo en peligro a todo tu reino al dejarte manipular por una princesa hambrienta de poder que...

Ella se separa y mira al piso con una expresión ilegible.

—Lira.

—No —levanta su mano, manteniendo la distancia entre nosotros—. No me debes nada, especialmente si es una explicación. La realeza nunca le debe nada a nadie.

Su uso de la palabra *realeza* me golpea más de lo que debería. He pasado tanto tiempo intentando escapar de ese destino como mi única referencia, y que ella lo diga con tanta certeza, como si nunca me hubiera visto de otra manera, corroe. Siempre un príncipe, nunca sólo un hombre.

Suspiro cuidadosamente y meto las manos en mis bolsillos.

—Nunca dije que te debiera algo.

Lira se da media vuelta. No puedo estar seguro de que me haya escuchado, pero se aleja sin mirar atrás y no la sigo. Hay una parte de mí que quiere hacerlo —una parte más grande de lo que me gustaría admitir—, pero ni siquiera sabría qué decirle si lo hiciera.

Paso una mano por mi cabello. Esta noche en verdad se ha alargado interminablemente.

—No estoy ciega a eso.

Yukiko sale de las sombras como un fantasma. En la pálida luz de la antorcha, sus ojos se ven casi blancos y, cuando se acerca a mí, el resplandor del fuego suaviza las duras líneas de su rostro hasta hacerla parecer amable. Gentil.

La luz realmente juega trucos con la mente.

—Es sólo que no me importa —dice.

—Estoy bastante seguro de que no sé de qué estás hablando.

—Esa chica —dice Yukiko—. Lira.

—Supongo que es bastante difícil estar ciega a ella.

—Sí —la sonrisa de Yukiko arde con más brillo que el fuego—. Está claro que tú crees eso.

Me froto las sienes, sin disposición para otra conversación críptica.

—Di lo que tienes que decir, Yukiko. No estoy de humor para juegos.

—Un cambio de la rutina, entonces —responde ella—. Pero concederé la solicitud, dado que eres un invitado en mi casa.

Pasa los dedos por su cabello y muerde la esquina de sus labios azules. El gesto parece mucho más premonitorio que provocativo.

—Puede que ella te importe —dice Yukiko—, pero eso no cambiará nada. El amor no es para los príncipes, y ciertamente no para los reyes. Me prometiste que te convertirías en rey. Mi rey. Quiero recordarte esa promesa.

La mirada salvaje en los ojos de Lira cruza por mi mente. Ni siquiera me volteó a ver antes de irse. Lo último que parecía querer escuchar eran razones o explicaciones. *Estás dejando que te manipulen*, dijo ella. *La realeza nunca le debe nada a nadie*. Pero eso no es verdad. Yo le debo muchas cosas a mucha gente, y Lira no es una excepción. Tal vez no le deba una explicación, pero le debo la vida, y eso parece ser lo mismo.

Me muevo, y cuando me doy cuenta de que ésa es exactamente la reacción que Yukiko quería, la miro.

—No te prometí un rey —digo—. Creo que la condición por la que te vendiste era un reino. ¿Acaso te importa cuál sea?

—Eso suena como si quisieras romper nuestro trato.

—No romperlo —digo—, renegociarlo.

Yukiko sonrío y se inclina sobre mi hombro, roza una mano felina en mi pecho. Su aliento frío penetra en mi cuello, y cuando vuelvo la cabeza, escucho la sonrisa en su voz.

—Tantos trucos —susurra—. Necesitarás mangas más resistentes para guardarlos todos.

## TREINTA Y CUATRO

El pico de la montaña está oculto por las nubes que lleva en su nombre, y una tormenta de nieve interminable oscurece la mayor parte de su magnificencia. Aun así, me maravillo. Sé que mucho más allá del cielo que oculta la mitad de la pared rocosa, es un pico sin fin. Un portal a las estrellas. La Montaña de la Nube de Págos es el punto más alto del mundo, el más alejado del mar y del dominio de mi madre. Del mío. Si el Segundo Ojo de Keto en verdad está en esta montaña, entonces fue el lugar perfecto para esconderlo. Lejos de donde yo hubiera podido seguirlo. Hasta ahora.

Mi rostro está cubierto por capas de tela gruesa, salvo mis ojos. Siento el impulso de jalar la tela y las pieles de mi rostro, pero el frío es más de lo que puedo soportar. Y no me atrevo a soltar los bastones para la nieve que sostengo con fuerza entre las manos. Ni siquiera estoy segura de que pudiera hacerlo si quisiera. Mis manos se sienten como si se hubieran quedado congeladas, convertidas en puños sólidos.

Seguimos subiendo por la vereda de la gran montaña durante días que se convierten en semanas, con más silencio de lo que nunca había escuchado entre la tripulación del *Saad*. Incluso Kye, que camina en sincronía con el paso de Elían, y mira de tanto en tanto a Madrid —para asegurarse, tal vez, de que no se haya convertido en una escultura congelada o que no haya sido arrastrada hacia el acantilado por los brutales vientos—, permanece en silencio. Y Elían también.

Me siento extrañamente consolada por el hecho de que no es sólo conmigo con quien no parece hablar. Se mantiene completamente estoico, siguiendo a la princesa, que dirige la marcha, con ardor. Por alguna razón, esa parte es menos

reconfortante.

Sé que el matrimonio es un efecto secundario de la realeza. Tantas cosas lo son. Obstáculos para reprimir, ingeniosamente enmascarados como deberes. Juicios hechos para convertirse en soluciones y obligaciones diseñadas sólo para los menos dispuestos a soportarlas. Sólo una serie de consecuencias que resultan de ser herederos de un reino. Yukiko es el efecto secundario de Elían, como el Devorador de Carne era el mío. Él intercambió el mapa por sí mismo en un noble intento por salvar su misión, sacrificando su orgullo. Acciones como ésta son lo que se espera. Predecibles, pero también perturbadoras.

No sé lo que esperaba conseguir cuando confronté a Elían en el palacio, pero no se debió a semanas de un brusco silencio. Ni siquiera estoy segura de por qué pregunté por Yukiko; no fue por eso que lo estuve esperando mientras él trataba con la realeza de Págos. Pero no pude evitarlo. Últimamente me ha resultado imposible intentarlo. Tal vez eso resultó a mi favor, porque mi razón original para hablar con él —preguntar, quizá, si alguna vez había considerado una alianza— no era mucho mejor. Fue estúpido pensar que simplemente podía llegar con Elían y preguntarle si estaba dispuesto a forjar una paz entre nuestras especies. *No te mataré si no me matas*. Es sencillo. Es simple para mí considerar hacer un trato con alguien que sólo me ha mostrado lealtad y una manera de recorrer un camino que yo antes no había pensado que fuera posible. Libre de las sombras del reinado de mi madre, una nueva era no determinada por la muerte. Una paz delicada, incluso. Pero ¿cómo puedo esperar que Elían haga lo mismo cuando ni siquiera sabe quién soy? ¿Cuando asesiné a su amigo y a un sinnúmero de príncipes más? ¿Cuando planeé asesinarlo a él mismo?

Subo con Elían de espaldas a mí, pero su rostro está nítido en mi mente. A medida que el cielo se desvanece en la oscuridad y luego el sol se encumbra, continuamos de la misma manera. Cuanto más alto llegamos en la montaña, más comienzo a volverme loca por los pensamientos. Repasando conversaciones y acciones y oportunidades. Preguntándome cuándo comencé a sentirme tan humana.

El cielo cambia a tantos tonos de azul que pierdo la cuenta. Es una salpicadura de color, que se mezcla perfectamente entre las nubes, pintándose como un telón de fondo para el blanco brillo de la luna y su luz estelar rectora.

—¡Tenemos que movernos más rápido! —grita Yukiko. Apenas puedo

escuchar su voz por encima de los vientos helados—. Nuestro próximo campamento está a dos horas de camino, y debemos llegar antes del atardecer.

Elian hace una pausa y sostiene el mapa, y la tormenta lo agita entre sus manos. Los bordes crujen con el invierno, y cuando sus dedos sujetan con más fuerza el pergamino, tratando de asegurarlo a medida que el viento acumula su fuerza, se rompe.

—¡La puesta del sol es en una hora! —grita Elian en respuesta.

El aliento de Yukiko se convierte en nube entre ellos.

—Por lo tanto, tenemos que movernos más rápido.

El viento amortigua sus voces, pero incluso yo puedo escuchar el suspiro de Elian. Sus hombros se hunden un poco y echa un vistazo rápido para comprobar que todos seguimos detrás de él.

—Podemos hacerlo —nos llama por encima de su hombro, aunque no estoy segura de si nos lo está diciendo a nosotros o está tratando de convencerse a sí mismo.

—No estoy seguro de poder caminar sin los dedos de mis pies —dice Kye.

—Madrid puede cargarte.

—Yo tampoco tengo dedos en mis pies. Ni en mis manos, en realidad —Madrid sostiene sus manos enguantadas y gime—. Creo que perdí unos cuantos ayer.

—Al menos se conservarán bien entonces —Kye presiona su bota en la nieve para enfatizar—. Si los recogemos en el camino de regreso, algún curandero podría volverlos a coser en su lugar.

Aunque sólo puedo distinguir los ojos de Madrid, estoy segura de que ella hace una mueca.

—No tenemos tiempo para bromas —dice Yukiko—. Dejen de malgastar su energía y muévanse.

Madrid clava un bastón para la nieve en el suelo y se quita la máscara de pieles. La escarcha se acumula en sus labios.

—¿Eso es una orden real? —pregunta.

Yukiko echa hacia atrás su capucha y es como si el clima se alejara de ella. Ella controla el frío como yo alguna vez lo hice.

—Estás en mi reino.

—Pero no en su corte —dice Madrid. Se limpia la mejilla tatuada, donde el

viento ha empezado a ampollarla, y señala con la cabeza hacia Elian—. Nuestro rey está justo allí.

—Estás olvidando algo, ¿cierto? Él todavía no es un rey.

Si el aire no hubiera estado ya congelado, estoy segura de que ese último comentario lo habría hecho. Kye se pone tenso y veo cómo sus manos se crispan a sus costados. Rápidamente, Elian le lanza una mirada penetrante y, de mala gana, Kye permite que su postura se relaje. Aun así, sus manos se mantienen crispadas.

Me doy cuenta de que las mías también.

Torik gruñe. Él no parece ser capaz de traducir las expresiones de Elian tan bien como lo hace Kye, y en cuanto Elian es presa de una sumisión vacilante, su primer oficial se tambalea con brusquedad hacia delante. Cuando Torik se acerca a Yukiko, veo la amenaza de su voluminosa estructura por primera vez. Ya no es el gentil gigante que vela por el *Saad*. Avanza hacia la princesa, pateando la nieve con cada pisada fuerte.

—Hija de...

—Suficiente.

La voz de Elian interfiere en el camino de Torik. Extiende un brazo y Torik se detiene.

—Capitán —dice.

—Dije que es suficiente —repite Elian. Como de costumbre, su voz no delata nada más que lo que él quiere. Perfecta calma e indiferencia. Pero incluso desde aquí, puedo ver sus ojos parpadear contra la tormenta, como puertas feroces hacia su corazón.

—¿Ya terminamos? —pregunta Yukiko.

Con cada segundo sus labios azules se mueven más alto, mientras los míos emiten un gruñido bajo mi máscara. Me adelanto y quito la tela de mi rostro. El aire muere.

—Todavía no —digo.

Yukiko gira su mirada de acero hacia la mía. Por el rabillo del ojo, veo a Elian ponerse repentinamente rígido. Cuando Yukiko da un paso hacia mí, su mano se mueve lentamente hacia su costado. Hacia el cuchillo que sé que está escondido allí.

—¿Hay algo más? —pregunta Yukiko.

*Muchas cosas, pienso.*

La forma en que mira a Elian es la peor, como si ella fuera superior que él. Manipuló a un príncipe para hacerse de su reino, al igual que mi madre me manipuló para robar el mío y extender su reinado. Justo como yo caí en la trampa de la Reina del Mar, Elian caerá en la de Yukiko. Tal vez fue diferente una vez, pero ahora sé que no hay forma de que pueda robarle el ojo y dejar que mi reino se eleve mientras Elian se desmorona debido a su deuda con ella. Debe haber una manera para que ambos ganemos esta batalla.

No somos pequeños herederos ingenuos para ser moldeados como lo deseen. Somos guerreros. Somos gobernantes.

—Puede que Elian no sea un rey —le digo—, pero tú tampoco eres una reina. No, a menos que mates a tus hermanos.

—¿Quién tiene tiempo para el asesinato en estos días? —responde Yukiko—. Es mejor simplemente tomar otro reino que esperar a éste.

La insinuación no se pierde. Piensa que puede aguijonearme con el trato que ella y Elian hicieron. Y supongo que puede. Porque no puedo evitar odiar ver cómo él permanece sumisamente a su lado, sin darle una opción a su propio futuro. Utilizándolo para sus planes tortuosos, justo como yo pretendía hacer. Es como un recordatorio de mi vida antes del *Saad*. Antes de que Elian me abriera los ojos frente a lo que significa ser libre. La misma persona que me dio un atisbo de esperanza ahora está dispuesta a sacrificar la suya.

—Deberías tener cuidado —le digo a Yukiko—. La cuestión de tomar algo que no es tuyo es que siempre habrá alguien listo para recuperarlo.

—Supongo que tendré que cuidar mi espalda, entonces.

—No es necesario —le digo—. Yo puedo cuidarla perfectamente.

Yukiko muerde la esquina de su labio, entre divertida y curiosa. Cuando se da media vuelta, le echo un vistazo a Elian. Hay un movimiento peligroso en su sonrisa, y cuento los segundos mientras él me mira. Verde penetrante a través del nuevo blanco del mundo. Hasta que, finalmente, Kye agarra el hombro de Elian y lo empuja hacia delante.

Cuando cae la noche, acampamos en la parte más llana de la montaña. Tiendas fijas al suelo circundan una estación de fogatas. Nos amontonamos a su alrededor y cocinamos los escasos restos de comida que nos quedan. El frío parece peor cuando nos sentamos, así que pasamos nuestras manos sobre el



fuego tan cerca que nos arriesgamos a quemarnos.

El viento gime más fuerte, y la tripulación calienta sus gargantas con el ron que Madrid trajo en lugar de más comida. Cuando la noche se hace más profunda y la risa de la tripulación se desvanece hasta convertirse en una respiración pesada, escucho el sonido del viento, sabiendo que no podré dormir. No con el Segundo Ojo de Keto tan cerca. Mi misión para derrocar a mi madre y el destino de Elían amenazan con entrelazarse, y no puedo cerrar los ojos sin pensar en cómo terminará esta guerra.

Después de un rato, la nieve comienza a caer más suavemente contra la tienda, y en el viento agonizante percibo un par de suaves pasos aproximándose. Los escucho antes de ver la sombra, dibujada en el refugio por el resplandor de mi linterna.

Cuando la puerta se abre, no me sorprende encontrar a Elían inclinado.

—Ven conmigo —dice, y así lo hago.



Nunca he visto las estrellas No de la manera en que lo hace Elían. Hay tantas cosas que no he hecho. Experiencias que él ha vivido que nadie más, especialmente yo, podría soñar. Las estrellas son una de ellas. Son de Elían de una manera que no pertenecen a nadie más.

Él no sólo mira las estrellas, sino que también las imagina. Las dibuja en su mente, creando historias sobre dioses y guerras y las almas de los exploradores. Piensa sobre a dónde irá su alma cuando muera y si se convertirá en parte de la noche.

Me habla de todo esto a la altura de la Montaña de la Nube, con la luna y el viento y el espacio vacío del mundo frente a nosotros. La tripulación está durmiendo, junto con la princesa de Págos. Se siente como si el mundo entero estuviera dormido. Y nosotros, sólo nosotros, estamos finalmente despiertos.

—Nunca le he mostrado esto a nadie —dice Elían.

No se refiere a las estrellas, sino a la forma en que las ve. Son su secreto al igual que el océano es el mío, y cuando habla de ellas, su sonrisa es tan brillante como las estrellas mismas. Me pregunto si alguna vez he tenido esa mirada. Si brillaba en mis ojos cuando pensaba en mi hogar, ondulándome como una ola y

transformándome, cuando era tan fácil transformarme.

—Creo que hay muchas cosas que no le has enseñado a nadie.

No hablamos sobre Yukiko, o sobre el matrimonio que parece tan importante como nuestra guerra. Sólo fingimos que hay algo más que la oscuridad y las elecciones tejidas a partir de la pesadilla que tenemos por delante.

Elian toma aliento. Su mano permanece junto a la mía.

—Tenía la idea de que cuando encontrara el cristal, sentiría algo —dice.

—¿Que te sentirías victorioso?

—En paz. Pero estamos muy cerca, y siento todo lo contrario. Es como si temiera el momento en que abramos esa cúpula.

Algo se mueve en mi pecho. Esperanza, tal vez.

—¿Por qué?

Elian no responde, y eso es suficiente respuesta. A pesar de todo, él no quiere ser responsable de destruir una raza completa, sin importar cuán malvadas él piense que somos. Quiero decirle que yo también lo siento: la sensación de terror mezclada con la llamada del deber. Quiero decirle que no todas hemos nacido monstruos.

El Segundo Ojo de Keto podría destruir a cualquiera de nosotros, y ninguno de nosotros parece querer hacer uso de él. Juego con la idea de revelarle la verdad, como si influyera en él para que se pusiera de mi lado, como él ha influido en mí para ponerme del suyo. Pero parece más un cuento de hadas que lo que el mismo ojo siempre ha sido, porque si le dijera a Elian quién soy, él nunca lo aceptaría. Podría jurarle que he cambiado. O no cambiado, sino que cambié otra vez. A quien era y a quien podría haber sido si no hubiera estado ahí mi madre. Esta humanidad me ha transformado de una manera más profunda que sólo piernas por aletas y piel por escamas. Ahora soy tan diferente en el interior como en el exterior. Siento el horror de lo que he hecho y el deseo abrumador de comenzar de nuevo. Para convertirme en el tipo de reina que creo que Crestell siempre quiso que yo fuera.

Me vuelvo hacia Elian, dejando que la nieve humedezca mi mejilla.

—Una vez me pediste que te dijera algo sobre las sirenas que no supieras —digo—. Hay una leyenda entre ellas que advierte sobre lo que puede suceder si un ser humano toma el corazón de una sirena.

—Nunca la he escuchado.

—Eso es porque no eres una sirena.

—Tú tampoco —dice Elian, igualando mi tono irónico.

Le brindo una sonrisa hueca y continuo.

—Dicen que si algún humano se apoderara del corazón de una sirena, entonces sería inmune a los efectos de su canción por siempre.

Elian arquea una ceja con cinismo.

—¿Inmunidad a la canción de una sirena muerta?

—A la canción de cualquier sirena.

No sé por qué le estoy diciendo esto, salvo por la esperanza de que si esta guerra no termina, entonces lo menos que él puede hacer es sobrevivir. O tener una oportunidad.

—De acuerdo con las historias —digo—, la razón por la que las sirenas se disuelven tan rápidamente en la espuma cuando mueren es para evitar que suceda algo así.

Elian reflexiona.

—¿Y crees que eso es posible? —pregunta—. ¿Si de alguna manera lograra sacar el corazón de una sirena antes de que se derrita, entonces sería capaz de enfrentar a cualquier otra sin tener que preocuparme por caer bajo su encantamiento?

—Supongo que no importará —digo—, si planeas matarlas a todas de cualquier forma.

Los ojos de Elian pierden un poco de luz.

—Creo que entiendo por qué las familias originales no utilizaron el cristal cuando se creó por primera vez —dice—. El genocidio no parece del todo correcto, ¿cierto? Tal vez una vez que matemos a la Reina del Mar, será suficiente. Es posible que todas se detengan. Tal vez incluso la Perdición de los Príncipes se detendrá.

Vuelvo la mirada al cielo y, en silencio, pregunto:

—¿En verdad crees que los asesinos pueden dejar de ser asesinos?

—Quiero creerlo.

Su voz suena tan lejos del príncipe confiado que conocí hace tanto tiempo. Él no es el hombre que comanda un barco o el chico nacido para liderar un imperio. Él es ambos y ninguno. Él es algo que existe en el medio, donde sólo yo puedo ver. Una fractura en el mundo donde está atrapado.

El pensamiento enciende algo dentro de mí. Aparto la mirada de las estrellas y me vuelvo hacia él, con la mejilla húmeda sobre la manta empapada de nieve. Elían se parece mucho a las aguas que saquea. Inmóvil y tranquilo en la superficie, pero con la locura corriendo por debajo de ella.

—¿Y si te dijera un secreto? —pregunto.

Elían se vuelve hacia mí y, de repente, sólo mirarlo duele. Un peligroso anhelo brota, y en mi mente me reto a mí misma a decirle una y otra vez. Revelarle la verdad y descubrir si los humanos son tan capaces de perdonar como de vengarse.

—¿Y qué pasaría si me lo dijeras?

—Cambiaría la forma en que me viste. Elían se encoge de hombros.

—Entonces no me lo digas.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué pasa si necesitas saberlo?

—La gente no dice secretos porque alguien necesita conocerlos. Lo hacen porque necesitan a alguien a quién contárselos.

Trago saliva. Siento que mi corazón late tan fuerte que incluso él podría escucharlo.

—Entonces, te pediré algo.

—¿Que guarde un secreto?

—Que me hagas un favor.

Elían asiente, y me olvido de que somos asesinos y enemigos, y que cuando mi identidad sea revelada, él podría tratar de matarme. No creo que Yukiko lo reclame como un premio del que no conoce el valor. Y no pienso en la Reina del Mar ni en la traición. Pienso en mi corazón humano, que de repente late tan rápido, demasiado rápido, y en la arruga entre las cejas de Elían mientras espera mi petición.

—¿Alguna vez vas a besarme?

Lentamente, Elían dice:

—Eso no es un favor.

Su mano se mueve al lado de la mía, y siento una ausencia repentina. Y luego está en mi mejilla, sosteniendo mi rostro entre sus manos, acariciando mi labio con el pulgar. Se siente como lo peor que he hecho y lo mejor que he podido hacer, y lo extraño es que ambas cosas son lo mismo.

Qué extraño que en lugar de tomar su corazón, esté esperando que tome el mío.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? —pregunta.

—Dijiste que era más encantadora cuando estaba inconsciente —Elian ríe y está tan cerca que siento que su cuerpo se estremece contra el mío. Puedo ver cada cicatriz y peca de su piel. Cada veta de color en sus ojos. Me lamo los labios. Casi puedo saborearlo.

—Pregúntame otra vez —dice.

Presiona su frente contra la mía, su aliento se rompe en mis labios. Cierro los ojos y lo inhalo. Regaliz y sal marina y, si me muevo, si respiro, entonces este frágil instante entre nosotros desaparecerá con el viento.

—Sólo hazlo ya —digo.

Y lo hace.

## TREINTA Y CINCO

El camino termina en agua, tal como comenzó.

Con Yukiko como nuestra guía navegando con nosotros por su ruta sagrada, cortamos nuestro viaje a la mitad, sin perdernos ni vacilar un solo instante. Ella nos conduce a campamentos con fogatas lo suficientemente brillantes como para quemar un agujero a través de la montaña misma, y por senderos que cortan tanto a través del tiempo como de la montaña. Rutas más rápidas, cursos más rápidos, senderos llenos de atajos. Tecnología que incluso a veces nos transporta una parte del camino. No es de sorprender que la realeza de Págos sobreviva a la escalada con tantos trucos a su disposición. Tampoco es una sorpresa que cualquiera que no sea de su linaje no lo logre.

Aunque odio encontrar puntos en común con gente como Yukiko, tengo que admitir que la estafa de su familia es astuta. Usan todo lo que pueden para perpetuar la leyenda de sus orígenes, asegurando la lealtad de su gente aunque sólo sea a través del temor reverencial. No es una mala mano para jugar. Como Elian y su sangre dorada. O yo y el poder mortífero de Keto. Aunque en mi caso, la leyenda resulta ser cierta.

Me detengo, el resto de la tripulación todavía está junto a mí. La mano enguantada de Elian se cierne peligrosamente cerca de la mía, y aunque siento que el aire chispea y se calienta entre nosotros, no lo miro. No puedo. Sólo puedo ver al frente y mis pies se entierran más en la nieve entre más tiempo permanezco quieta. Pero tampoco puedo moverme. Frente a mí, hay maravillas. Ahí está el palacio, tallado a partir de los últimos alientos de mi diosa Keto.

Aunque estamos a no más de ciento cincuenta metros de la cima de la

montaña, nos encontramos en la base de un gran cañón, rodeado de canales de agua que caen sobre un montículo de piedras negras. Parecen los restos de una avalancha. Cuando el agua choca contra ellas, crea una gran cantidad de vapor que sisea a medida que se eleva, antes de finalmente disiparse en las nubes. En medio de la espuma, las rocas flotan sin rumbo fijo en los bordes de una gran fosa, como límites para mantener dentro el agua milagrosamente descongelada. En el centro, rodeado de islotes de nieve, está el palacio. Es un iceberg que se eleva a la altura de las cascadas, con ventanas hechas de viento sólido y campanarios ornamentados que se curvan y sobresalen en ángulos poco habituales. Es un cuerpo de nieve esculpida, una fortaleza de pendientes y bordes que eclipsa la gloria de la montaña misma.

Un camino de hielo roto conduce al palacio, pero está demasiado fragmentado e inestable para garantizar el paso seguro de un ejército de cien personas. En su lugar, encontramos un grupo de grandes botes de remos amarrados a la orilla de la fosa, donde el agua está más tranquila, lejos de los tres lados de la cascada que nos rodea. Nos repartimos entre las embarcaciones y remamos hacia la boca del palacio; nuestro bote es empujado tanto por la fuerza de Torik como por las vigorosas ráfagas de viento que nos impulsan hacia delante en una tortuosa línea.

Cuando descendemos, el palacio se eleva una legua por encima de nosotros, y tengo que arquear mi espalda sólo para tener una mejor vista. Pero no hay tiempo para asimilarlo, o preguntarse cómo es posible que un palacio construido a partir de tormentas de nieve parezca ser de alguna manera más cálido. Un grado o dos por encima del resto de la Montaña de la Nube. Yukiko avanza con determinación y la seguimos hacia las profundidades del iceberg, usando la luz de su antorcha como guía cuando camina demasiado rápido para que podamos mantener su paso.

Las paredes brillan como salones de espejos, de modo que súbitamente nuestro grupo se duplica. Se triplica. Todo lo que veo son rostros y espirales de aliento que se mezclan entre nosotros como niebla. No podemos evitar quedarnos un poco atrás, caminar más despacio mientras intentamos descifrar qué es un reflejo y qué, en verdad, Yukiko. Cuando nos rezagamos mucho y ella dobla una esquina demasiado lejos, nos vemos forzados a entrar en una breve oscuridad. La mano de Elian encuentra la mía. Él aprieta, sólo una vez, y todo en

mí se acelera. Entra en calor. Mi cuerpo se inclina hacia él y presiono mi mano libre contra las paredes del glaciar. Cuando doblamos la esquina, la luz de Yukiko ilumina nuestros rostros una vez más.

No suelto la mano de Elian.

Yukiko se detiene ante una gran pared de hielo que brilla contra el calor de su llama y nos regresa nuestros rostros. Engancha la linterna en un pequeño soporte y da un paso atrás.

—Ya estamos aquí —dice.

Elian me echa una mirada rápida y luego se quita la llave de su cuello y se la entrega a Yukiko. Sus ojos están impacientes mientras ella la sostiene contra un hueco en la pared. Los espejos inclinados reflejan perfectamente los patrones del collar, desde cada espiral adornada hasta su envoltura de garras. Es la cerradura perfecta para nuestra llave, y cuando Yukiko presiona el collar contra la pared, suena un clic al ajustar perfectamente en el lugar.

La nieve cae del techo y corre desde las paredes como agua. Se produce un fuerte gemido, y luego el grueso panel de hielo se desliza hacia atrás y revela una caverna demasiado grande para estar dentro de este palacio.

Elian entra como el explorador sediento que es. Lo sigo rápidamente, sin prestarle atención a la princesa que rozo al pasar. Por todas partes es azul. Gruesos troncos de escarcha presionan contra el techo y luego vuelven a caer en forma de hojas. Surgen de las paredes como ramas, venas de hielo que pavimentan el piso como raíces. Es un bosque de nieve y hielo.

La tripulación camina lentamente y mira a su alrededor con grandes ojos llenos de asombro. A diferencia del resto de este iceberg, la caverna es verdaderamente un lugar bello. Un lugar tocado por Keto. Pero Elian no se maravilla de lo que lo rodea. Mira fijamente hacia delante, al centro de la cúpula.

Un campanario de agua oceánica flota en una mezcla perfecta de esmeralda y zafiro, y la reconozco al instante como agua del mar Diábolos. De mi hogar.

En su corazón está el Segundo Ojo de Keto.

No es como nada que haya visto antes. Ni siquiera el ojo del tridente de la Reina del Mar es comparable, con su forma tan toscamente recortada y su color atenuado por décadas bajo el agua. Esta piedra no se ve afectada por nada de eso. Tallada en un círculo perfectamente geométrico, está teñida con los ojos floridos de mi madre y los litros de sangre derramados en su nombre.



El campanario que lo alberga es una sólida escultura de hielo, pero cuando Elían extiende la mano para tocarlo, no retrocede. No está congelado, sino suspendido. En el tiempo, en su lugar.

—No podemos derretirlo, entonces —dice Elían.

—No podemos romperlo —insiste Yukiko—. Eso podría rajar el cristal.

Elían se vuelve hacia ella.

—Dudo que podamos romperlo de cualquier forma. Incluso se *siente* impenetrable.

Yukiko sacude la cabeza con furia.

—Tenemos que abrirlo —dice ella—. El ritual. ¿Cuál es?

Todas las miradas se vuelven hacia mí, y tomo aliento, preparándome. Éste es el momento por el que he estado trabajando. El motivo por el que manipulé todo para volver a la nave de Elían. Miro a Elían y cómo su cabello se riza alrededor de sus orejas; sobresale de una manera que muestra cada momento que ha dormido en una tienda de campaña húmeda. El ceño fruncido que llega hasta su mandíbula. El ridículo olor a regaliz cuando él suspira.

Estoy demasiado cerca.

Me aclaro la garganta.

—Sangre de sirena —digo.

Elían se vuelve hacia mí.

—¿Qué?

—¿Crees que cualquiera puede blandir el Cristal de Keto? —pregunto—. Tiene que ser un guerrero digno de su magia.

—Un guerrero —dice.

—Un asesino de sirenas.

Mentiras y mentiras, todo mezclándose con medias verdades en mi lengua.

Kye levanta sus manos en el aire y se adelanta.

—¿Y de dónde se supone que obtendremos sangre de sirena? —pregunta—. ¿Por qué esperaste hasta ahora para decirnos eso?

—No habría cambiado nada cuándo nos lo dijera —dice Madrid, mirándose con una expresión ilegible—. Las sirenas no tienen sangre, tienen ácido. No lo podemos capturar si se convierte en la espuma de mar, e incluso si lo hiciéramos, carcomería todo lo que la contuviera.

—Tu cuchillo —señalo el cinturón de Elían—. Es lo único en esta tierra que

puede llevar la sangre de una sirena.

—No la lleva —dice Elian—. La bebe.

—La absorbe —corrijo—. ¿No me digas que no te has dado cuenta de que con cada sirena que matas se siente más fuerte? ¿Más pesado?

Elian se queda en silencio.

—¿Cómo lo sabes? —Yukiko ladea su cabeza—. Hay algo acerca de ti que no logro identificar.

La ignoro y mantengo mi atención en Elian. Sus cejas se arrugan, y sé que en este momento duda de mí. Que aun cuando yo estoy ignorando a Yukiko, él no. Está sospechando, tal vez siempre lo ha hecho, y aunque tiene todo el derecho de hacerlo y una parte de mí está orgullosa de él por ello, duele de igual manera. No puedo ser confiable y me mata que él lo sepa.

De cualquier forma, no puedo dejar que sea él quien libere el ojo.

Le brindo una sonrisa despreocupada.

—Te dije que sería útil que yo estuviera cerca.

Elian saca el cuchillo de su cinturón y lo sostiene hacia la luz de la caverna. Gira la hoja en su mano y da un paso hacia mí. Considero retroceder, pero me mantengo firme en mi lugar. Retirarme ahora sólo me haría parecer culpable.

—¿Bien? —pregunto.

—Y bien, nada —dice—. Confío en ti.

Hace una pausa, como esperando que yo lo contradiga y le asegure que es un error. Lo más ridículo es que quiero hacerlo. Siento el impulso de decirle que nunca debería hacer algo tan estúpido como confiar en mí. Pero no digo nada, y entonces Elian se dirige a las aguas heladas del Diábolos y clava su cuchillo en el centro.



Se suponía que me debía sentir feliz cuando fallara.

La sangre dentro del cuchillo ya se ha ido. Bebida y transformada en la magia que lo hace invencible y le permite absorber la vida de una sirena. Lo sabía, pero le di esperanzas a Elian, porque eso es lo que hacen los mentirosos cuando no quieren ser atrapados. Y tenía que dejarlos pensar que creía que el cuchillo funcionaría, porque ¿por qué habría esperado hasta ahora para decirles

que la sangre era la clave?

Tuve que dejar que Elian fallara para que yo pudiera tener éxito. Sólo que se suponía que no debía sentirme tan mal.

Han pasado las horas, y estoy segura de que debe ser de noche. En todo caso, la tripulación duerme en varias cámaras pequeñas fuera de la cúpula. Centinelas e intrusos. Están decididos a no irse hasta que encuentren una forma de liberar el ojo. Si la determinación de Elian no fuera suficiente, la furia de Yukiko los habría mantenido a todos allí de cualquier forma.

*Inténtalo, dijo ella. Intenta irte sin la gloria que le prometiste a mi hermano.*

Agarro la liviana espada y miro hacia el Segundo Ojo de Keto, suspendido en el agua de mi hogar. Contra mi piel, el collar de caracola de mar grita. Anhela reunirse con el poderoso mar que la creó. Puedo sentirlo también: la constante atracción de Diábolos extendiendo sus brazos para llevarme a su estela.

Agarro mi espada y la limpio en mi palma.

Me mantengo indiferente mientras la sangre escurre por el brazo y cae sobre el ojo. No hay dolor abrasador ni frío ácido sin fin. Es cálida y roja y muy humana. Y aun así.

Cuando la sangre toca el agua, ésta se disuelve. La parte superior de la columna se pliega sobre sí misma, derritiéndose y creando una abertura lo suficientemente grande para que yo pueda alcanzar el interior. Levanto la piedra y suspiro. Se ve tan pequeña ahora, pero puedo sentir el poder que corre a través de mí. El potencial del salvajismo. Casi quema en mi mano.

—Todo el tiempo, sentí algo en ti.

Giro, apretando fuertemente el ojo en mi puño.

—Sabía que algo no estaba del todo bien —dice la princesa Yukiko. Olfatea el aire como si pudiera oler al monstruo que habita en mí—. No eres del todo humana.

Envaino la espada y mantengo mi voz baja.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Probablemente no, pero digámoslo de cualquier forma. Eres una de ellas, ¿cierto? Una sirena.

No respondo y parece tomar esto como una respuesta. Sonríe, sus finos labios se curvan hacia arriba y sus mejillas se redondean.

—¿Cómo conseguiste este disfraz? —pregunta—. ¿Cómo es posible?

Rechino los dientes, odio la forma en que me mira, como un pez en un anzuelo. Como si yo fuera algo que debiera ser examinado y estudiado, en lugar de temido. Ella camina hacia mí, dando vueltas hasta que se coloca en el otro lado de la torre congelada.

Le lanzo una mirada fulminante.

—La Reina del Mar parecía pensar que era más un castigo que un disfraz —digo.

—¿Y robar el cristal es tu redención? —pregunta. Todavía con curiosidad, carente de miedo—. Me pregunto qué crimen cometiste para merecer algo así.

—Nacer fue el comienzo —digo—. A la Reina del Mar nunca le ha gustado la competencia.

Como si nada, la sonrisa abandona los labios de Yukiko y algo nuevo se dibuja en su lugar. Asombro, reemplazado por conmoción. Maravilla, por incertidumbre. Curiosidad, por miedo.

—Tú eres ella —dice Yukiko—. La Perdición de los Príncipes.

Su expresión se mantiene vacilante por un momento más y luego, igual de rápido, la duda deja su rostro. Ella sonríe, astuta y sagaz.

—¿Tú de entre todas las personas no lo sabías? —pregunta.

Me lleva demasiado tiempo darme cuenta de que ya no está hablando conmigo.

Giro mi cabeza hacia la entrada de la cúpula, hacia donde se encuentra Elian. Su rostro está relajado e inexpresivo, sus ojos miran fijamente el ojo en mi mano. Palidezco y mi corazón se aquieta en mi pecho. De pronto, nada se siente sólido a excepción del aire que se aloja en mi garganta.

*Confío en ti.*

Por un momento contemplo la lastimosa idea de que tal vez él no haya escuchado. Pero cuando sus ojos se clavan en los míos, sé que él sabe. Sé que ha reconstruido el rompecabezas que yo me esforcé tanto en destrozar. Y cuando busca su espada, sé que esta noche terminará en sangre.

## TREINTA Y SEIS

La Perdición de los Príncipes.

No hay nada más allá de esas cinco palabras. El mundo se aquieta y rebusco en mis recuerdos: una pista, un signo, un *rastro*. En lugar de encontrar sólo vacío, lo que descubro es la idea de que soy un tonto.

Rescatamos a Lira en medio del océano, sin otro barco a la vista. Cuando por primera vez tomó conciencia, había algo inexplicablemente cautivador en ella, roto sólo en el momento en que intentó atacarme. Ella habló *psáriin* en la cubierta de mi barco. Y, dioses, esa sirena. ¿Qué había dicho ella? *Parakaló*. Ella suplicó por su vida y yo no pensé en cuestionarlo, a pesar de que ninguna sirena lo había hecho. Por supuesto que ella suplicaría. No a mí, sino a una de las suyas. A su princesa.

—¿Tú de entre todas las personas no lo sabías? —pregunta Yukiko.

No respondo.

Sabía que Lira escondía algo, pero nunca imaginé que se tratara de esto.

Mi mano vuela hacia mi pecho, presionando contra las cicatrices que yacen bajo la tela de mi camisa. Cicatrices tan similares a las que vi en Rycroft después de que Lira terminó con él. Ese día en Midas, la Perdición de los Príncipes me encontró cuando yo no había podido encontrarla. Dejó que una nereida se ahogara y me clavó las garras en el corazón mientras se preparaba para arrancarlo de mi pecho. Si los vigilantes reales no hubieran venido, ella me habría matado.

Lira me habría matado.

Desenvaino mi espada en el momento en que los ojos de Lira se dirigen a los

míos. Al principio, no estoy seguro de qué es lo que pretendo hacer más allá de sostener el arma con tanta fuerza que se encaja hasta en mis huesos. Pero cuando Lira no se mueve, ni siquiera cuando avanzo cada vez más, sólo se enciende la ira dentro de mí. La traición. Ella ni siquiera tiene la decencia de estremecerse.

—Elian.

Dice mi nombre en un suspiro y pierdo todos los sentidos.

—Voy a matarte —digo.

Incluso como ser humano, Lira es rápida. Más que la mayoría de los luchadores novatos que he encontrado, y mucho más ágil. Es descuidada, pero hay algo primario en eso. Blando mi espada hacia ella y echa el hombro hacia atrás en un movimiento rápido. Se ve conmocionada, pero se recupera lo suficiente para lanzar un golpe en mi dirección. Agarro su muñeca a centímetros de mi rostro y la tuerzo. Con los dientes al descubierto, ella pateo con fuerza brutal. Giro fuera de su camino, pero su pie pega en mi muslo y el dolor sube por mi pierna.

Asiento con la cabeza hacia su cinturón.

—Tu espada —digo.

—¿Te preocupa que esté desarmada? —pregunta.

—No confundas el honor con la preocupación —digo—. Si tengo que hacerlo, te atravesaré indefensa.

Me giro hacia ella otra vez y se aparta torpemente de mi camino. El segundo en que no está al alcance, escucho el sonido del metal.

Lira levanta la espada en un arco perfecto, tal como yo le enseñé, y gruñe.

Ve el animal en ella entonces.

Nuestras espadas gritan juntas. Acero en acero.

Bloqueo cuando Lira da un golpe en el aire, y le agarro la muñeca una vez más. Cuando la doblo con fuerza hacia la izquierda, la espada cae de su mano. Le jalo hacia mí e inmovilizo sus brazos contra su cuerpo. Mi corazón late furiosamente en su espalda mientras se retuerce contra el agarre. Se siente fría, siempre ha sido así, pero el sudor resbala entre nosotros.

—¡Acaba con ella! —grita Yukiko.

Trago saliva y pienso en la espada que está entre nosotros. Mis manos no pueden dejar libre a Lira para obtener el ángulo correcto, y la idea de estar tan cerca, de tener que escucharla jadear y sentir que la vida la abandona, es

demasiado.

No lo soporto.

Pienso en el sabor de su beso, bajo el amparo de las historias de estrellas. Una galaxia entera observó mientras su cuerpo se curvaba contra el mío. Mientras ella me pedía que la besara y eso era todo lo que podía hacer para mantenerme firme.

Lira inclina su mejilla hacia mí ahora y deja escapar un suspiro silencioso.

Luego levanta el codo y lo estrella en mi mandíbula.

La suelto y ella se inclina hacia delante para recuperar su espada. Con una risa sin alegría, presiono una mano en mi boca.

—Ciertamente estás a la altura de tu leyenda —digo.

—Suficiente, Elian —señala su espada entre nosotros como una barrera.

Escupo sangre en el piso.

—Será suficiente cuando estés muerta.

Cuando me lanzo a la carga nuevamente, ignoro todo menos la traición que ruge a través de mí. Aterrizo golpe tras golpe, chocando mi espada contra la de ella. Una y otra vez. Cada ataque grita por el aire, y el tiempo parece avanzar todo de una vez, pero al mismo tiempo no transcurre. Interminables segundos y minutos, hasta que cae de rodillas y el cristal rueda sobre el piso con ella.

Lira no intenta alcanzarlo, y yo tampoco. No puedo hacer otra cosa que preguntarme cuánto tiempo más mantendrá la espada cubierta por encima de su cabeza. Protegiéndola de mi embestida.

Ella toma cada golpe con una mirada muerta en sus ojos. Luego sus codos comienzan a temblar y finalmente su tobillo se colapsa. La cuchilla choca contra el piso frío. Lira se desploma en el suelo, esperando, con expresión indiferente. Dándome la oportunidad que pensé que yo quería.

Aprieta su collar de caracola marina y me estremezco. Es como si ella se estuviera burlando de mí con cada pista a la que estuve ciego. Levanto mi arma de nuevo, sintiendo el acero pesado en mis manos. Puedo cumplir la venganza de Cristian. La venganza de cada príncipe que murió en el océano y de todos los que aún pueden morir. Puedo matarla y terminar con eso.

Dejo caer mi espada.

Lira lanza un suspiro. El sudor le pinta la frente y la mirada inquieta en sus ojos se abre paso a través de mí. Desearía haberla matado. Desearía que ella me

hubiera matado. En cambio, nos miramos el uno al otro, y entonces Lira sacude la cabeza y pateo mis piernas debajo de mí.

Cuando caigo contra el suelo a su lado, ella deja escapar un suspiro de frustración.

—La próxima vez que quieras matar a alguien —dice—, no lo dudes.

—¿No debería yo estar diciéndote eso?

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Yukiko. Me siento cuando la princesa de Págos me mira con el ceño fruncido—. Ella es la Perdición de los Príncipes.

Lo dice como si pensara que podría haberlo olvidado. Como si fuera una posibilidad que dejara vivir a Lira porque realmente soy estúpido y no porque realmente soy así de humano.

Me levanto y me sacudo.

—Estoy consciente —le digo, y agarro ambas espadas del suelo.

—Vino por el cristal —dice Yukiko—. Igual que nosotros.

—Y ahora se irá sin él.

Lira dirige su mirada al Cristal de Keto a unos centímetros de donde está sentada, encorvada sobre el suelo. Pero ni siquiera hace un intento por alcanzar aquello que la trajo hasta aquí.

—Levántate —le digo.

Yukiko se tambalea hacia delante.

—No puedes hacer esto —dice, indignada—. Si tu tripulación no estuviera durmiendo como cadáveres en el otro lado de este palacio, te dirían que no puedes dejarla ir.

Inclino mi cabeza lentamente hacia Yukiko.

—Todavía no eres una reina. No pienses ni por un segundo que tú puedes decirme qué hacer más de lo que ellos pueden.

Limpio la sangre seca de mi boca. Parece que siempre tengo sangre en mí, pero esta noche es una de las pocas veces que es mía. La última vez fue bajo la cubierta de la nave de Rycroft. La última vez era de Lira.

En este momento, Lira se pone en pie y observa lo que haré a continuación. No quiero sentirme sacudido, pero así es. La veo parada allí, esperando mi próxima orden como un miembro leal de la tripulación, y las cadenas que me mantienen entero se rompen como cuerdas.

—Vuelve al lugar de donde viniste —le digo a Lira—. Ahora mismo.



Me agacho para levantar el cristal del suelo y Lira titubea. Veo su sombra moverse con incertidumbre en la tenue luz. El tiempo se arrastra por la habitación como fango.

—Me gustaría que éste fuera el final —dice ella.

Suena más como una advertencia que como una amenaza, si acaso hay alguna diferencia entre las dos. Una premonición de la inevitable batalla por venir. No respondo. Espero a que sus pasos desaparezcan de la cúpula, y sólo cuando estoy seguro de que ella se ha ido, me pongo en pie.

—No puedes dejarla vivir —dice oscuramente Yukiko.

—Tendrá mucho tiempo para morir —palmeo el cristal—, justo al lado de su madre.

Yukiko parece incrédula.

—Te advertí sobre esto —dice—. El amor no es para los reyes. Lo verás pronto, cuando estemos casados.

—Puedes dejar de hablar sobre el matrimonio ahora —le digo—. No va a suceder.

Yukiko me regresa la mirada doblemente aguda.

—¿Un príncipe que se retracta de su palabra? Qué novedoso.

—Te dije que iba a darte una alternativa —la impaciencia se filtra en mi voz—. Puede que no quiera ser el rey de Midas, pero estoy seguro de que no quiero que seas la reina.

—¿Y qué oferta podrías darme que me resulte más atractiva?

Aprieto los dientes. Mis reacciones son todo lo que Yukiko parece querer, y Lira tomó lo último que me quedaba.

—Asumo que sabes de la aflicción de la reina Galina.

—Mi hermano me hizo conocer la información cuando tomó el trono.

—Kardiá está ganando protagonismo a través de acuerdos comerciales con otros reinos. Su reina está demostrando ser popular en el norte. Galina no puede competir si no puede interactuar con su gente por temor a infectarlos. Eidýllio está sufriendo porque ella ha decidido no tener otro marido que le ayude a gobernar.

El desinterés de Yukiko está bien ensayado.

—¿Por qué debería importarme?

—Porque ella no dijo nada acerca de no tomar esposa.

—¿Quieres que me convierta en la reina de Eidýllio? —Yukiko cacarea una risa incrédula.

—*Una* reina —corrijo.

—¿Y por qué Galina estaría de acuerdo?

—Su poder no afecta a las mujeres. Tú serías capaz de establecer vínculos con los otros reinos en su nombre, reuniéndote con dignatarios y diplomáticos. Verías a la gente e inspirarías lealtad. Todas las cosas que Galina no puede hacer.

—¿Y los herederos? —pregunta Yukiko.

—No tiene interés en continuar con su legado maldito.

—Lo has pensado todo —Yukiko prácticamente ronronea—. ¿Incluso hablaste con la reina?

—Galina estuvo de acuerdo en que sería un acuerdo mutuamente beneficioso, en especial, si puede establecer vínculos entre Efévresi y Págos. Y, por supuesto, coloca a Midas en deuda con ella.

—¿Y si me rehúso?

Acomodo mi quijada.

—O te casas con una poderosa reina y gobiernas a su lado, o te quedas en Midas con un futuro rey que cuestionará cada uno de tus movimientos —deslizo el cristal en mi bolsillo al lado de mi brújula—. ¿Quién sabe si sobreviviré hoy? ¿En verdad quieres comprometerte con un príncipe con una sentencia de muerte?

Yukiko me analiza y sé que es irrelevante si es un buen trato o no. En este momento, sólo le importa ganar, pero si lo admite tan fácilmente, no importará si obtiene un poderoso reino como premio. Para ella, perder la imagen es peor que ganar un reino.

—Tengo una condición —dice.

—Por supuesto que sí.

—Cuando llegue el momento, quiero que la Perdición de los Príncipes muera por tu espada.

Mis manos se crispan en mi bolsillo, los nudillos golpean contra la brújula. Así como la dueña del Ganso Dorado es tan inmoral como sus clientes, la princesa exige demandas con el destino de la humanidad en juego.

Recuerdo la imagen de la sombra vacilante de Lira y la mirada en sus ojos cuando se dio cuenta de que sabía la verdad sobre su identidad. Cómo me empujó del camino de la bala de Rycroft y me pidió que la besara en lo alto de

una montaña. Me obligo a recordar que mentir es su mayor talento.

Cubro mi rostro de indiferencia.

—Puedo asegurarte —le digo a Yukiko— que la próxima vez que la enfrente, ni siquiera parpadearé.

Siento que la brújula se estremece contra mi mano y, lentamente, el puntero se mueve.

## TREINTA Y SIETE

Corro más rápido de lo que pensé que podría. A través del laberinto del palacio de hielo y los túneles donde la tripulación de Elian aún duerme. Corro hasta que ni siquiera parece que corro, sino que parezco avanzar como si flotara. Como si volara. Nado a través del laberinto como lo hacía en el océano. Corro hasta que huelo el agua y veo la luz al final del camino.

Elian me dejó vivir, pero fue un pequeño acto de misericordia que desaparecerá en la batalla venidera. ¿Lo hizo porque sabía que no importaba? ¿Porque quería que viera a mi madre morir primero? No quiero aferrarme a la idea de que sea por algo más, pero no puedo evitarlo. Jugueteo con la posibilidad de que la traición de mi identidad no anule el vínculo que se ha construido entre nosotros.

Cuando dejó caer su espada, había un gesto de fatiga al respecto que no puedo encontrar las palabras en ningún idioma para describirlo. La idea de que él no me quiere muerta es imposible, pero me aferro a ella con más desesperación de lo que jamás me he aferrado a nada en mi despiadada vida. Él me besó, después de todo. Acarició mi mejilla con tanta delicadeza y presionó sus labios contra los míos de tal manera que lanzó fuego a través de mí, derritiendo cualquier parte de la montaña que se hubiera adherido a mi piel.

Cosas como éstas no pueden ser olvidadas, del mismo modo que no pueden ser deshechas.

Me libero del palacio de hielo y agarro los remos de uno de los pequeños botes. Alcanzo la otra orilla de la gran fosa sin aliento y aprieto el collar de caracola en mi mano. Los gruesos surcos se presionan contra mi palma mientras

me debato sobre la elección que tengo por delante. Elían pensará que puede usar el ojo para matar a mi madre y a todas las sirenas del océano. Arriesgará su vida, creyendo que tiene un arma, cuando en realidad esa arma es inútil en sus manos.

Con mi sangre cubriéndolo, el ojo no puede tener otro amo.

Hubo muchas cosas que la Reina del Mar me contó sobre el ojo de Keto, pero la que recuerdo con más claridad es ésta: quien sea que libere el ojo se convertirá en su amo. No le mentí a Elían cuando le dije que se necesitaba sangre, pero no era necesario que fuera sangre de sirena. Si él hubiera cortado su mano sobre las aguas, el Segundo Ojo de Keto habría sido suyo. Le habría dado los mismos poderes que el tridente de mi madre le ha dado a ella. Así fue como las familias originales planearon que los humanos derrotarían a la Reina del Mar: una batalla de magia justa.

Meto el collar de caracola marina en la fosa de la misma manera que lo hice en Eidýllio, sólo que esta vez me concentro en la imagen de mi madre. La convoco en mi mente, tan fuerte para que mi llamada traspase una montaña entera y se extienda a través de los mares. Al principio, no estoy segura de que funcione, pero luego el agua comienza a burbujear y, a mi alrededor, el hielo que se esparce por la fosa se derrite.

Arde como un fuego invisible y una ráfaga de agua brota. El negro fluye como sombras que se derraman en la luz. Oigo un zumbido familiar y luego, inconfundible, su risa.

Desde el abismo, aparece mi madre.

Ella sigue siendo hermosa, como lo son todas las reinas de las sirenas, y horripilante de una manera que sólo ella ha logrado ser. Sus ojos queman los míos y sus largos dedos acarician su tridente como si fuera una mascota. Todo el poder en el mundo al alcance de su mano, listo para doblegar a los mares y sus monstruos a su antojo.

Por alguna razón, ahora se ve tan extraña.

La Reina del Mar sonrío con sangre fresca en los dientes.

—¿Tienes algo que decir? —pregunta.

Echo un vistazo hacia atrás, al palacio, esperando que Elían salga disparado en cualquier momento, pero la entrada se mantiene despejada y el agua tranquila, y la Reina del Mar simplemente espera.

—¿Sabes dónde estamos?

Lanza una mirada despreocupada a su entorno, apoyando sus dedos largos y palmeados en el tridente. Apenas hay un ligero parpadeo en sus ojos cincelados cuando responde:

—La Montaña de la Nube.

—Este lago —mi aliento tiembla entre nosotras— es donde estaba escondido el Segundo Ojo de Keto. Seguí al príncipe cuyo corazón querías que tomara y él me condujo hasta aquí. Justo a lo que tú has estado buscando. Yo encontré este lugar cuando tú fallaste. ¿No pudiste sentirlo con todo el poder de tu maldito tridente?

No es hasta que parpadea que me doy cuenta de que estoy gritando.

De repente, cada engaño y excusa que estaba tan segura de poder tramar no parecen importantes. Mi mente está en blanco, salvo por un solo pensamiento: cuán irracionalmente siento que estoy en lo correcto. Cuando las aguas se abrieron, pensé que había algo extraño en ella. Un pequeño cambio durante mi ausencia que no podía identificar. Ahora me doy cuenta de que no es que ella parezca extraña, sino que se ve como una extraña.

La Reina del Mar ríe y el suelo se quiebra a mis pies. Ella se reclina y el agua burbujea para encontrarse con ella como un trono.

—Sigues siendo la misma niña estúpida —me reprende—. ¿Puedo sentir cada taza de agua que un ser humano oprime contra sus labios? ¿Crees que esto es parte de nuestro mundo sólo porque fluye de la misma manera?

La Reina del Mar se raspa un colmillo en el labio.

—Todo es un disfraz —dice ella—. Esta montaña y su fosa no son nuestras. Son de ellos. Los padres originales de esta infestación de reinos humanos. Hecha por el hombre, hecha por la *magia*. No hay nada de nuestra diosa en estas aguas. No hubiera podido salir a la superficie si no hubieras usado la caracola para llamarme. No hubiera sabido que se podía llegar a este lugar.

—Y ahora lo sabes.

—Y cuando me des el ojo, podré llevarlo a las profundidades del Diábolos. Sonrío débilmente.

—Eso suena como un gran plan. Si tan sólo fuera lo que yo tenía en mente.

La Reina del Mar extiende su mano, los dedos están afilados hasta los huesos. Una mano de cuchillos.

—Hija —ordena—, dame el Segundo Ojo de Keto mientras sigo siendo

agradable.

—Eso es imposible, dado que no lo tengo en este momento.

El rostro esculpido de la Reina del Mar se quiebra. Hay un pequeño movimiento en el surco de sus cejas y en sus labios apretados, demasiado repentino para ser una sonrisa. Ella inclina la cabeza, estudiando mi postura rígida. Evaluando este cambio repentino en mí. Todavía la niña insolente, pero con algo mucho más engañoso en mi mirada.

Lentamente, la Reina del Mar se arquea hacia delante. Sus ojos brillan contra la luz.

—¿Dónde está?

Invoco las partes de mí que mejor aprendí de Elian. La bravuconería bien ensayada que procede de un don para la supervivencia y la idea de que la suerte nunca terminará. Sólo por esta vez, quiero ver algo verdadero de ella. Una reacción que no haya medido ni calculado.

—Está con el príncipe que vino a buscarla —digo—. Dejé que la tuviera a cambio de mi vida.

Siento el impacto del suelo antes de darme cuenta de la sangre. Cuando abro la boca para respirar, ésta se acumula desde mi nariz hasta mi lengua.

—¡Basura insolente! —chirría la Reina del Mar.

Sus tentáculos se agitan salvajemente, golpeando el aire entre nosotras. La siento hervir contra mi piel mientras ella cierra un tentáculo alrededor de mi cuello y estruja.

—¿Crees que tu vida vale más que ese ojo?

Mi madre se lanza hacia delante y sus uñas cortan mis muñecas como navajas. Intento liberarme, pero la sujeción es irrompible. Cuanto más lucho, más fuerte presiona, hasta que siento que con un solo movimiento más mis huesos se romperán.

Tira de mí por el camino, cada vez más cerca del palacio de hielo. Mis articulaciones se rompen con cada sacudida violenta, con los pies arrastrándose a lo largo del agua. Mi garganta quema, pero no dejo que mi sonrisa vacile. No hago nada salvo esperar hasta que ella se detenga y me arroje al suelo.

Ni siquiera pienso en decirle que fui yo quien liberó el Ojo y que cuando me reúna con él, su poder me pertenecerá. Admitir eso pondría en riesgo la vida de Elian. En este momento, mi madre lo ve como una amenaza y eso es

exactamente lo que necesito.

*Desviar la atención*, dijo Elían. Él estaría orgulloso de ver lo bien que he aprendido.

La Reina del Mar me mira como si yo fuera una enfermedad.

—¿Crees que tu vida vale algo?

—Quizá no para ti —digo. Ladeo la cabeza y escupo—. Pero para él podría ser.

—Sabía que eras débil —dice—, pero nunca me di cuenta de cuánto. La heredera del reino marino de Keto, a quien tuve que vencer en la brutalidad. Quien antes vería ahogarse a un joven príncipe que arrancarle el corazón mientras aún latía. Quien lloró mientras asesinaba a mi hermana.

Al mencionar a Crestell, mi pecho se acelera. La Reina del Mar me mira como si fuera una cosa lastimosa, no más su hija, sino cualquier otra criatura en su dominio. Todo lo contrario al modo en que Crestell miró a Kahlia cuando le salvó la vida.

—Pensé que la había arrancado de ti —dice la Reina del Mar—. Sin embargo, mira cuánto sobrevivió. Como una plaga, esta humanidad te infectó mucho antes de que yo te robara tus aletas.

—Lo tomaré como un cumplido —digo—. Querías que aprendiera una lección a través de este castigo y eso hice. Sé que el príncipe no es mi enemigo. De hecho, es justo una versión más honorable de mí —miro sus ojos como cristales de piedra—. Y en otra vida, si alguna vez tuviera una elección sobre quién ser, tal vez habría sido como él.

—¡Basta! —exige ella—. Me darás lo que es mío antes de que te mate.

—No —digo—. Creo que primero tomaré lo que es mío.

Un sonido burlón perfora sus labios.

—¿Quieres mi corona?

—Es mi corona, en realidad.

Las puntas de sus colmillos brillan a la luz del día.

—¿Crees que puedes matarme, Lira? —pregunta—. ¿Justo a la que te trajo a este mundo?

No hay miedo, sólo curiosidad. Cubierta de tanta diversión como incredulidad.

—Si estuviéramos en el océano, tendrías un ejército —digo—. Pero ésta es la



Montaña de la Nube, el punto más alejado de casa. En este lugar, con Elían y su tripulación, eres prácticamente carroña.

—¿Elían? —dice su nombre con bilis en la boca—. ¿Tú y tu sucio príncipe humano creen que necesito el océano para combatir con mi ejército? Donde sea que vaya, mi poder me sigue y ellas también. Si en verdad quieres terminar esta guerra, entonces te complaceré. Como madre, debo concederle a mi hija su deseo.

Ella hunde su tridente profundamente dentro del agua, mirando cómo mi rostro se contrae. Lo negro supura desde la columna del tridente como lágrimas. Se borra a través de la fosa y luego flota a unos centímetros, formando grandes círculos oscuros al otro lado del camino. Portales a Diábolos.

Una mano atraviesa el primero, muy cerca de mis pies. Luego otra. Un ejército completo continúa, y el agua gime con esta magia oscura, temblando cuando una a una las sirenas se abren paso hacia la montaña. Garras, dientes, aletas y fríos, fríos ojos.

Y luego, no muy lejos de mí, la visión de algo mucho peor.

Siento el poder del ojo antes de ver a Elían salir del palacio con su tripulación como una hueste alineada detrás de él. Inspecciona el ejército en ascenso con una mirada llena de asombro y horror en partes iguales. Dejo escapar un suspiro, e incluso desde aquí puedo oler su aroma de pescador en la brisa. Lastima partes de mí que ya están en carne viva.

Como si pudiera sentirlo, los ojos de Elían encuentran los míos. Parece cansado pero listo para la guerra. Siempre preparado para lo que está por venir, incluso si se trata de la muerte. Mientras me mira, algo extraño cruza sus ojos de trueno. Incertidumbre. Alivio. Sentimientos encontrados, ante los que sólo puedo fruncir el ceño en respuesta. Sea lo que sea, desaparece demasiado rápido para que pueda descifrarlo.

Abro mi boca para llamarlo —para advertirle que corra, o que se esconda, aunque sé que él no haría ninguna de las dos cosas—, pero entonces parpadea y su expresión se agudiza. Puedo decir con sólo esa mirada que la Reina del Mar desgarró su propio camino en la línea de visión de Elían. En el momento en que se miran uno a la otra, mi corazón se sacude contra mis costillas.

Las sirenas crecen en número, preparándose para el ataque, y sé que ninguna de ellas usará su canción para que Elían y su tripulación encuentren paz. Esto no

es una cacería, es la guerra. Y querrán una matanza justa. Una victoria lo suficientemente brutal para enorgullecer a su reina.

La Reina del Mar se curva hacia abajo, con sus tentáculos rozando mi mano y sus labios como vidrios rotos en mi oreja.

—Niña estúpida —susurra, y luego, como si fuera lo peor que pudiera decir —, estúpida niña humana.

## TREINTA Y OCHO

El agua está negra de sirenas y el mundo sigue.

Esparcen hollín en la montaña con su presencia casi demoniaca, y cuando el sol lucha para elevarse más, magullan el cielo. Hay una retahíla de siseantes e infernales gritos cuando las sirenas desgarran el camino hasta alcanzar la superficie del agua, con sonrisas impías y seductoras. No puedo evitar quedar hipnotizado. Son criaturas hermosas. Hechizantes y mortíferas. Ni siquiera cuando afilan sus colmillos en sus labios y se pasan las manos con garras a través de su cabello líquido, consigo apartar la mirada.

Todo acerca de ellas es horrible, pero nada acerca de ellas es repugnante.

La fosa se extiende casi un kilómetro en cada dirección, y las sirenas parecen llenarlo todo. Debe haber un par de cientos de ellas, superándonos en número: dos a uno.

—Dioses —la voz de Kye suena aturdida—. Están por todas partes.

—Ya nos dimos cuenta —Madrid alinea la vista de su ballesta—. ¿Qué vamos a hacer, capi?

—Compórtate de la mejor manera —respondo.

Ella baja su ballesta y frunce el ceño.

—¿Qué?

Asiento con la cabeza hacia el centro del caos.

—Estamos en presencia de la realeza.

La Reina del Mar es una visión frente a nosotros, con amplios tentáculos de medianoche y su hija, como emisaria presta a su lado. Una díada formidable. Independientemente del nuevo manto de humanidad de Lira, cuando se para

junto a su madre, parece que ambas pueden carbonizar la luz del día.

La Reina del Mar flota en el agua, Lira sigue el camino inestable a su lado. Cuando ella me alcanza, me doy cuenta de que sus ojos son del mismo color que sus labios.

—Asesino de Sirenas —dice la Reina del Mar, a modo de saludo.

Cuando habla, incluso esas pocas palabras y en mi idioma, suena como nada de lo que haya escuchado. Sucia y detestable, seductora y repulsiva. La melodía me provoca una especie de melancolía diabólica. Es como si ella hablara en cantos fúnebres.

—Su Majestad —hago una reverencia lo suficientemente inclinada para que mis ojos nunca la abandonen.

—Lira —Madrid sacude la cabeza, la traición empapa su voz—. No puede ser verdad, ¿cierto? Eres una de nosotros.

La risa de la Reina del Mar burbujea como agua.

—Pronto aprenderás que mi hija no tiene lealtad —tuerce los ojos hacia Lira—. Ella no es más que una traidora.

—Lo sabía —dice Kye, aunque no hay satisfacción en su voz—. Sabía que no deberíamos confiar en ti y lo hice de cualquier forma. ¿Estuviste jugando con nosotros todo este tiempo?

Es una pregunta: no puede creerlo. No lo hará, a pesar de todas sus sospechas, hasta que Lira lo confirme por sí misma. Pero ella no responde. Ya sea porque no le importa lo suficiente o porque hay demasiado por decir, no estoy seguro. Pero ella no lo mira a él, o a ninguno de nosotros, o a mí. Sus ojos están fijos en su madre. Dando vueltas sobre ella. Cada vez que la Reina del Mar se mueve, los hombros de Lira se mueven hacia nosotros.

—Tienes algo mío —dice la Reina del Mar.

El cristal retumba en mi bolsillo.

—No se preocupe. Planeo devolverlo.

La Reina del Mar inclina su cabeza, con los brazos extendidos en un gesto provocador.

—Entonces, por supuesto —dice ella—, comencemos.

Me impulso hacia delante.

La Reina del Mar se desliza fuera de mi vista en un elegante movimiento, y una vez que está fuera del camino, su horda asciende. Las sirenas se dispersan

desde el agua, saltando sobre mi tripulación y gritando mientras sus uñas y dientes hurgan en cualquier carne que pueden encontrar.

Lira se zambulle a un lado, y unos cuantos de mi tripulación corren tras ella. Intento no perderla de vista, pero hay demasiadas espadas y cuerpos, y en sólo unos segundos la dejo de ver.

Pero sí veo a la reina. Se sitúa en el centro de la fosa sobre una línea de hielo que rompe el agua como una pequeña isla. Con el Cristal de Keto en mi poder, dejaré que sus sirenas hagan el trabajo sucio. Viendo cómo ellas se sacrifican por su tesoro, sin arriesgar nunca su propio cuello.

Si puedo acercarme lo suficiente a ella, entonces podré usar el cristal para devolverla al infierno del que llegó.

Me lanzo dentro y fuera de sirenas que brincan, con mi tripulación pisando mis talones. Hundimos nuestras espadas en ellas, con cuidado de evitar los chorros de sangre ácida. Kye grita algo, y yo me giro justo a tiempo para verlo estrellarse contra el suelo, con una sirena sobre él. Madrid la pateo antes de que la sangre tenga tiempo de hacer daño, y jala a Kye para que se levante de nuevo.

—¡Continúen! —grita Yukiko, señalando a la reina con su espada—. Las detendremos.

Ella es el epítome de una princesa de Págos en ese momento, por encima de las reservas de celos y ofertas de poder. Una guerrera pura y salvaje, como cada uno de sus hermanos y los reyes y reinas que los precedieron. Lanza su espada sobre su cabeza, dándole vueltas por el aire con la fuerza suficiente para crear una tormenta. Está lista para matar.

—¡Vamos! —ruge Kye.

Él me empuja hacia delante y Madrid abre fuego para cubrirnos, por detrás de nosotros. El sonido de disparos y gritos estremece la montaña. Con cada paso que damos, otro miembro de mi tripulación se ramifica para hacer la guerra a una sirena. Están por todas partes, brotan del agua y se deslizan por el suelo como serpientes. Corro más allá de tantos cuerpos, mis botas se resbalan por el hielo y la muerte, hasta que una legión de gritos diabólicos me detiene en seco.

Un grupo de seis sirenas saltan del agua y sus uñas brillan como dagas. Aterrizan como gatos, con las aletas dobladas en medio y las manos arqueadas como garras.

—¡Cuidado! —grita Kye, y Madrid gruñe a su lado.

—Lo sé —dice ella, acribillando a las criaturas mortales con flechas—. No estoy ciega.

Las sirenas se lanzan fuera del camino, engañosamente ágiles incluso en tierra. Sus agallas se expanden contra sus costillas desnudas, revelando la frágil carne cruda que hay debajo.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta Kye, y Madrid le da un codazo en el costado antes de empujar la ballesta al suelo y desenvainar su espada.

Atacamos con más brutalidad que nunca.

Voy por la garganta antes de que cualquiera de ellas pueda abrir la boca para cantar. A nuestro alrededor, las canciones de cuna se estrellan y resuenan junto a los gritos que piden piedad, pero hay demasiado ruido para que provoquen algún efecto más allá del mareo. Demasiada muerte para que sus canciones tomen forma. Aun así, no me arriesgaré. Una nota y podrían enviarnos a la locura.

Arremeto con mi espada y corto una yugular. Y luego otra. Llegan rápidamente, como cabezas de Hydra. Cada vez que dejo una sirena cercenada en el suelo, otra salta en su lugar.

Una de ellas apuñala a Kye, y le clava las uñas en la rodilla. Su dedo va tan lejos, que creo que el resto de su mano va a continuar, pero él presiona una pistola contra la sien y cuando ella cae sin vida al suelo, él logra sacar su pierna sin siquiera una mueca.

—¡Adelante! —grita Madrid, arrojando el brazo de Kye sobre su hombro. Ella hunde su espada en la boca de una sirena—. ¡Vamos por la reina!

Corro a toda velocidad, rodando al suelo para esquivar otra sirena que salta hacia mí. Puedo sentir mi piel hirviendo bajo la manga de mi camisa cuando la apuñalo. Sangre de sirena, carcomiendo todo a su paso. Arranco la tela y pongo nieve sobre la piel quemada antes de continuar.

Las balas caen en cascada a mi alrededor, disparadas por el aire como fuegos artificiales. El agua está infestada de ellas, junto a los cuerpos flotantes de las sirenas. Escucho el llanto de la batalla, el llanto de la muerte. Mi tripulación está muriendo, las sirenas están muriendo, y parece que ni siquiera puedo distinguir qué gritos pertenecen a quién.

Estoy jadeando cuando finalmente alcanzo el fondo de arena en el agua. Mis pies caminan sobre él, pero apenas tengo la oportunidad de acercarme lo suficiente a la Reina del Mar antes de que algo se estelle contra mí y me levante

del suelo. Un instante después, mi mejilla se estrella contra la tierra.

No es una sirena. Es un tritón.

La criatura da media vuelta hacia el agua y ruge con los dientes serrados de un tiburón. Vacilo un poco, pero cuando ataca de nuevo, ya estoy listo. Soy un tornado de acero y furia, cortando limpio en su carne de goma, a través de su pecho y su profundo estómago acanalado. Pero el tritón no cede sin importar cuánta sangre derrame.

Me agarra por la garganta con una mano palmeada y ruge lo suficientemente fuerte como para romperme los oídos. Dejo caer mi espada. Los bordes de sus filosos dedos hieren mi cuello y me levanta otra vez del suelo con un brazo musculoso. Me revuelvo y busco a ciegas antes de quedarme sin aliento. Cuando mis manos se cierran alrededor del cuchillo que parece gritar, no pierdo el tiempo.

Golpeo mi cuchillo en la base de su barbilla y lo levanto hasta que la hoja choca contra el hueso. El poder aumenta a través del acero, como ninguna muerte anterior. Es puro animal e instinto, y mientras mi cuchillo lo bebe, yo también.

La criatura cae al suelo a mis pies y los nudillos de la Reina del Mar se encienden.

—*Tha pethánete* —ladra.

—Lo siento —froto mi garganta con la mano—, no hablo el idioma de las perras.

El agua hierve con furia a su alrededor.

—Cuando mueras —dice ella—, ¿crees que mi hija llorará?

Levanto mi cuchillo.

—Máteme y averígüelo.

## TREINTA Y NUEVE

Pateo mi espada hacia arriba y la atrapo. Sostengo la espada y la navaja delante de la Reina del Mar.

Sisea.

—Justo como todo un humano, dependes de las armas para matar.

Con una mano en lo alto, la Reina del Mar levanta un cuerpo de agua y lo lanza hacia mí. Me aparto del camino, pero el borde de la gran ola me sujeta el tobillo y me hace girar en el aire. Aterrizo patinando y el hielo quema mi pierna a través de la tela.

Ella me mira con una diabólica expresión de satisfacción y luego alza su mano una vez más. Me preparo para el impacto, pero el golpe nunca llega. En su lugar, envía un martillo de agua hacia una línea de media docena de mis hombres. Los envuelve al instante y luego los arrastra hacia el pozo de garras de sirenas.

Gruño y tiro mi espada en su dirección, pero rebota en su piel de vidrio.

—Tonto —escupe—. *Ilthia anóitos*.

—Ya perdiste —le digo, poniéndome en pie—. Tengo el Cristal de Keto. Lira no pudo quitármelo.

A pesar de ello, no me siento seguro. El cristal había zumbado antes, pero ahora se siente como un peso muerto en mi bolsillo.

La Reina del Mar retrocede al ver el cristal en mi mano.

—Me aseguraré de que Lira sea castigada por eso cuando esto termine —dice, deslizándose hacia atrás—. De hecho, creo que ya está recibiendo su castigo.



Sigo su línea de visión y me congelo.

Del otro lado del camino, Lira está luchando contra Yukiko. La princesa la empuja bruscamente contra un pilar de hielo, y Lira se impulsa para blandir su espada contra su pecho. No tengo que escucharlas para saber que Yukiko se está riendo. Lira puede ser una asesina en el océano, pero Yukiko es una guerrera de Págos, y en tierra y en nieve y, especialmente, en esta montaña, eso significa mucho más. Los de Págos están entrenados para ser despiadados y para Yukiko, Lira es tan sólo otra sirena. Pero ahora es presa fácil.

Algunos miembros de mi tripulación la rodean, con sus espadas ansiosas por apuñalar a la traidora. He perdido de vista a Kye y a Madrid, pero incluso si estuvieran cerca, no sé lo que harían. Si ayudarían a Lira o a Yukiko.

Yukiko levanta una mano para mantener a mi tripulación atrás, para señalar que quiere a Lira para ella.

Lira tuerce su brazo para golpear, pero Yukiko lo esquivo y luego le da un fuerte revés en la mejilla. Casi puedo sentir el impacto. Lira escupe y, en el siguiente momento, Yukiko la agarra con brusquedad, rasgando la tela sobre su hombro. Lira pateo, pero cuando Yukiko la golpea esta vez, ella cae al suelo.

La princesa de Págos saca una pistola de su funda y la Reina del Mar hace un sonido de advertencia.

—Mira —ronronea—, igual que todos los humanos.

La falta de preocupación en su voz me impresiona más de lo que debería. Es un juego para ella. Todo, desde esta guerra hasta la muerte de su hija. Permitiría que Lira fuera asesinada para que yo pudiera cargar con la culpa. Ella se negaría a salvarla para que yo fuera deshonrado cuando lo intentara.

Me precipito hacia ellas antes de pensar en un plan coherente, y la Reina del Mar me permite abandonarla en las profundidades acuáticas. No necesito mirar hacia atrás para saber que me está mirando con una sonrisa satisfecha. Sonriendo mientras hago su trabajo sucio, como otro de sus vasallos.

Llego demasiado tarde

Algo se estrella contra Yukiko y la hace resbalar tres metros sobre la nieve. La sirena gruñe, con su cabello amarillo rizado cubriéndole los ojos. Yukiko arquea los hombros, se humedece los labios y luego salta una vez más. Dispara su pistola, pero la bestia es demasiado rápida para que las balas la sigan.

Unas cintas atraviesan el cuerpo de Yukiko, y contengo un grito cuando la

sirena gruñe y presiona su mano contra el pecho de la princesa, lista para tomar su corazón todavía palpitante como trofeo. Empuño mi espada, respiro en un rugido bajo, y me preparo para asestar el golpe mortal.

—¡Kahlia! —grita Lira.

La sirena se inclina para mirarme, con pequeñas gotas rojas en su rostro y cabello.

Lira salta entre nosotros como un relámpago. Apenas alcanzo a detener la cuchilla antes de que le corte el cuello. Abro demesuradamente los ojos, con el brazo temblando mientras mantengo la espada revoloteando insegura sobre su garganta. Atreviéndome otra vez a dejarla vivir.

Lira traga saliva y el movimiento golpea el acero, pero ella no retrocede. Su mejilla está pintada de rosa y lucho por apartar la mirada de su marca.

—No a ella —dice, colocándose entre la sirena y yo.

Furioso, avanzo hasta que mi sombra se cierne sobre su rostro.

—¿Crees que no mataré a cualquiera de ellas sólo porque tú me dices que no lo haga? —pregunto—. Ella intentó matar a la princesa de Págos.

Lira echa una mirada hacia atrás, a Yukiko.

—Se ve lo suficientemente viva —dice, y extiende sus brazos desde los costados, protegiendo a la sirena—. La princesa era la que tenía un arma apuntando mi cabeza.

—No me importa.

Hago un movimiento para pasar a su lado, pero Lira presiona sus manos contra mi pecho. Es casi un empujón, pero cuando me tropiezo unos pasos adelante, ella me sigue, con las palmas toca mi camisa. La conexión desencadena una tormenta en mí.

No es piel sobre piel, pero bien podría serlo. Siento el frío que viene desde ella y la calidez confusa que eso conlleva. Quiero extender la mano y acercarla más, salvarla igual que nos salvamos mutuamente en la nave de Rycroft. Pero ese instinto es el problema, y el hecho de que ella intentara usarlo contra mí, la misma debilidad que creó, me provoca escalofríos.

Miro la mano de Lira, presionada contra mi corazón.

—¿Estás loca? —digo. No es una pregunta.

—Elian —susurra—. No puedes.

Quito sus manos de mi pecho y la miro.

—Por supuesto que puedo.

En el momento que paso junto a ella otra vez, me sujeta con desesperación y sus dedos se deslizan junto a los míos como si este gesto fuera lo más natural del mundo. Tomo su mano.

—Elian —dice otra vez. Su pulso golpea contra el mío—, ella es mi prima.

Retrocedo.

Cuando miro a la sirena de nuevo, me doy cuenta de que no puede tener más de quince años, con un ojo del mismo color amarillo lechoso que su cabello y el otro en combinación perfecta con el de Lira. Primas. Nos mira inquisitivamente, pero no es mi espada o la piedra apretada en el mismo puño lo que parece mantener su interés. Es mi otra mano, entrelazada salvajemente a la de Lira. Sus cejas delgadas se enarcan sobre unos ojos muy abiertos y de pronto parece mucho más una niña que un demonio.

Retrocedo, mi mano cae de la de Lira.

Lira vuelve a tender la mano hacia mí, pero yo aprieto la mandíbula y abro mi palma para revelar el Cristal de Keto. Una advertencia, creo, aunque no estoy seguro de si es para mí o para ella.

Lira sacude la cabeza, sin inmutarse, y da un decidido paso hacia delante.

El cristal se vuelve abrasador sobre mi palma mientras ella se acerca. Y golpea de la misma manera feroz que mi corazón.

—Detente —exijo, y mi voz se quiebra.

No dar fin a esta guerra ahora pondría a la humanidad en riesgo. Las sirenas han demostrado que no se puede confiar ni negociar con ellas. Permitir que su raza asesina continúe sería una afrenta a todo en lo que creo. Y dejar vivir a la Perdición de los Príncipes... de entre todas las cosas que he hecho, ésta sería la peor. Poner a tantas personas en peligro sería monstruoso. Y, sin embargo, con sólo una mirada a los ojos suplicantes de Lira, me doy cuenta de que eso es exactamente lo que voy a hacer.

Dejo caer la mano y miro al suelo, deshonorado.

Al enamorarme de un monstruo, me convertí en uno para ella.

—*Anóitos*.

La voz de la Reina del Mar es fría a medida que desciende hasta mi línea de visión. Hermosamente grotesca. La rabia hierve a fuego lento a través de mí, y sólo verla me deja sin aliento, con la necesidad de hundir mi cuchillo en su

despiadado corazón negro.

—Lira —la cabeza de la Reina del Mar se inclina hacia su hija—. *Párte to apó ton.*

Lira me observa con atención, sus ojos atraen como imanes a los míos. Cuando sacude la cabeza, el movimiento es lento y apenas perceptible. Ella no está mirando a su madre.

—No lo haré —dice en un nítido midasán, haciéndome saber que ella no sólo está hablando con su madre. Está hablando conmigo. Con la tripulación de la que ella se convirtió en parte. Con el ejército de su especie que las mira desde el agua. Desobedeciendo cualquier orden que se le haya dado, para poder escuchar.

La Reina del Mar arquea una ceja.

—¿Amas esta lengua más que la tuya? —pregunta—. ¿Quizá debería cortar la tuya, entonces?

Un tentáculo golpea la espalda de Lira y la arroja hacia delante. El sonido de la aleta contra la piel corta el aire como un latigazo, y me tambaleo hacia Lira. La agarro antes de que caiga al suelo, resbalando en el suelo en su lugar. Mi pierna se quema contra la nieve y mi tobillo se dobla cuando mis brazos la atrapan por la cintura.

La mano de Lira se enrosca alrededor de mi cuello y se desploma sobre mi rodilla.

—Tienes buenos reflejos —dice, y sonrío de una manera que explota en mí.

La aprieto con más fuerza.

—Tú no.

La Reina del Mar gruñe y da un giro rápido en un ademán de saludo hacia el resto de sus súbditas. Todo lo que ella hace es una exhibición, cada amenaza se disfraza de espectáculo. Ella es tan artista como reina.

A nuestro alrededor, la guerra hace una pausa.

—Miren cómo estos humanos pueden volver hasta a mis más leales en contra mía —dice la Reina del Mar en midasán, de manera que incluso mi tripulación pueda entender—. Mi hija se ha encandilado por las mentiras y el encanto de tal manera que tengo que mancillarme con este lenguaje para que ella me escuche. ¿Ven ahora cómo los humanos pueden matarnos con algo más que sólo lanzas y cuchillos? Este príncipe —me señala con el dedo como una pistola cargada— debe morir a manos de la sirena que ha embrujado. Sólo entonces la restauraré a

su antigua gloria —se vuelve hacia Lira con una sonrisa de serpiente y levanta su tridente en un brindis—. Larga vida a la Perdición de los Príncipes.

Sucede en segundos.

La Reina del Mar empuja su tridente hacia el cielo, y cuando sus brazos no pueden estirarse más, asciende sin ella. Pasa más allá de su cabeza y gira tan rápidamente que el brillo del rubí se convierte en un perpetuo rayo de sol que nos ciega a todos. Y luego, de pronto, se detiene.

Lira se arranca de mis brazos y me empuja para alejarme. Retrocedo justo a tiempo para que la luz se dispare como una lanza desde el tridente hacia su pecho. Y luego explota.

Lira está hincada y sus brazos estallan como alas desde sus costados.

Un grito inhumano se libera de su garganta y de repente Kye está a mi lado, sujetando brutalmente mi muñeca con una mano. Sólo entonces me doy cuenta de que me he lanzado hacia delante. Que estaba a punto de correr hacia ella de nuevo. E incluso ahora, con su mano sujetándome tan fuerte que mis huesos crujen, no consigo apartar mis ojos de ella. No puedo dejarla fuera de mi vista.

La luz se convierte en un estallido, pero una vez que calla, se enreda en espirales por todo el cuerpo de Lira. Ella se convulsiona, rígida y temblando, todo al mismo tiempo. Sus ojos miran hacia atrás y luego se cierran, y prácticamente puedo escuchar sus dientes rechinar juntos.

Todos se detienen. Mi tripulación hace una pausa, horrorizados. Las sirenas miran con fervor.

Algunas dejan escapar el aliento como si fuera una canción anticipada, con sus mandíbulas colgando ávidamente. Otras observan con incertidumbre, con los ojos reducidos a rendijas y los colmillos cerrados en los bordes de sus labios. La sirena Kahlia observa cada estremecimiento de Lira. Cuando el cuello de su prima se tuerce bruscamente hacia atrás, ella palidece.

Mientras tanto, la Reina del Mar saliva.

Contra el hielo triturado, las piernas de Lira se juntan. La piel se derrite y se une hasta que las escamas brotan de sus pies y se mezclan hasta la cintura. Es de un color que nunca había visto antes, salpicado con tantos tonos de naranja, como si hubiera atrapado la luz del sol. Se funde impecablemente en sus caderas, justo debajo de la curva de su ombligo.

Por encima de eso, su piel comienza a brillar.

Empieza a lo largo de la curva de sus costillas y luego se enrolla como una marea. No es que se vuelva más pálida, ni siquiera creo que eso sea posible, pero su piel resplandece, luz líquida que baila por sus brazos y sobre su pecho, que rueda sobre el nuevo y delicado arco de su clavícula. Su cabello cae sobre sus hombros como perlas de granada, y cuando se echa hacia atrás, con los brazos extendidos, la nieve se convierte en un ángel a su alrededor.

Lira se arquea, saboreando el frío en su cuerpo, abriendo las agallas que corren a lo largo de sus costillas con cada movimiento. Ella se acurruca sobre su costado, medio de frente al agua y medio de frente hacia mí. Hay un momento en que yace así —sus ojos aún cerrados, envuelta en la nieve que refleja su piel, nunca menos humana—, y yo me siento extrañamente en paz.

Entonces Lira abre los ojos, y veo que sólo uno es el azul que recuerdo. Y el otro es puro fuego del infierno.

## CUARENTA

Casi me había olvidado de mi fuerza, de mi velocidad, pero cuando me lanzo al agua, surge de regreso a través de mí. Lanzo un aullido como cazadora bajo la superficie, y el frío borbotea en mi garganta y corta a través de mis agallas. Puede que no sea el océano, pero es suficiente. Agua tan salvaje como yo.

Elian está mirando cuando salgo. Hay tanto escrito en su rostro y tanta prisa en mí que parece que no puedo descifrar una emoción de la siguiente, o decidir qué le pertenece a él y qué a mí. Verlo ahora es como mirarlo con ojos nuevos.

Él es más brillante, más vivo. Sus ojos reflejan cada destello del sol y su piel no es menos que el oro bruñido de su tierra. Cada centímetro de él es un contraste, la luz y la oscuridad se mezclan y se vuelven una hasta que apenas puedo pensar en mirar hacia otro lado.

Pongo mis brazos contra la nieve y lo miro como una cazadora.

—Tráeme su corazón —dice la Reina del Mar.

Su orden sisea a través del viento, y cuando aparto mi mirada de Elian, veo los dedos de mi madre apretados sobre el tridente, donde su porción de los ojos de Keto espera para reunirse con su hermana. Puedo escucharlo ahora. El llamado de las dos mitades que se ciernen tan cerca la una de la otra. Es demasiado firme para ser una canción y demasiado salvaje para ser un toque de tambor. Un latido del corazón, más bien. Golpeteando sin piedad en mis oídos, mientras las manchas de mi sangre cubren una y las manchas del abrigo mágico de mi madre la otra.

—Tómalo —la Reina del Mar sisea en nuestra lengua asesina. Hay una nota de desesperación en su voz, nacida del hecho de que ella cree que Elian liberó el

ojo de su escondite. Teme lo que sucederá si él intenta utilizar el ojo en su contra y si su magia domina la del tridente que ha utilizado para esclavizar a las de nuestra especie en la masacre.

Puede que Elian no lo sepa, pero justo ahora la Reina del Mar cree que él es su igual.

Doblo el cuello hacia un lado y extendiendo una mano para invitar a Elian a que venga hacia mí. Sus ojos se contraen, pero él no se acerca, y yo sonreiría si no creyera que el gesto podría romper mi rostro recién grabado en piedra. En su lugar, echo mi cabeza hacia atrás y respiro en el viento, dejando que mi cabello flote en el agua.

Detrás de mí, las sirenas comienzan a coro.

Sus melodías se extienden y se apoderan de los humanos. Delicados estribillos que hacen que la tripulación se balancee en donde están parados, perdiendo toda sensación de peligro. Las amenazas se convierten en sueños y los miedos en un recuerdo que se desvanece, hasta que sus corazones comienzan a latir al ritmo del aria mortífera.

—Es hermoso —dice Madrid, con el cuerpo relajado.

Elian mira a su tripulación encantada perderse en la melodía del ejército de la Reina del Mar, desconcertado por su cambio repentino. Cuando se vuelve para mirarme, su mandíbula palpita, y esa mirada casi convierte ese cuerpo de agua imposiblemente descongelado en un glaciar.

Sonrío, separo mis labios y dejo que la música siga.

Al sonido de mi voz, Elian camina hacia delante, y cuando llevo mi zumbido al canto, él cae de rodillas frente a mí. Todavía tiene un plan para cada letra que sigue en el abecedario y, aunque interpreta el papel lo suficientemente bien, puedo sentir su corazón acelerándose en cada latido. Sus movimientos son demasiado rígidos. Demasiado preparados. Y puedo ver el fuego salvaje ardiendo en sus ojos.

Él no ha sido afectado por la canción.

Elian aprieta el Cristal de Keto como si fuera su salvavidas. En lo que a él respecta, esta nueva inmunidad se debe a la pequeña pieza de mi diosa que se esconde en su palma. Sonrío ante eso, porque Elian de entre todas las personas debería saberlo mejor. Él debería saber que debe creer más en los mitos y los cuentos de hadas.



Cuando Maeve se disolvió en la espuma del mar en la cubierta del *Saad*, esa pequeña parte de mí que creía en las historias se alegró de que el príncipe no tuviera la oportunidad de tomar su corazón y hacer suya la inmunidad para el canto de las sirenas. Pero cuando le conté a Elian la leyenda de nuestras muertes, supe que ya no era una historia. Sentí su verdad. Y ahora esa verdad está arrodillada ante mí con ojos salvajes cortados por la tierra y el océano. Hojas de árboles y algas marinas inundándose juntas.

*Cualquier humano que se apodere del corazón de una sirena será inmune al poder de su canción.*

Sólo que Elian no necesitó tomar mi corazón: yo se lo entregué.

Extiendo una mano para tocar su rostro, y sus ojos revolotean, brevemente entrecerrados. Inhala como si el mismo acto de respirar regresara el recuerdo a su mente. Mis dedos rozan sus pómulos arqueados. Todavía está tibio, y a diferencia de antes, cuando el sol hizo que mi cuerpo de sirena se partiera y palpitara, el calor de Elian me produce un dolor de una manera completamente nueva.

Deslizo mi mano alrededor de su cuello y jalo su cabeza hacia mí, usando su peso para sacar mi cintura del agua. El anhelo es más de lo que puedo soportar.

—¿Sabes lo que quiero de ti? —susurro.

Elian traga saliva.

—No voy a darte el cristal.

Cuando respondo, mi voz es gutural.

—No estoy hablando de eso.

—¿Entonces qué?

Sonrío, sintiéndome más malvada que en mucho tiempo.

—Tu corazón —le digo, y lo beso.

No se parece en nada al suave y tentativo encuentro que compartimos bajo las estrellas. Es salvaje y quema, hay algo nuevo, territorial, en él. Sus labios se estrellan ferozmente contra los míos, calientes y suaves, y cuando siento su lengua deslizarse contra la mía, cada parte animal de mí cobra vida. Y también está dentro de él. El impulso predatorio. Nos reclamamos el uno al otro, justo aquí al borde de la guerra.

Elian arrastra sus manos por mi cabello y lo agarro, jalándolo y acercándolo más hacia mí. Aunque no exista distancia alguna se siente enorme. Su mano se

aprieta en mi mandíbula y somos una maraña de dedos y dientes y el mundo se borra a nuestro alrededor. Todo es polvo de estrellas.

Muerdo su labio y él gime dentro de mí. Nos devoramos, jadeando desesperados hasta que agotamos el aire.

Elian se separa, tan salvaje y brutalmente como el beso mismo. No es que él retroceda, más bien se desprende de mí. Arranca sus labios de los míos. Cuando me mira, sus ojos son un espejo salvaje de mí misma. Aturdido y furioso y tan, tan hambriento.

Paso la lengua por el labio inferior, donde aún persiste su sabor a pescador.

Mi madre nos mira a los lados, relucientes. No se da cuenta de que él no está cautivado, como tampoco se da cuenta de que el ejército de Elian está a punto de ganar a otro soldado.

—Elian —le susurro, lo suficientemente bajo como para que la Reina del Mar no pueda escuchar. Mantengo mis dedos presionados contra la base de su cuello, inclinándolo hacia mí—. Tienes que confiar en esto.

—¿En qué? —pregunta, ronco e incrédulo—. ¿En ti?

—En tu sueño —digo—, en que los asesinos pueden dejar de ser asesinos.

Los ojos de Elian buscan los míos.

—¿Cómo puedo creer en tus palabras?

—Porque eres inmune a nuestra canción.

Él frunce el ceño y le toma un momento, su mirada se estrecha, antes de que mis palabras se abran paso en él. Prácticamente puedo ver el recuerdo recorrer su mente y la incertidumbre que esto trae. Me mata, pero no hay nada que pueda hacer, sino tener fe en que recordará algo más que sólo la historia y algo menos que sólo mi traición. Necesito que permanezca en él el sabor a mí y que piense en cómo nos salvamos mutuamente. Cómo podríamos hacer eso de nuevo ahora, y llevar el mundo junto con nosotros.

—Elian —le digo, y él humedece sus labios.

—Te escuché —su rostro no delata nada.

—¿Y?

—Y nada —lentamente, Elian quita mi mano de su cuello, con los ojos fijos como si yo fuera su blanco. Sacude la cabeza como si no pudiera comprender lo que está a punto de hacer. Y luego—: Creo en ti —dice, y desliza el ojo en mi palma.

En el momento en que toca mi piel, soy infinita.

Lo que sentí en el interior del palacio de hielo es sólo una fracción de esto, y ahora soy un incendio forestal ardiendo, ardiente. Un maremoto que se eleva y aplasta y barre alrededor del mundo. No sólo tengo poder: yo soy poder. Fluye a través de mí, reemplazando la sangre ácida con espesa y oscura magia.

El Segundo Ojo de Keto me habla en cien idiomas diferentes, susurrando todas las formas en que puedo usarlo para matar a los humanos. Una imagen se pinta vívidamente en mi mente: el ojo fusionándose con el tridente de mi madre y creando una Reina del Mar con todo el poder de Keto. Una diosa por derecho propio que moldea un mundo en donde las sirenas caminan y cazan con pasto y grava entre los dedos de sus pies. Con piel impenetrable y voces hechizadas y toda la muerte que las seguirá.

Y a un lado de eso, un sueño.

El océano brilla como si estuviera cristalizado, y un barco humano se detiene a mitad del camino, sin tierra a la vista por kilómetros. La tripulación cansada y desaliñada salta desde el borde de su embarcación, sintiendo la suave mariposa del viento sobre su piel antes de que toquen el agua. Las sirenas se acercan pero no atacan. No están cazando ni asesinando, sino observando en una especie de armonía desordenada.

Paz.

—Dame el ojo —exige la Reina del Mar, sacándome de mi trance.

Cierro mi mano alrededor de él.

—Preferiría matarte antes.

Elian deja escapar un suspiro, diversión y sorpresa y algo cercano al orgullo. Le lanzo una mirada y luego me vuelvo hacia la Reina del Mar, tan resuelta como me lo permite esta nueva fuerza.

—No tienes ese tipo de poder —dice ella.

—Oh, pero estás equivocada —le sonrío para comenzar las guerras. O tal vez para acabar con ellas—. Verás, no fue el príncipe quien liberó el ojo de su cámara, madre. Fui yo.

Cuando ella grita, la montaña tiembla.

Soy su peor pesadilla convertida en realidad. La hija con la que ella siempre se mostró tan reacia para permitir que tomara su corona, se preparó para usurparla. Esta idea me golpea ahora que ella no tiene poder sobre mí. Por

primera vez, estamos en condiciones iguales. Cada una con el ojo de una diosa, y cada una con la lealtad vacilante de nuestra especie. Hay un ejército en estas aguas, pero su fidelidad podría pasar de una a otra muy fácilmente. Podrían elegir estar de mi lado tan de buena gana como podría elegir estar del de ella.

La Reina del Mar lanza una mirada hacia su izquierda y deja escapar un rugido feroz en *psáriin*. Su garganta se tensa y palpita, y en sólo un instante algo gris golpea con fuerza mi visión.

Me toma un momento darme cuenta de que ya no está Elían.

Muevo mi cabeza hacia el vasto cuerpo de agua detrás de mí, rastreando con mis ojos de cazadora. Hay un destello cegador de movimientos tan rápidos y salvajes que incluso tengo que hacer una pausa para acercarme a la vista.

Elían está en el centro de la fosa rodeado de sirenas cuyas bocas espumeán cuando su aroma sazona el agua. Se dirigen hacia él, pero cuando se acercan demasiado, él es sacudido violentamente hacia un lado. Lo jalen del cuello de su camisa y lo llevan lejos.

Mi aliento se estremece cuando miro a su atacante.

El Devorador de Carne.

Su cola de tiburón es gruesa, gris, acanalada y manchada como si un virus lo estuviera consumiendo lentamente. Hasta el último detalle del demonio que recuerdo, con el rostro de un verdadero asesino. Sus facciones son lisas, sus ojos parecen agujeros en su cabeza y sus labios, una mera rajada a lo largo de su rostro, están marcados por un tono naranja costroso, de quienquiera que se haya comido en batalla.

El Devorador de Carne sonríe y la saliva cuelga entre las líneas de sus dientes de tiburón, con la cola como un machete listo para ir por el corazón de mi príncipe.

## CUARENTA Y UNO

Estoy atrapada en mi lugar por media docena de brazos. Las sirenas me flanquean, con las uñas presionadas contra mi piel. El Devorador de Carne es lo suficientemente letal en el desierto del océano, con los tritones que viven en una soledad brutal, pero es más peligroso aquí, bajo las órdenes de la Reina del Mar.

Jadeo, luchando contra las sirenas, pero no sirve de nada contra tantas, y con la tripulación de Elian balanceándose hipnóticamente hacia un lado, el Devorador de Carne lo destrozará en sólo minutos.

El ojo chispea en mi palma. La magia oscura me llama, suplicándome que me rinda a ella. Que arrase a todos los enemigos en mi camino. Canta con la misma lujuria vengativa de mi madre. Pero ceder significa seguir su camino, y no puedo permitirlo. Sólo probaría a los demás que soy como ella y todas las reinas que estuvieron antes. Si van a jurarme lealtad, tiene que ser por algo más que miedo.

—Déjenme salvarlo —les digo.

Doy media vuelta para ver a la Reina del Mar deslizarse más cerca de mí, con sus tentáculos entrelazados en sus soldados.

—¿En verdad crees que te permitiría rescatarlo?

—No estoy hablando contigo —siseo.

Su rostro mortífero se tensa.

—Las sirenas no te siguen —dice ella—. Yo soy su reina.

—No por elección —digo. Miro hacia atrás, a las sirenas que me tienen atrapada—. ¿Es así como quieren continuar? ¿Quieren pelear y morir cada vez que ella se los diga, a sabiendas de que sus vidas no significan nada si no le son

útiles a ella de alguna manera?

—¡Cállate!

La Reina del Mar lanza un tentáculo hacia mí. Mi cuello se desarticula cuando ella golpea, dibujando una fina línea roja en mi pómulo. Siento que las sirenas disminuyen la presión del agarre, conmocionadas por su arrebato.

—Ésta es su oportunidad —continúo, más valiente de lo que tengo derecho a ser—. Si ustedes me siguen, yo pondré fin a esto de una vez por todas. Pueden ser libres.

La Reina del Mar levanta otro tentáculo.

—Pequeña perra —dice ella.

Y entonces...

—¿Libres?

Una de las sirenas deja caer mi muñeca y retira un mechón de cabello azul profundo de su rostro.

—¿Cómo seríamos libres?

—¡Cállate! —ladra la Reina del Mar.

—¿Qué cambiaría? —pregunta otra, mientras su presión sobre mí se vuelve vacilante.

—El mundo —respondo honestamente—. Podría haber paz.

—¿Paz? —la Reina del Mar arquea una ceja—. ¿Con estos humanos asquerosos?

El ojo arde en mi mano con cada palabra que ella pronuncia. Sólo un movimiento y podría enviar una ola lo suficientemente fuerte para hacerla retroceder hasta un kilómetro. Podría hacerla sangrar aquí, delante de todos.

—¿Por qué le importaría a la Perdición de los Príncipes la paz? —pregunta una sirena.

—Porque he visto la verdad de las mentiras de la reina —miro directamente a los ojos de mi madre—. He pasado suficiente tiempo con los humanos para saber que no quieren la guerra. Ellos sólo quieren vivir. Cuanto antes termine esto, más pronto podremos dejar de morir en nombre de una contienda que se generó cuando ninguna de nosotras estaba viva para verla siquiera.

Hay una discordia repentina entre ellas. Los murmullos se derraman en gritos claros y enojados. Las sirenas sisean su desaprobación junto con su tentación, y parpadeo, tratando de descubrir en qué dirección se va a inclinar la balanza y si

aún puedo salvar a Elian.

A medida que pasa el tiempo, me siento cada vez más impaciente. Cada segundo más que tardan en decidir es un segundo más que Elian estará bajo las garras del Devorador de Carne, con los dientes listos para perforar su cuello.

—Estoy contigo.

Una voz estalla dentro del caos, y me vuelvo para ver a mi prima. Kahlia está rodeada por un grupo de sirenas jóvenes, jóvenes inmaculadas y frescas en sus sonrisas de agua salada. Niñas maduras para la rebelión.

—Lira siempre ha sido la más fuerte —dice Kahlia—. Y ahora tiene el Segundo Ojo de Keto bajo su mando. ¿Hay alguna de ustedes aquí que en verdad dude de que ella será una gobernante digna? —la autoridad en su voz me sorprende. Es clara y segura, como si la sola idea de no ponerse de mi lado fuera ridícula.

—Eres una anguila insurrecta —dice la Reina del Mar.

—No es una insurrección si seguimos a nuestra reina —dice ella—. Es lealtad. Para mi soberana y mi familia.

Sé que está pensando en Crestell en ese momento, porque yo también lo hago.

—Lira estaba lista para tomar tu lugar con sólo unos pocos corazones más —dice Kahlia. Con cada palabra, su voz se va haciendo cada vez más fuerte, más audaz—. Esto sólo significa que cuando lo haga, su primer acto como reina será poner fin a una guerra que ha matado a tantas de nosotras. Y cuando ella toma el tridente —el ojo amarillo de Kahlia se crispa bajo su desafío—, tendrá el doble de poder que tú nunca has detentado.

—Podría estar usando el ojo ahora mismo para obligarlas a inclinarse ante mí —les digo—. Podría golpear a cada una de ustedes, que me tienen sujeta, con todo el poder de Keto —las sirenas se agitan y aumentan su distancia—. Sin embargo, estoy razonando con ustedes. Pidiendo su lealtad cuando tengo todo el derecho a simplemente tomarla.

Levanto la cabeza y las examino una por una; el fuego parpadea en mi ojo derecho. Al principio, el silencio me da una pausa y comienzo a preguntarme si el control de mi madre es demasiado asfixiante. Luego, poco a poco, veo un nuevo tipo de comprensión aparecer en cada uno de sus rostros.

Una a una, inclinan sus cabezas en una reverencia, y las sirenas que me

rodean retroceden, sus manos sueltan mi cuerpo y se elevan hasta sus pechos en una muestra de lealtad. Entonces, como si mis ojos cortaran a través de ellas, el ejército comienza a separarse y una línea se dibuja perfectamente por la fosa.

Un camino claro hacia el Devorador de Carne.

El monstruoso soldado lanza una mirada a las sirenas traidoras delante de él y arrastra a Elían bajo la superficie.

Avanzo con enloquecedora velocidad, como una flecha, hacia él, con los brazos extendidos y cubiertos más de rabia que de agua. Son segundos antes de que los alcance, demasiados para que pueda estar agradecida. El Devorador de Carne inmoviliza a Elían contra los guijarros, con una mano apoyada en su garganta y listo para arrancarla en cualquier dirección.

Me ve cuando estoy a sólo unos centímetros de ellos, y levanta a Elían con garras manchadas de aceite como si él fuera un premio que debiera ser contemplado. Aprieto los dientes, un gruñido gorgotea en mi garganta. El Devorador de Carne es un monstruo y un guerrero y un asesino voraz. Y él no tiene ninguna posibilidad.

No necesito el ojo para esto. Voy a hacerlo pedazos.

Embisto y el Devorador de Carne arroja a Elían como si fuera basura. Hago una pausa sólo para ver al príncipe nadar hasta la superficie y respirar, antes de precipitarme hacia delante. El puño del Devorador de Carne explota contra mi rostro. Hay una extraña sensación de que todo estalla y se hace añicos antes de que el dolor golpee. La furia pura y el poder resuenan en sus nudillos, y cuando él me golpea de nuevo, el mundo se oscurece por un momento.

Sujeto su puño y sacudo el aturdimiento de mis huesos. Él es fuerte, pero es una fuerza vacía, que reside en la idea del deber y la violencia por el bien de la violencia. Por primera vez, yo estoy luchando por algo. El rostro de Elían recorre mi mente, y en el momento en que recuerdo que es su vida, la vida de mi reino, el dolor se diluye.

Tuerzo el brazo del Devorador de Carne y una grieta se abre en el agua. Él brama y su mandíbula se extiende ampliamente para mostrar cada uno de sus dientes depredadores. Rueda hacia mí, listo para golpear mi pecho con su codo. Pero soy ágil y rápida, y cuando me giro para apartarme de su camino, gruñe.

Lo ataco por la espalda, golpeando mi cuerpo contra el suyo con tanta fuerza como lo permiten mis huesos. Se estrella contra el lecho de agua y se queda



enterrado en la arena. Hay sangre. Tanta que puedo sentir su sabor.

Se lanza para ponerse en pie y lanza un brazo hacia mí. Por un momento me sorprende que me agarre en lugar de golpearme, y lo hace para tomar ventaja. Me jala hacia delante y me doy cuenta un segundo demasiado tarde de lo que está a punto de hacer. Me muerde el hombro y siento cómo arranca la carne de mis huesos.

Grito y golpeo mi cabeza contra la suya, una y otra vez, hasta que mi dolor se mezcla con el suyo. Pero él es implacable, roe, arranca y mastica a lo largo de mi cuerpo. Degustándome de una manera que nunca antes había podido. No es hasta que siento una puzada aguda, como un hierro caliente corriendo por mi palma, que recuerdo el ojo apretado en mi puño.

El poder que llama para ser utilizado.

En un movimiento limpio, golpeo mi puño contra el estómago del Devorador de Carne, y cuando atraviesa su cuerpo, él se queda petrificado. Lo aparto de mí, sin atreverme a mirar la herida en mi hombro. Parpadea lentamente, sorprendido ante el hecho de que, de repente, tenga un agujero. De que algo haya podido perforar ese cuerpo forjado de piedra tan fácilmente.

Detrás de él, Elian desciende.

Mira al Devorador de Carne y fija sus ojos en mi hombro, que sin duda se ve tan mal como se siente. Hago lo mismo, observando el rojo pálido en su mejilla, las grietas en sus labios y la inmovilidad de su brazo izquierdo mientras flota en el agua.

Estoy a punto de nadar hacia él cuando el Devorador de Carne me envuelve el cuello con una garra callosa. Es un acto final de brutalidad, y siento la inestabilidad de su fuerza. Con cada momento que pasa, su sujeción oscila entre lo insufrible y lo apenas perceptible.

Lentamente, paso una mano alrededor de su gruesa muñeca y la aprieto.

A nuestro alrededor, descienden las sirenas. Miran al soldado bárbaro aferrándose desesperadamente a su princesa. Me ven esperar sin miedo a que la muerte lo reclame. Y cuando Elian clava su cuchillo en la parte posterior del cráneo del Devorador de Carne, no hacen más que sonreír.



Cuando salimos a la superficie, un trozo del Devorador de Carne viene con

nosotros.

Elian se limpia los pedazos de piel de su espada y hace una mueca de desagrado. Por alguna razón, esto me parece gracioso. El guerrero imparable y más leal de la Reina del Mar destruido por un príncipe humano que siente náuseas a la vista de la carne muerta. Resoplo, y Elian se da vuelta para mirarme con incredulidad.

—¿Eso fue gracioso para ti?

—Tu rostro siempre es gracioso para mí —digo.

Él entrecierra los ojos, pero bajo el agua sus dedos se deslizan entre los míos.

Aprieto su mano y miro a la Reina del Mar, que nos observa con odio ardiente. Sus tentáculos se extienden en todas direcciones, creando un paracaídas que la sumerge sobre el agua como si estuviera flotando.

—Ustedes dos mueren hoy —gruñe.

El agua comienza a girar alrededor de nosotros en un torbellino que vomita negras burbujas hirvientes. Elian se estremece cuando éstas tocan su piel, y cuando veo la carne a rojo vivo que deja atrás, lo jalo hacia mí y aprieto más fuerte el ojo de Keto en mi palma. Invoco la magia de su interior para protegernos, respondiendo a sus llamadas desesperadas con una mía. Mi piel irradia y mi cuerpo se relaja cuando el poder fluye de mí, separando el agua como una marea.

Lo negro se dispersa a nuestro alrededor, dejando un círculo intacto de agua fría donde Elian y yo permanecemos a salvo.

Las sirenas saltan del agua hirviendo, siseando mientras su piel comienza a ampollarse y disolverse. Se lanzan sobre la nieve y la tripulación de Elian salta hacia atrás, fuera del hechizo de la canción.

No todas lo logran.

Las sirenas que se quedaron en el centro del agua arden como antorchas antes de que yo logre pensar en una manera de salvarlas. En sólo un instante sus gritos se convierten en viento y sus cuerpos en espuma, y el caldero de agua las reclama como si nunca hubieran existido.

Las sirenas restantes se encogen de miedo contra la nieve y dejan escapar una legión de gritos mortales.

—Veamos cómo tu traicionero ejército te ayuda ahora —dice la Reina del Mar.

—¡Elian, agáchate! —el grito de Kye perfora el desfiladero.

Nos volvemos al mismo tiempo para ver a Madrid apuntando con su arma a la Reina del Mar. El tiro sale disparado, y fiel a la habilidad de Madrid, golpea justo la espalda de la reina. Si se tratara de cualquier otra bestia, habría atravesado directamente su corazón. Pero mi madre está forjada de una materia que pertenece a las profundidades del infierno, y cuando la bala rebota en su cuerpo, ella deja escapar una carcajada.

En un movimiento rápido, la Reina del Mar se arremolina y apunta su tridente hacia ellos. Un infierno sale disparado desde cada punto de la horquilla y las brasas atraviesan el aire hasta que una línea de fuego horada la nieve, dejando a nuestros ejércitos fuera. Apenas puedo verlos a través de las llamas.

La Reina del Mar grita una risa.

—Nadie puede salvarlos —dice.

Jadeo, apretando la mano de Elían un poco más.

—Puedo matarte yo sola.

—Pero no estás sola —dice—. Todavía.

Mis ojos se abren y en el momento en que ella se vuelve hacia Elían, uso todo el poder que tengo para apartarlo. Sale lanzado en arco por el aire, mientras la protección del ojo todavía se mantiene como una esfera a su alrededor. Escucho cómo su cuerpo se estrella contra el agua justo en el momento en que el tentáculo de mi madre golpea mi pecho. Mis costillas se rompen.

Mi madre no pierde el tiempo. Pequeños tornados estallan en el aire, circulando alrededor de ella como súbditos leales. Se mueven como si tuvieran mente propia, y cuando mi madre señala con un dedo en mi dirección, se lanzan hacia mí. Sin pensar, impulso mis brazos en el aire y arrastro el agua hacia arriba como un escudo. Se eleva a mis órdenes y luego se encrespa en una ola, tragándose los remolinos de las nubes tormentosas.

Mi madre puede tener trucos, pero ahora yo tengo tantos como ella. Tan pronto como la ola derriba su magia, me siento saciada. Como si cada vez que utilizara el ojo, una pequeña parte de mi hambre fuera aplacada. Alimentando el poder en mi interior.

La Reina del Mar lanza un alarido, y un estallido de trueno me ensordece. Arriba, las nubes comienzan a retumbar y se vuelven negras. El trueno gime, y huelo la electricidad de la tormenta venidera.

—Tienes mucho que aprender —dice mi madre.

Levanta su tridente en el aire y lo hace girar una y otra vez. Con cada círculo, el cielo parece torcerse, las nubes se estremecen y hierven hasta que todo el cielo está cubierto de gris.

Entonces los rayos caen a mi alrededor.

## CUARENTA Y DOS

Una explosión golpea el agua a unos centímetros de mi cintura. La carga vibra a través de mí como hierro ardiente, y más rayos caen en un círculo, atrapándome en una jaula de luz y fuego.

Elian me llama y aprieto los dientes. Al sonido de su voz, la Reina del Mar le dirige una mirada indolente. Como si fuera una mosca que acaba de recordar. No estoy segura de cuánta más protección puede ofrecerle el ojo al tiempo que logra mantenerme con vida, pero el único pensamiento claro que tengo es que no puedo dejar que lo lastime. No puedo dejar que lo mate en las profundidades de estas aguas negras.

Otra oleada de rayos cae de los cielos y salto del agua para atraparla. Mi piel se siente líquida contra el rayo de luz que me golpea y sé que no podré soportar mucho tiempo más. Pero no es necesario. Sólo unos segundos, el tiempo suficiente para apuntar con una precisión que rivalizaría con la de Madrid, y lo arrojo por el aire.

Explota limpiamente a un lado de la Reina del Mar.

Ella deja escapar un grito monstruoso. Piel y hueso y sangre y magia. Estallan de ella y se dispersan como polvo de estrellas. La herida está abierta, pero incluso si el dolor es lo único que puede sentir, la Reina del Mar apenas deja que esto la detenga. Arremete con una onda de agua que me lanza al aire.

Me sumerjo profundamente en el agua con la fuerza del impacto antes de sentir la mano de Elian sobre la mía, arrastrándome hacia la superficie.

—Aléjate —le digo, mientras envío una ráfaga de viento hacia mi madre.

Ella continúa acercándose a una velocidad aterradora, y busco

desesperadamente algo, *cualquier cosa*, que pueda hacerla más lenta. Mis ojos captan la estructura del palacio de hielo, y no me detengo a pensarlo bien antes de levantar columnas de agua y convertirlas en una pared de icebergs. Inminentes pilares de escarcha ascienden más y más alto, y nos resguardan como las lanzas de una valla.

—Tengo que llevarte a algún lugar seguro —le digo a Elian—. Podemos nadar por debajo. Si apago el fuego, puedes ponerte a cubierto detrás de tu tripulación.

Elian me mira salvajemente.

—No me estoy *escondiendo* —dice.

Un resonante estruendo retumba a través de la línea de icebergs cuando mi madre se estrella contra ellos. Con sus puños o con su magia, no estoy segura. Pero la fuerza es suficiente para hacer temblar el agua, y sé que la nueva pared no durará mucho.

—Bien —digo con brusquedad—. No te escondas, pero corre. No me importa siempre y cuando salgas de aquí.

Elian ríe con un sonido extraño y agotado.

—No me entiendes —dice, sosteniendo mi mano—. No te voy a dejar.

—Elian, yo...

—No digas algo heroico y abnegado —me dice—, porque entonces podría comenzar a pensar que realmente hay algo de humanidad en ti.

Sonrío.

—Eso sería aburrido.

Él asiente, oprimiéndose contra mí. Los icebergs que conjuré resuenan y grandes bloques de hielo caen alrededor de nosotros en forma de monstruosos granizos. Es como si el mundo se estuviera desmoronando.

—No me caes bien porque seas amable —dice Elian. Su frente toca la mía, en sus labios flota un suspiro.

—Eso dice mucho sobre tu alma.

Él me besa entonces. Sólo una vez. Delicado, de una manera que sólo he conocido con él. Y entonces los icebergs caen y el impacto crea una ola lo suficientemente alta como para tragarnos por completo. Lanzo mis brazos alrededor de Elian y dejo que mi magia nos cubra, protegiéndonos de las ráfagas de nieve que amenazan con aplastarnos contra el lecho de agua.

Cuando termina, levanto la cabeza desde la comodidad de su hombro y dejo escapar un suspiro. Más allá de la pared diezmada de hielo picado, mi madre me llama.

—Sería un descrédito que tu leyenda muriera en ese abrazo —dice ella—. Pero yo podría hacer que aun así se cantaran canciones sobre la poderosa Perdición de los Príncipes. Podría hacer que se olvidaran de tu contaminación y que recordaran sólo la gloria de tu pasado.

Empujo a Elian detrás de mí, pero mantengo mi mano enredada en la de él.

—Es gracioso —le digo— porque yo en cambio planeo hacer que olviden todo acerca de ti. Salvo tu muerte. Me aseguraré de que eso sí lo recuerden.

El viento arrecia, la furia de mi madre se arremolina y lanza una ráfaga, encendiendo aún más las llamas que alejan a mi ejército de mí. A la tripulación de Elian. Las mismas personas que darían sus vidas por nosotros. Pero ya no necesito que nadie más muera por mí y tampoco que mueran por mi culpa. La matanza y el sacrificio terminan aquí, y quiero que cada uno de ellos lo vea para que puedan confiar en los cambios que he predicado. Un mundo nuevo, con una nueva reina a la cabeza.

El humo se expande por el aire, sólo que esta vez es mi magia la que lo impulsa. Giro el viento sobre sí mismo hasta que se convierte en un ciclón que se derrama a la altura del sol. Y luego otro. Un tercero y un cuarto, y mientras tanto, el agua hierve y mi madre me mira con una expresión fría y vacía.

El fuego se difumina y el humo se despeja, y en el abismo de la nieve ennegrecida y la grava derretida, dos ejércitos nos miran fijamente. De humanos y sirenas, uno al lado del otro. A la espera de que su príncipe y su princesa cumplan el final prometido.

—Lamento que tenga que ser así —le digo a mi madre.

Incluso si la odio, una aflicción oprime mi pecho, aliviado sólo por el gentil tirón de la mano de Elian mientras permanece a mi lado. Amarrándome a este precioso residuo de humanidad.

La expresión de la Reina del Mar permanece vacía.

—Eres débil, entonces —dice ella, sin rastro de arrepentimiento—. Si ambas sobrevivieramos, seríamos unas ineptas. —pasa una lengua bífida por sus labios, mientras una oscuridad implacable se refleja en sus ojos—. Yo nunca podría dejarte vivir.

—Lo sé —le digo. El viento se reúne más rápido—. Yo no puedo dejarte vivir tampoco.

Lanzo las manos hacia delante y los ciclones explotan contra ella. Mi madre se estremece y gruñe, sus tentáculos salvajes azotan contra las ráfagas imparables. Su tridente es una luz, pero ella no lo usa. Ni siquiera cuando es arrastrada por el agua y arrojada por el aire como un trapo.

Me doy cuenta de que ella ya no puede más. Mi cuerpo pulsa con potencia, pero es necesaria toda mi atención para mantener los ciclones en marcha. Se requiere tanta concentración como ferocidad. Un descuido de mi mente y mi madre podría volver a caer al océano y tomar esa fracción de segundo para recuperar terreno.

Extraigo más magia de mis dedos, haciendo caso omiso de los nefastos aullidos de la Reina del Mar. Los ciclones se reúnen como hilo de azúcar, fusionándose mientras la devoran.

Algo se resquebraja. Un fuerte estruendo que sacude la montaña. Y luego está la clara sensación de que el mundo gira hasta su final.

Elian me llama por mi nombre y yo bajo las manos, dejando que los ciclones flaqueen. No veo dónde aterriza el cuerpo de mi madre, pero hay una grieta como ninguna otra y el tridente se precipita al suelo junto a la aleta de Kahlia.

—¡Lira! —grita ella.

Una sombra desciende.

Miro hacia arriba y veo un pico precipitarse hacia nosotros.

Losas de roca ruedan desde las cascadas con velocidad aterradora, moldeándose con la ventisca para formar ráfagas gigantes de humo blanco. Rápidamente, aprieto mis brazos alrededor de la cintura de Elian y uso todas mis fuerzas para crear una capa de energía sobre nosotros.

Los escombros del glaciar rebotan contra el escudo mágico. No miro, mis ojos se cierran mientras me aferro desesperadamente a Elian, rezando para que la defensa sea suficiente. Agradecida de que los demás se encuentren seguros del otro lado del agua.

La nieve ahoga el aire y toso contra el pecho de Elian cuando los cristales de hielo se introducen en mis agallas. Él me jala más cerca de él, tanto que debería doler. Pero mis huesos ya se sienten como el polvo, y con cada roca que golpea nuestro escudo, mi cráneo estalla.



Toda una vida gira alrededor de nosotros antes de que el desmoronamiento finalmente se detenga y un peso se levante de mi maltratado cuerpo. Busco a los demás para comprobar que estén ilesos, pero el aire es una extensión de blanco. Elian pasa sus manos por mis hombros y luego por mis brazos. Por un momento, no estoy segura de por qué lo hace, pero pronto me percato de que está buscando lesiones. Cerciorándose de que estoy bien.

Su mano se desliza por mi cabello, y lo único que quiero es que esta sensación de total satisfacción se refugie en mi corazón. Pero como todas las cosas, se acaba, se borra en cuanto el mundo clama mi atención.

Cuando la niebla se disipa, el cuerpo de mi madre yace roto en la nieve.

Nado hacia ella, Elian me sigue. Su tripulación nos saca a los dos del agua. Madrid mira fijamente mi aleta, pero su mano sujeta firmemente la mía. Quiero explicarle algunas cosas a ella, a todos, pero las palabras no vienen a mi mente.

Elian se sienta a mi lado y me toma en sus brazos. Cuando él me levanta, mis manos se enroscan alrededor de su cuello como si fuera lo más natural del mundo. No pienso en cómo se siente tenerlo abrazándome, en verdad, cada centímetro de mí. No puedo concentrarme en cuánto golpea mi corazón contra mi pecho, porque cada vez que veo el tentáculo lisiado frente a nosotros, se detiene una vez más.

Las sirenas se reúnen alrededor de mi madre, deslizándose mientras Elian se acerca conmigo en sus brazos. Me coloca en el suelo junto a ella y da un paso atrás para darme el espacio que necesito pero no quiero.

La Reina del Mar es una mella en la nieve.

Sus grandes tentáculos alquitranados se entrecruzan como la seda de una telaraña, para crear un patrón de extremidades rotas. No hay sangre, y por un momento creo que no es posible que esté muerta. No parece adecuado que se vea tan inmaculada, como la estatua rápidamente tallada de una bestia asesinada.

Miro en silencio aturdido, con mi aleta brillando contra el aguanieve y el peso de dos ejércitos sobre mis espaldas. Espero como la hija obediente hasta que la espuma del mar salga de sus huesos y la derrita como el hielo sobre el que yace. Los segundos pasan sin otra cosa que su cuerpo extrañamente sacudido y la luz roja y brillante de sus ojos.

Nadie habla. El tiempo se convierte en algo que sólo existe fuera de la montaña, en el mundo que se quedó allá abajo. Aquí, sólo hay silencio y el

infinito que viene con la espera. Toma una vida antes de que finalmente escuche una mezcla de movimientos apenas perceptibles y perciba el aroma fresco de dulces de regaliz en el viento.

Elian se pone en cuclillas a mi lado y posa su brazo alrededor de mis hombros, envolviéndome en su calidez. Nos quedamos sentados así por una eternidad hasta que, por fin, la Reina del Mar se desvanece.

## CUARENTA Y TRES

La lluvia cae torrencialmente y se desliza por mi cabello hasta mi cuello. El sol todavía está alto, como una luna creciente oculto detrás de las nubes, creando una urdimbre de colores en el aire. El reino de mi hermana brilla en algún lugar detrás de mí, aunque con nuestro destino tan cerca, bien podría estar a un mundo de distancia.

En cierto sentido, supongo que es un mundo de distancia.

—Ya no falta mucho —dice Kye, palmeando la espalda de Madrid—. Pronto podrás disfrutar de mí en toda mi gloria.

Ella arquea una ceja hacia él, con una sonrisa que va más allá de la timidez en sus labios.

—¿Ahogándote, querrás decir?

—No —dice, con fingido dolor—. Empapado hasta los huesos.

Madrid le quita la mano frunciendo el ceño.

—Preferiría ahogarme.

Les sonrío y saco la brújula de mi bolsillo. El punto gira locamente en todas direcciones, haciéndome saber que Kye tiene razón. Estamos cerca. Cerca de un lugar donde la verdad y el engaño se mezclan como viejos amigos. Donde cada palabra que se habla está impregnada de ambos y de ninguno.

El *Saad* corre a toda velocidad a través del agua, y yo camino hasta el borde de la nave mientras Torik dobla un poco hacia la izquierda. Abajo, nuestras guías mantienen el ritmo tan fácilmente que es como si fuéramos arrastrados en un bote de remos. Sus aletas multicolores golpean a través del agua como flechas prismáticas. Difuminando, mezclando y creando matices en un escudo de color

alrededor de mi nave.

Nadan sin ningún esfuerzo y casi es un insulto que el ritmo del *Saad* sea tan fácil de seguir. Pero lo tomo como un cumplido. Que el *Saad* pueda seguir el paso de ellas es una prueba de su gloria.

Algunas sirenas se separan de la multitud y se dirigen hacia la parte delantera de la nave, liderando el camino. Como si yo no lo hubiera memorizado ya. Es gracioso verlas sentirse cómodas en ese rol precariamente esculpido. Las guías de los marineros, en lugar de acechar sus barcos en busca de signos de debilidad. Ayudando, en lugar de cazar.

La Reina del Mar ha forjado un mundo nuevo, tanto en la tierra como en el mar.

Una vez que los ojos de Keto se reunieron y se creó un tridente sin límites, había tantas decisiones por tomar como promesas por romper. Sólo una cosa era clara en medio de todo esto: el océano necesitaba una reina. Yo pasé toda una vida tratando de evitar ser rey, a sabiendas de que Amara sería una mejor gobernante y su corazón se mantendría en tierra mientras el mío vagaba, pero también entendí que algunas cosas son más importantes que los caprichos. Los sueños no siempre pueden triunfar sobre el deber, y el compromiso es la base de cualquier buen tratado de paz.

Lira lo sabía también. Por eso, en lugar de explorar el mundo, creó uno nuevo.

Cuando Diávolos abrió sus aguas y el reino marino de Keto abrió sus puertas, los reinos humanos devolvieron el gesto. Al menos, la mayoría de ellos. La paz no se alcanza fácilmente, pero más de la mitad del mundo ha aceptado el nuevo orden, y con el respaldo de la nueva reina de Midas y su hermano vagabundo, la incertidumbre es algo del pasado. Se están celebrando nuevos tratados, y después de que la docena de miembros inicial regresó del reino marítimo de Keto con sus vidas intactas, otros han hecho el viaje para buscar una audiencia con la Reina del Mar. Para ofrecer el comercio junto con los tratados y disfrutar de las maravillas de esta dinastía recién liberada.

Reino ciento uno.

—¡Capitán! —brama Torik desde arriba, señalando nuestra llegada.

No necesito su señal, porque reconozco el momento justo en que cruzamos aguas de los reinos humanos hacia el mar Diávolos. El agua se convierte en un

flujo interminable de zafiros, que se mezcla en el cielo y atrapa cada rayo que el sol dispersa. No hay más lluvia u oscuridad. Es más brillante que todo lo demás, pero no es cálido. Nunca es cálido. Los zafiros son nítidos y glaciales, empapan la punta de mis dedos. El azul del Ártico nos cubre a todos.

Debajo, el coro de las sirenas.

Continuamos hasta llegar al arco. El azul se funde en un naranja polvoriento y las torres de formación rocosa alcanzan la altura de cien naves. Un indicador para el mundo, para señalar el reino de Keto que se extiende por debajo.

Del ancho de más de kilómetro y medio, el arco es una puerta de entrada como cualquier otra. Los barcos se amarran a los grandes picos que se cortan en la curva, casi vacíos, salvo por algunos pocos humanos que se han quedado para vigilar las cubiertas en caso de piratas. Aunque los piratas parecen haberse convertido en algunos de los buzos más regulares por aquí y las sirenas se deleitan en su compañía tanto como su reina.

Hay cinco barcos en total, y reconozco al menos uno como de la realeza. La bandera de Eidýllio manda un saludo de viento. Yukiko no mencionó que fuera a venir, pero no le gusta mucho hablar de mí, si puede evitarlo. Si ella no hubiera sido una experta en el arte de los secretos, diría que Galina la ha instruido bien. Su matrimonio es uno de constante colaboración y compensaciones, y una a otra se enseñan todos los trucos que habían mantenido ocultos hasta ahora. Una diada formidable, que ha eclipsado lentamente a los de Kardiá que amenazaban el reinado de Galina.

No es que pretenda que ellas me lo agradezcan, pero dado que mi padre ya ha enviado más oro del que correspondía, en compensación tanto por mi astuta evasión matrimonial como por las nuevas cicatrices de Yukiko, pensé que eso nos dejaría a mano. O al menos, en un terreno lo suficientemente sólido para dar aviso de una visita a la Reina del Mar, para que la otra parte evitara visitar la región.

Al parecer, a Yukiko todavía le gustan las sorpresas.

Atracamos lo más lejos que podemos de ellas, y mi tripulación prepara su equipo de buceo. Se ponen trajes de buzo como una segunda piel, que es en lo que, supongo, se han convertido. Retrocedo para observar mientras preparan el pesado artefacto de Efévresi. Algo que nunca he necesitado, no con la magia de mi lado.

Sonríó cuando las sirenas comienzan a cantar: sé mejor que nadie lo que esa canción significa. El agua hace espuma, se abre y se convierte en plata gloriosa alrededor del pequeño remolino que forma. Cuando su canción llega a su punto máximo, la Reina del Mar aparece.

Ella asciende desde el océano de una manera que no es sino celestial. El agua la sigue formando un trono y la eleva a la altura de mi barco. El cabello empapado de mar corre a lo largo de todo su cuerpo y conserva el brillo de otro mundo que siempre parece iluminar su piel lunar. Sólo que ahora es algo más que una simple sirena o una niña que se hace pasar por pirata.

Es una diosa.

Ocho grandes líneas de ónix fluyen del cuerpo arqueado de Lira, más como alas que como tentáculos. Gloriosas esferas violetas forman un resplandor por debajo, y cuando ella se eleva lo suficiente como para que sus ojos se encuentren con los míos, sonríó. Sus ojos siguen siendo los mismos, como afilados brotes de rosas que florecen de noche, y que sólo crecen y se abren cuando me acerco.

Ella no puede ver el mundo conmigo, así que nos conformamos con que yo le traiga el mundo. Ya no cazando, sino siempre a la búsqueda de experiencias, de la aventura y de las historias para atesorarlas y traerlas de vuelta. Por días como éste, que nunca llegan lo suficientemente pronto.

—Su Majestad —digo.

—Ya estás aquí.

Su voz es como música, e incluso ahora me resulta difícil adaptarme. Cada palabra es un estribillo, hablado con autoridad real.

—Si quieres, puedo irme y regresar más tarde.

Los labios de Lira se convierten en una sonrisa, y el tiempo, en algo del pasado.

—¿Lo harías? —pregunta, haciendo eco de mi tono burlón—. Eso me daría más tiempo para prepararme para tu llegada. He estado planeando erigir una estatua.

Le tiendo mi mano.

—Muy considerado de tu parte.

El cambio es tan notable como siempre.

En un momento, ella es la Reina del Mar, tanto un cuento de hadas como cualquier otro que haya leído, y al siguiente es algo aún más milagroso. Sus

tentáculos se entrelazan y toman la forma de piernas; sus tonos ciruela se desvanecen para dar paso a una piel furiosamente pálida. Su cintura se cierra y se curva, y los tréboles bruñidos que cubrían sus pechos se transforman en una camisa con cuello de volantes y pesadas mangas. Su cabello sigue siendo del color del vino, lejos del marrón rojo moteado al que yo me había acostumbrado, y sus ojos aún parpadean en dos colores distintos. Una combinación de Reina del Mar y pirata, de un pasado vivido y de un futuro aún por escribir.

Lira desciende con gracia hacia el *Saad* y toma firmemente mi mano extendida. La llevo a mis labios con una sonrisa provocadora y luego pongo una mano en su mejilla. Es suave y afilada y está llena de tantas contradicciones como ella misma.

—¿Estás listo? —pregunta.

La beso a modo de respuesta, sorprendiéndome de que haya podido esperar todo un minuto. Es una muestra inusual de paciencia de mi parte.

Lira sonríe, sus dientes rozan mis labios, y deja que su lengua se enrede con la mía. Ella sujeta el cuello de mi camisa y yo envuelvo mis brazos alrededor de su cintura. Es como sostener una historia en lugar de una persona; se siente salvaje e infinita en mis brazos.

Enlaza mi mano con la de ella y me lleva hacia un costado de la nave. Los ojos interconectados de Keto atavían su clavícula en un adornado pendiente. En la Reina del Mar, que me saludó hace unos momentos, parecía una gargantilla grandiosa, propia de una gobernante del océano. En Lira, en su humanidad engañosamente delicada, parece lo suficientemente pesado para hundirla en el fondo del océano.

Lira captura mi atención y arruga su frente.

—¿Estás mirando mi pecho o mi collar?

Le brindo una sonrisa desvergonzada.

—¿Cuál no me va a ganar una bofetada?

—Sólo estoy tratando de calcular si estás planeando robártelo o no —desliza un dedo delgado sobre la piedra—. Eres un pirata, después de todo.

—Es cierto —digo—. Pero entonces, tú también.

Lira mira su atuendo: pantalones azul marino que se hacen bombachos en los muslos y las botas marrones que llegan hasta sus rodillas con suficiente oro en las hebillas para comprar un reino. Ella ríe, y el rubí brilla sobre su pecho. Sal y

magia.

Me acerca más a ella, con los dedos entrelazados con los míos, y nos sumergimos juntos.



## AGRADECIMIENTOS

¡Has llegado hasta el final! Gracias por leer la historia de Lira y Elian y luego pasar la página para descubrir un poco más sobre la mía (a menos que hayas saltado directamente hasta aquí sin leer. En cuyo caso, alerta de *spoiler*: todos mueren).

Este libro se convirtió en algo real —más allá de mi imaginación— debido a una gran cantidad de gente increíble, así que haré lo posible para asegurarme de que todos sepan lo buenos que son.

A mis padres, que nunca me dijeron que dejara de soñar. Por ser graciosos y extraños y no sólo porque son grandes personas, sino también grandes amigos. Mamá, gracias por llamarme todos los días para comprobar que todavía estoy viva y por ser alguien con quien puedo hablar sobre absolutamente cualquier cosa (pero no para elegir siempre la pintura incorrecta exacta. Cada. Vez). Papá, gracias por siempre ser la sonrisa en la habitación y solucionar cualquier problema que tenga, sin importar de qué se trate (pero no por el hecho de que puedas pintar *artex*).

Para el resto de mi familia (y vaya que son muchos) por ser una fuente constante de aliento y excentricidad. Y a Nick, en especial, porque le prometí que nombraría a un personaje en su nombre esa vez y luego no lo hice.

Para mis amigos, que son el grupo más alentador del mundo. Jasprit y Rashika, ustedes dos son la mejor clase de personas, de las que no podría prescindir y que no puedo recordarme sin ustedes. Gracias por apoyarme en todo lo que hago, por estar sin fin en mi longitud de onda y por hacerme reír más de lo que yo alguna vez lo he hecho. Y a Siiri, por ser un estallido de positivismo y

una de las primeras amigas verdaderas que hice en el mundo de los blogs (y por ser alguien con quien puedo hablar efusivamente acerca de los dramas coreanos cada vez que lo postergo. Lo cual es siempre).

Para Charles y Alan, dos de los profesores de escritura creativa más extraños y talentosos. Ustedes me hicieron olvidar todo lo que pensé que sabía sobre escribir y aprender todas las cosas divertidas en su lugar.

¡A la gente de Feiwel & Friends por ser el equipo soñado y darme la portada más increíble! Y a Anna, por ayudarme a resolver los problemas y narrar la historia que necesitaba ser contada, y por hacerme sentir como en casa en todo este proceso.

A mi agente, Emmanuelle, cuyo amor y emoción por este libro impidió que el mío vacilara. Gracias por defender tanto a Lira y Elian, y por ver el potencial en su historia. Y en mí. ¡Y a Whitney, por asegurarse de que Lira y Elian realmente puedan viajar por el mundo!

Por último, a los lectores, a todos ustedes, por seguir inspirando y lanzarse a nuevas historias cada día. Por creer en la magia y el asombro, tanto en el mundo real como en mundos no tan reales.

**Alexandra Christo** tomó la decisión de inventar historias a los cuatro años de edad, luego de que su profesora le asegurara, sin tocarse el corazón, que jamás podría convertirse en un hada. Ahora cuenta con un grado universitario en Escritura Creativa, trabaja como redactora en Londres y administra un blog donde reseña y discute literatura juvenil y contemporánea, lo cual la hace parecer más madura de lo que en realidad se siente. Vive en el condado de Hertfordshire, Inglaterra, en una casona repleta de cactus (porque son las únicas plantas que puede mantener con vida). *Matar un reino* es su primera novela.

[www.alexandrachristo.com](http://www.alexandrachristo.com)



AlexandraChristoAuthorPage



@alliechristo

MATAR UN REINO

Título original: *To Kill a Kingdom*

© 2018, Alexandra Christo. Todos los derechos reservados.

Traducción: Marcelo Andrés Manuel Bellon

Diseño de portada: Liz Dresner

Fotografías de portada: © 2018, Shutterstock

D.R. © 2018, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

[www.oceano.com](http://www.oceano.com)

D.R. © 2018, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Homero 1500 – 402, Col. Polanco

Miguel Hidalgo, 11560, Ciudad de México

[www.oceano.mx](http://www.oceano.mx)

[www.grantravesia.com](http://www.grantravesia.com)

Primera edición en libro electrónico: junio, 2018

eISBN: 978-607-527-611-3

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Libro convertido a ePub por:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación

OCEANO



GRANTRAVESÍA



[www.oceano.mx](http://www.oceano.mx)



GRANTRAVESÍA

[www.grantravesia.com](http://www.grantravesia.com)



[www.facebook.com/oceanograntravesia](https://www.facebook.com/oceanograntravesia)



[www.twitter.com/oceanoGTravesia](https://www.twitter.com/oceanoGTravesia)



[www.youtube.com/user/oceanotravesia](https://www.youtube.com/user/oceanotravesia)



[www.instagram.com/grantravesia](https://www.instagram.com/grantravesia)

# Índice

Portada  
Página de título

Dedicatoria

Uno  
Dos  
Tres  
Cuatro  
Cinco  
Seis  
Siete  
Ocho  
Nueve  
Diez  
Once  
Doce  
Trece  
Catorce  
Quince  
Dieciséis  
Diecisiete  
Dieciocho  
Diecinueve  
Veinte

Veintiuno  
Veintidós  
Veintitrés  
Veinticuatro  
Veinticinco  
Veintiséis  
Veintisiete  
Veintiocho  
Veintinueve  
Treinta  
Treinta y uno  
Treinta y dos  
Treinta y tres  
Treinta y cuatro  
Treinta y cinco  
Treinta y seis  
Treinta y siete  
Treinta y ocho  
Treinta y nueve  
Cuarenta  
Cuarenta y uno  
Cuarenta y dos  
Cuarenta y tres

Agradecimientos

Datos de la autora

Página de créditos